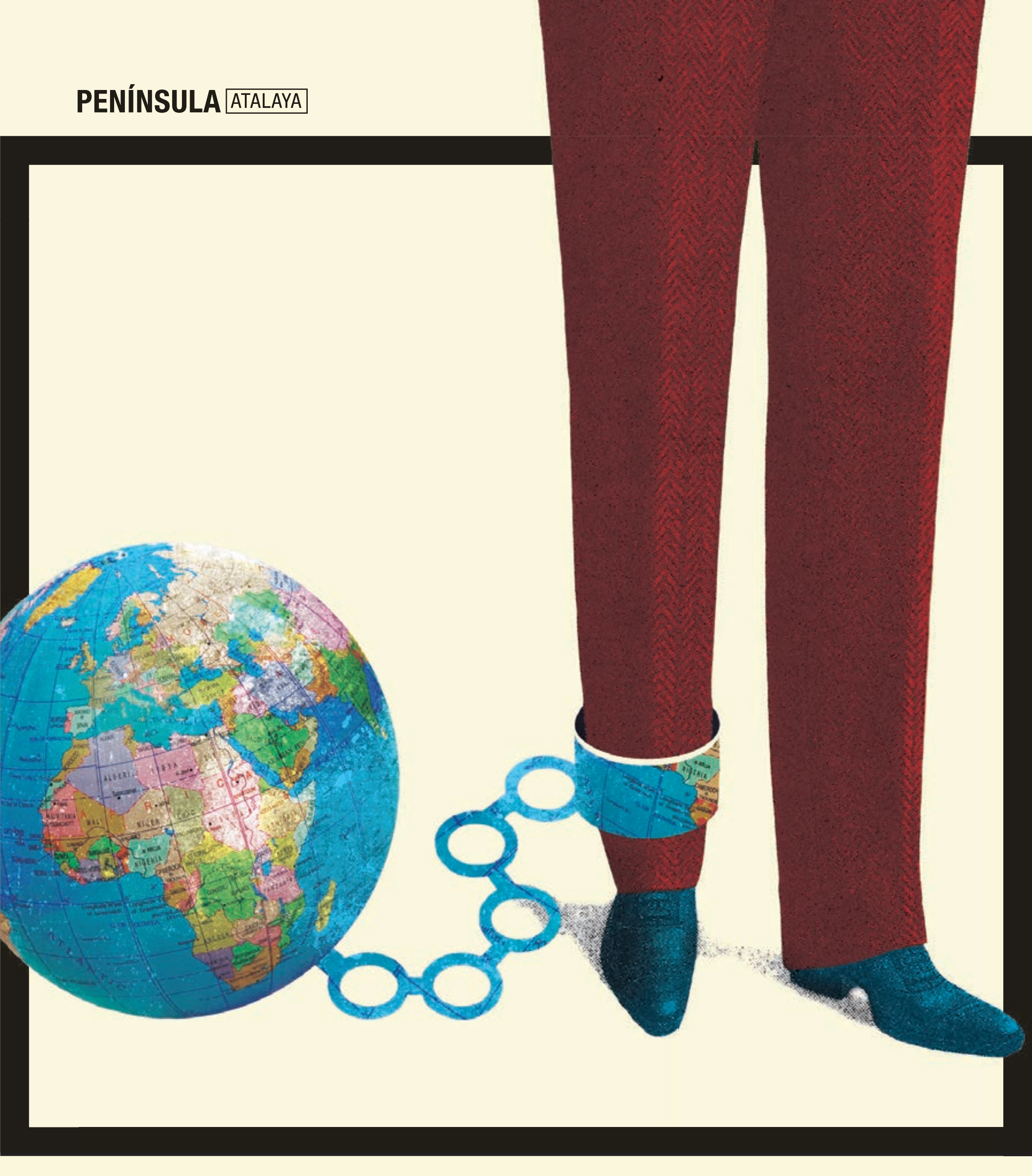


Tim Marshall

Prisioneros de la geografía

Todo lo que hay que saber sobre política global a partir de diez mapas

Tim Marshall

Prisioneros de la geografía

Todo lo que hay que saber sobre política global
a partir de diez mapas

Prefacio de Sir John Scarlett

Traducción de Antonio Lozano

ediciones península

Título original: *Prisoners of Geography*

Primera edición: abril de 2017

Mapas al cuidado de JP Map Graphics Ltd

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
ROMANYÀ-VALLS - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 2.882 - 2017
ISBN: 978-84-9942-592-4

ÍNDICE

PREFACIO

Ha devenido una perogrullada pensar, y comentar, que vivimos tiempos excepcionalmente inestables. El mundo, se nos dice, nunca ha resultado más impredecible. Afirmaciones de este calibre demandan una respuesta cautelosa, incluso escéptica. Procede ser cautos. El mundo siempre ha sido inestable y el futuro es impredecible por naturaleza. No cabe duda de que nuestras cuitas actuales podrían ser mucho más graves. El centenario del inicio de la Primera Guerra Mundial, cuando menos, nos lo debería haber recordado.

Dicho esto, es innegable que asistimos a cambios esenciales que incidirán en nuestro futuro y en el de nuestros hijos, independientemente de dónde vivamos. Cambios económicos, sociales y demográficos, todos ellos ligados a rápidos cambios tecnológicos, con implicaciones globales que separan los tiempos que vivimos de aquellos que los precedieron. Esto quizá explique que hablemos con tanta frecuencia de «incertidumbre excepcional» y que el análisis «geopolítico» se haya convertido en una industria floreciente.

Tim Marshall está excepcionalmente cualificado, tanto a nivel personal como profesional, para contribuir a este debate. Ha participado de forma directa en algunos de los escenarios más dramáticos de los últimos veinticinco años. Tal y como se nos recuerda en la Introducción, ha estado en primera línea en

los Balcanes, Afganistán y Siria. Ha sido testigo de cómo decisiones y acontecimientos, conflictos internacionales y guerras civiles solo pueden entenderse si se tiene plena constancia de las esperanzas, temores y prejuicios generados por la historia, y de cómo estos, a su vez, vienen definidos por los entornos físicos —la geografía— en los que los individuos, sociedades y países se desarrollan.

En consecuencia, este libro está lleno de percepciones juiciosas sobre aspectos relevantes y urgentes para nuestra seguridad y bienestar. ¿Qué ha provocado que Rusia pasara a la acción en Ucrania? ¿Fallamos (en cuanto occidentales) a la hora de preverlo? En caso afirmativo, ¿por qué? ¿Hasta dónde estará dispuesto a llegar Moscú? ¿Se siente China finalmente segura bajo las que considera sus fronteras naturales, y cómo afectará esto a sus fuerzas navales y a Estados Unidos? ¿Y qué significará a su vez para otros países de la región, como India o Japón? Durante más de doscientos años, Estados Unidos ha gozado de unas condiciones geográficas y de unos recursos naturales sumamente favorables. Ahora, en cambio, obtiene petróleo y gas de fuentes no convencionales. ¿Afectará esto a su política global? Si Estados Unidos cuenta con un poder y una resiliencia extraordinarios, ¿por qué se habla tanto de su declive? ¿Las divisiones y emociones enquistadas a lo largo y ancho del norte de África, de Oriente Medio y del sur de Asia son una causa perdida o hay señales esperanzadoras de cara al futuro? Por último, acerca del punto quizá más crucial para nuestro país, Reino Unido, una de las economías más extendidas y globales del planeta: ¿cómo está reaccionando Europa frente a las incertidumbres y los conflictos que la rodean, pero también frente a los no tan cercanos? Tal y como apunta Tim, durante los últimos setenta años (y en especial desde 1991), Europa se ha acostumbrado a la idea de paz y prosperidad. ¿Acaso no corremos el riesgo de

darla por sentada? ¿Seguimos entendiendo lo que ocurre a nuestro alrededor?

Si desea meditar sobre estas cuestiones, lea este libro.

Sir JOHN SCARLETT,
caballero de la Orden del Imperio Británico
Director del Servicio Secreto
de Inteligencia (MI6), 2004-2009.

INTRODUCCIÓN

Vladímir Putin asegura que es un hombre religioso, un gran defensor de la Iglesia ortodoxa rusa. De ser cierto, puede que cada noche se acueste, recite sus oraciones y le pregunte a Dios: «¿Por qué no colocaste algunas montañas en Ucrania?».

Si Dios hubiera creado montañas en Ucrania, la gran extensión de terreno sin accidentes geográficos que supone la llanura nordeuropea no habría facilitado que se atacara de forma reiterada a Rusia. Al no ser el caso, a Putin no le ha quedado más remedio que intentar, por lo menos, contener las llanuras occidentales. Lo mismo ha ocurrido con todas las naciones, tanto grandes como pequeñas. El paisaje ha aprisionado a sus líderes, dejándoles menos opciones y espacio para maniobrar del que uno podría pensar. A esto mismo se enfrentaron el Imperio ateniense, los persas, los babilonios y sus predecesores; así ha sido para todos los líderes con necesidad de terrenos elevados desde los que proteger a su tribu.

El terreno en el que vivimos siempre nos ha condicionado. Ha condicionado las guerras, el poder, la política y el desarrollo social de las gentes que ahora habitan casi todos los rincones del planeta. Puede parecer que la tecnología salva las distancias que nos separan, tanto desde un punto de vista mental como físico, pero resulta fácil olvidar que el terreno en el que residimos, trabajamos y educamos a nuestros hijos es

sumamente importante. También que las decisiones de aquellos que lideran a los siete mil millones de habitantes del planeta no dejarán nunca de verse supeditadas, hasta cierto punto y como siempre ha pasado, por los ríos, montañas, desiertos, lagos y mares que nos limitan.

En líneas generales no existe un factor geográfico más relevante que otro. Las montañas no son más importantes que los desiertos, ni los ríos que las junglas. Cada rincón del planeta tiene sus propios rasgos geográficos, y estos son factores predominantes para determinar lo que la gente puede hacer y lo que no.

A grandes rasgos, la geopolítica se centra en los modos en que las relaciones internacionales se definen en función de los factores geográficos: no solo por el paisaje físico —las barreras naturales que conforman las montañas o las conexiones que establecen las redes de ríos—, sino por el clima, la demografía, las regiones culturales y el acceso a los recursos naturales. Factores de este tipo pueden tener un impacto muy significativo en aspectos muy variados de nuestra civilización, desde estrategias políticas y militares a cuestiones de desarrollo social, incluyendo el lenguaje, el comercio y la religión.

Las realidades físicas que apuntalan la política nacional e internacional se han visto con frecuencia desterradas de los libros de historia y del periodismo contemporáneo que ha cubierto las relaciones internacionales. Resulta evidente que la geografía es una parte fundamental tanto del «porqué» como del «qué». Puede que no sea el factor determinante, pero sí que es el más obviado. Tomemos el ejemplo de China e India: dos países descomunales con poblaciones inmensas que, pese a compartir una frontera larguísima, no están alineados ni política ni culturalmente. No sorprendería que estos dos gigantes se hubieran enfrentado en diversas guerras, pero lo cierto es que, con la excepción de una batalla que se prolongó a lo largo

de un mes en 1962, nunca lo han hecho. ¿La razón? Pues porque entre ambos se levanta la cordillera más alta del mundo y resulta prácticamente imposible movilizar largas columnas militares a través o por encima de los Himalayas. Por descontado que la sofisticación tecnológica está facilitando métodos para superar este obstáculo, pero la barrera física continúa siendo un factor disuasorio, de modo que ambos países centran su política exterior en otras regiones sin dejar de vigilarse mutuamente con suspicacia.

Los líderes, las ideas, la tecnología y otros factores juegan un gran papel en el desarrollo de los acontecimientos, pero son temporales. Cada nueva generación deberá seguir encarando las limitaciones físicas generadas por el Hindú Kush y los Himalayas, los retos planteados por las temporadas de lluvias y las desventajas que supone un acceso restringido a minerales naturales y fuentes alimentarias.

Comencé a interesarme por este tema mientras cubría las guerras de los Balcanes en la década de 1990. Fui testigo directo de cómo los líderes de diversas comunidades, ya fuera la serbia, la croata o la bosnia, recordaban con toda la premeditación a sus respectivas «tribus» las divisiones ancestrales y, sí, las sospechas ancestrales en una región rebosante de diversidad. Una vez consiguieron separar a las personas, les costó bien poco enfrentarlas entre ellas.

El río Ibar en Kosovo supone un ejemplo modélico. El dominio otomano sobre Serbia se cimentó en la batalla de Kosovo Polje en 1389, que se desplegó cerca del punto en el que el Ibar cruza la ciudad de Mitrovica. Durante los siglos que siguieron, la población serbia comenzó a retirarse detrás del Ibar, mientras los albaneses musulmanes descendieron gradualmente de la región montañosa de Malesija hacia Kosovo, donde se convirtieron en la comunidad mayoritaria a mediados del siglo XVIII.

Si damos un salto brusco hasta el siglo XX, observaremos que el río seguía marcando una clara división étnico-religiosa. Acosadas desde el aire por la OTAN y por tierra por el Ejército de Liberación de Kosovo, las milicias yugoslavas (serbias) se retiraron en 1999 a lo largo del Ibar, seguidas de forma rápida por el grueso de la población serbia superviviente. El río se erigió en la frontera *de facto* de lo que algunos países reconocen hoy como el Estado independiente de Kosovo.

En Mitrovica también fue donde las fuerzas terrestres de la OTAN detuvieron su avance. Durante los tres meses de guerra se habían producido amenazas veladas de que la OTAN se proponía invadir el conjunto de Serbia. Lo cierto es que las limitaciones geográficas y políticas jamás dejaron esa opción a los líderes de la OTAN. Hungría había dieron muy claro que no autorizaría invasión alguna desde su territorio, dado su temor a posibles represalias contra los 350.000 miembros de la etnia húngara del norte de Serbia. La alternativa consistía en una invasión desde el sur, lo que los habría conducido hasta el río Ibar en la mitad de tiempo, pero entonces la OTAN hubiese tenido que salvar las montañas que se alzan junto al río.

En aquel momento, yo me encontraba trabajando en Belgrado con un equipo de serbios y les pregunté a sus componentes qué ocurriría si la OTAN se presentaba. «Dejaremos las cámaras y cogeremos las armas», fue su respuesta. Eran serbios liberales, buenos amigos míos y opositores a su Gobierno, pero esto no fue obstáculo para que desplegaran sus mapas y me mostraran los enclaves montañosos en los que los serbios se apostarían para defender su territorio, así como aquellos en los que les pararían los pies a la OTAN. Esa lección de geografía, que revelaba por qué las opciones de la OTAN eran más limitadas de lo que la maquinaria de relaciones públicas de Bruselas se atrevía a admitir, supuso todo un alivio para mí.

El alcance de cuán relevante es el paisaje físico a la hora de retransmitir noticias desde los Balcanes se me hizo palmario en los años siguientes. Por ejemplo, en 2001, pocas semanas después del 11-S, asistí a una demostración de cómo la climatología continúa determinando las posibilidades de un despliegue militar, incluso entre los ejércitos más poderosos del mundo y pese a la tecnología moderna. Me hallaba en el norte de Afganistán, después de haber cruzado en balsa el río fronterizo desde Tayikistán con el propósito de unirme a las tropas de la Alianza del Norte que combatían contra los talibanes.

Los reactores de combate y los bombarderos estadounidenses ya estaban golpeando con fuerza las posiciones de los talibanes y de Al Qaeda en las llanuras y colinas, frías y polvorientas, al este de Mazar-e-Sharif de cara a despejar el terreno para el avance hacia Kabul. Tras unas pocas semanas se había hecho evidente que la Alianza de Norte se preparaba para desplazarse en dirección sur. Y en ese momento el mundo cambió de color.

La tormenta de arena más virulenta de la que había sido testigo golpeó hasta bañarlo todo de un color amarillo mostaza. Incluso el aire que nos rodeaba parecía ser de esa tonalidad, dado el grosor que había adquirido por culpa de las partículas arenosas. Durante treinta y seis horas nada se movió excepto la arena. En el pico de la tormenta, la vista alcanzaba apenas unos cuantos metros y lo único cristalino era que el avance iba a tener que postergarse hasta que cambiara el tiempo.

La tecnología por satélite de Estados Unidos, a la cabeza de los avances científicos, se demostró impotente y ciega frente a la meteorología de aquella tierra tan salvaje. Todos, desde el presidente Bush a los jefes del Estado Mayor, pasando por las tropas de la Alianza del Norte desplegadas sobre el terreno, tuvieron que esperar. A continuación llovió, y la arena, que lo había cubierto todo y a todos, se transformó en barro. La lluvia cayó con tal intensidad que nuestros refugios de barro

cocido parecían estar a punto de deshacerse. De nuevo quedó claro que la movilización hacia el sur permanecía en suspenso hasta que la geografía decidiera lo contrario. Las reglas de la geografía, que aprendieron Aníbal, Sun Tzu y Alejandro Magno, siguen siendo válidas para los líderes actuales.

Más recientemente, en 2012, recibí otra lección de geoestrategia. Mientras Siria se adentraba en una guerra civil total, yo me encontraba en lo alto de una de sus colinas observando un valle al sur de la ciudad de Hama. Desde ahí me fijé en cómo ardía una aldea en la lejanía. Mis amigos sirios me señalaron una población mucho más grande, aproximadamente a un kilómetro y medio de distancia, de la que me dijeron que había procedido el ataque. Me contaron que, si uno de los bandos podía expulsar del valle a suficientes individuos de la otra facción, el valle podría entonces unirse a otra franja de tierra que conducía hasta la única autovía del país. Aquella aldea resultaría útil porque significaría adjudicarse un pedazo de territorio viable y contiguo, con la mira puesta en el día en que pudiera utilizarse para crear un pequeño Estado, en el supuesto de que Siria no volviera a recomponerse. Donde antes solo había detectado una aldea en llamas, ahora veía un elemento estratégico de suma importancia y entendía el modo en que las realidades políticas son moldeadas por las realidades físicas más básicas.

La geopolítica afecta a cada uno de los países, ya estén en guerra, como en los casos antes citados, o en paz. El lector encontrará ejemplos en todas las regiones. De todos modos, no puedo explorar cada una de ellas en profundidad: a Canadá, Australia e Indonesia, entre otras, solo las menciono brevemente, aunque podría dedicarse un libro entero a Australia y los modos en que su geografía ha condicionado sus conexiones con otras partes del mundo, tanto desde un punto de vista físico como cultural. En cambio, me he centrado en las potencias

y regiones que ilustran mejor los puntos claves de este libro, cubriendo el legado que nos han dejado geopolíticas pretéritas (la formación de naciones); las situaciones más acuciantes a las que nos enfrentamos en la actualidad (la inestabilidad en Ucrania, la influencia expansiva de China), y los escenarios futuros (la competencia creciente en el Ártico).

En Rusia se hace palpable la influencia del Ártico y el modo en que su climatología gélida limita la capacidad de Rusia para convertirse en una auténtica potencia mundial. En China vemos las limitaciones al poder que implica carecer de una fuerza naval a escala global. A lo largo del año 2016 quedó patente la velocidad a la que China está intentando cambiar la situación. El capítulo dedicado a Estados Unidos sirve de ejemplo de cómo la toma de decisiones astutas a la hora de expandir su territorio en regiones clave le permitieron alcanzar su estatus actual de superpotencia en dos océanos. Europa nos demuestra el valor que tienen las llanuras y los ríos navegables a la hora de conectar regiones y generar unos lazos culturales capaces de poner en marcha el mundo moderno, mientras que África supone un caso emblemático de los efectos del aislamiento.

El capítulo consagrado a Oriente Medio deja en evidencia por qué trazar líneas en los mapas sin tener en cuenta la topografía y, no menos importante, las culturas geográficas de una zona determinada supone una receta para el desastre. A lo largo de este siglo continuaremos siendo testigos de ello. Idéntica problemática aflora en los capítulos dedicados a África e India/Pakistán. Las potencias coloniales trazaron fronteras artificiales sobre el papel, desentendiéndose por completo de las realidades físicas de la región. Ahora asistimos a intentos violentos por corregirlas, los cuales se prolongarán durante varios años, tras lo cual el mapa de los Estados-nación ya no tendrá el mismo aspecto que hoy.

Japón y Corea representan casos muy distintos a los de Kosovo o Siria dado que son casi homogéneos desde una perspectiva étnica. Pero también tienen sus propios problemas: Japón es una isla-nación que carece de recursos naturales, mientras que la división de las dos Coreas es un conflicto por resolver. En cuanto a Latinoamérica, se trata de una anomalía. Su extremo más meridional está tan desconectado del mundo exterior que tiene dificultades para establecer relaciones comerciales a escala global, al tiempo que su geografía interna supone un obstáculo de cara a conformar un bloque comercial tan próspero como el de Estados Unidos.

Por último llegamos a uno de los lugares más inhóspitos de la Tierra: el Ártico. Ignorado por el ser humano a lo largo de la historia, en el siglo XX hallamos energía allí y la diplomacia del siglo XXI determinará quién posee —y vende— sus recursos.

Considerar la geografía un factor decisivo en el curso de la historia de la humanidad puede ser percibido como una visión sombría del mundo, lo que explica su rechazo por algunos círculos intelectuales. Sugiere que la naturaleza es más poderosa que el ser humano y que el control que ejercemos sobre nuestro destino tiene un tope. De todas maneras, existen otros factores que también ejercen una influencia clara sobre los acontecimientos. Cualquier persona razonable advertirá que la tecnología moderna está obviando las hasta ahora sacrosantas reglas de la geografía. Ha encontrado la manera de eludir algunas de sus barreras, por arriba, por abajo o a través. Los estadounidenses pueden hacer volar un avión de Missouri a Mosul con el objetivo de realizar un bombardeo sin necesidad de tomar tierra para repostar. Si a esto le añadimos sus grandes y prácticamente autosuficientes portaaviones de combate, concluimos que ya no necesitan un aliado o una colonia para extender sus tentáculos por todo el mundo. Por descontado que si disponen de una base aérea en la isla de Diego García, o

acceso permanente al puerto de Bahréin, multiplican sus opciones, pero eso ya no les resulta tan esencial.

Así que la potencia aérea ha cambiado las reglas del juego, igual que lo ha hecho internet de otras maneras. Pero la geografía, y el relato que explica cómo las naciones se han establecido en ella, siguen siendo cruciales a la hora de entender el mundo de hoy y nuestro futuro.

Los conflictos de Irak y Siria están enraizados en el modo en que las potencias colonizadoras ignoraron las reglas de la geografía, mientras que la ocupación china del Tíbet arraiga en la obediencia de las mismas; la política exterior estadounidense a nivel global está dictada por ellas; e incluso la tecnología más puntera y las proyecciones de la última superpotencia sobre la Tierra solo pueden mitigar las reglas que nos legaron la naturaleza o Dios.

¿Cuáles son estas reglas? El lugar por el que empezar es una tierra donde el poder es difícil de conservar, obstáculo que durante siglos sus líderes han compensado mediante la expansión de sus fronteras. No referimos a la tierra sin montañas al oeste: Rusia.

I

RUSIA

vasto (adjetivo): de gran área
o extensión; inmenso.

OCÉANO
ISLANDIA
Svalbard (Noruega)
Tierra de Francisco José
Mar de Noruega
Mar de Barents
NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
Est. de Skagerrak
DINAMARCA
Mar Báltico
Múrmansk
Nueva Zembla
Kaliningrado (Rusia)
POLONIA
ESTONIA
LETONIA
LITUANIA
San Petersburgo
Llanura Nordeuropea
Montes Urales
BIELORRUSIA
Montes Cárpatos
UCRANIA
MOLDAVIA
Moscú
R U S
Llanura Occidental Siberiana
S
Mar Negro
TURQUÍA
Cáucaso
GEORGIA
ARMENIA
AZERBAIYÁN
Mar Caspio
KAZAJISTÁN
UZBEKISTÁN
SIRIA
IRAK
TURKMENISTÁN
KIRGUISTÁN
TAYIKISTÁN
IRÁN
AFGANISTÁN
C



Á R T I C O
EE.UU.
Alaska
División Europa–Asia
Frontera estatal
Frontera en disputa
Estrecho de Bering
Sévernaya Zemliá
Islas de Novosibirks
Círculo Ártico
Mar de Bering
i b e r i a
Península de Kamchatka
Mar de Ojotsk
I A
Isla de Sajalín
Lago Baikal
Vladivostok
MONGOLIA
Mar de Japón
COREA DEL NORTE
COREA DEL SUR
JAPÓN
OCÉANO PACÍFICO
H I N A
Mar Amarillo
1.000 millas
1.000 km

Rusia es vasta. Muy vasta. Inmensa. Vasta en un orden que casi alcanza los dieciséis millones de kilómetros cuadrados y once husos horarios; es el país más grande del mundo.

Sus bosques, lagos, ríos, tundra helada, estepa, taiga y montañas son vastos. Semejante tamaño lleva mucho tiempo arraigado en nuestra conciencia colectiva. Allá donde estemos, se encuentra Rusia, quizá al este o al oeste, al norte o al sur. Sea como sea, ahí está el Oso Ruso.

No es por azar que el oso simboliza tan inmensa nación. Ahí yace, a veces hibernando, a veces gruñendo, majestuoso pero feroz. Los rusos se muestran cautelosos a la hora de llamar al animal por su nombre, temerosos de despertar su lado oscuro. Prefieren llamarlo *medved*, «aquel al que le gusta la miel».

Al menos 120.000 de estos *medveds* viven en un país montado a horcajadas sobre Europa y Asia. Al oeste de las montañas que conforman los Urales encontramos la Rusia europea. Al este de las mismas se halla Siberia, que se extiende hasta el mar de Bering y el océano Pacífico. Cruzarlo en tren requiere de seis días en pleno siglo XXI. Los líderes de Rusia deben tomar en consideración estas distancias y diferencias a la hora de diseñar sus políticas. Desde hace siglos llevan mirando en todas direcciones pero concentrándose sobre todo en el oeste.

Cuando los escritores buscan llegar al corazón del oso con frecuencia recurren a la célebre observación que hizo Winston Churchill en 1939: «Es un acertijo envuelto en un misterio

que está dentro de un enigma». Sin embargo, son pocos los que completan la frase, que acaba diciendo: «Pero quizá exista una llave. Esa llave es el interés nacional de Rusia». Siete años después, Churchill usó esa llave para abrir su versión de la respuesta a ese acertijo al afirmar: «Estoy convencido de que no hay nada que admiren más que la fortaleza y de que no hay nada por lo que sientan menos respeto que la debilidad, especialmente la debilidad militar».

Bien podría haber estado hablando sobre el liderazgo actual de Rusia, cuya naturaleza sigue siendo autoritaria y teniendo el interés nacional en su núcleo, pese a hallarse bajo el manto de la democracia.

Cuando Vladímir Putin no está pensando en Dios y las montañas, está pensando en pizza. En concreto en la forma de un trocito de pizza: una porción.

El extremo delgado de esta porción es Polonia. En ella, la vasta llanura nordeuropea, que abarca desde Francia a los Urales (unos 1.600 kilómetros de norte a sur que levantan una barrera natural entre Europa y Asia), solo comprende unos 500 kilómetros de ancho. Se extiende desde el mar Báltico en el norte a los montes Cárpatos en el sur. La llanura nordeuropea comprende todo el oeste y norte de Francia, Bélgica, los Países Bajos, el norte de Alemania y casi toda Polonia.

Desde la perspectiva de Rusia, esto supone una espada de doble filo. Polonia representa un corredor bastante estrecho por el que podría movilizar tropas en caso de necesidad, es decir, para evitar el avance de un enemigo hacia Moscú. Pero a partir de aquí, la porción comienza a ensancharse: al llegar a la frontera rusa, su anchura ha alcanzado los 3.200 kilómetros y su aspecto es llano hasta Moscú y más allá. Incluso disponiendo de un ejército numeroso, resultaría complicado defender esta línea con solidez. De todas maneras, Rusia jamás ha sido conquistada por este flanco, en parte debido a su comple-

jidad estratégica. En el momento en que un ejército se planta a las puertas de Moscú, se encuentra ya con enormes líneas de abastecimiento imposibles de mantener, un error que Napoleón cometió en 1812 y que Hitler repitió en 1941.

De idéntico modo, la geografía protege a Rusia por el Extremo Oriente. Resulta difícil conseguir que un ejército se desplace desde Asia hacia la Rusia asiática: hay poco contra lo que combatir excepto la nieve y no se puede llegar más allá de los Urales. Se acabaría dominando un territorio gigantesco en condiciones muy adversas, con líneas de abastecimiento extensas y el riesgo permanente de un contraataque.

Uno puede pensar que a nadie se le va a ocurrir invadir Rusia, pero no es así como lo ven los rusos, y con razón. En los últimos quinientos años han sido invadidos varias veces por el oeste. Los polacos llegaron cruzando la llanura nordeuropea en 1605, seguidos por los suecos comandados por Carlos XII en 1708, los franceses con Napoleón al frente en 1812 y los alemanes por partida doble, en ambas guerras mundiales, en 1914 y 1941. Mirándolo desde otro ángulo: si contamos desde la invasión napoleónica de 1812, e incluimos esta vez la guerra de Crimea de 1853-1856, hasta desembocar en 1945, los rusos han tenido que combatir al enemigo, en el interior o en los alrededores de la llanura nordeuropea, una vez cada treinta y tres años.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, los rusos ocuparon el territorio arrebatado a los alemanes en Europa central y oriental, parte del cual pasó a formar parte de la URSS, la cual empezó a parecerse a marchas forzadas al viejo Imperio ruso. En 1949, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) se formó a partir de la asociación de diversos Estados europeos y norteamericanos con el propósito de defender Europa y el Atlántico Norte de los peligros derivados de la hostilidad soviética. La mayoría de los Estados

comunistas de Europa, bajo el liderazgo ruso, respondieron formando el Pacto de Varsovia en 1955, un tratado de defensa militar y de asistencia mutua. En teoría, el Pacto estaba forjado en hierro, pero en retrospectiva quedó claro que a principios de la década de 1980 ya se estaba oxidando, y tras la caída del Muro de Berlín en 1989 se hizo añicos.

El presidente Putin no es fan del último presidente soviético, Mijaíl Gorbachov. Le acusa de haber debilitado la seguridad de Rusia y ha calificado el desmoronamiento de la antigua Unión Soviética en los años noventa como «uno de los desastres geopolíticos más colosales del siglo».

Desde entonces, Rusia ha observado con ansiedad los acercamientos constantes de la OTAN a su área de influencia, pues ha ido incorporando a su órbita países que Rusia sostiene que la OTAN le prometió que nunca se integrarían: la República Checa, Hungría y Polonia en 1999, Bulgaria, Estonia, Letonia, Rumanía y Eslovaquia en 2004, y Albania en 2009. La OTAN asegura que jamás realizó tales promesas.

Como cualquier superpotencia, Rusia piensa en términos de los próximos cien años y entiende que en ese período cualquier cosa puede ocurrir. ¿Quién habría imaginado hace un siglo que Estados Unidos tendría fuerzas militares desplegadas en Polonia, a unos pocos centenares de kilómetros de Moscú, y en los Países Bálticos? En 2004, transcurridos apenas quince años desde 1989, todos los Estados del antiguo Pacto de Varsovia salvo Rusia formaban parte de la OTAN o de la Unión Europea.

Moscú ha tomado buena nota de ello y también de la historia rusa.

Como concepto, Rusia se remonta al siglo IX y a una deslavazada federación de tribus eslavas orientales conocida como Rus de Kiev, con base en Kiev y otros pueblos a lo largo del río Dniéper en lo que hoy conforma Ucrania. Durante

la expansión de su imperio, los mongoles lanzaron continuos ataques sobre la región desde el sur y el este, hasta que finalmente la conquistaron en el siglo XIII. La incipiente Rusia se asentó en el noreste, en la ciudad de Moscú y sus alrededores. Esta Rusia primigenia, conocida como el Gran Principado de Moscú, resultaba indefendible. No contaba con montañas ni desiertos, y solo con un puñado de ríos. La llanura se extendía en todas direcciones y al otro lado de la estepa, al sur y al este, estaban los mongoles. El invasor podía avanzar por donde se le antojara y la naturaleza proveía escasas posiciones defensivas que ocupar.

Al entrar en la escena política, Iván el Terrible, el primer zar, llevó a la práctica la idea del ataque como defensa —por ejemplo, empezando una expansión a base de consolidar el territorio y solo entonces salir al exterior—. Esto condujo a la grandeza. Nos encontramos frente a un hombre que practicaba la teoría de que los individuos pueden cambiar la historia. Sin su carácter despiadado y su visión, la historia de Rusia habría sido muy diferente.

La Rusia en gestación había dado inicio a una expansión moderada bajo el abuelo de Iván el Terrible, Iván el Grande, que se aceleró tras la llegada al poder del joven Iván en 1533. Avanzó hacia al este por los montes Urales, hacia el sur por el mar Caspio y hacia el norte en dirección al círculo polar ártico. Ganó acceso al mar Caspio y luego al mar Negro, sirviéndose de las montañas del Cáucaso como barrera parcial entre él y los mongoles. Se construyó una base militar en Chechenia para frenar las incursiones de sus atacantes, ya fueran la Horda de Oro mongola, el Imperio otomano o los persas.

Aunque se produjeron reveses, Rusia consiguió, a lo largo del siglo siguiente, avanzar más allá de los Urales y penetrar en Siberia hasta acabar incorporando todo el territorio que conducía a la costa del Pacífico, muy hacia al este.

Los rusos disponían ahora de una zona de contención y de un *hinterland* —es decir, de recursos estratégicos— a los que replegarse en caso de invasión. Nadie iba a atacarlos en bloque por el mar Ártico, ni acometería el cruce de los Urales para darles alcance. Su territorio se estaba convirtiendo en la Rusia que hoy conocemos, y para llegar hasta ella desde el sur o el sudeste se necesitaba un gran ejército, una línea de abastecimiento muy extensa y superar posiciones defensivas.

En el siglo XVIII, Rusia —bajo Pedro el Grande, fundador del Imperio ruso en 1721, y luego bajo la emperatriz Catalina la Grande— miró hacia el oeste, expandiendo su imperio hasta convertirse en una de las grandes potencias europeas, con el comercio y el nacionalismo como principales fuerzas impulsoras. Dotada de mayor seguridad y poder, Rusia fue capaz de ocupar Ucrania y llegar a los Cárpatos. Se adueñó de la mayor parte de lo que hoy llamamos Estados bálticos: Lituania, Letonia y Estonia. De esta forma quedaba protegida de cualquier incursión desde esa zona, ya fuera por tierra o por el mar Báltico.

Alrededor de Moscú se desplegaba un anillo gigantesco que constituía el corazón del país. Arrancaba en el Ártico, descendía a través de la región del Báltico, cruzaba Ucrania, los Cárpatos, el mar Negro, el Cáucaso y el mar Caspio, y ascendía de nuevo por los Urales, que se extendían hasta el círculo polar ártico.

En el siglo XX, la Rusia comunista creó la Unión Soviética. Bajo el lema «Proletarios del mundo, uníos», la URSS no era más que el Imperio ruso a gran escala. Después de la Segunda Guerra Mundial se extendía del Pacífico a Berlín, del Ártico a las fronteras de Afganistán: una superpotencia económica, política y militar con Estados Unidos como único rival.

Rusia es el país más grande del mundo, tiene dos veces el tamaño de Estados Unidos y de China, cinco veces el de India,

veinticinco veces el de Reino Unido. De todos modos, cuenta con una población relativamente pequeña, de unos 144 millones, menor que la de Nigeria o Pakistán. Su temporada de cultivo es corta y debe esforzarse por distribuir adecuadamente las cosechas por los once husos horarios que se gobiernan desde Moscú.

Rusia, hasta los Urales, es una potencia europea por lindar con Europa continental, pero no es una potencia asiática pese a delimitar con Kazajistán, Mongolia, China y Corea del Norte, y mantener fronteras marítimas con varios países, incluidos Japón y Estados Unidos.

La excandidata a la vicepresidencia estadounidense Sarah Palin fue ridiculizada cuando se informó que había declarado: «Uno puede ver Rusia desde tierra aquí en Alaska», una frase que los medios de comunicación transformaron en: «Puedo ver Rusia desde mi casa». Lo que realmente dijo fue: «Uno puede ver Rusia desde tierra aquí en Alaska, desde una isla de Alaska». Llevaba razón. Existe una isla rusa en el estrecho de Bering que está situada a unos cuatro kilómetros de una isla estadounidense en el mismo estrecho, la Diómedes Menor, distinguible a simple vista. Por lo tanto, es cierto que desde Estados Unidos se puede ver Rusia.

En un punto muy elevado de los Urales hay una cruz que señala dónde termina Europa y empieza Asia. Con el cielo despejado supone un bello enclave que, entre los abetos, permite abarcar con la mirada muchos kilómetros hacia el este. En invierno está cubierto de nieve, igual que la llanura de Siberia que se extiende debajo hasta la ciudad de Ekaterimburgo. A los turistas les gusta visitarlo para colocar un pie sobre Europa y otro sobre Asia. Sirve de recordatorio de lo inmensa que es Rusia cuando se advierte que, para ver esa cruz, apenas se ha cubierto una cuarta parte del territorio del país. Puede que se hayan recorrido unos 2.400 kilómetros desde San Pe-

tersburgo, a través de Rusia occidental, hasta alcanzar los Urales, pero aún quedan otros 7.200 kilómetros que cubrir antes de llegar al estrecho de Bering, y a un hipotético avistamiento de la señora Palin, frente a Alaska en Estados Unidos.

Poco después de la caída de la Unión Soviética, estuve en los Urales, en ese punto en el que Europa se convierte en Asia, acompañado de un equipo de filmación ruso. El cámara era un veterano de la profesión, taciturno, estoico y canoso, amén de hijo de un antiguo cámara del Ejército Rojo que había filmado mucho material durante el asedio alemán a Stalingrado. Le pregunté: «¿Te consideras europeo o asiático?». Tras meditar durante unos segundos, respondió: «Ni lo uno ni lo otro. Soy ruso».

Con independencia de sus credenciales europeas, Rusia no es una potencia asiática por múltiples razones. Aunque un 75 por ciento de su territorio se encuentra en Asia, solo un 22 por ciento de su población vive en ella. Puede que Siberia sea el cofre del tesoro de Rusia al contener la mayor parte de sus riquezas minerales, petróleo y gas, pero también es una tierra inclemente, donde uno se congela durante meses, de bosques vastos (la taiga), terrenos pobres para la labranza y grandes zonas pantanosas. Solo dos redes ferroviarias van del oeste al este: el Transiberiano y la línea Baikal-Amur. Son contadas las rutas de transporte que llevan de norte a sur, lo que significa que Rusia no lo tiene fácil para exportar energía en dirección sur, hasta la Mongolia moderna o China: carece de la mano de obra y de las líneas de abastecimiento para conseguirlo.

A largo plazo es posible que China llegue a controlar partes de Siberia, pero esto sería resultado del descenso de la natalidad rusa y de los movimientos migratorios chinos hacia el norte. Ahora mismo, en un punto tan al oeste como es la llanura de Siberia Occidental, entre los Urales al oeste y el río Yenisei a unos 1.600 kilómetros al este, uno se encuentra con

restaurantes chinos en la mayoría de las ciudades y pueblos. Pronto habrá muchos otros negocios. Es aún más probable que las desiertas y crecientemente despobladas regiones del Lejano Oriente de Rusia estén llamadas a verse bajo el control cultural de China y, con el tiempo, del político.

Cuando uno sale del corazón de Rusia, buena parte de la población de la Federación Rusa no es étnicamente rusa y no muestra mucha lealtad hacia Moscú, lo que activa un sistema de seguridad agresivo, parecido al de los tiempos soviéticos. La Rusia soviética era una potencia colonial que mandaba sobre naciones y personas que no sentían vínculo alguno con sus amos. Partes de la Federación Rusa —por ejemplo, Chechenia y Daguestán— siguen sintiéndose así.

A finales del siglo pasado, la suma de expansión desmedida, despilfarro, políticas económicas aberrantes en un territorio no diseñado para las personas y la derrota en las montañas de Afganistán desembocaron en la caída de la URSS. El Imperio ruso se encogió hasta regresar, más o menos, a las medidas de la era precomunista con sus fronteras europeas deteniéndose en Estonia, Letonia, Bielorrusia, Ucrania, Georgia y Azerbaiyán. La invasión soviética de Afganistán en 1979, en apoyo del Gobierno comunista afgano contra las guerrillas musulmanas anticomunistas, nunca tuvo como objetivo llevar los parabienes del marxismo-leninismo al pueblo afgano. La idea era asegurarse de que Moscú controlaba la zona para prevenir que lo hiciera otro.

De forma crucial, la invasión de Afganistán también dio alas al gran sueño ruso de que su ejército pudiera «lavarse las botas en las cálidas aguas del océano Índico» según expresión del político ultranacionalista ruso Vladímir Zhirinovski, y conseguir así lo que nunca tuvo: un puerto de aguas cálidas, donde el agua no se congela en invierno, y acceso libre a las principales rutas comerciales del mundo. Los puertos situados en el

Ártico, como es el caso de Múrmansk, se congelan cada año durante varios meses: Vladivostok, el mayor puerto ruso del océano Pacífico, queda bloqueado cuatro meses por efecto del hielo y se halla cercado por el mar de Japón, bajo dominio japonés. Esto no solo interrumpe el flujo mercantil, sino que impide a la flota rusa operar como una potencia global. Además, el transporte marítimo es mucho más económico que el terrestre y el aéreo.

De todas formas, las imponentes llanuras de Kandahar y las montañas de Hindú Kush han parado los pies a todas las potencias invasoras en Afganistán, lo que le ha granjeado el apodo de «Cementerio de los Imperios». La experiencia afgana recibe en ocasiones el calificativo de «el Vietnam de Rusia»; el sueño de Moscú de poseer rutas marítimas a aguas cálidas se ha visto diluido desde entonces, y quizá en estos momentos esté más lejos de cumplirse que en los últimos doscientos años.

Carecer de un puerto de aguas cálidas con acceso directo a los océanos ha sido siempre el talón de Aquiles de Rusia, de una relevancia estratégica tan significativa como la llanura nordeuropea. Rusia adolece de desventajas geográficas y si su poder no es menor, se debe a sus reservas de petróleo y gas. No es de extrañar que, en su testamento de 1725, Pedro el Grande aconsejara a sus descendientes: «Acercaos cuanto sea posible a Constantinopla y a India. Sus gobernantes serán los verdaderos soberanos del mundo. En consecuencia, azuzad guerras continuas, no solo en Turquía sino en Persia... Penetrad hasta el golfo Pérsico, avanzad hasta India».

Cuando la Unión Soviética se derrumbó, se desgajó en quince países. La geografía se vengó de la ideología de los soviéticos y de nuevo emergió un dibujo más lógico en el mapa, aquel en el que las montañas, los ríos, los lagos y los mares delineaban dónde vivía la gente y dónde los unos se separaban de los otros y, como resultado, cuáles eran las lenguas y costumbres que cada cual de-

sarrollaba. La excepción a esta regla eran los países con nombres acabados en –stan, caso de Tayikistán, cuyas fronteras fueron establecidas por el propio Stalin para debilitar a cada Estado al asegurarse de que incluyera amplias minorías de otros Estados.

Si uno adopta la visión a largo plazo que concede la historia —lo que hace la mayoría de los diplomáticos y estrategas militares—, todo sigue en el aire para cada uno de los ex Estados de la URSS y algunos de los miembros de la antigua alianza militar del Pacto de Varsovia. Su situación puede dividirse en tres tipologías: los neutrales, los prooccidentales y los prorrusos.

Los países neutrales —Uzbekistán, Azerbaiyán y Turkmenistán— son aquellos con menos motivos para aliarse con Rusia u Occidente. Ello se debe a que los tres producen su propia energía, al tiempo que su seguridad y sus relaciones comerciales no dependen de ninguno de los dos bandos.

En la esfera prorrusa se encuentran Kazajistán, Kirguistán, Turkmenistán, Bielorrusia y Armenia. Su economía está ligada a la de Rusia de un modo similar a la de Ucrania oriental (otra de las razones para la rebelión allí). El más grande de ellos, Kazajistán, ha tendido puentes diplomáticos con Rusia y la extensa minoría rusa que acoge está bien integrada. De los cinco países, todos excepto Tayikistán se han unido a Rusia en la nueva Unión Económica Euroasiática (una suerte de Unión Europea de segunda fila), la cual celebró su primer aniversario en enero de 2016. Y todos ellos conforman una alianza militar con Rusia bautizada como Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC). La OTSC sufre el menoscabo de carecer de un nombre pronunciable y de ser un Pacto de Varsovia descafeinado. Rusia mantiene tropas militares en Kirguistán, Tayikistán y Armenia.

Por otro lado están los países prooccidentales que antes formaban parte del Pacto de Varsovia y que hoy son miembros de la OTAN y/o la Unión Europea: Polonia, Letonia,

Lituania, Estonia, la República Checa, Bulgaria, Hungría, Eslovaquia, Albania y Rumanía. No es casualidad que muchos de ellos sean los que más sufrieron bajo el yugo soviético. Añádanseles Georgia, Ucrania y Moldavia, que desearían ingresar en ambas organizaciones, pero se las ha mantenido a distancia por su proximidad a Rusia y porque las tres cuentan con tropas rusas o milicias prorrusas en su territorio. Si cualquiera de ellas entrara a formar parte de la OTAN, podría desencadenarse una guerra.

Todo lo dicho explica por qué en 2013, cuando las batallas políticas por el destino de Ucrania se recrudecían, Moscú prestaba mucha atención.

Mientras en Kiev hubiera un Gobierno de ascendiente prorruso, los rusos podían estar tranquilos de que su zona de contención permanecería intacta y protegería la llanura nordeuropea. Incluso una Ucrania neutral que prometiera no ingresar en la UE ni en la OTAN, así como respetar el usufructo que Rusia tiene del puerto de aguas cálidas de Sebastopol, en Crimea, resultaría aceptable. Que Ucrania dependiera energéticamente de Rusia convertía en aceptable su posicionamiento neutral, aunque resultara irritante. Ahora bien, ¿una Ucrania prooccidental con ambiciones de unirse a las dos grandes alianzas occidentales y que sembrara dudas sobre el acceso de Rusia a su puerto en el mar Negro? Eso sería intolerable.

El presidente de Ucrania, Víktor Yanukóvich, intentó jugar a dos bandas. Flirteó con Occidente pero rindió tributo a Moscú, de aquí que Putin lo tolerara. Cuando estuvo cerca de firmar un acuerdo comercial de envergadura con la Unión Europea, el cual podía acabar derivando en su adhesión, Putin empezó a apretarle las tuercas.

Para los altos mandos de las relaciones exteriores de Rusia, ser miembro de la UE supone la antesala de la OTAN, y para Rusia, el ingreso de Ucrania en la OTAN supone una línea

roja. Putin aumentó su presión sobre Yanukóvich, le hizo una oferta que este escogió no rechazar, y el presidente ucraniano rompió su acuerdo con la UE e hizo un pacto con Moscú, desencadenando las protestas que conducirían a su derrocamiento.

Los alemanes y los estadounidenses respaldaron a los partidos de la oposición. Berlín vio en Vitali Klichkó, excampeón mundial de boxeo reconvertido en político, a su hombre. Occidente atraía intelectual y económicamente a Ucrania hacia sí, mientras ayudaba a los ucranianos prooccidentales a avanzar en su causa a base de formar y financiar a algunos de los partidos democráticos de la oposición.

Los enfrentamientos callejeros se desencadenaron en Kiev y crecieron las protestas a lo largo y ancho del país. En el este, la multitud salió en defensa del presidente, mientras que en el oeste, en ciudades como Leópolis (que antes formó parte de Polonia), estaban ocupados en desembarazarse de cualquier influencia prorrusa.

A mediados de febrero de 2014, Leópolis y otras áreas urbanas dejaron de estar controladas por el Gobierno. El 22 de febrero, después de docenas de muertos en Kiev, el presidente abandonó el país al temer por su vida. Facciones antirrusas, algunas prooccidentales y otras profascistas, se hicieron con el poder. Desde ese momento, la suerte estuvo echada. Al presidente Putin no le quedaba otro remedio que anexionarse Crimea. Esta no solo acogía a muchos ucranianos rusoparlantes sino también algo mucho más relevante: el puerto de Sebastopol.

Este imperativo geográfico, y el desplazamiento global de la OTAN hacia el este, era precisamente lo que Putin tenía en mente cuando, en el marco de un discurso sobre la anexión, declaró: «Rusia se encontró en una posición de la que no podía hacer marcha atrás. Si uno aplasta un muelle hasta el fondo, revertirá con fuerza a su estado original. Esto es algo que jamás debemos olvidar».

Sebastopol es el único puerto de aguas cálidas de grandes dimensiones con el que cuenta Rusia. De todos modos, el acceso al Mediterráneo desde el mar Negro está restringido desde la Convención de Montreal de 1936 que concedió a Turquía —hoy miembro de la OTAN— el control sobre el Bósforo. Buques de la Armada rusa navegan por el estrecho, si bien en pequeños grupos, aunque no se les permitiría hacerlo de producirse un conflicto. Incluso después de cruzar el Bósforo, los rusos deberían navegar por el mar Egeo para poder acceder al Mediterráneo, y cruzar el estrecho de Gibraltar de cara a desembocar en el océano Atlántico, o bien obtener autorización para descender por el canal de Suez para alcanzar el océano Índico.

Los rusos disponen de una presencia naval modesta en Tartús, en la costa mediterránea de Siria (esto explica en parte su apoyo al Gobierno sirio cuando estallaron los enfrentamientos en 2011), pero se trata de una base de suministros y reabastecimiento limitada, no de una flota potente.

Otro problema estratégico es que, en caso de guerra, los rusos tampoco podrían salir del mar Báltico por culpa del estrecho de Skagerrak, que conecta con el mar del Norte. El paso, de escasa amplitud, está bajo el control de dos miembros de la OTAN, Dinamarca y Noruega. Pero incluso si los buques consiguieran atravesarlo, la ruta hacia el Atlántico pasa por lo que se conoce como la Brecha GIUK (Groenlandia/Islandia/Reino Unido) en el mar del Norte (sobre la que volveremos al hablar de Europa Occidental).

Los rusos no han perdido el tiempo tras la anexión de Crimea. Están construyendo la flota del mar Negro en Sebastopol y un nuevo puerto marítimo en la ciudad rusa de Novorosíisk. Pese a que su dársena natural no tiene mucha profundidad, les otorgará una capacidad extra. Se han encargado ochenta barcos nuevos y varios submarinos. La flota seguirá incapacitada

para abandonar el mar Báltico durante un conflicto bélico, si bien su volumen está aumentando.

Para contrarrestar la situación, es de esperar que, a lo largo de la próxima década, veamos a Estados Unidos azuzando a Rumanía, uno de sus socios en la OTAN, para que incremente su flota en el mar Negro, y confiando en Turquía para mantener el control en el Bósforo.

Crimea formó parte de Rusia durante dos siglos, antes de ser transferida a la república soviética de Ucrania en 1954 por el presidente Jruschov. En aquel momento se creía que los soviéticos se perpetuarían, lo que significaba estar bajo el control de Moscú para siempre. Cuando Ucrania dejó de ser soviética, e incluso prorrusa, Putin fue consciente de que la situación exigía un cambio. ¿Lo sabían los diplomáticos occidentales? En caso negativo, desconocían la primera norma de la «diplomacia»: frente a cualquier amenaza existencial, una gran potencia hará uso de la fuerza. En caso afirmativo, probablemente consideraron que la anexión de Crimea por Putin era un precio que merecía la pena pagar con el fin de atraer a Ucrania a la Europa moderna y a la esfera de influencia occidental.

Una visión generosa sería considerar que Estados Unidos y Europa deseaban dar la bienvenida a Ucrania al mundo democrático en calidad de miembro de pleno derecho de sus instituciones liberales y colocarla bajo el imperio de la ley, contra lo que Moscú poco podía hacer. Esta visión no tiene en cuenta el hecho de que la geopolítica sigue existiendo en el siglo XXI ni que Rusia no opera bajo el imperio de la ley.

Enardecido, el nuevo Gobierno interino de Ucrania se apresuró a realizar algunos anuncios imprudentes, no siendo el menor de ellos su intención de abolir el ruso como segunda lengua oficial en varias regiones. Dado que en ellas se concentraba la mayor parte de los rusoparlantes y el sentimiento

ruso era más acusado, Crimea incluida, el anuncio estaba llamado a desencadenar una reacción. También dio a Putin el argumento propagandístico de que los rusos étnicos dentro de Ucrania necesitaban ser protegidos.

El Kremlin cuenta con una ley que obliga a su Gobierno a proteger a los «rusos étnicos». La definición del término es intrínsecamente escurridiza ya que Rusia decide sobre la misma cada vez que estalla una crisis potencial en la antigua Unión Soviética. Cuando al Kremlin le convenga, el ruso étnico será definido sencillamente como aquel individuo que tenga el ruso como primera lengua. Otras veces se recurrirá a la nueva ley de ciudadanía, que establece que si tus abuelos residieron en Rusia y el ruso es tu lengua materna, tienes derecho a la ciudadanía rusa. Bajo estas condiciones, al surgir una crisis la gente estará más predispuesta a aceptar los pasaportes rusos con el fin de cubrirse las espaldas, lo que allanará el camino a Rusia para entrar en un conflicto.

Aproximadamente el 60 por ciento de la población de Crimea es «étnicamente rusa» por lo que el Kremlin se encontró con una puerta a la que apenas tuvo que darle un empujoncito. Putin respaldó las protestas anti-Kiev y causó tanto alboroto que al final «se vio en la obligación» de movilizar tropas desde los confines de la base naval hasta las calles para proteger a la gente. Las fuerzas militares ucranianas desplegadas en la zona carecían de recursos para contener a la gente y al ejército ruso, por lo que se retiraron enseguida. Una vez más, Crimea se convirtió *de facto* en parte de Rusia.

Se podría argumentar que Putin sí tenía elección: podría haber respetado la integridad territorial de Ucrania. Pero dado que jugaba con la suerte geográfica que Dios le había concedido a Rusia, esta, en realidad, no fue jamás una opción viable. No iba a convertirse en el «hombre que perdió Crimea» y con ella el único puerto digno de aguas cálidas al que su país tenía acceso.

Nadie salió al rescate de Ucrania mientras perdía un territorio equivalente al tamaño de Bélgica o del estado norteamericano de Maryland. Ucrania y sus vecinos eran conscientes de una verdad geográfica: si no se forma parte de la OTAN, Moscú está cerca y Washington D.C., lejos. Para Rusia se trataba de una cuestión existencial: no podía permitirse perder Crimea, mientras que Occidente sí.

La Unión Europea impuso sanciones limitadas. Limitadas porque diversos países europeos, Alemania entre ellos, dependen de la energía rusa para calentar sus hogares en invierno. Los oleoductos circulan de este a oeste y el Kremlin puede abrir y cerrar el grifo a su antojo.

El poder político detrás de la energía se hará patente una y otra vez en los años venideros, y se recurrirá al concepto de «rusos étnicos» para justificar cualquier movimiento de Rusia.

En un discurso de 2014, el presidente Putin se refirió brevemente a «Novorrusia» o «Nueva Rusia». Los que siguen atentamente los pasos del Kremlin respiraron hondo. Putin había resucitado el título geográfico concedido a lo que hoy conforma el sur y el este de Ucrania, zonas que Rusia había ganado al Imperio otomano durante el reinado de Catalina la Grande a finales del siglo XVIII. Catalina esparció población rusa por estas regiones y exigió que el ruso fuera el idioma oficial. «Novorrusia» no fue cedida a la naciente República Socialista Soviética de Ucrania hasta 1992. «¿Por qué? —se preguntó retóricamente Putin—. Que Dios los juzgue.» En su discurso enumeró las regiones ucranianas de Járkov, Lugansk, Donetsk, Jersón, Mykolaiv y Odesa, tras lo cual dijo: «Rusia perdió estos territorios por diversos motivos, pero la gente permaneció en ellos».

Varios millones de rusos étnicos siguen asentados en el interior de lo que fue la URSS, aunque fuera de Rusia.

No resulta sorprendente que, después de apoderarse de Crimea, Rusia se dedicara a espolear los levantamientos prorrusos en Lugansk y Donetsk, los corazones industriales de Ucrania oriental. A Rusia le sería muy sencillo movilizar tropas militares hasta la orilla oriental del río Dniéper en Kiev. Pero no le convienen los problemas que le acarrearía. Resulta mucho menos doloroso, y más económico, respaldar las turbulencias en las fronteras orientales de Ucrania y recordarle a Kiev quién controla los suministros de energía, con el fin de asegurarse que su encaprichamiento con el seductor Occidente no deriva en un matrimonio consumado en el altar de la UE o de la OTAN.

Facilitar apoyo encubierto a los levantamientos de Ucrania oriental también fue sencillo desde un punto de vista logístico y contó con el beneficio añadido de poder desmentirlo en los foros internacionales. Mentir de forma descarada frente a la gran cámara del Consejo de Seguridad de la Unión Europea es fácil si el oponente no dispone de pruebas concretas de esos actos. Y aún lo es más si no desea que existan pruebas concretas en caso de estar implicado de alguna manera. Muchos políticos occidentales respiraron aliviados y murmuraron bajito: «Gracias a Dios que Ucrania no es miembro de la OTAN o habríamos tenido que intervenir».

La anexión de Crimea mostró la disposición de Rusia a tomar medidas militares para defender sus intereses en las que considera sus «cercanas regiones foráneas». La no intervención de las potencias externas fue fruto de una apuesta razonable y eso que Crimea era «factible». Está cerca de Rusia, se le pueden enviar suministros a través del mar Negro y el mar de Azov, y puede contar con el apoyo interno de grandes masas de población de la península.

Rusia no ha acabado aún con Ucrania ni con ningún sitio. A menos que se sienta amenazada, probablemente no envíe

tropas a los Estados bálticos o más allá de sus posiciones actuales en Georgia. Pero sí que presionará para aumentar su poder en Georgia y no es descartable que emprenda acciones militares en un período tan volátil.

De todos modos, igual que las acciones de Rusia en su guerra con Georgia en 2008 fueron una advertencia a la OTAN para que no se acercara, el mensaje de la OTAN a Rusia en el verano de 2014 fue: «Hasta aquí has llegado en dirección oeste, ni un paso más». Un puñado de aviones de combate de la OTAN fueron enviados a los Estados bálticos, se anunciaron maniobras militares en Polonia y los norteamericanos empezaron a planificar el despliegue preventivo de armamento lo más cerca posible de Rusia. En paralelo, se multiplicaron las visitas de representantes de los ministros de Defensa y Asuntos Exteriores a los Estados bálticos, Georgia y Moldavia para garantizarles su apoyo.

Algunos comentaristas criticaron la reacción aduciendo que seis cazas Eurofighter Typhoon de la RAF sobrevolando el espacio aéreo del Báltico poco podían hacer por detener a las hordas rusas. Pero la reacción fue una medida diplomática y la señal que se quiso lanzar fue clara: la OTAN está preparada para combatir. No cabe duda de que debería estarlo porque, si fallara a la hora de reaccionar a un ataque contra un Estado miembro, de inmediato se revelaría obsoleta. A los norteamericanos —que ya dan muestras de escorar hacia una nueva política exterior que los haga sentir menos limitados por las estructuras vigentes y más dispuestos a forjar otras nuevas cuando lo consideren necesario— no les impresionan en absoluto los compromisos que han mostrado los países europeos para aumentar el gasto en defensa.

La postura de la OTAN respecto a los tres Estados bálticos está clara. Dado que todos son miembros de la Alianza, una agresión armada contra cualquiera de ellos por parte de

Rusia activaría el Artículo 5 del acta fundacional de la OTAN, según el cual: «Un ataque armado contra uno o más (de los Estados miembros de la OTAN) en Europa o Norteamérica se considerará un ataque contra el conjunto de ellos», y añade que la OTAN acudirá a su rescate en caso de necesidad. El Artículo 5 fue invocado después de los atentados terroristas en Estados Unidos del 11 de septiembre de 2001, abriendo camino para la intervención de la OTAN en Afganistán.

El presidente Putin es un estudioso de la historia. Da la impresión de haber aprendido la lección de los años soviéticos en los que Rusia se expandió demasiado y fue forzada a contraerse. Un ataque declarado sobre los Estados bálticos supondría también un ejercicio de expansión desmedida, en especial si la OTAN y sus cabecillas políticos se aseguran de que Putin capta sus señales. Sin embargo, a comienzos de 2016, el presidente ruso envió su propia señal. Cambió la redacción del plan sobre estrategia militar de Rusia a escala global y fue más allá de lo que se expresaba en los documentos sobre estrategia naval de 2015: por primera vez, Estados Unidos fue considerado una «amenaza externa» para Rusia.

Rusia no tiene que enviar una división armada a Letonia, Lituania o Estonia para influir en ellas, pero en caso de hacerlo, lo justificará asegurando que sus populosas comunidades rusas están siendo discriminadas. Tanto en Estonia como en Letonia, una de cada cuatro personas es étnicamente rusa, y en Lituania lo es el 5,8 por ciento de la población. En Estonia, los representantes rusos afirman que están infrarrepresentados en el Gobierno y que miles de ellos carecen de cualquier tipo de ciudadanía. Esto no significa que deseen formar parte de Rusia, pero es una de las palancas de las que puede tirar Rusia para influir en los acontecimientos.

Las poblaciones de habla rusa pueden ser azuzadas para enturbiar la situación. Ya existen partidos completamente ver-

tebrados que representan a muchas de ellas. Rusia también controla la calefacción central en los hogares bálticos. Puede fijar el precio de las facturas mensuales y, si así lo decide, cortar el suministro.

Rusia continuará defendiendo sus intereses en los Estados bálticos. Estos representan una de sus flaquezas defensivas desde el colapso de la URSS, una grieta en el muro que les gustaría que se levantara desde el mar Báltico, al sur, hasta los Urales, en dirección sudeste.

Esto nos lleva a otra brecha en el muro y a otra región que Moscú contempla como un Estado potencialmente neutral. El Kremlin no aparta la vista de Moldavia.

Moldavia plantea un desafío diferente para todas las partes. Si se planteara atacarla, Rusia necesitaría cruzar Ucrania, el río Dniéper y otra frontera soberana hasta poder alcanzarla. Sería factible —con un coste de vidas significativo y utilizando Odesa como escala—, pero resultaría imposible desmentir un ataque de estas características. Aunque probablemente no desencadenaría una guerra con la OTAN (Moldavia no es miembro), acarrearía unas sanciones contra Moscú de unas proporciones jamás vistas y confirmaría lo que este autor piensa que es ya una realidad: que el enfriamiento de las relaciones entre Rusia y Occidente nos sitúa ante una nueva guerra fría.

¿Por qué desearía Rusia hacerse con Moldavia? Porque allá donde los montes Cárpatos trazan una curva al sudoeste para convertirse en los Alpes de Transilvania, hacia el sudeste hay una llanura que conduce hasta el mar Negro. Esta llanura también puede verse como un corredor plano que penetra en Rusia. Y así como los rusos preferirían controlar la llanura nordeuropea por su flanco más estrecho, en Polonia, también les gustaría controlar la llanura junto al mar Negro —también conocida como Moldavia—, en la región antaño llamada Besarabia.



Un conjunto de países que en su día fueron miembros de la Unión Soviética aspira a estrechar lazos con Europa, pero en determinadas regiones, como Transnistria en Moldavia, que siguen siendo marcadamente prorrusas, existe potencial para futuros conflictos.

Tras la guerra de Crimea (entre Rusia y las fuerzas de Europa Occidental, que se aliaron para proteger a la Turquía otomana), el Tratado de París de 1856 devolvió partes de Besarabia a Moldavia, lo que supuso impedir el paso de Rusia al río Danubio. A Rusia le llevó casi un siglo recuperar el acceso al mismo, tras lo que el colapso de la URSS la obligó a retirarse de nuevo hacia el este.

En cualquier caso, Rusia ya controla parte de Moldavia: una región llamada Transnistria, al este del río Dniéster que marca la frontera con Ucrania. Stalin demostró su astucia al instalar en ella a numerosos rusos, igual que había hecho en Crimea tras la deportación de buena parte de la población tártara.

La Transnistria de hoy es al menos 50 por ciento rusa, o bien ucranianoparlante, es decir, prorrusa. Cuando Moldavia se independizó en 1991, la población rusoparlante se rebeló y, tras un corto período de enfrentamientos, se escindió y autoproclamó la República de Transnistria. El hecho de que Rusia contara con tropas estacionadas allí jugó a su favor. A día de hoy aún quedan 2.000 soldados desplegados.

Un avance militar ruso en Moldavia parece improbable, pero el Kremlin puede utilizar, y utiliza, su músculo económico y la situación volátil en Transnistria para intentar influir en el Gobierno de Moldavia con el fin de evitar su ingreso en la UE y la OTAN.

Moldavia depende energéticamente de Rusia, sus cosechas se envían al este y las importaciones rusas del excelente vino moldavo sufren alzas y bajas en función del momento que atraviesan las relaciones entre ambos países.

Frente a Moldavia, al otro lado del mar Negro, se encuentra otra nación vinicultora: Georgia. Dos motivos explican que no se cuente entre los lugares cuyo control prioriza Rusia. En primer lugar, la guerra entre Georgia y Rusia de 2008 provocó que una gran parte de su territorio quedara ocupado por tropas rusas, que hoy ejercen un control total sobre Abjasia y Osetia del Sur. En segundo lugar, yace al sur de las montañas del Cáucaso y Rusia también dispone de tropas en la vecina Armenia. Moscú preferiría contar con una capa más de esa zona neutral, pero puede vivir sin ocupar el resto de Georgia. La situación podría cambiar si Georgia diera muestras de estar cerca de convertirse en miembro de la OTAN. Esto explica precisamente que los gobiernos de la OTAN le hayan mostrado su rechazo, al querer evitar el conflicto insalvable que acarrearía con Rusia.

La mayoría de la población de Georgia desearía reforzar los lazos con los países de la UE, pero la conmoción que supu-

so la guerra de 2008, cuando el presidente Mijeíl Saakashvili creyó ingenuamente que los estadounidenses quizá acudirían a su rescate después de que provocara a los rusos, ha llevado a muchos a pensar que es preferible no correr riesgos. En 2013 eligieron a un Gobierno y a un presidente, Giorgi Margvelashvili, mucho más conciliadores con Moscú. Igual que ocurre en Ucrania, la población es consciente de forma instintiva de la perogrullada con la que está familiarizada toda la región: que Washington está muy lejos y Moscú, cerca.

Misiles nucleares aparte, las armas más poderosas de Rusia en estos momentos no son su ejército ni su fuerza aérea, sino el gas y el petróleo. Solo Estados Unidos la supera como principal proveedor mundial de gas natural y, por descontado, Rusia juega con esta baza a su favor. A mejores relaciones con Rusia, menos se paga por su energía. Por ejemplo, el acuerdo obtenido por Finlandia es mejor que el de los Estados bálticos. Esta política se ha desplegado con tal agresividad, y Rusia tiene tan controladas las necesidades energéticas de Europa, que hay medidas en marcha para intentar amortiguar el impacto. Muchos países europeos están procurando liberarse de esta dependencia de la energía rusa, no mediante oleoductos y gasoductos de países menos hostiles, sino construyendo puertos.

De media, un 25 por ciento del gas y del petróleo de Europa proceden de Rusia, pero con frecuencia, cuanto más cerca de Moscú se encuentra un país, mayor es su dependencia. Esto representa a su vez una limitación del margen de maniobra en las relaciones exteriores. Letonia, Eslovaquia, Finlandia y Estonia dependen completamente del gas ruso. La República Checa, Bulgaria y Lituania, al 80 por ciento. Grecia, Austria y Hungría, al 60 por ciento. En torno a la mitad del consumo de gas de Alemania procede de Rusia, lo que, junto con numerosos acuerdos comerciales, explica por qué los políticos

alemanes no se apresuran a criticar el comportamiento agresivo del Kremlin del modo en que lo hace Reino Unido, cuya dependencia es solo del 13 por ciento, amén de contar con su propia industria gasífera, dotada de reservas capaces de garantizar hasta nueve meses de suministro.

Existen diversos conductos de envergadura que salen de Rusia para dirigirse de este a oeste, algunos son oleoductos y otros gasoductos. Los segundos son los más importantes.

Al norte, a través del mar Báltico, se encuentra la ruta Nord Stream, que conecta directamente con Alemania. Bajo la misma, cruzando por Bielorrusia, está el conducto de Yamal, que abastece a Polonia y Alemania. Al sur se halla el Blue Stream, que transporta gas hasta Turquía a través del mar Negro. Hasta principios de 2015 existía un proyecto llamado South Stream, que debía emplear la misma ruta, si bien ramificándose hacia Hungría, Austria, Serbia, Bulgaria e Italia. El South Stream suponía el intento de Rusia de asegurarse de que, incluso durante el transcurso de sus disputas con Ucrania, seguiría contando con una ruta de peso hacia grandes mercados de Europa Occidental y los Balcanes. Varios países de la UE presionaron a sus vecinos para que rechazaran el plan y Bulgaria acabó por darle el tiro de gracia al declarar que los conductos no cruzarían su territorio. El presidente Putin reaccionó ofreciéndole a Turquía una nueva propuesta, a la que algunos se han referido como Turk Stream.

Los proyectos South Stream y Turk Stream, ideados por Rusia para circunvalar Ucrania, fueron la reacción a las disputas por el precio del gas que enfrentaron a ambos Estados entre 2005 y 2010, las cuales desembocaron en puntuales cortes de suministro a dieciocho países. Aquellas naciones europeas llamadas a beneficiarse del South Stream se mostraron visiblemente más contenidas a la hora de criticar a Rusia durante la crisis de Crimea en 2014.

Aquí es donde hacen su aparición los norteamericanos con una estrategia cien por cien beneficiosa para Estados Unidos y Europa. Al advertir que Europa necesita gas, y no queriendo parecer débiles en política exterior en comparación con Rusia, los norteamericanos creen tener la respuesta. El auge espectacular en la producción de gas pizarra en Estados Unidos no solo les está permitiendo ser autosuficientes en materia energética, sino vender el excedente a uno de los mayores consumidores de energía: Europa.

Para llevarlo a cabo, el gas necesita ser licuado y transportado a través del Atlántico. Esto requiere a su vez de la construcción de terminales de gas natural licuado (GNL) y de puertos a lo largo de las líneas de costa europeas para recibir los cargamentos y convertirlos en gas. Washington ya ha puesto en marcha la aprobación de licencias para centros de exportación y Europa ha arrancado con un proyecto a largo plazo para construir más terminales de GNL. Polonia y Lituania están construyendo terminales de GNL. Otros países, como la República Checa, quieren tender acueductos que conecten con estas terminales, conscientes de que no solo se beneficiarían del gas licuado de Estados Unidos, sino también de los suministros provenientes del norte de África y de Oriente Medio. El Kremlin ya no podría cerrar el grifo.

Frente a esta amenaza a largo plazo, los rusos han señalado que el gas de conducto es más barato que el GNL, y el presidente Putin, con una expresión de «en qué me he equivocado» en el rostro, ha recordado que Europa ya cuenta con una fuente de gas económica y fiable proveniente de su país. Resulta improbable que el GNL acabe reemplazando por completo el gas ruso, pero rebajará la debilidad negociadora de Europa en términos de precios y de política exterior. Rusia se prepara para una potencial reducción de beneficios proyectando gasoductos en dirección sudeste y aspira a incrementar el volumen de sus ventas a China.

Esta es una batalla económica basada en la geografía y un ejemplo moderno de cómo la tecnología está siendo utilizada para intentar superar las limitaciones geográficas de épocas pretéritas.

Mucho se habló acerca de las penalidades económicas que sufrió Rusia en 2014 a raíz de la caída del precio del barril de petróleo por debajo de los cincuenta dólares, descenso aún más acusado en 2015. El presupuesto de Moscú para 2016 y el gasto previsto para 2017 se basaban en precios acordes a los cincuenta dólares por barril. Aunque Rusia empezó a extraer cantidades récord de petróleo, es consciente de que no va a poder cuadrar sus cuentas. Rusia pierde 2.000 millones de dólares de ingresos por cada dólar que baja el precio del petróleo, y la economía rusa acusó fuertemente el golpe, lo que repercutió con crudeza en la población general, si bien las predicciones en torno al colapso del Estado quedaron muy lejos de cumplirse. Rusia luchará para financiar el enorme aumento de su gasto militar. Pese a las dificultades que se le plantean, el Banco Mundial predice que en la segunda mitad de esta década su economía crecerá ligeramente. Si las vastas reservas de petróleo recientemente descubiertas en el mar de Kara, en el Ártico, pueden transportarse hasta el mar, el crecimiento puede dispararse.

Lejos del corazón de la patria, Rusia tiene una influencia política global y hace buen uso de ella, notablemente en Sudamérica, donde confraterniza con cualquier país que mantenga malas relaciones con Estados Unidos, caso de Venezuela. Intenta controlar los movimientos norteamericanos en Oriente Medio, o al menos garantizar que se la escuche; está gastando ingentes cantidades de dinero en sus fuerzas militares desplegadas en el Ártico, y de forma regular concentra su atención en Groenlandia para hacer valer sus reclamaciones territoriales. Desde la caída del comunismo ha perdido interés en Áfri-

ca, aunque procura mantener cierto grado de influencia en lo que supone una batalla perdida con China.

Por muy rivales que sean, ambos gigantes también colaboran a varios niveles. Consciente de que los europeos aspiran a poder librarse de su dependencia de la energía rusa a largo plazo, Moscú mira a China como cliente alternativo. China tiene el control en lo que supone un mercado de compradores, pero las líneas de comunicación son cordiales y se usan con tino. A partir de 2018, Rusia suministrará a China 38.000 millones de metros cúbicos de gas al año, después de un acuerdo a treinta años por valor de 400.000 millones de dólares.

Los tiempos en que China consideraba a Rusia una amenaza militar quedaron atrás, y resulta inconcebible la idea de que las tropas rusas puedan ocupar Manchuria como lo hicieron en 1945. Sin embargo, ambas se vigilan de cerca en aquellas zonas en las que les gustaría ser la potencia dominante, caso de Kazajistán. De todos modos, no compiten por el liderazgo ideológico del comunismo global, lo que las ha liberado para cooperar ahí donde sus intereses coinciden en el ámbito militar. Lo que parece un ejemplo extraño tuvo lugar en mayo de 2015, cuando desplegaron maniobras militares conjuntas de simulación en el Mediterráneo. La presencia de China en un mar a 14.000 kilómetros de su territorio formaba parte de su intento por extender su alcance naval en el globo, mientras que Moscú alberga planes sobre los yacimientos de gas hallados en el Mediterráneo, está cortejando a Grecia y busca proteger sus pequeños puertos navales en la costa de Siria. Además, a los dos países les satisface molestar a las potencias de la OTAN en la región, incluyendo la Sexta Flota de Estados Unidos que fondea en Nápoles.

A nivel interno, Rusia está afrontando no pocos retos, siendo el demográfico uno de los más relevantes. Puede que se haya contenido el acusado descenso en el crecimiento de su población, pero este continúa siendo un problema. La es-

peranza de vida del hombre ruso se encuentra por debajo de los sesenta y cinco años, lo que sitúa a Rusia en la mitad baja de los 193 miembros de las Naciones Unidas, y ahora solo hay 144 millones de rusos (excluyendo Crimea).

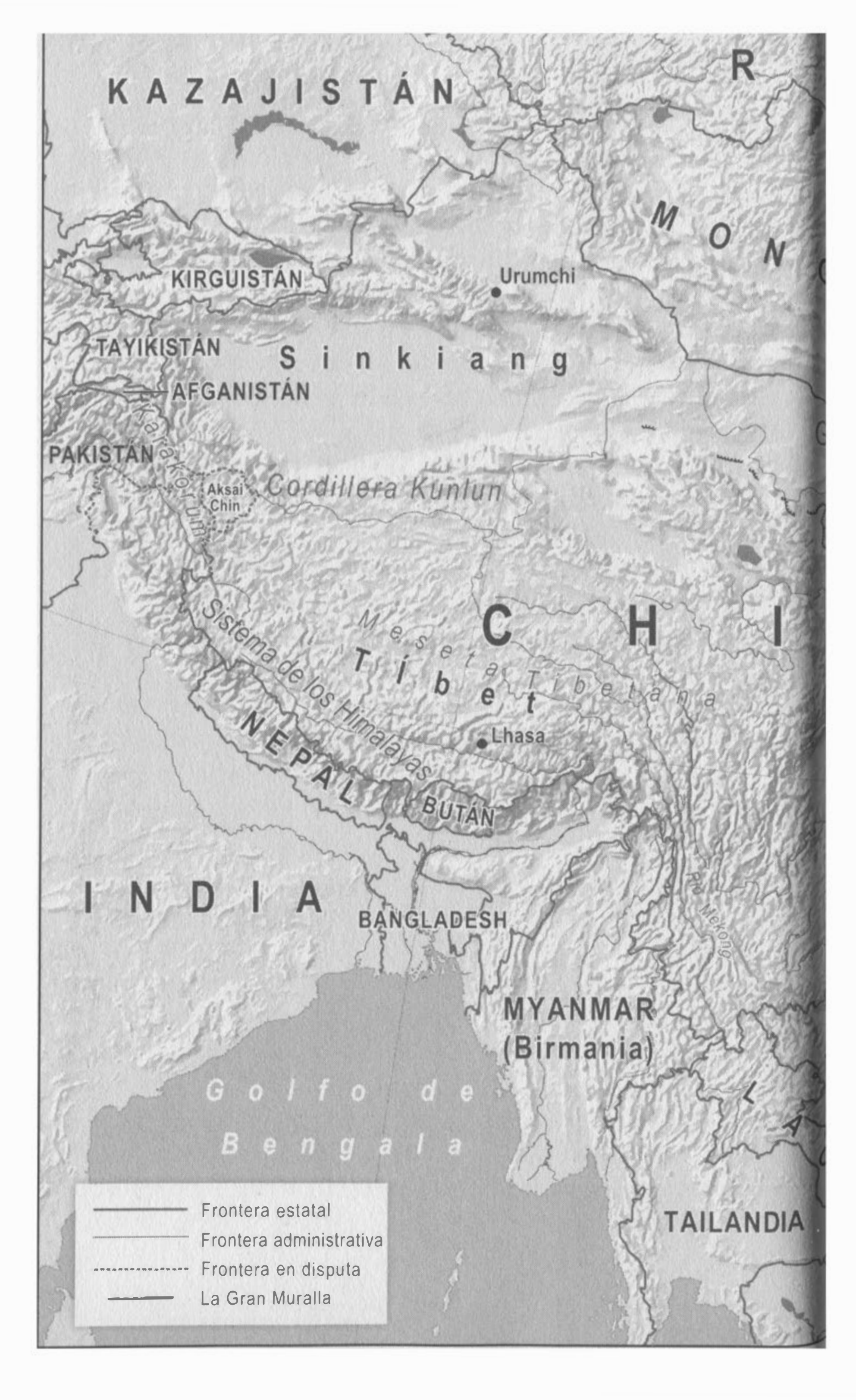
Desde el Gran Principado de Moscú, pasando por Pedro el Grande, Stalin y ahora Putin, cada líder ruso se ha enfrentado a los mismos problemas. No importa si la ideología de aquellos al mando es zarista, comunista o filocapitalista: los puertos se siguen helando y la llanura nordeuropea sigue siendo lisa.

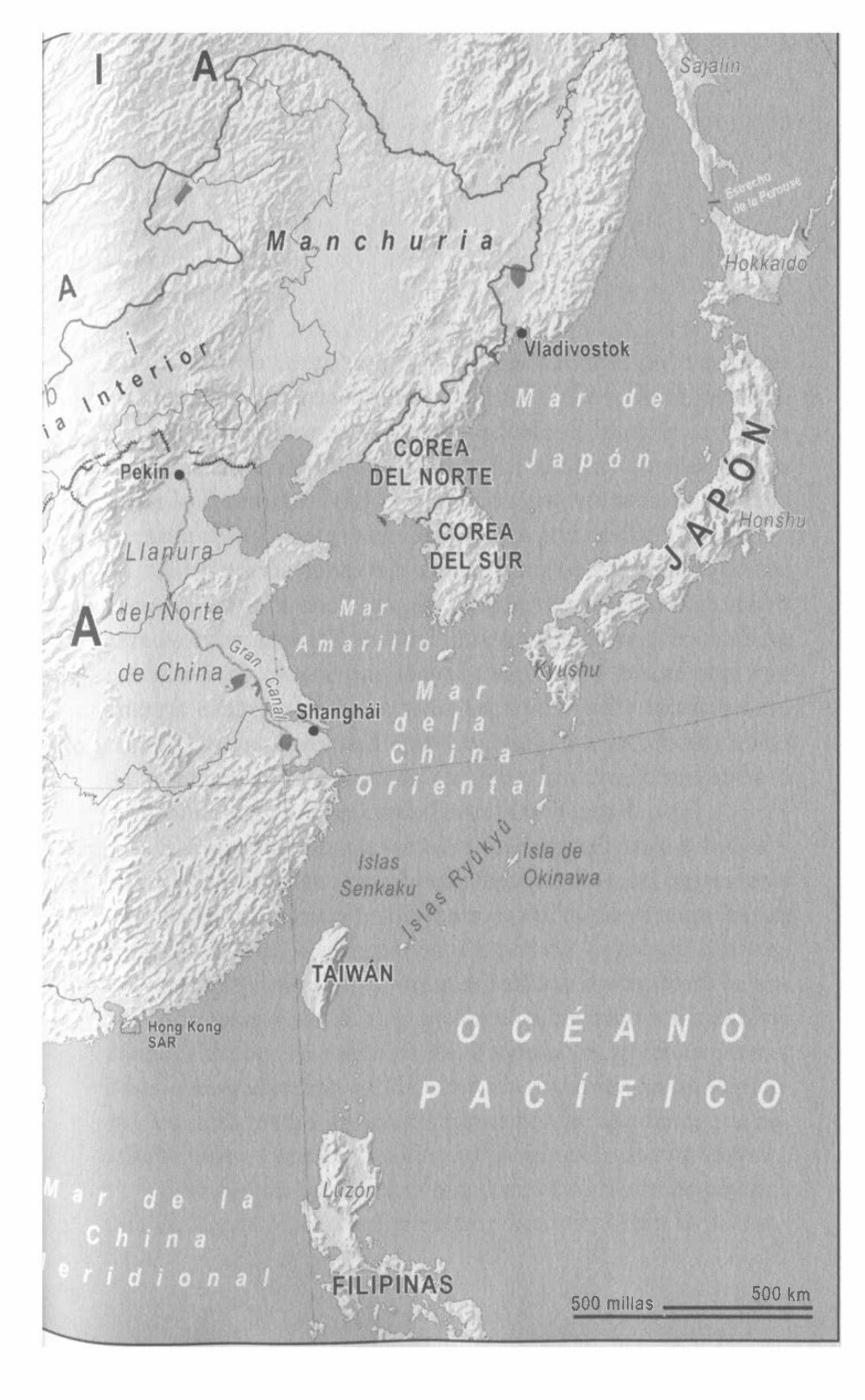
Quitemos las líneas divisorias de los Estados, y el mapa al que se enfrentaba Iván el Terrible es idéntico al que hoy debe hacer frente Vladímir Putin.

2
CHINA

China es una civilización que finge ser una nación.

LUCIAN PYE
experto en ciencia política


KAZAJISTÁN
R
MON
KIRGUISTÁN
Urumchi
TAYIKISTÁN
Sinkiang
AFGANISTÁN
Karakorum
PAKISTÁN
Aksai Chin
Cordillera Kunlun
Sistema de los Himalayas
Meseta Tibetana
Tíbet
C H I
NEPAL
Lhasa
BUTÁN
INDIA
BANGLADESH
Río Mekong
MYANMAR
(Birmania)
Golfo de Bengala
LA
TAILANDIA
Frontera estatal
Frontera administrativa
Frontera en disputa
La Gran Muralla


I A
Sajalín
Estrecho de la Pérouse
Manchuria
Hokkaido
A
Vladivostok
Interior
Mar de Japón
JAPÓN
COREA DEL NORTE
Pekín
Honshu
COREA DEL SUR
Llanura del Norte de China
A
Mar Amarillo
Gran Canal
Kyushu
Mar de la China Oriental
Shanghái
Islas Senkaku
Islas Ryûkyû
Isla de Okinawa
TAIWÁN
Hong Kong SAR
OCÉANO PACÍFICO
Luzón
Mar de la China Meridional
FILIPINAS
500 millas
500 km

En octubre de 2006, un grupo de portaaviones de la Armada estadounidense, encabezado por el *USS Kitty Hawk*, de trescientos cinco metros, surcaba confiado el mar de la China Oriental entre el sur de Japón y Taiwán, metiéndose donde nadie lo llamaba, cuando sin previo aviso un submarino de la Armada china emergió en medio de la procesión.

A un portaaviones norteamericano de ese tamaño lo rodean en torno a doce buques de guerra y cuenta con apoyo aéreo y submarino. El navío chino, un submarino de combate modelo Song, puede que sea muy sigiloso al propulsarse con energía eléctrica pero, de todas formas, aquella aparición fue como si los gerentes de Pepsi-Cola hubieran salido de debajo de la mesa tras haber estado escuchando durante media hora las evoluciones de una junta directiva de Coca-Cola.

Los estadounidenses se mostraron asombrados e indignados a partes iguales. Asombrados porque no eran conscientes de que un submarino chino fuera capaz de hacer algo así sin ser descubierto, e indignados porque no lo habían detectado y porque consideraron tal maniobra una provocación, sobre todo porque desde su posición el submarino tenía al *Kitty Hawk* al alcance de sus torpedos. Protestaron, quizá en exceso, y los chinos dijeron: «¡Oh! Menuda coincidencia que emergiéramos en medio de vuestra formación de combate, que navegaba junto a nuestras costas, no teníamos la menor idea».

Esto fue un ejemplo de cómo en el siglo XXI se practica una diplomacia cañonera inversa; mientras Reino Unido so-

lía emplazar un buque de guerra frente a las costas de alguna potencia menor como declaración de intenciones, los chinos se mostraban a cara descubierta frente a sus propias costas con un mensaje claro: «Ahora somos una potencia marítima, ha llegado nuestro momento y estos mares nos pertenecen». Han necesitado cuatro mil años, pero los chinos al fin han llegado a un puerto —y a una ruta marítima— cercano.

Hasta hoy, China nunca ha sido una potencia marítima. Sus grandes extensiones de tierra, múltiples fronteras y cortas rutas marítimas con sus socios comerciales no lo han hecho necesario, y además el país rara vez ha dado muestras de una ideología expansionista. Sus mercaderes llevan siglos navegando para intercambiar bienes, pero su fuerza naval no ha ido en busca de territorios fuera de la región. Las dificultades que implica patrullar las enormes vías marítimas del Pacífico, el Atlántico y el océano Índico hacen que el esfuerzo no merezca la pena. China ha sido tradicionalmente una potencia terrestre, con una enorme cantidad de tierra y de gente (su población ronda hoy los 1.400 millones de personas).

China empezó a ser un ente habitado hace casi cuatro mil años. El lugar de nacimiento de la civilización china es la región conocida como llanura del Norte de China, a la que los chinos denominan llanura central. Es una gran extensión de terreno llano de unos 414.000 kilómetros cuadrados que se sitúa por debajo de la Mongolia Interior, al sur de Manchuria, en el interior y alrededores del río Amarillo y más allá del río Yangtsé, que discurre también de este a oeste. Es una de las áreas con mayor densidad de población del planeta.

La cuenca del río Amarillo es objeto de inundaciones frecuentes y devastadoras, lo que le ha valido el poco envidiable sobrenombre de «Azote de los Hijos de Han». La industrialización a fondo de la región se inició en 1950 y ha experimentado una aceleración en las últimas tres décadas. Víctima de

una polución terrible, el río está tan obstruido con residuos tóxicos que en ocasiones incluso tiene dificultades para desembocar en el mar. En cualquier caso, el río Amarillo es para China lo que el Nilo para Egipto: la cuna de su civilización, el lugar donde sus moradores aprendieron a cultivar la tierra y a fabricar papel y pólvora.

Al norte de esta proto-China se localizaban las tierras ásperas del desierto del Gobi, en lo que hoy conforma Mongolia. Por el lado oeste, el terreno se eleva de forma gradual hasta convertirse en la meseta del Tíbet, que llega hasta la cordillera del Himalaya. Al sudeste y al sur se extiende el mar.

El núcleo central, como se conoce a la llanura del Norte de China, era y sigue siendo una llanura grande y fértil con dos ríos principales y un clima que favorece el cultivo de arroz y brotes de soja dos veces al año (doble cosecha), todo lo cual propulsó un rápido crecimiento de la población. Fue en este núcleo central, compuesto entonces de centenares de pequeñas ciudades-estado, donde en 1500 a.C. emergió la versión más temprana de un Estado chino: la dinastía Shang. Este fue el lugar en el que brotó lo que vendría a llamarse el pueblo Han, dedicado a proteger el corazón del país y a crear una zona de contención a su alrededor.

Los Han constituyen hoy más del 90 por ciento de la población china y están al frente de la política y de los negocios del país. Los separa el uso del mandarín, el cantonés y otras lenguas regionales, pero los une la etnia y, a nivel político, el impulso geopolítico de proteger el núcleo central. El mandarín, que se originó al norte de la región, es con diferencia el idioma predominante, es decir, el empleado por el Gobierno, el de uso oficial en la televisión estatal y el que se enseña en los colegios. El mandarín se asemeja mucho al cantonés y a muchas otras lenguas en el plano escrito, si bien es muy diferente en el plano oral.

La llanura del Norte de China supone el centro de gravedad político, cultural, demográfico y, de forma no menos crucial, agrícola. Alrededor de 1.000 millones de personas viven en esta parte de China, pese a que su tamaño es la mitad del de Estados Unidos, cuya población es de 322 millones. Ya que el tipo de terreno del núcleo central invitaba al asentamiento y la vida agrícola, las dinastías más tempranas se sintieron amenazadas por aquellas regiones que las circundaban y que no eran Han, en especial por Mongolia y sus tribus de guerreros nómadas y violentos.

China se decantó por la misma estrategia que Rusia: la mejor forma de defenderse consistía en pasar al ataque y adquirir poder. Como veremos, existían barreras naturales que —en el caso de que los Han les dieran alcance y establecieran su control— podrían defenderlos. Fue una lucha de un milenio que solo pudo completarse al anexionar el Tíbet en 1951.

Llegados los tiempos del célebre filósofo chino Confucio (551-479 a.C.), ya había arraigado con fuerza el sentimiento identitario chino, así como la división entre una China civilizada y las regiones «bárbaras» que la rodeaban. Este fue un sentido de identidad compartido por unos sesenta millones de personas.

En el año 200 a.C., China se había expandido hacia el Tíbet por el sudoeste, sin llegar a alcanzarlo, hacia el norte por las praderas de Asia Central y hacia el sur hasta el mar de la China Meridional. La Gran Muralla (conocida en China como la Larga Muralla) había empezado a construirse bajo la dinastía Qin (221-207 a.C.) y China comenzaba a adquirir sobre el mapa su forma moderna. De todos modos, sus fronteras actuales no se fijarían hasta dos mil años después.

Entre los años 605 y 609 d.C., el Gran Canal de China, construido a lo largo de varios siglos y que hoy es la vía fluvial de factura humana más larga del mundo, se extendió hasta unir por fin el río Amarillo con el río Yangtsé. La dinastía Sui (581-

618 d.C.) había puesto a un vasto número de trabajadores bajo su mando, empleándolo para conectar diversos afluentes que ya existían hasta dar forma a una vía fluvial navegable entre los dos grandes ríos. El resultado estrechó los lazos entre los Han del norte y los del sur de una manera nunca vista. Varios millones de esclavos trabajaron durante cinco años hasta completar la labor, pero el viejo problema de cómo transportar las mercancías de norte a sur se había resuelto de una vez por todas. No así un problema que sigue presente en la actualidad: las inundaciones.

Los Han continuaban enfrentándose los unos a los otros, si bien cada vez con menor frecuencia. A principios del siglo XI se vieron obligados a concentrar sus esfuerzos en las hordas mongolas que llegaban por el norte. Los mongoles vencían a cualquier dinastía que se les cruzara por delante, ya fuera del norte o del sur, y en 1279, su líder, Kublai Kan, se convirtió en el primer extranjero en gobernar sobre la totalidad del país en calidad de emperador de los mongoles (dinastía Yuan). No fue hasta noventa años después que los Han recuperarían la gestión de sus propios asuntos con el establecimiento de la dinastía Ming.

A estas alturas habían proliferado los contactos con mercaderes y emisarios procedentes de los Estados-nación emergentes de Europa, como España y Portugal. Los líderes chinos se oponían a cualquier forma de presencia estable de los europeos, pero fueron abriendo gradualmente las regiones costeras para el intercambio comercial. Hoy sigue siendo un rasgo propio de China el hecho de que, cuando el país se abre, las regiones del litoral prosperan mientras que las zonas del interior quedan desatendidas. La prosperidad que ha reportado el comercio ha enriquecido a ciudades costeras como Shanghái, pero estos beneficios no han llegado a las zonas rurales. Esto ha contribuido a las movilizaciones masivas de gente hacia las áreas urbanas y ha acentuado las diferencias regionales.

En el siglo XVIII, China se adentró en partes de Birmania y el sur de Indochina, al tiempo que conquistó Sinkiang en el noroeste, lo que hizo de ella la mayor provincia del país. Sinkiang, una zona de montañas escarpadas y vastas cuencas desérticas, tiene 1.665.000 kilómetros cuadrados, dos veces el tamaño de Texas o, dicho de otro modo, uno podría meter en ella a Reino Unido, Francia, Alemania, Austria y Suiza y seguir teniendo espacio para Luxemburgo y Liechtenstein.

Sin embargo, al crecer en tamaño, China también vio crecer sus problemas. Sinkiang, una región de población musulmana, se convirtió en una fuente constante de inestabilidad, léase insurrección, como lo fueron otras. Pero contar con una zona de contención compensaba a los Han de cualquier quebradero de cabeza, aún con más motivo tras la fatalidad que le sobrevino al país con la llegada de los europeos en los siglos XIX y XX.

Las potencias imperiales hicieron su aparición, las británicas entre ellas, y trocearon el país en esferas de influencia. Fue, y sigue siendo, la mayor humillación que los chinos han sufrido desde las invasiones mongolas. Este es un discurso que el Partido Comunista usa con frecuencia. Es en gran parte cierto, aunque también sirve para cubrir sus errores y políticas represivas.

Más adelante, los japoneses —en plena fiebre expansiva como potencia mundial emergente— los invadirían, con un primer ataque en 1932 y un segundo en 1937, tras los cuales ocuparían la mayor parte del núcleo central, Manchuria y la Mongolia Interior. La rendición incondicional de Japón frente a los norteamericanos al final de la Segunda Guerra Mundial en 1945 desembocó en la retirada de las tropas japonesas, si bien en Manchuria se vieron reemplazadas por el ejército soviético, que a su vez se retiraría en 1946.

Algunos observadores exteriores pensaron que los años de posguerra quizá traerían la democracia liberal a China. No fue más que una vana ilusión, semejante a la ridícula ingenui-

dad mostrada por algunos occidentales durante los primeros días de la reciente Primavera Árabe. Como en el caso de China, se debió a una falta de entendimiento acerca de las dinámicas internas de las gentes, la política y la geografía de la región.

En vez de eso, lo que ocurrió fue que las fuerzas nacionalistas de Chiang Kai-shek y los ejércitos comunistas bajo las órdenes de Mao Zedong se enfrentaron por la supremacía hasta 1949, cuando los comunistas resultaron vencedores y los nacionalistas se retiraron a Taiwán. Ese mismo año, la Radio Pública de Pekín anunció: «El Ejército de Liberación Popular debe liberar todos los territorios chinos, incluyendo el Tíbet, Sinkiang, Hainan y Taiwán».

Mao centralizó el poder hasta extremos nunca vistos en dinastías anteriores. Neutralizó la influencia de Rusia en Mongolia Interior y extendió la de Pekín en Mongolia. En 1951, China completó su anexión del Tíbet (otro vasto territorio Han), momento en que los mapas de los libros escolares empezaron a mostrarla adentrándose hasta las repúblicas de Asia Central. Se había conseguido ensamblar de nuevo el país. Mao dedicaría el resto de su vida a asegurarse de que continuara así y a consolidar el control del Partido Comunista sobre todos los aspectos de la vida china, si bien dándole la espalda a buena parte del mundo exterior. El país permaneció sumido en una pobreza extrema —sobre todo lejos de las zonas costeras—, pero unificado.

Los sucesores de Mao intentaron convertir su Larga Marcha hacia la victoria en una marcha económica hacia la prosperidad. A principios de la década de 1980, el líder chino Deng Xiaoping acuñó el término «socialismo con características chinas», cuya traducción parece ser: «Dentro de una economía capitalista, todo el control para el Partido Comunista». China se estaba transformando en una gran potencia mercantil y en un gigante militar al alza. A finales de la década de 1990 ya se había repuesto de la conmoción de la masacre de la plaza de Tia-

nanmén de 1989, había recuperado el control de Hong Kong y Macao del Reino Unido y Portugal, respectivamente, y podía centrarse en los territorios que circundaban sus fronteras, evaluar su grado de seguridad y planificar con tiempo su gran salida al mundo.

Si nos fijamos en las fronteras modernas de China, vemos a una enorme potencia que se siente segura gracias a sus características geográficas, por cuanto facilitan una defensa y un comercio eficaces. En China, la aguja de la brújula siempre se desplaza en orden este-sur-oeste-norte, pero empecemos por el norte y movámonos en el sentido de las manecillas del reloj.

En el norte nos encontramos con la frontera con Mongolia, de 4.676 kilómetros de longitud. A ambos lados de la misma se extiende el desierto de Gobi. Guerreros nómadas de tiempos remotos quizá fueron capaces de atacar cruzándolo desde el sur, pero un ejército moderno reunido allí sería detectado semanas antes de estar listo para avanzar, al tiempo que necesitaría líneas de abastecimiento increíblemente extensas a lo largo de terrenos inhóspitos antes de acceder a la Mongolia Interior (parte de China) y acercarse al núcleo central. Son escasas las carreteras que permiten movilizar armamento pesado, y escasas las zonas habitables. El desierto de Gobi es un inmenso sistema de alerta temprana/línea defensiva. Cualquier expansión de China hacia el norte no se producirá por la vía militar sino por medio de acuerdos comerciales, pues está intentando adueñarse de los recursos naturales de Mongolia, ante todo los minerales. Esto acarreará un aumento del flujo migratorio de los Han a Mongolia.

En la puerta colindante, al este, se halla la frontera de China con Rusia, que se extiende hasta el océano Pacífico o al menos hasta la subdivisión del mismo que supone el mar de Japón. Por encima se encuentra el Extremo Oriente ruso, un gigantesco, montañoso e inhóspito territorio con una población muy pequeña. Por debajo está Manchuria, que los rusos

deberían atravesar si quisieran alcanzar el núcleo central de China. La población de Manchuria es de cien millones y sigue creciendo. En contraste, el Extremo Oriente ruso cuenta con menos de siete millones y no hay indicios de repuntes demográficos. Resulta previsible que tengan lugar migraciones a gran escala del sur al norte, lo que reforzará la situación ventajosa de China respecto a Rusia. Desde una perspectiva militar, el lugar más indicado por el que cruzar sería cerca del puerto de Vladivostok, en el Pacífico ruso, pero existen pocas razones para hacerlo y no se detecta intención alguna. Las sanciones que Occidente ha impuesto recientemente a Rusia a raíz de la crisis de Ucrania la han llevado a contraer numerosos acuerdos comerciales con China que ayudarían a Rusia a mantenerse a flote, pero que también resultan muy ventajosos para los chinos. Rusia es de hecho el socio menor en esta relación.

Por debajo del Extremo Oriente ruso, por la línea de costa, se despliegan el mar Amarillo, el mar de la China Oriental y el mar de la China Meridional, los cuales conducen hasta los océanos Pacífico e Índico. Cuentan con buenos puertos y siempre han sido utilizados para el comercio. Las olas nos arrastrarían hasta algunos problemas del tamaño de islas, una de ellas con la forma de Japón, a la que volveremos en breve.

Si proseguimos en el sentido de las manecillas del reloj, topamos con las siguientes fronteras terrestres: Vietnam, Laos y Birmania. Vietnam supone una molestia para China. Durante siglos ambas han peleado por territorios y para desgracia mutua hablamos de la única zona meridional con una frontera fácilmente traspasable para un ejército. Esto último explica en parte los mil años de dominación y ocupación de Vietnam por parte de China, desde el año 111 a.C. al 983 d.C., así como su breve guerra transfronteriza de 1979. De todas formas, cuanto más crezca el poder militar de China, menor inclinación mostrará Vietnam a verse atraída a un duelo con

ella; o bien se arrimará aún más a Estados Unidos en busca de protección, o bien realizará un discreto giro diplomático para trabar amistad con Pekín. El hecho de que los dos países sean de ideología comunista tiene poco que ver con el estado de sus relaciones: es su geografía compartida lo que las ha definido. Desde el punto de vista de Pekín, Vietnam solo supone una amenaza menor y un problema que se puede gestionar.

Esto nos lleva al Tíbet y su importancia para China. La cordillera del Himalaya se extiende por la frontera entre China e India antes de descender para convertirse en la cordillera del Karakórum, que hace frontera con Pakistán, Afganistán y Tayikistán. Esto viene a ser una versión natural de la Gran Muralla China o, visto desde el lado de Nueva Delhi, de la Gran Muralla India. Separa, tanto militar como económicamente, a los dos países más poblados del planeta.

Existen sus puntos de fricción: China reclama el estado indio de Arunachal Pradesh, mientras que la India sostiene que China está ocupando Askai Chin. Pero pese a apuntarse mutuamente con su artillería desde las cumbres de ese muro natural, ambas partes tienen cosas mejores que hacer que reavivar el fuego cruzado que estalló en 1962, cuando una serie de violentas disputas fronterizas culminaron en choques armados, a gran escala y de carácter feroz, por las montañas. De todos modos, las tensiones siguen ahí y cada lado debe manejar la situación con cautela.

A lo largo de los siglos, los intercambios comerciales entre China y la India han sido mínimos y no hay señales de que la situación vaya a cambiar en breve. Por descontado, la frontera auténtica es la que conforman el Tíbet y la India, lo que precisamente explica que China haya querido siempre controlarla.

Esto es un ejemplo de la geopolítica del miedo. Si China no controlara el Tíbet, cabría la posibilidad que la India intentara hacerlo. De ser así, le concedería el dominio sobre las cumbres de la meseta tibetana y una base desde la que avanzar

hacia el núcleo central de China, al tiempo que le permitiría controlar las fuentes tibetanas de tres de los mayores ríos chinos —el río Amarillo, el Yangtsé y el Mekong—, de aquí que al Tíbet se lo conozca como «el depósito de agua de China». Por descontado que China, un país con aproximadamente el mismo nivel de consumo de agua que Estados Unidos pero con una población cinco veces mayor, no lo permitiría.

No importa si la India desea o no cortarle a China su suministro fluvial, solo si tendría el poder para conseguirlo. China lleva siglos intentando asegurarse de que nunca pueda ocurrir. El actor Richard Gere y el movimiento Free Tibet seguirán denunciando las injusticias de la ocupación, a lo que se suma ahora el asentamiento de chinos Han en el Tíbet, pero de una batalla entre el Dalái Lama, el movimiento independentista del Tíbet, las estrellas de Hollywood y el Partido Comunista Chino —que dirige la segunda economía mundial— solo puede surgir un vencedor.

Cuando los occidentales, ya sean el señor Gere o el señor Obama, hablan del Tíbet, consiguen irritar profundamente a los chinos. No los ven peligrosos ni subversivos, solo irritantes. Ellos no enfocan la cuestión desde el punto de vista de los derechos humanos, sino desde el de la seguridad geopolítica, y solo aciertan a ver que los occidentales intentan minar su seguridad. De todos modos, la seguridad de China no ha sido nunca minada ni lo será en el futuro, ni siquiera si se producen nuevos levantamientos contra los Han. La demografía y la geopolítica se oponen a la independencia del Tíbet.

Los chinos están construyendo «hechos sobre el terreno» en «el techo del mundo». En la década de 1950, el Ejército Popular de la China Comunista empezó a construir carreteras hacia el Tíbet y, desde entonces, han ayudado a llevar la civilización moderna al viejo reino. Sin embargo, con las carreteras, y ahora las vías férreas, llegan también los Han.

Durante mucho tiempo se adujo que era imposible tender una vía férrea a través del *permafrost*, las montañas y los valles del Tíbet. Los mejores ingenieros europeos, que habían conseguido atravesar los Alpes, afirmaron que no podía hacerse. En 1988, el escritor de viajes Paul Theroux sostuvo en su libro *En el gallo de hierro: viajes en tren por China* que: «La cordillera montañosa Kunlun supone una garantía de que la vía férrea jamás llegará a Lhasa». La cordillera montañosa Kunlun separaba la provincia de Sinkiang del Tíbet, algo que para Theroux era de agradecer. «Probablemente sea algo bueno. Creía que me gustaban las vías férreas hasta que vi el Tíbet y me di cuenta de que aún me gustaba más la naturaleza en estado salvaje.» Pero los chinos la construyeron. Quizá solo ellos habrían sido capaces. La vía férrea que se adentra en la capital del Tíbet, Lhasa, fue inaugurada en 2006 por el entonces presidente de China, Hu Jintao. En la actualidad llegan hasta cuatro trenes diarios, tanto de pasajeros como de mercancías, desde lugares tan remotos como Shanghái y Pekín.

Con ellos traen una amplia variedad de cosas, como productos de consumo de toda China, ordenadores, televisores en color y teléfonos móviles. Traen turistas que ayudan a sostener la economía local, traen avances a una tierra antigua y empobrecida, traen mejoras enormes del nivel de vida y la salud, y traen el potencial de esparcir los bienes tibetanos por el ancho mundo. Pero también han traído varios millones de colonizadores Han.

No es fácil hacerse una idea clara de las cifras: el Movimiento por la Liberación del Tíbet sostiene que los tibetanos son minoría en la amplia región cultural que abarca el Tíbet, mientras que el Gobierno de China afirma que la Región Autónoma del Tíbet, su nombre oficial, está compuesta en un 90 por ciento por tibetanos. Ambas partes exageran, si bien los indicios sugieren que el Gobierno lo hace en mayor medida. Sus cifras

no recogen los inmigrantes Han que no están registrados como residentes, pero salta a la vista de cualquier observador que los barrios Han son predominantes en las áreas urbanas del Tíbet.

Antes, la mayor parte de la población de Manchuria, Mongolia Interior y Sinkiang era étnicamente manchú, mongol y uigur, mientras que hoy las tres cuentan con mayoría Han de China, o la rozan. Lo mismo ocurrirá con el Tíbet.

Esto significa que el resentimiento contra los Han continuará traduciéndose en disturbios como los que tuvieron lugar en 2008, cuando manifestantes antichinos quemaron y saquearon negocios de los Han con un balance de veintiuna personas muertas y varios centenares de heridos. La mano dura de las autoridades continuará, el Movimiento por la Liberación del Tíbet continuará, los monjes continuarán prendiéndose fuego para llamar la atención del mundo sobre los problemas del Tíbet... y los Han continuarán llegando.

La población masiva de China, concentrada en su mayor parte en el núcleo central, busca nuevas formas de expandirse. Mira hacia el oeste igual que hicieron los norteamericanos. E igual que el «Caballo de Hierro» condujo a los colonizadores europeos a las tierras de los comanches y los navajos, los «Gallos de Hierro» modernos conducen a los Han a las de los tibetanos.

Por último, las manecillas del reloj cruzan las fronteras de Pakistán, Tayikistán y Kirguistán (todos montañosos) antes de alcanzar la frontera con Kazajistán, que nos lleva de vuelta al norte hasta Mongolia. Aquí se ubica la antigua Ruta de la Seda, la tierra que ejercía de puente comercial entre el Imperio Medio y el mundo. En teoría su defensa supone para China un punto débil, una brecha entre las montañas y el desierto, pero se halla lejos del núcleo central, los kazajos no están en posición de amenazar a China y Rusia se encuentra a varios centenares de kilómetros de distancia.

Al sudeste de esta frontera con Kazajistán se localiza la intranquila y «semiautónoma» provincia china de Sinkiang y los uigur, su población nativa y musulmana, que habla una lengua vinculada con el turco. Sinkiang tiene fronteras con ocho países: Rusia, Mongolia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Afganistán, Pakistán y la India.

Hubo, hay y siempre habrá problemas en Sinkiang. Los uigur han declarado en dos ocasiones el Estado independiente del «Turquestán Oriental», la primera en la década de 1930 y la siguiente en la década de 1940. Asistieron al colapso del Imperio ruso y a cómo las repúblicas soviéticas de Asia Central, sus antiguos vecinos, se convertían en Estados soberanos, al tiempo que se vieron inspirados por el movimiento independentista del Tíbet, y son muchas las voces que hoy llaman de nuevo a desvincularse de China.

En 2009 estallaron disturbios interétnicos que provocaron más de doscientos muertos. Pekín reaccionó de tres maneras: neutralizó a la disidencia de forma despiadada, vertió dinero en la región y continuó con el flujo de trabajadores chinos Han. Sinkiang es demasiado importante para China desde un punto de vista estratégico como para permitir que un movimiento independentista aflore: no solo tiene fronteras con ocho Estados, lo que implica que ejerce de amortiguador del núcleo central, sino que además cuenta con reservas de petróleo y sirve de campo de pruebas para sus armas nucleares. Asimismo, el territorio es clave para la estrategia económica china de «un cinturón, una ruta». Por raro que parezca, la ruta es marítima: la creación de una autopista oceánica para las mercancías; el cinturón es «el Cinturón Económico de la Ruta de la Seda»: una ruta terrestre a partir de la antigua Ruta de la Seda que atraviese Sinkiang y que, dirigiéndose hacia el sur, conecte con el gigantesco puerto de aguas profundas que China está construyendo en Gwadar, Pakistán. A finales de

2015, China firmó un contrato de arrendamiento del puerto por cuarenta años. Todo esto forma parte del modo en que «el cinturón y la ruta» se verán conectados.

La mayoría de los pueblos y ciudades nuevos a lo largo y ancho de Sinkiang están poblados de un modo abrumador por chinos Han, quienes acuden atraídos por los puestos de trabajo que ofrecen las fábricas en las que invierte el Gobierno estatal. Un ejemplo paradigmático es el de la ciudad de Shihezi, ubicada a 136 kilómetros al noroeste de la capital, Urumchi. De sus 650.000 habitantes se considera que 620.000 son Han. En términos generales se calcula que el 40 por ciento de la población de Sinkiang es Han, y eso siendo cautos. Urumchi bien podría contar con una mayoría Han, pero obtener datos oficiales resulta complejo y no siempre fiable debido a la sensibilidad política que acarrean.

Existe un Congreso Mundial Uigur, con sede en Alemania, y un Movimiento por la Liberación del Turquestán Oriental, que se celebra en Turquía, pero el movimiento separatista uigur carece de una figura como el Dalái Lama que concentre la atención de los medios de comunicación internacionales, y su causa es prácticamente desconocida para el mundo. China se esfuerza porque la situación siga así, asegurándose de mantener buenas relaciones con el mayor número posible de países fronterizos. ¿El objetivo? Lograr que ningún movimiento independentista organizado obtenga líneas de suministro y apoyos. De hecho, Al Qaeda y otros grupos, que disponen de bases en lugares como Tayikistán, están intentando forjar alianzas con los separatistas uigur, pero el movimiento prioriza el nacionalismo sobre el islam. De todos modos, los ataques con armas, bombas y cuchillos contra objetivos del Estado y/o Han que han sacudido la región en los últimos años parece que van a continuar, lo que podría acabar derivando en un levantamiento a gran escala.

A principios de 2016, oficiales del Gobierno local dijeron que el esfuerzo de desradicalización había «debilitado notablemente» el naciente movimiento islamista. Sin embargo, parece improbable a la luz del anuncio de que el ejército turco había arrestado a 324 sospechosos de yihadismo procedentes de Sinkiang y de camino a Siria en 2015.

China no va a ceder este territorio y, como en el caso del Tíbet, la ventana de la independencia se está cerrando. Ambas son zonas de contención, una es una ruta comercial terrestre de envergadura y, algo crucial, las dos brindan mercados (si bien con ingresos limitados) a una economía que no puede dejar de producir y vender bienes si es que aspira a seguir creciendo y a prevenir un desempleo colosal. Fracasar desembocaría probablemente en grandes desórdenes civiles, lo que pondría en peligro el control del Partido Comunista y la unidad de China.

Existen razones similares que explican la reticencia del Partido a la democracia y los derechos humanos. Si a la población se le ofreciera el voto libre, la unidad de los Han podría empezar a resquebrajarse o, lo que es aún más probable, las zonas rurales y las urbanas entrarían en conflicto. Esto, a su vez, envalentonaría a las poblaciones de las regiones que ejercen de muro de contención, lo que debilitaría aún más a China. Solo ha transcurrido un siglo desde la más reciente humillación que China padeció a manos de las potencias extranjeras. Para Pekín, la unidad y el progreso económico son mucho más importantes en su lista de prioridades que los principios democráticos.

Los chinos contemplan la sociedad de un modo muy diferente a como lo hace Occidente. El pensamiento occidental está marcado por los derechos del individuo. El pensamiento chino aprecia lo colectivo por encima de lo individual. Lo que Occidente considera que son derechos fundamentales del ser humano, China lo interpreta como teorías amenazadoras que ponen en peligro a la mayoría. Y una gran parte de la población

china acepta de buen grado que, como mínimo, la familia está antes que el individuo.

En cierta ocasión llevé a un embajador de China en Londres a un restaurante de postín con la expectativa de que me repetiría la muy célebre respuesta que el primer ministro Zhou Enlai le dio a Richard Nixon cuando este le preguntó por el impacto de la Revolución francesa: «Todavía es muy pronto para decirlo». Por desgracia, esto no se produjo, pero sí que me fue servido un sermón contundente sobre cómo la imposición «de aquello que ustedes llaman derechos humanos» en China desencadenaría una ola de violencia y muerte, tras lo cual me fue formulada la pregunta: «¿Por qué considera que sus valores podrían funcionar en una cultura que no entiende?».

Ya hace una generación que el gran pacto entre los líderes del Partido y el pueblo ha sido: «Mejoraremos vuestras condiciones económicas y vosotros acataréis nuestras órdenes». Por lo tanto, mientras la economía siga creciendo, puede que este trato perdure. Si se detiene, o da marcha atrás, el trato se cancela. El nivel actual de protestas y rabia demostrado frente a la corrupción y la ineficacia dan testimonio de lo que ocurriría si el trato se rompiera.

Otro problema creciente para el Partido es su capacidad de alimentar a la población. Según el Ministerio de Agricultura, más del 40 por ciento de la tierra cultivable está contaminada o su capa superior es demasiado delgada.

China se encuentra en un callejón sin salida. Para el proceso de modernización y de mejora del nivel de vida de sus ciudadanos necesita seguir avanzando en términos industriales, pero es este mismo proceso el que pone en riesgo la producción de alimentos. Si no consigue resolver el dilema, le aguardan inestabilidades.

Hoy en día tienen lugar en torno a quinientas protestas diarias, en su mayoría pacíficas y por los más variados motivos,

a lo largo y ancho de China. Si introdujéramos un desempleo o una hambruna masivos, ese cálculo saltaría por los aires y también el grado de violencia mostrado por ambos lados.

Desde la óptica económica, China también le ha ofrecido un gran chollo al mundo: «Fabricaremos artículos a bajo coste y vosotros los compraréis baratos».

Dejemos a un lado el hecho de que los costes laborales en China ya han empezado a subir, lo que ha supuesto que le hayan salido rivales como Tailandia e Indonesia, si no en términos de volumen sí en cuanto a precios. ¿Qué ocurriría si los recursos necesarios para fabricar los productos se acabaran, o si alguien llegara antes a ellos, o si tuviera lugar un bloqueo naval a las mercancías, tanto de entrada como de salida? Bueno, en esos casos se necesitaría una fuerza naval.

Los chinos fueron grandes marineros, en especial en el siglo XV cuando se dedicaron a surcar el océano Índico. La expedición del almirante Zheng He se aventuró hasta Kenia. Pero con estas campañas se buscaba ganar dinero, no poder, y no se diseñaron para establecer bases avanzadas que pudieran respaldar operaciones militares.

Tras dedicar cuatro mil turbulentos años a consolidar su masa terrestre, China construye ahora una flota de alta mar para la Armada. Una flota costera patrulla las fronteras marítimas, mientras que una flota de alta mar patrulla los océanos. China necesitará otros treinta años (y eso dando por sentada su progresión económica) para conseguir unas fuerzas navales capaces de desafiar a las más poderosas que el mundo ha conocido: las estadounidenses. Sin embargo, a medio y corto plazo, mientras crece, entrena y aprende, la Armada china va a sufrir encontronazos con algunos de sus rivales en mar abierto. La gestión de estos choques —en particular los chino-norteamericanos— marcará el rumbo de las grandes potencias políticas a lo largo de este siglo.

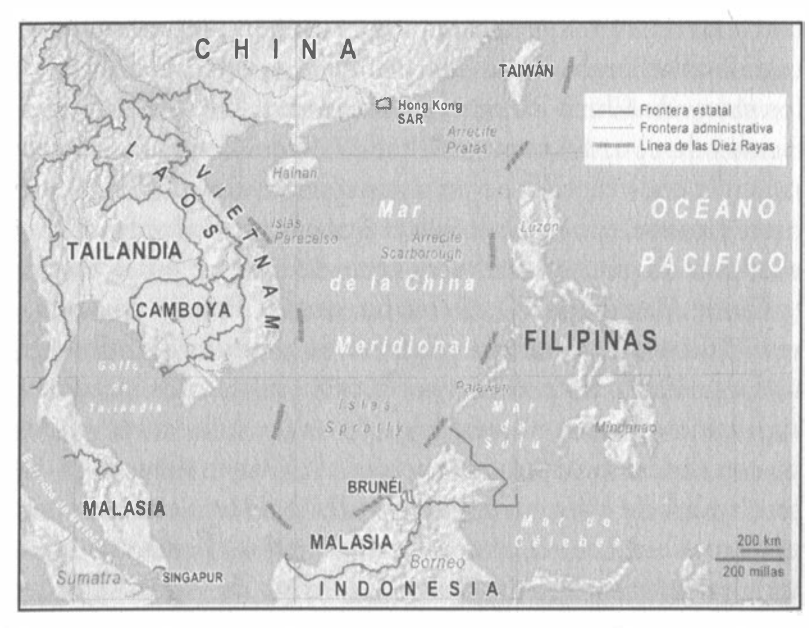
Los jóvenes marineros que se están formando a bordo del portaaviones de segunda mano que China rescató de un desguace de Ucrania serán aquellos que, si llegan a alcanzar el grado de almirante, quizá hayan aprendido lo suficiente como para lograr que una flota de doce barcos cruce el globo y vuelva y, en caso necesario, libre una guerra por el camino. Tal y como aprendieron algunas de las más ricas naciones árabes, uno no puede comprar unas fuerzas armadas eficientes en un supermercado. Un portaaviones chino está a punto de ser completado, y a principios de 2016 China anunció su intención de tener listo un tercero para finales de 2021. Resulta dudoso que sea propulsado con energía atómica, y carecerá de las prestaciones de los portaaviones estadounidenses. De todos modos, multiplicará el alcance y las opciones de China.

De forma progresiva, China enviará cada vez más embarcaciones a los mares cercanos y también al Pacífico. Cada una de ellas supondrá un recorte del espacio que ocupan en los mares de China los norteamericanos. Estos son bien conscientes de ello, así como del hecho de que los chinos trabajan en la construcción de un sistema de misiles antibuque con base terrestre, con el fin de que la Armada estadounidense y sus aliados se lo piensen dos veces antes de navegar por el mar de la China Meridional. O, de hecho, por cualquiera de los mares «chinos». La potencia creciente de la artillería antibuques de larga distancia de China permitirá a sus fuerzas navales en expansión aventurarse más lejos de su línea de costa, puesto que su concurso será menos crucial en labores defensivas. En septiembre de 2015 tuvo lugar un atisbo de esto cuando cinco embarcaciones chinas cruzaron (legalmente) por aguas territoriales norteamericanas frente a la costa de Alaska. No fue una coincidencia que ocurriera justo antes de una visita del presidente Xi a Estados Unidos. El estrecho de Bering supone el camino más rápido que tienen las embarcaciones chinas

para alcanzar el océano Ártico, y en los próximos años se los verá más a menudo frente a la costa de Alaska. Mientras tanto, el programa espacial que China tiene en marcha seguirá con mucha atención cada uno de los pasos que den los norteamericanos y sus aliados.

Llegados a este punto, después de haber abarcado las fronteras terrestres siguiendo el sentido de las agujas del reloj, ahora vamos a desplazarnos hacia el este, el sur y el sudoeste, adentrándonos en el mar.

Entre China y el Pacífico se encuentra el archipiélago que Pekín denomina la «Primera Cadena de Islas». También está la «Línea de las Nueve Rayas», que en 2013 se convirtieron en diez para incluir a Taiwán, que China considera territorio propio.



El mar de la China Meridional es una zona de alto conflicto entre China y sus vecinos al haber disputas abiertas en torno a la propiedad de islas y recursos naturales, y al control de mares y rutas comerciales.

El conflicto en torno a la propiedad de más de doscientas islas pequeñas y arrecifes está envenenando las relaciones entre China y sus vecinos. El orgullo nacional se traduce en que China desea controlar los corredores a través de la Cadena: la geopolítica dictamina que debe hacerlo. Ello otorga el acceso a las rutas comerciales más importantes del mar de la China Meridional. En tiempos de paz, la ruta está abierta por diversos puntos, pero en tiempos de guerra podrían cerrarse con mucha facilidad, bloqueando como resultado a China. Todas las grandes potencias dedican las épocas de paz a prepararse para el estallido de la guerra.

Japón es el primero en dificultar el libre acceso al Pacífico. Las embarcaciones chinas que se asomaran por el mar Amarillo y rodearan la península de Corea deberían atravesar el mar de Japón y subir por el estrecho de La Pérouse, situado sobre Hokkaido, antes de penetrar en el Pacífico. Gran parte de esta área la conforman aguas territoriales de Japón y China. En momentos de fuerte tensión, o incluso de hostilidades, resultarían inaccesibles para China. Aunque lo consiguieran, todavía les quedaría navegar a través de las islas Kuriles, al noreste de Hokkaido, que están bajo el control de Rusia pese a que Japón las reclama.

Japón y China también litigan por el archipiélago inhabitado que el primero llama Senkaku y que los chinos conocen como Diaoyutai, localizado al noreste de Taiwán. Este es el más sensible de todos los focos de conflicto entre ambos países. Si China opta, en cambio, por cruzar el mar de la China Oriental, junto a la costa de Shanghái, o bien zarpar desde él y dirigirse en línea recta hacia el Pacífico, debe pasar por delante de las islas Ryukyu, que incluyen Okinawa, donde Estados Unidos cuenta con una enorme base militar y tantos misiles antibuques como Japón es capaz de amontonar en la punta de la isla. El mensaje de Tokio es: «Sabemos que os movéis por ahí, pero no nos busquéis las cosquillas en el camino de vuelta».

Otro enfrentamiento potencial con Japón se centra en los depósitos de gas del mar de la China Oriental. Pekín ha declarado una «Zona Aérea de Identificación Defensiva» sobre la mayor parte del mar, que demanda un aviso previo antes de que nadie la sobrevuele. Los norteamericanos y los japoneses intentan ignorarla, pero se convertirá en un punto caliente en el momento en que China lo desee o debido a un accidente mal gestionado.

Bajo Okinawa se encuentra Taiwán, que se asienta junto a las costas de China y separa el mar de la China Oriental del mar de la China Meridional. China considera Taiwán su vigésimo tercera provincia, pero en la actualidad es un aliado estadounidense con una fuerza naval y aérea que Washington ha armado hasta los dientes. Estuvo bajo el control de China en el siglo XVII, pero en el último siglo solo la ha gobernado durante cinco años, entre 1945 y 1949.

El nombre oficial de Taiwán es República de China para diferenciarla de la República Popular China, si bien ambos lados consideran que deberían tener jurisdicción sobre uno y otro territorio. Pekín puede tolerar este topónimo ya que no enuncia que Taiwán sea un Estado separado. Bajo el Acta de Relaciones con Taiwán de 1979, los norteamericanos se comprometieron a defender Taiwán en caso de que se produjera una invasión china. De todas formas, si Taiwán declarara su independencia completa de China, algo que esta interpretaría como una declaración de guerra, Estados Unidos no estaría obligada a acudir en su ayuda porque dicha declaración se consideraría una provocación.

Ambos gobiernos rivalizan por obtener el reconocimiento de cada uno de los países del planeta (y asegurarse de que el otro no lo consigue). En la mayoría de los casos son los chinos quienes se llevan el gato al agua. Si se puede ofrecer un mercado potencial de 1.400 millones de personas frente a los ape-

nas 23 millones del rival, son pocos los que van a pensárselo dos veces. Sin embargo, existen veintidós países (la mayoría de ellos en desarrollo, como son Suazilandia, Burkina Faso o las islas de Santo Tomé y Príncipe) que sí se han decantado por Taiwán, lo que por lo general les ha reportado compensaciones suculentas.

Los chinos están decididos a hacerse con Taiwán pero no están ni de lejos pensando en lanzar un órdago militarista. En vez de eso, están empleando métodos sutiles de influencia como son los intercambios comerciales y el turismo entre ambos Estados. China desea atraer a Taiwán de nuevo a sus brazos. Durante las protestas estudiantiles que tuvieron lugar en Hong Kong en 2014, uno de los motivos por los que las autoridades no se apresuraron a expulsar por la fuerza a los manifestantes de las calles —como sí habrían hecho en Urumchi, por ejemplo— fue la presencia de las cámaras y cómo habrían difundido las imágenes violentas por el mundo. En China, la mayor parte de este material se habría censurado, pero Taiwán habría tenido acceso, igual que el resto del mundo, y se habría preguntado cuán cerca desearía estar de una potencia así. Pekín dudó. La partida que jugaba era a largo plazo.

Estos métodos sutiles se encaminan a persuadir a los taiwaneses de que no tienen nada que temer si se vuelven a unir a la «Madre Patria». La Zona Aérea de Identificación Defensiva, hacer emerger submarinos cerca de buques estadounidenses y la construcción de unas fuerzas navales forman parte de un plan a largo plazo para debilitar la determinación norteamericana de defender una isla situada a 225 kilómetros de la costa de la China continental y a 10.300 kilómetros de la costa oeste de Estados Unidos.

Tanto si se dirigieran hacia el Pacífico como hacia el océano Índico —que es la principal ruta navegable del planeta para el transporte de gas y petróleo, sin la cual China se derrum-

baría—, las embarcaciones chinas seguirían enfrentándose a problemas desde el mar de la China Meridional.

Para tomar rumbo oeste, en dirección a los Estados productores de energía del Golfo, deben pasar por Vietnam que, como ya hemos apuntado, recientemente ha llevado a cabo gestos de acercamiento hacia los norteamericanos. También deben acercarse a las Filipinas, un aliado estadounidense, antes de intentar atravesar el estrecho de Malaca, entre Malasia, Singapur e Indonesia, tres países con lazos militares y diplomáticos con Estados Unidos. El estrecho es de unos 800 kilómetros de largo y sus zonas más estrechas no alcanzan los tres kilómetros. Siempre ha sido un punto de asfixia y los chinos siguen siendo vulnerables. Todos los Estados a lo largo del estrecho y en un radio próximo se sienten angustiados frente a la posibilidad de verse sometidos por los chinos, y la mayoría tiene contenciosos abiertos con Pekín.

China reclama para sí casi todo el mar de la China Meridional y las fuentes de suministro energético que se cree que hay en su subsuelo. De todos modos, Malasia, Taiwán, Filipinas y Brunéi también mantienen disputas territoriales con China y entre ellos. Por ejemplo, Filipinas y China rivalizan por las islas Mischief, un extenso arrecife en las islas Spratly, en el mar de la China Meridional. Cada uno de los centenares de atolones en disputa, en ocasiones nada más que rocas asomando del agua, podría desencadenar una crisis diplomática, dado que en torno a cada roca se despliegan potenciales puntos de fricción asociados con zonas de pesca, derechos de exploración y soberanía.

Para avanzar en sus objetivos, China está empleando métodos de drenaje y de reclamación de tierras con el fin de transformar en islas una serie de arrecifes y atolones que se encuentran bajo disputa. Por ejemplo, uno de los arrecifes de las islas Spratly (cuyo nombre, Fiery Cross Reef, lo describe con exac-

titud) constituye ahora una isla artificial dotada de un puerto y una pista de aterrizaje capaz de acoger cazas de guerra, la cual garantiza a China mucho más control sobre los cielos de la región que antes. Otro arrecife ha sido provisto con unidades de artillería.

En el verano de 2015, el secretario de Defensa de Estados Unidos declaró: «Transformar una roca submarina en una pista de aterrizaje no concede el derecho de soberanía ni restricciones en términos de tránsito marítimo y aéreo». Estas palabras llegaban poco después de que China anunciara que cambiaba su postura militar en la región de defensiva a ofensiva y defensiva. Este movimiento subraya la intención de China de ser el país que fija las reglas en la región y que piensa tanto cortejar como amenazar a sus vecinos.

China debe asegurarse las rutas a través del mar de la China Meridional, tanto para que sus productos alcancen los mercados como para que las materias primas necesarias para fabricarlos —petróleo, gas y metales preciosos, entre otras— accedan a China. No puede permitirse sufrir un bloqueo. Una de las soluciones pasa por la diplomacia. Otra, por las fuerzas navales en aumento. Las mejores garantías, no obstante, son los oleoductos, carreteras y puertos.

Desde el punto de vista de la diplomacia, China intentará alejar a las naciones del Sudeste Asiático de la órbita estadounidense utilizando la táctica de la zanahoria y el garrote. Si emplean demasiado garrote, los países se acercarán más a Washington para cerrar acuerdos de defensa. Demasiada zanahoria y puede que no se sometan a la voluntad de Pekín. Por el momento siguen teniendo la vista puesta al otro lado del Pacífico para obtener protección.

Los mapas de la región que China está imprimiendo en la actualidad muestran como suya casi la totalidad del mar de la China Meridional. Esto supone una declaración de in-

tenciones, respaldada por patrullas navales de perfil agresivo y comunicados oficiales. Pekín busca cambiar el modo de pensar de sus vecinos y el modo de pensar y de actuar de Estados Unidos: presionan y presionan con sus objetivos hasta conseguir que sus rivales se retiren. Lo que está en juego aquí es el concepto de aguas internacionales y la libre circulación en tiempos de paz: no es algo a lo que el resto de las potencias vaya a renunciar fácilmente.

El escritor geopolítico Robert Kaplan expone la teoría de que el mar de la China Meridional es para China en el siglo XXI lo que el Caribe fue para Estados Unidos a principios del siglo XX. Tras consolidar su masa continental, los norteamericanos se habían convertido en una potencia en dos océanos (Atlántico y Pacífico) y se propusieron controlar los mares que la rodeaban, expulsando a tal efecto a los españoles de Cuba.

China también pretende llegar a ser una potencia en dos océanos (Pacífico e Índico). Para conseguirlo está invirtiendo en puertos de aguas profundas en Birmania, Bangladesh, Pakistán y Sri Lanka, una inversión con la que compra buenas relaciones y la posibilidad de que en el futuro sus fuerzas navales cuenten con bases amigas que visitar o en las que instalarse, así como relaciones comerciales.

Los puertos en el océano Índico y la bahía de Bengala forman parte de un plan ambicioso con el que China quiere asegurar su futuro. Su arrendamiento del puerto de aguas profundas de Gwadar, en Pakistán, será determinante (si es que la región pakistaní de Baluchistán mantiene cierta estabilidad) a la hora de crear una ruta terrestre alternativa hasta China. Desde la costa occidental de Birmania, China ha construido oleoductos y gasoductos que unen la bahía de Bengala con el sudoeste de China. Es su maniobra para reducir la inquietud que le provoca su dependencia del estrecho de Malaca, por el que pasan casi el 80 por ciento de sus suministros energéticos. Esto explica

parcialmente el motivo de que no solo China estrechara lazos con Birmania cuando su junta militar comenzó tímidamente a abrirse al mundo exterior en 2010. Los norteamericanos y los japoneses no tardaron en mejorar sus relaciones con el país. El presidente Obama y Abe, el primer ministro de Japón, lo visitaron para mostrarle sus respetos personalmente. Si son capaces de ejercer influencia sobre Birmania, puede que los ayude a mantener a China bajo control. Por el momento, los chinos van ganando esta partida sobre el tablero de ajedrez global, aunque no es descartable que los estadounidenses acaben siendo más fuertes si el Gobierno de Birmania mantiene su confianza en que Washington permanecerá a su lado.

China también construye puertos en Kenia, líneas férreas en Angola y una presa hidroeléctrica en Etiopía. Está peinando África de arriba abajo a la búsqueda de minerales y metales preciosos.

Las empresas y trabajadores de China se han diseminado a lo largo y ancho del mundo. Detrás irán, poco a poco, sus fuerzas armadas. Un gran poder comporta una gran responsabilidad. China no permitirá que las rutas marítimas de su vecindario sean patrulladas por los norteamericanos. Se producirán acontecimientos que movilizarán a los chinos fuera de su región. Un desastre natural, un acto terrorista o una toma de rehenes en el que se viera involucrado un alto número de trabajadores chinos forzaría a China a entrar en acción. Esto supondría establecer bases avanzadas o al menos llegar a acuerdos con otros Estados para permitir que China pudiera atravesar sus territorios. Hay decenas de millones de chinos repartidos actualmente por el mundo que, en algunos casos, se alojan en complejos gigantescos para trabajadores en diversos puntos de África.

China va a esforzarse por ser más ágil en la próxima década. Apenas fue capaz de movilizar los recursos del Ejército Popular para brindar ayuda tras el devastador terremoto que tuvo lugar en Sichuan en 2008. Sí que pudo enviar a las tropas,

pero no su equipamiento. Desplegarse de forma rápida en el extranjero plantearía un reto aún mayor.

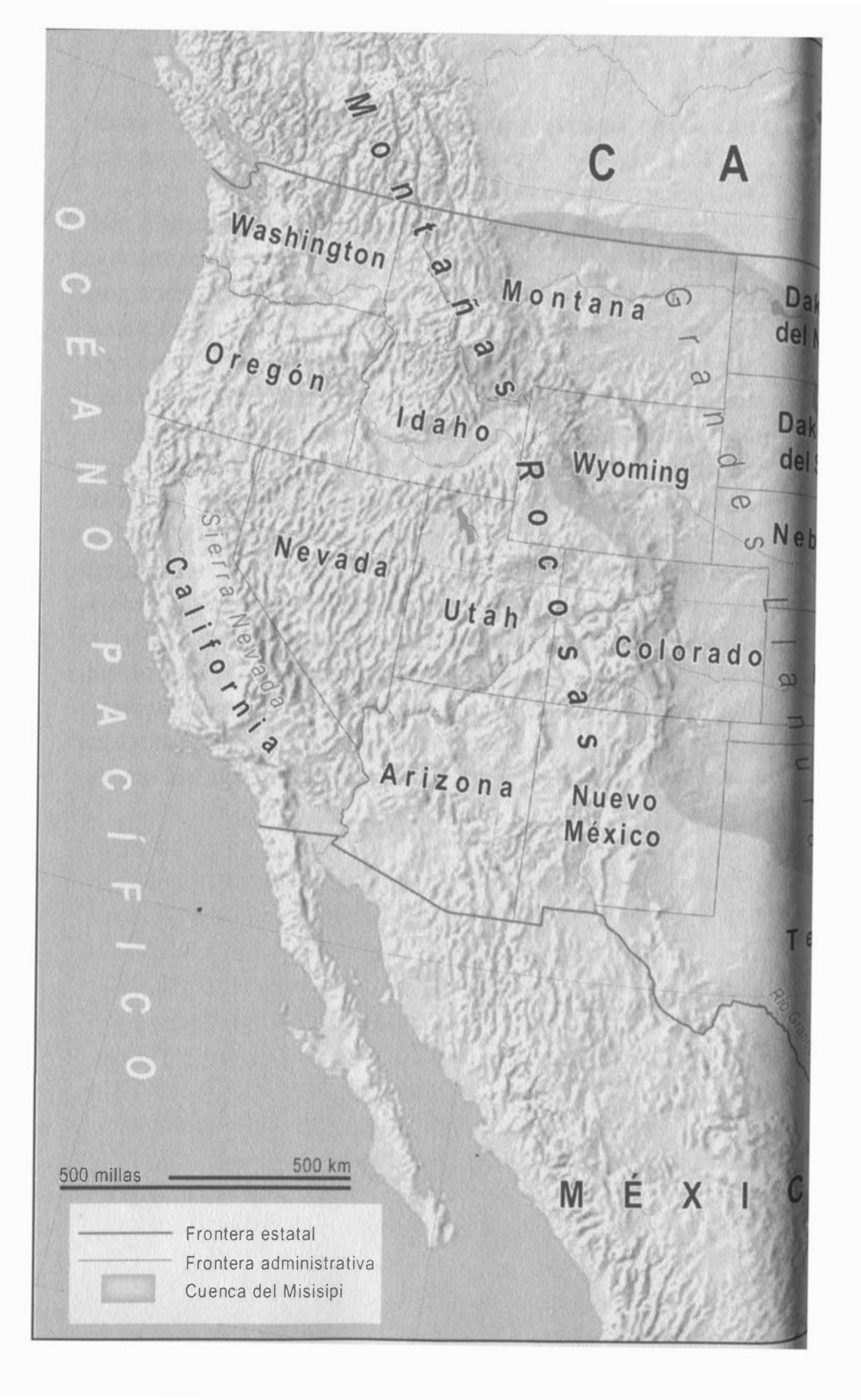
Esto va a cambiar. China no acarrea el fardo de los derechos humanos, ni estos suponen una motivación diplomática ni económica en sus tratos con el mundo. Tiene sus fronteras aseguradas, se ha sacudido las limitaciones de la Primera Cadena de Islas y se desplaza por el globo rebosante de confianza. Si es capaz de evitar un contencioso serio con Japón o Estados Unidos, el único peligro real al que se enfrenta es ella misma.

Existen 1.400 millones de razones por las que China puede tener éxito y 1.400 millones de razones por las que puede que no supere a Estados Unidos como la mayor potencia del planeta. Una depresión fuerte como la de la década de 1930 podría significar un retroceso de décadas. China se ha aposentado en la economía global. Si no le compramos, no fabrica. Y si no fabrica, habrá un desempleo masivo. Y si se produce un desempleo masivo y a largo plazo, en una coyuntura en la que los chinos se encuentran hacinados en zonas urbanas, las inevitables revueltas sociales podrían alcanzar —como todo aquello que tiene que ver con la China moderna— una escala jamás vista.

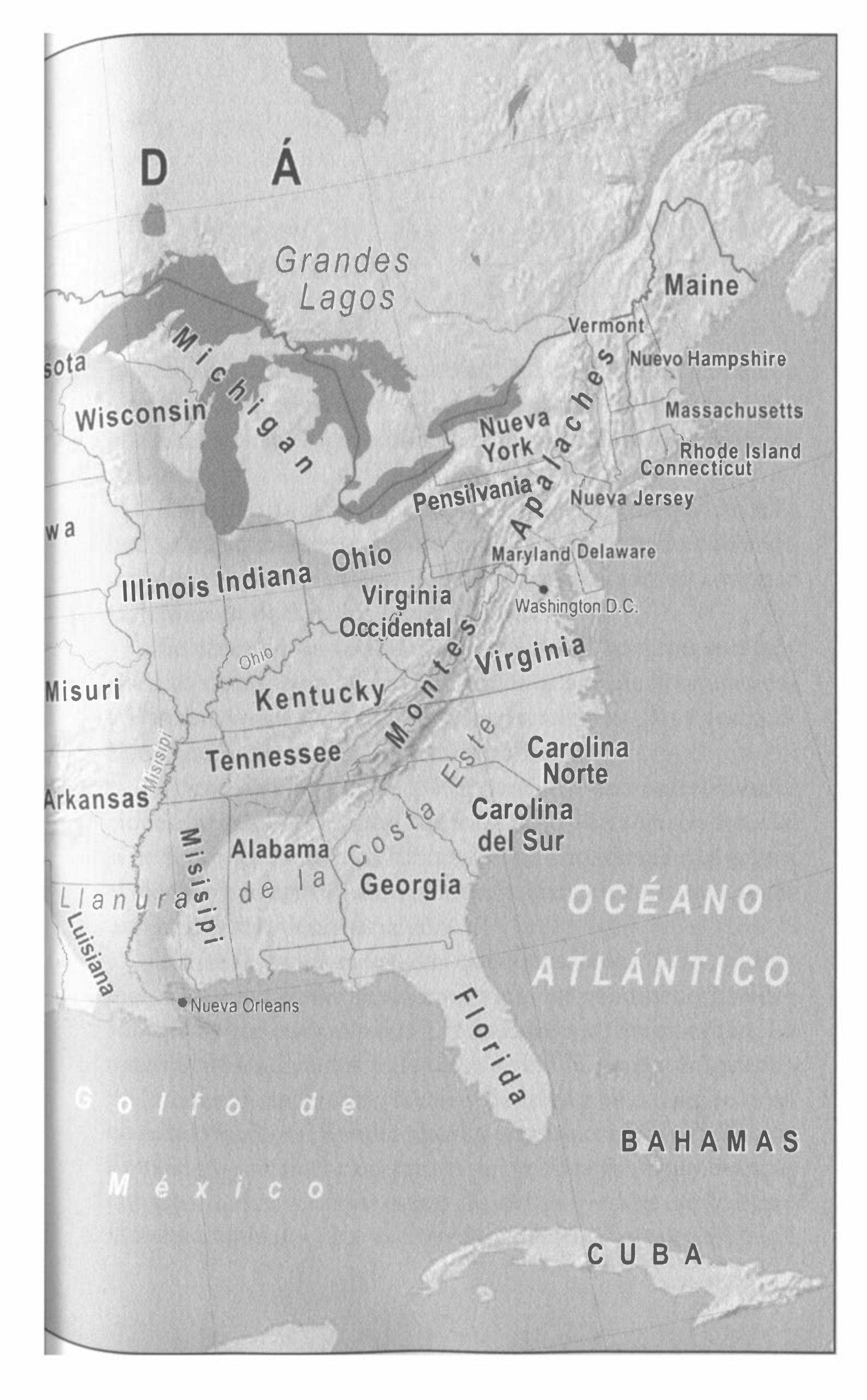
3
ESTADOS UNIDOS

Las informaciones en torno a mi muerte
se han exagerado sobremanera.

MARK TWAIN



CA
OCÉANO PACÍFICO
Montañas Rocosas
Washington
Montana
Oregón
Idaho
Wyoming
Grandes Llanuras
Nevada
Sierra Nevada
California
Utah
Colorado
Arizona
Nuevo México
Río Grande
MÉXIC
500 millas
500 km
Frontera estatal
Frontera administrativa
Cuenca del Misisipi


D Á
Grandes
Lagos
Michigan
sota
Wisconsin
Maine
Vermont
Nuevo Hampshire
Massachusetts
Rhode Island
Connecticut
Nueva
York
Apalaches
Pensilvania
Nueva Jersey
wa
Ohio
Maryland
Delaware
Illinois
Indiana
Virginia
Occidental
Washington D.C.
Ohio
Virginia
Misuri
Kentucky
Montes
Misisipi
Tennessee
Costa Este
Carolina
Norte
Arkansas
Carolina
del Sur
Misisipi
Alabama
de la
Georgia
Llanura
Luisiana
OCÉANO
ATLÁNTICO
Nueva Orleans
Florida
Golfo de
México
BAHAMAS
CUBA

Ubicación. Ubicación. Ubicación. Si usted hubiera ganado la lotería y buscara comprar un país en el que vivir, el primero que le mostraría el agente inmobiliario sería Estados Unidos de América.

Twain hacía referencia a las noticias erróneas que circulaban sobre su muerte, pero bien podría haber estado hablando sobre el modo en que los medios se han volcado en anunciar la defunción de Estados Unidos.

Se ubica en un vecindario maravilloso, las vistas son fantásticas, cuenta con algunas atracciones acuáticas estupendas y las conexiones de transporte son excelentes. ¿Los vecinos? Buenísimos, no causan el menor problema.

Si uno dividiera este espacio para vivir en numerosas secciones, su valor descendería de forma considerable, en especial si no todos los inquilinos hablaran el mismo idioma ni pagaran el alquiler con la misma divisa. Ahora bien, en tanto que hogar unifamiliar, no tiene parangón.

Existen cincuenta estados estadounidenses, pero conforman una sola nación de un modo que los veintiocho Estados soberanos que componen la Unión Europea jamás podrán. La mayoría de los Estados miembros de la UE tienen una identidad nacional mucho más fuerte y definida que cualquier estado estadounidense. Resulta sencillo encontrar a un individuo de Francia que se sienta en primer lugar francés y solo después europeo, o que muestre escasa lealtad por la idea de Europa. Un estadounidense, por el contrario, se identifica con su Unión

de un modo que contados europeos alcanzan. Esto se explica por la geografía y por la historia de la unificación de Estados Unidos.

Si pintáramos este vasto país en brochazos amplios y audaces, de este a oeste, podríamos dividirlo en tres partes.

En primer lugar hallamos la llanura de la Costa Este, que desemboca en los montes Apalaches, una zona bien surtida de agua por ríos cortos pero navegables y con un terreno fértil. Si nos dirigimos más hacia el oeste, topamos con las Grandes Llanuras, que se extienden hasta las Montañas Rocosas. Dentro de esta sección yace la cuenca del Misisipi con su red de ríos enormes y navegables que desembocan en el río Misisipi y discurren hasta el golfo de México, el cual se halla resguardado por la península de Florida y por diversas islas. Una vez superada la descomunal cadena montañosa de las Rocosas aguarda el desierto, la cordillera de Sierra Nevada, una llanura estrecha y costera y, por último, las orillas del océano Pacífico.

Hacia el norte, por encima de los Grandes Lagos, se encuentra el escudo canadiense, el mayor yacimiento mundial de roca precámbrica, gran parte del cual supone un obstáculo para el asentamiento humano. Hacia el sudoeste, desierto. La geografía dictaminó que, si un ente político era capaz de alcanzar y controlar la tierra que se extendía «del mar al mar brillante»,* se convertiría en una gran potencia, la mayor que el mundo habría conocido. Una vez se alcanzara semejante poder, resultaría prácticamente imposible invadir la Unión. Como ya vimos en el caso de Rusia, existe una «profundidad estratégica» a la que una fuerza a la defensiva podría retirarse. El tamaño de Canadá —y en menor medida, de México— su-

* Una forma poética de decir «de costa a costa», extraída de una línea de la canción patriótica *America the Beautiful*, escrita por Katharine Lee Bates en 1893. *(N. del t.)*

pone una ventaja ya que cualquier potencia hostil con la intención de invadir atravesando estos países se enfrentaría a líneas de abastecimiento increíblemente largas.

Igualmente importante en los tiempos actuales es que cualquiera lo suficientemente estúpido para contemplar la invasión de América no tardaría en verse forzado a pensar en el hecho de que contiene cientos de millones de armas, ya en las manos de una población que se toma muy en serio su vida, su libertad y la búsqueda de la felicidad. Además de un ejército estadounidense de primera línea, existe la Guardia Nacional, la policía estatal y una policía urbana que, como vimos en diversas ocasiones a lo largo del 2015, adopta las maneras de un cuerpo militar. De producirse una invasión, cada uno de los pueblos de Estados Unidos nos recordarían de inmediato a la Faluya iraquí.

Pero para adquirir esta posición geográfica de cuasi invulnerabilidad frente a un ataque convencional, primero fue necesario adquirir y unificar el espacio. Si tomamos en consideración que el continente abarca 4.800 kilómetros de costa a costa, esto se logró en un período de tiempo asombrosamente corto.

Cuando los europeos comenzaron a llegar y asentarse a principios del siglo XVII, enseguida descubrieron que la Costa Este de este territorio «virgen» rebosaba de puertos naturales y tierra fértil. Era un lugar en el que podían vivir y, al contrario que en sus países de origen, en el que podían hacerlo con libertad. Sus descendientes se empecinarían en negar esta libertad a los nativos, pero esta no fue la intención de los primeros pobladores. La geografía los llevó a cruzar el Atlántico en cantidades todavía mayores.

La última de las trece colonias originarias en establecerse fue Georgia en 1732. Las trece mostraron un espíritu crecientemente independiente hasta desembocar en la guerra de la Independencia de Estados Unidos (1775-1783). Al principio

de esta etapa, las colonias, que de forma gradual empezaron a conectar las unas con las otras, se extendían a lo largo de 1.600 kilómetros desde Massachusetts, al norte, hasta llegar a Georgia, y tenían una población combinada de unos 2,5 millones de personas. Sus límites los conformaban el Atlántico al este y los montes Apalaches al oeste. Los Apalaches, con una extensión de 2.400 kilómetros, son impresionantes pero, comparados con las Rocosas, no especialmente altos.

De todas formas, para los primeros pobladores, que estaban ocupados consolidando los territorios que habían conseguido someter y preparándose para gobernarlos por su cuenta, los Apalaches seguían suponiendo una barrera tremenda a la hora de desplazarse hacia el oeste. Los colonos se enfrentaban a otra barrera, una de índole política. El Gobierno británico prohibió los asentamientos al oeste de los Apalaches ya que quería asegurarse de que el comercio y los impuestos permanecieran en la Costa Este.

La Declaración de Independencia (1776) manifiesta que: «Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se hace necesario para un pueblo disolver los vínculos políticos que lo han ligado a otro, y tomar entre las naciones de la Tierra el puesto separado e igual a que las leyes de la naturaleza y el Dios de esa naturaleza le dan derecho, un justo respeto al juicio de la humanidad exige que declare las causas que lo impulsan a la separación». El texto prosigue enumerando de forma detallada estas causas y declara (sin ápice de ironía pese a la vigencia de la esclavitud) que resulta obvio que todos los hombres fueron creados iguales. Sentimientos tan nobles contribuyeron a espolear la victoria en la guerra de la Independencia, que a cambio alumbró el nacimiento de un nuevo Estado-nación.

A principios del siglo XIX, los líderes de este país de nuevo cuño apenas eran conscientes de que se encontraba a miles de kilómetros del «mar del Sur» o Pacífico. Siguiendo senderos

indios, un puñado de exploradores, para quienes se podría haber acuñado el término *intrépido*, habían atravesado los Apalaches y alcanzado el Misisipi. Ahí pensaron que quizá encontrarían una vía fluvial que los llevaría hasta el océano y, por tanto, a seguir los pasos de los españoles por enormes franjas de terreno a través del sudoeste y las regiones costeras del Pacífico, incluyendo lo que hoy es Texas y California.

En este punto, un Estados Unidos todavía novato estaba lejos de poder sentirse seguro y, de haberse visto restringido a sus fronteras de entonces, habría tenido que luchar con el fin de convertirse en una gran potencia. Sus ciudadanos ya contaban con un acceso al río Ohio, justo al oeste de los Apalaches, pero este conducía al Misisipi, cuya orilla occidental estaba controlada por los franceses hasta la ciudad de Nueva Orleans.

Esto concedía a Francia el control sobre las mercancías norteamericanas que se dirigían al Viejo Mundo desde el golfo de México y también sobre el amplio territorio en sentido oeste que en la actualidad es el núcleo central de América. En 1802, un año después de asumir la presidencia, Thomas Jefferson escribió: «Existe un único lugar en el globo cuyo dueño es nuestro enemigo natural y recurrente. Es Nueva Orleans».

De manera que Francia era el dueño y el problema. Pero, excepcionalmente, la solución no pasó por la guerra.

En 1803, Estados Unidos se limitó a comprarle a Francia el control total sobre el territorio de Luisiana. La superficie abarcaba desde el golfo de México hasta, subiendo en dirección noroeste, el nacimiento de los afluentes del río Misisipi en las Montañas Rocosas. Era un área equivalente a la suma de lo que hoy representaría España, Italia, Reino Unido y Alemania. Incluía la cuenca del Misisipi, punto de origen de la ruta de Estados Unidos a la grandeza.

Una rúbrica y la entrega de quince millones de dólares hicieron que con la compra de Luisiana en 1803 Estados Unidos

doblara su tamaño y obtuviera el control sobre la mayor ruta de transporte marítimo interno del mundo. Tal como escribió el historiador norteamericano Henry Adams, «Nunca antes Estados Unidos había conseguido tanto a cambio de tan poco».

La principal cuenca del Misisipi tiene más kilómetros de río navegable que las del resto del mundo juntas. En ningún otro lugar existen tantos ríos cuyas fuentes no se encuentran en terreno elevado y cuyas aguas fluyen sin obstáculos a lo largo de enormes distancias hasta desembocar en el océano. El Misisipi, alimentado por buena parte del sistema de cuencas hidrográficas, arranca cerca de Minneapolis y termina 2.900 kilómetros más allá, en el golfo de México. Los ríos eran, pues, el conducto natural para el comercio creciente y llevaban hasta los grandes puertos, utilizando barcos de transporte fluvial, mucho más económico que el terrestre.

Los norteamericanos tenían profundidad geográfico-estratégica, un territorio inmenso y fértil, y una alternativa a los puertos atlánticos para hacer negocios. Asimismo contaban con rutas en constante expansión desde el este al oeste que unían la Costa Este con el nuevo territorio. También poseían sistemas fluviales fluyendo de norte a sur para conectar entre sí a unos pueblos por entonces escasamente poblados, lo que animaba a Estados Unidos a erigirse en una única entidad.

En esos momentos se intuía que aquella nación iba a convertirse en un coloso, en una potencia continental. Avanzaron, siempre en dirección oeste, pero sin perder de vista la joya de la corona: el Misisipi.

En 1814, los británicos se habían marchado y los franceses habían renunciado a Luisiana. El siguiente objetivo consistía en expulsar a los españoles. No costó demasiado. Los españoles estaban exhaustos a resultas de la guerra en Europa contra Napoleón. Los norteamericanos empujaron a la tribu indígena de los seminolas hacia Florida, que estaba en manos

de España. Madrid fue consciente de que esto iría seguido de una oleada de asentamientos. En 1819, España cedió Florida a Estados Unidos y con ella un territorio gigantesco.

La compra de Luisiana había otorgado a Estados Unidos el *heartland*, pero el Tratado Transcontinental de 1819 le garantizó algo casi igual de valioso. Los españoles aceptaron que Estados Unidos tuviera jurisdicción sobre zonas muy remotas del oeste, por encima del paralelo 42, en lo que hoy es la frontera de California con Oregón, mientras que España controlaría lo que quedaba por debajo, al oeste de los territorios norteamericanos. Estados Unidos había alcanzado el Pacífico.

En aquellos tiempos, la mayoría de los norteamericanos consideró la conquista de Florida como la gran victoria de 1819, pero el secretario de Estado John Quincy Adams dejó escrito en su diario: «La adquisición de una línea fronteriza definitiva [al Pacífico] marca un gran momento de nuestra historia».

Sin embargo, había otro problema que hablaba español: México.

Dado que la compra de Luisiana dobló el tamaño de Estados Unidos, cuando México se independizó de España en 1821 su frontera se situaba a apenas trescientos kilómetros del puerto de Nueva Orleans. En el siglo XXI, México no supone una amenaza territorial para Estados Unidos, si bien su proximidad le causa problemas, ya que alimenta la demanda de trabajadores ilegales y de drogas del vecino norteño.

En 1821, la situación era diferente. El control territorial de México se extendía hasta el norte de California, lo cual resultaba aceptable para Estados Unidos, pero también lo hacía hacia el este, incluyendo lo que hoy es Texas, fronteriza, tanto entonces como ahora, con Luisiana. En aquel momento, la población de México era de 6,2 millones de personas y la de Estados Unidos de 9,6 millones. Puede que el ejército estadounidense hubiese sido capaz de desembarazarse de los todopoderosos británicos,

pero estos habían luchado a 4.800 kilómetros de su hogar y con líneas de abastecimiento que cruzaban un océano. Los mexicanos estaban en la puerta de al lado.

De forma discreta, Washington animó a los estadounidenses y a los recién llegados a que se establecieran a ambos lados de la frontera de Estados Unidos con México. Oleadas de inmigrantes llegaron y se esparcieron por el oeste y el sudoeste. Las posibilidades de que echaran raíces en la región que hoy conforma el México moderno, de que se integraran y dispararan el crecimiento demográfico, eran escasas. México no ha sido bendecido con los mismos dones que Estados Unidos. Sus tierras de cultivo son pobres y carecen de un sistema hidrográfico como vía de transporte. Además era un país profundamente antidemocrático, lo que significaba que los recién llegados contaban con mínimas posibilidades de que se les concedieran tierras.

Mientras proseguía la infiltración de Texas, Washington implementó la Doctrina Monroe (llamada así por el presidente James Monroe) en 1823. En esencia advertía a las potencias europeas que ya no podían ir a la búsqueda de nuevas tierras en el hemisferio occidental, y que si perdían cualquier parte del territorio que les pertenecía, no tenían derecho a reclamarlo. Si lo hacían, tendrían problemas.

A mediados de la década de 1830, el número de colonos blancos en Texas era suficiente como para atacar el problema mexicano. La población de origen mexicano, católica e hispanohablante, era de unos pocos miles, mientras que los colonos blancos de fe protestante rondaban los veinte mil. La guerra de Independencia de Texas (1835-1836) expulsó a los mexicanos, pero fue una victoria muy ajustada. Si los colonos hubieran perdido, el ejército mexicano habría estado en disposición de marchar sobre Nueva Orleans y controlar el extremo sur del Misisipi. Este es uno de los grandes «qué habría pasado si...» de la historia contemporánea.

De todos modos, la historia tomó otro curso y Texas se independizó gracias al dinero, las armas y las ideas norteamericanas. El territorio se incorporó a la Unión en 1845 y juntos combatieron en la guerra de México (1864-1868), aplastando a su enemigo sureño, que debió aceptar que México acababa en la orilla sur del Río Grande.

Con California, Nuevo México y un territorio que comprende lo que es hoy Arizona, Nevada, Utah y parte de Colorado, las fronteras continentales de Estados Unidos tenían entonces un aspecto muy similar al actual. Hablamos en gran medida de fronteras naturales. Al sur, el Río Grande atraviesa el desierto. Al norte, se despliegan los Grandes Lagos y las tierras rocosas, que cuentan con muy poca población cerca de la frontera, en especial en la mitad oriental del continente. Al este y al oeste encontramos los grandes océanos. En cualquier caso, el siglo XXI está viendo cómo en la zona sudoeste la memoria histórico-cultural de la región, sus raíces hispánicas, prometen resurgir. ¿El motivo? Los rápidos cambios demográficos que harán que la población hispana sea mayoritaria de aquí a escasas décadas.

Pero regresemos a 1848. Los europeos se habían marchado, la cuenca del Misisipi estaba protegida contra un ataque por tierra, el Pacífico se había alcanzado y estaba claro que las tribus indígenas que quedaban acabarían sometidas. Nada amenazaba a Estados Unidos. Había llegado la hora de ganar algo de dinero y de aventurarse luego a través de los mares para blindar las tres líneas costeras de la superpotencia en marcha.

La fiebre del oro que experimentó California en 1848-1849 resultó de ayuda, si bien los inmigrantes ya se dirigían de todos modos hacia el oeste. A fin de cuentas, había un imperio continental por construir y, a medida que iba tomando forma, fueron llegando más inmigrantes. La Ley de Asentamientos Rurales de 1862 concedió 65 hectáreas de tierra federal a todo

aquel que se comprometiera a cultivarla durante cinco años y que abonara una pequeña suma. Si uno era un pobre de Alemania, Escandinavia o Italia, ¿por qué dirigirse a Sudamérica a ejercer de siervo cuando se podía ir a Estados Unidos y ser propietario de un trozo de tierra libre?

En 1867, Estados Unidos le compró Alaska a los rusos. En aquel momento la operación fue bautizada como «el disparate de Seward» en referencia al secretario de Estado, William Seward, que cerró el acuerdo. Abonó 7,2 millones de dólares, 4,74 dólares por kilómetro cuadrado. La prensa lo acusó de comprar nieve, pero la mentalidad cambió con el descubrimiento de enormes yacimientos de oro en 1896. Al cabo de pocas décadas también se descubrieron numerosas reservas de petróleo.

Dos años después, en 1869, se inauguró la línea férrea transcontinental. Ahora se podía cruzar el país en una semana, mientras que antes requería de varios y peligrosos meses.

A medida que el país crecía y con él su prosperidad, empezó a dotarse de una flota de alta mar. Durante la mayor parte del siglo XIX, las relaciones exteriores estuvieron definidas por la expansión del comercio y el deseo de evitar los encontronazos fuera de su área, pero había llegado la hora de salir al exterior y proteger las líneas costeras de cualquier intromisión. La única amenaza real provenía de España. Puede que se la hubiera forzado a abandonar el territorio interior, pero seguía controlando las islas de Cuba, Puerto Rico y parte de lo que hoy conforma la República Dominicana.

Cuba era lo que les quitaba particularmente el sueño a los presidentes estadounidenses, igual que volvería a hacerlo en 1962 durante la Crisis de los Misiles. La isla se ubica frente a Florida, lo que potencialmente le otorga acceso y control de los estrechos de Florida y del canal del Yucatán en el golfo de México. Esta es la ruta de entrada y salida al puerto de Nueva Orleans.

Quizá el poderío de España estaba disminuyendo hacia finales del siglo XIX, pero continuaba siendo una fuerza militar de primer orden. En 1898, Estados Unidos le declaró la guerra a España, provocó la retirada caótica de sus ejércitos y tomó el control de Cuba. Por si fuera poco, se llevó con ella Puerto Rico, Guam y Filipinas. Todas le serían de utilidad, pero Guam en concreto supone un activo estratégico crucial, mientras que Cuba es una amenaza estratégica si cae en manos de una gran potencia.

En 1898, esta amenaza se eliminó al entrar en guerra con España. En 1962 la neutralizó el riesgo de un conflicto bélico con la Unión Soviética, después de que esta parpadeara primero. Hoy no hay ninguna gran potencia respaldando a Cuba y parece destinada a permanecer de nuevo bajo el paraguas cultural, y probablemente político, de Estados Unidos.

Estados Unidos avanzaba a pasos acelerados. El mismo año en que se aseguró Cuba, los estrechos de Florida y en buena medida el Caribe, también se anexionó una isla del Pacífico, Hawái, lo que le garantizaba la protección de su propia costa occidental. En 1903, Estados Unidos firmó un acuerdo de arrendamiento que le confería derechos exclusivos sobre el canal de Panamá. El comercio estaba en auge.

A Estados Unidos le había llegado el momento de demostrar que había hecho algo más que desembarcar en el escenario mundial, ¿y qué mejor manera de conseguirlo que con una exhibición de fuerza navegando alrededor del mundo?

El presidente Theodore Roosevelt se expresaba con relativo comedimiento pero en esencia paseó un gran garrote alrededor del mundo. Dieciséis buques de guerra de la fuerza atlántica partieron de Estados Unidos en diciembre de 1907. Llevaban los cascos pintados de blanco, el color de la Armada en tiempos de paz, y esta contundente muestra de espíritu democrático pasó a conocerse como «la Gran Flota Blanca».

Durante los siguientes catorce meses, la flota fondeó en veinte puertos, incluyendo algunos en Brasil, Chile, México, Nueva Zelanda, Australia, Filipinas, Japón, China, Italia y Egipto. De todos ellos, el más importante era el de Japón, país al que se puso en alerta de que, en caso de extrema necesidad, la flota norteamericana del Atlántico podía desplegarse en el Pacífico. El viaje, mezcla de política dura y blanda, se produjo antes de que circulara el término militar proyección de fuerza, pero en eso mismo consistió y cada una de las potencias mundiales tomó buena nota de ello.

La mayoría de los presidentes subsiguientes tuvo presente el consejo que lanzó George Washington en su discurso de despedida de 1796 al animar a no involucrarse en «antipatías inveteradas contra naciones específicas ni en vínculos apasionados con otras» y a «tomar distancia de alianzas permanentes con cualquier parte del extranjero».

Con la excepción de su tardía, aunque crucial, entrada en la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos evitó prácticamente los enfrentamientos y las alianzas en el siglo XX. Hasta 1941.

La Segunda Guerra Mundial lo cambió todo. Estados Unidos fue atacado por un Japón en plena fiebre militarista al que Washington impuso unas sanciones económicas que amenazaban con llevar al país al borde del desastre. Los norteamericanos salieron reforzados. Proyectaron su vasto poder por todo el globo, y para mantener el *statu quo*, esta vez no se retiraron a casa.

En su calidad de mayor potencia económica y militar tras el conflicto, Estados Unidos necesitaba controlar las rutas marítimas mundiales para garantizar la paz y poder distribuir sus productos.

Eran los únicos que se mantenían en pie. Los europeos estaban exhaustos y sus economías se hallaban tan en ruinas como sus ciudades y pueblos. Los japoneses estaban aplasta-

dos, los chinos, devastados y en medio de una guerra civil, y los rusos ni siquiera participaban en el juego capitalista.

Un siglo antes, los británicos habían aprendido que necesitaban bases de operaciones avanzadas y centros de abastecimiento de carbón desde donde proyectar y defender sus fuerzas navales. Ahora, con el Reino Unido en declive, los estadounidenses miraban de forma lasciva sus activos y se decían: «Bonitas bases, nos las quedamos».

El precio era justo. En el otoño de 1940, los británicos necesitaban desesperadamente buques de guerra. Los estadounidenses disponían de cincuenta para prestarles. A través de lo que se llamó «Acuerdo de Destructores por Bases», los británicos intercambiaron su capacidad para ser una potencia global por ayuda para seguir en la guerra. Casi todas las bases navales británicas en el hemisferio occidental fueron entregadas a Estados Unidos.

Para cualquier país esto significaba, y sigue significando, hormigón. Hormigón con el que se construyen puertos, aeropuertos, hangares aeronáuticos, depósitos de combustible, diques flotantes y zonas de entrenamiento para las fuerzas especiales. En Oriente, después de la derrota de Japón, Estados Unidos aprovechó la oportunidad para levantar todo esto a lo largo y ancho del Pacífico. Ya lo habían hecho en Guam, que quedaba a medio camino, pero ahora establecieron bases por doquier, hasta en la isla japonesa de Okinawa en el mar de la China Oriental.

Los norteamericanos también prestaron atención a la tierra. Si iban a financiar la reconstrucción de Europa por medio del Plan Marshall (1948-1951), debían asegurarse de que la Unión Soviética no arrasara el lugar y alcanzara la costa atlántica. Los soldados de infantería no volvieron a sus hogares, sino que montaron su tenderete en Alemania e hicieron frente al Ejército Rojo a lo largo de la llanura nordeuropea.

En 1949, Washington lideró la creación de la OTAN y con ella asumió el mando del poder militar de Occidente que había sobrevivido a la guerra. El responsable civil de la OTAN puede ser un año un belga y al siguiente un británico, pero el jefe militar es siempre un estadounidense, y la mayor potencia armamentística dentro del seno de la OTAN es con diferencia la de Estados Unidos.

No importa lo que digan los estatutos del tratado: el comandante supremo de la OTAN responde en última instancia ante Washington. Cuando los norteamericanos presionaron al Reino Unido y a Francia para que abandonaran la ocupación del canal de Suez durante la crisis de 1956, lo que implicó que perdieran casi toda su influencia en Oriente Medio, ambos aprendieron de forma dolorosa la lección de que ningún país de la OTAN puede poner en marcha una estrategia naval sin consultárselo antes a Washington.

Después de que Islandia, Noruega, Reino Unido e Italia (todos ellos miembros fundadores de la OTAN) le concedieran a Estados Unidos acceso y derechos sobre sus bases, este pasó a controlar el Atlántico Norte y el Mediterráneo, además del Pacífico. En 1951 extendió sus tentáculos hacia el sur al formar una alianza con Australia y Nueva Zelanda, y también hacia el norte tras la guerra de Corea (1950-1953).

Ahora había dos mapas de Estados Unidos: el tradicional que se extendía en diagonal desde Seattle en la costa del Pacífico hasta el saliente en el mar de los Sargazos, y el que dejaba constancia del poder geopolítico de Estados Unidos. Este último mostraba las bases, puertos y pistas de aterrizaje: las cosas físicas que uno podía marcar en la página. Sin embargo, también se trataba de un mapa conceptual, uno que informaba de que en el caso de que la situación A se produjera en la región B, podía contarse con que el país C sería un aliado de Estados Unidos, y viceversa. Si una gran potencia quería

jugar algún papel en cualquier parte del mundo, debía saber que Estados Unidos podía presentar batalla si así lo decidía. Había aterrizado una superpotencia. El fracaso que supuso Vietnam en la década de 1960 menoscabó la confianza de Estados Unidos e hizo que se mostrara más cauteloso a la hora de implicarse en conflictos en el extranjero. De todos modos, pese a que supuso una clara derrota, esto no alteró de forma significativa su estrategia global.

En esos momentos existían solo tres lugares que podían plantear un desafío a la hegemonía americana: una Europa unida, Rusia y China. Todos ellos se fortalecerían, pero dos tocarían techo.

El sueño de algunos países europeos de una UE con «una unión cada vez más estrecha» y unas políticas exteriores y de defensa comunes está muriendo lentamente frente a nuestros ojos y, aunque no lo hiciera, los miembros de la UE gastan tan poco en defensa que a la postre dependen de Estados Unidos. La crisis económica de 2008 ha dejado a las potencias europeas muy mermadas y con pocas ganas de aventurarse en el exterior.

En 1991, la amenaza rusa se disipó debido a su creciente incompetencia económica, sus excesos militaristas y su incapacidad para persuadir a las masas subyugadas de su imperio de que el camino a seguir pasaba por los gulags y por la sobreproducción de tractores con fondos estatales. El reciente contraataque de la Rusia de Putin ha supuesto una molestia, pero no una amenaza seria al dominio estadounidense. Cuando el presidente Barack Obama definió a Rusia en 2014 como «nada más que una potencia regional», puede que se mostrara innecesariamente provocativo, pero no se equivocaba. Los barrotes que encierran a Rusia en una celda geográfica, vistos en el primer capítulo, siguen ahí. Carece de un puerto de aguas cálidas que brinde acceso a las rutas marítimas globales y carece de la capacidad militar en tiempos de guerra para alcanzar

el Atlántico, a través del mar Báltico y del mar del Norte, o del mar Negro y el Mediterráneo.

Estados Unidos estuvo parcialmente detrás del cambio de Gobierno en Ucrania en 2014. Su deseo era extender la democracia por el mundo y desligar a Ucrania del área de influencia rusa, debilitando con ello al presidente Putin. Washington es consciente de que, mientras Estados Unidos estaba distraído en Irak y Afganistán, Rusia aprovechó la ocasión para actuar en lo que considera su «zona de influencia», recuperando parcelas de poder en lugares como Kazajistán y agenciándose territorio en Georgia. Con retraso y sin mucho entusiasmo, los norteamericanos han procurado ir neutralizando los avances rusos.

Los estadounidenses se preocupan por Europa y la UE, y en ocasiones hasta actúan (si es en interés propio), pero ahora consideran que Rusia es sobre todo un problema europeo, lo que no evita que se mantengan alerta.

Esto nos deja con China, con una China en auge.

La mayoría de los análisis escritos en la última década dan por sentado que a mediados del siglo XXI China superará a Estados Unidos y lo destronará como primera potencia mundial. Por razones apuntadas parcialmente en el capítulo dos, no estoy convencido. Creo que puede necesitar un siglo.

Los chinos van camino de igualar a los norteamericanos en términos económicos, lo que les garantiza mucha influencia y un sitio en la cúpula. Sin embargo, desde un punto de vista militar y estratégico, muestran un retraso de varias décadas. Los norteamericanos dedicarán esas décadas a que la situación siga así, pero parece inevitable que las diferencias se recorten.

El hormigón resulta muy costoso. No ya mezclarlo y verterlo sino conseguir que a uno le permitan mezclarlo y verterlo allá donde desea. Como ya observamos en el Acuerdo de Destructores por Bases, la ayuda que Estados Unidos presta a otros gobiernos no es siempre desinteresada. La ayuda eco-

nómica, y la militar, que no es menos importante, compra el permiso para verter hormigón, pero también para mucho más, aunque conlleve un coste añadido.

Por ejemplo, Washington puede mostrarse indignada frente a las violaciones de los derechos humanos cometidos en Siria (un Estado hostil) y expresar sus quejas abiertamente, pero su indignación por los abusos cometidos en Bahréin puede que sean más difíciles de oír, sofocados como están por los motores de la 5.ª Flota de Estados Unidos, que tiene su base en Bahréin en calidad de invitado del Gobierno bahreiní. Por otro lado, la ayuda compra la facultad de sugerirle al Gobierno B (pongamos Birmania) que quizá desee resistirse a los acercamientos del Gobierno C (pongamos China). En este ejemplo en concreto, Estados Unidos anda rezagado porque el Gobierno de Birmania hace muy poco tiempo que empezó a abrirse al resto del mundo y los chinos tomaron la delantera.

De todos modos, en los casos de Japón, Tailandia, Vietnam, Corea del Sur, Singapur, Malasia, Indonesia y otros, los norteamericanos están llamando a una puerta que ya está abierta debido a su voluntad de aliarse con Washington y a la ansiedad que les provoca su gigantesco vecino. Puede que existan rencillas entre todos ellos, pero estas palidecen ante el convencimiento de que, si no establecen un frente común, China acabará agarrándolos uno a uno y sometiéndolos a su hegemonía.

Estados Unidos se encuentra aún en la fase inicial de lo que en 2011 la por entonces secretaria de Estado, Hillary Clinton, calificó de «giro hacia China». Fue un apunte interesante, que algunos interpretaron como un abandono de Europa, pero el giro hacia un sitio no significa el abandono de otro. Se trata más bien de cuánto peso se apoya sobre cada pie.

Muchos estrategas de política exterior ligados al Gobierno de Estados Unidos están convencidos de que la historia del siglo XXI va a escribirse en Asia y el Pacífico. La mitad de la

población mundial vive allí y, si incluimos a la India, se estima que en el año 2050 representarán la mitad de la producción económica global.

Por consiguiente, nos disponemos a ver a Estados Unidos invirtiendo cada vez más tiempo y dinero en Asia Oriental para fijar su presencia e intenciones en la región. Por ejemplo, en el norte de Australia los estadounidenses han establecido una base para su cuerpo de marines. Pero si quieren gozar de verdadera influencia, puede que se vean obligados a invertir en acciones militares limitadas que convenzan a sus aliados de que acudirán a su rescate si se desencadenan hostilidades. Por ejemplo, si China empieza a lanzar proyectiles contra un buque de guerra japonés, las fuerzas navales estadounidenses quizá se vean forzadas a abrir fuego de advertencia contra las chinas, o directamente a atacarlas, para dejar claro que están dispuestas a ir a la guerra en respuesta al incidente. Por lo mismo, cuando Corea del Norte dispara contra Corea del Sur, el sur responde a la agresión, pero en la actualidad Estados Unidos, no. En cambio, despliega fuerzas de forma visible con la idea de lanzar una señal. Si la situación escalara, entonces sí que abriría fuego de advertencia contra un objetivo norcoreano y, en última instancia, fuego directo. Esta es una forma de aumentar la tensión sin llegar a declarar la guerra... y es entonces cuando las cosas se ponen peligrosas.

Estados Unidos intenta demostrarle a toda la región que lo que más le interesa a esta es aliarse con Washington. China hace lo contrario. De manera que frente a cualquier desafío, ambos lados deben reaccionar. Si se acobardaran, la confianza de sus aliados y el miedo de sus rivales menguarían poco a poco hasta que con el tiempo un acontecimiento llevara a un Estado a cambiar de bando.

Los analistas escriben con frecuencia acerca de la necesidad de determinadas culturas de no dejarse humillar, o que

no se las vea dar un paso atrás, pero este es un problema que no solo se da en las culturas árabes y en las de Asia Oriental, sino que hablamos de un problema humano que se manifiesta de formas muy diversas. Puede que se halle más definido y más abiertamente articulado en esas dos culturas, pero los estrategas de la política exterior norteamericana son tan conscientes del tema como cualquier otra potencia. El idioma inglés tiene incluso dos dichos que demuestran cuán profundamente arraigada está la idea. Uno es *«Give them an inch and they'll take a mile»** y el otro lo pronunció en 1900 el presidente Theodore Roosevelt y ya forma parte del acervo político: *«Speak softly, but carry a big stick»*.**

El juego mortífero al que asistirá este siglo consistirá en ver cómo los chinos, estadounidenses y el resto de las partes implicadas en la región gestionan las crisis que surjan sin dejarse humillar y sin levantar un muro de resentimiento y rabia a ambos lados.

Hay consenso a la hora de considerar que la Crisis de los Misiles de Cuba se saldó con una victoria norteamericana. Lo que no se difundió en igual medida fue que, algunos meses después de que Rusia retirara sus misiles de Cuba, Estados Unidos hizo lo propio en Turquía con sus misiles Júpiter (capaces de alcanzar Moscú). De hecho, se trató de un compromiso por el cual ambos lados pudieron acabar por informar a la opinión pública respectiva que no habían capitulado.

En el siglo XXI, el Pacífico aún tiene que ser testigo de más compromisos entre las grandes potencias. Todo apunta a que, a corto plazo, la mayoría de ellos, pero no todos, va a hacerlos China. Uno de los primeros ejemplos es la declaración

* Expresión que equivale a nuestro «Dales una mano y te cogerán el brazo». *(N. del t.)*

** «Habla suavemente, pero lleva un buen garrote.» *(N. del t.)*

por parte de Pekín de una «Zona Defensiva de Identificación Aérea» por la que se solicita a las naciones extranjeras que notifiquen su intención de entrar en lo que se considera un territorio en disputa, a lo que los estadounidenses han respondido sobrevolándolo de forma deliberada y sin avisar. Los chinos ganaron algo al declarar la zona y convertirla en un problema. Estados Unidos ganó algo negándose a obedecer. Es un juego que va para largo.

También consiste en el juego del gato y el ratón. A principios de 2016, China hizo aterrizar un avión en una de las pistas que ha construido en las islas artificiales que se encuentra levantando en las islas Spratly, en el mar de la China Meridional. Vietnam y Filipinas elevaron protestas formales ya que ambas tienen reclamaciones en la zona, mientras que Estados Unidos calificó el movimiento de amenaza a la «estabilidad regional». Ahora Washington vigila cada proyecto de construcción y cada vuelo, al tiempo que debe escoger dónde y cuándo opta por llevar a cabo protestas más contundentes, o bien envía patrullas áreas o navales cerca de los territorios en conflicto. De alguna manera se encuentra en la obligación de demostrar a sus aliados que está de su lado y de que servirá de garante de la libertad de navegación por aguas internacionales y, simultáneamente, sin ir demasiado lejos para no empujar a China a una confrontación militar.

La política de Estados Unidos respecto a Japón consiste en asegurarles que forman un frente común contra China y garantizar que su base en Okinawa permanece abierta. Los norteamericanos ayudarán a las Fuerzas de Autodefensa de Japón a ser un cuerpo sólido, al tiempo que restringirán su capacidad militar en el Pacífico para que no les suponga una amenaza.

Si bien todos los países de la región son importantes en lo que constituye un puzle diplomático complejo, los Estados cla-

ve parecen ser Indonesia, Malasia y Singapur. Los tres se despliegan a lo largo del estrecho de Malaca, cuyo punto de menor amplitud es de apenas 2,7 kilómetros. Cada día lo cruzan doce millones de barriles de petróleo con destino a una China cada vez más sedienta y a otros lugares de la región. Mientras el trío se mantenga pronorteamericano, Estados Unidos cuenta con una ventaja crucial.

Por el lado positivo, a China no la mueve la ideología política, no busca extender el comunismo ni codicia (mucho) más territorio, al contrario que Rusia durante la guerra fría. Además, ningún bando desea entrar en conflicto. Los chinos pueden aceptar que los norteamericanos vigilen la mayor parte de las rutas marítimas que utilizan para repartir sus productos por el planeta, siempre que conozcan los límites de ese control, es decir, hasta dónde se pueden acercar a China.

Tendrán lugar riñas y China apelará de tanto en tanto al nacionalismo para garantizar la unidad del país, pero ambas partes buscarán llegar a acuerdos. El peligro puede nacer de que se malinterpreten y/o fuercen demasiado el juego.

Atendamos a los puntos críticos. Los estadounidenses tienen un acuerdo con Taiwán que establece que, si China invade la que considera su vigésimo tercera provincia, Estados Unidos irá a la guerra. Para China, la línea roja que, de traspasarse, podría desencadenar una invasión sería que Estados Unidos reconociera formalmente a Taiwán o que Taiwán se declarara independiente. Sin embargo, ninguna señal apunta a que nada de esto vaya a ocurrir por lo que no se contempla una invasión china en el horizonte (al menos desde este lado).

A medida que crece la sed de China por el petróleo y el gas extranjeros, decrece la de Estados Unidos. Esto tendrá un impacto muy significativo en sus relaciones internacionales, en especial en Oriente Medio, lo que acarreará efectos colaterales en otros países.

Gracias a las perforaciones marinas en sus costas y al *fracking* en amplias regiones del país, Estados Unidos parece destinado no solo a ser autosuficiente energéticamente sino también a convertirse en un exportador neto de energía en 2020. Esto supondrá que sus esfuerzos por asegurarse un flujo de gas y petróleo desde el golfo Pérsico disminuirán. Seguirá teniendo intereses estratégicos en la región, pero su determinación perderá intensidad. Si la atención norteamericana disminuye, las naciones del golfo Pérsico buscarán nuevos aliados. Un candidato será Irán, otro será China, pero esto deberá esperar a que China haya construido su flota de alta mar y, no menos importante, esté preparada para desplegarla.

La 5.ª Flota estadounidense no tiene intención de abandonar su puerto de Bahréin pues es un pedazo de hormigón que se resistiría a sacrificar. De todos modos, si los suministros energéticos procedentes de Arabia Saudí, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos y Catar dejan de ser imprescindibles para mantener encendidas las luces y los coches en circulación en Estados Unidos, la opinión pública norteamericana y el Congreso se preguntarán «¿para qué los queremos?». Si la respuesta es «para tener vigilado a Irán», puede que no alcance para zanjar el debate.

En cuanto al resto de Oriente Medio, la política estadounidense a corto plazo se centrará en evitar que Irán se fortalezca en exceso, negociando al mismo tiempo lo que se ha bautizado como «Gran Pacto», un trato que resuelva los múltiples asuntos que separan a ambos países y que ponga fin a tres décadas y media de enemistad. Con las naciones árabes embarcadas en una lucha contra los islamistas armados que puede prolongarse durante décadas, Washington da señales de haber renunciado a su idea optimista de alentar democracias de inspiración jeffersoniana, y se concentrará en intentar gestionar la situación y evitar de forma desesperada que sus soldados entren en combate.

Puede que la estrecha relación que une a Estados Unidos con Israel se entibie, aunque poco a poco, a medida que las condiciones demográficas de los primeros cambien. Los hijos de los inmigrantes hispanos y asiáticos que ahora están llegando a Estados Unidos se mostrarán más interesados en Latinoamérica y Extremo Oriente que en un país pequeño y ubicado en el extremo de una región que ya no es vital para los intereses norteamericanos.

La política respecto a Latinoamérica consistirá en asegurarse de que el canal de Panamá continúe abierto, inquirir sobre las tarifas de paso por el futuro canal de Nicaragua hacia el Pacífico, y estar atento al crecimiento de Brasil, no sea que ambicione propulsar su influencia en el mar del Caribe. Desde un punto de vista económico, Estados Unidos también competirá con China para ganar influencia en toda Latinoamérica, pero sólo en Cuba volcará todas sus fuerzas con el objetivo de asegurarse el dominio en la era post-Castro/comunista. La proximidad de Cuba a Florida y las relaciones históricas (si bien de todo signo) entre Cuba y Estados Unidos, en combinación con el pragmatismo de China, deberían bastar para allanar el camino a fin de que Estados Unidos sea el poder dominante en la nueva Cuba. La histórica visita que el presidente Obama realizó a la isla en la primavera de 2016 contribuyó mucho a asegurarse de que sea así. Es el primer presidente estadounidense en activo en pisar La Habana desde que Calvin Coolidge lo hizo en 1928. El anterior líder cubano, Fidel Castro, despotricó al ser preguntado por la visita, y los medios de comunicación bajo control estatal recogieron obedientemente sus comentarios negativos, pero en el aire flotaba la sensación de que solo lo hacían para hacer feliz al anciano; la decisión colectiva ya había sido tomada, la nueva era ya había dado comienzo. La proximidad de Estados Unidos, junto con el poder y el número de los americanos de

origen cubano, deberían cimentar la nueva relación a lo largo de la próxima década.

En África, los norteamericanos solo son una nación más buscando sus riquezas naturales, pero China es la que está quedándose con la mayor parte. Igual que ocurre en Oriente Medio, Estados Unidos va a seguir de cerca los escarceos islamistas en el norte de África, pero procurará no verse implicado a menos de 9.000 metros de altura.

Todo indica que los experimentos norteamericanos en la construcción de naciones han llegado a su fin.

En Irak, Afganistán y otras partes, Estados Unidos subestimó la mentalidad y la fortaleza de las potencias modestas y las tribus. Quizá la unidad y la seguridad física de las que había gozado a lo largo de su historia los condujo a sobrestimar el poder de sus argumentos racionalistas y democráticos, según los cuales el compromiso, el trabajo e incluso el voto vencerían a los miedos atávicos y arraigados que despierta «el otro», ya se trate de suníes, chiíes, kurdos, árabes, musulmanes o cristianos. Dieron por sentado que la gente buscaría el acercamiento, cuando la verdad es que muchos no se atreven a intentarlo y, a la luz de sus experiencias, prefieren vivir separados. Esto arroja una triste conclusión sobre la condición humana, pero que se ha repetido tanto y en tantos sitios durante diversos períodos de la historia que ha acabado por ser una desafortunada certeza. Las intervenciones estadounidenses retiraron la tapa de una olla hirviendo que había ocultado la verdad de manera temporal.

Esto no convierte las políticas norteamericanas en «ingenuas», como piensan algunos de los más altaneros diplomáticos europeos, pero sí encierra una actitud de «nosotros podemos» y «nosotros lo arreglaremos» que, de forma inevitable, no siempre funcionará.

Desde hace treinta años se predice el declive inminente o permanente de Estados Unidos. Este es un error tan grande

ahora como lo fue en el pasado. El país más exitoso del planeta está a las puertas de la autosuficiencia energética, continúa siendo la potencia económica por antonomasia e invierte en investigación y desarrollo militar más que el presupuesto militar conjunto de todos los países de la OTAN. Su población no envejece al ritmo de la europea y la japonesa, y un estudio llevado a cabo por Gallup en 2013 mostró que un 25 por ciento de las personas deseosas de emigrar tenían a Estados Unidos como primera opción. Ese mismo año, la Universidad de Shanghái confeccionó un listado de las veinte mejores universidades del mundo: diecisiete estaban en Estados Unidos.

En un comentario de doble filo, el estadista prusiano Otto von Bismarck afirmó más de un siglo atrás que «Dios cuida especialmente a los borrachos, a los niños y a Estados Unidos». Sus palabras siguen vigentes.

4
EUROPA OCCIDENTAL

Aquí el pasado estaba por todas partes,
un continente cosido por entero con recuerdos.

MIRANDA RICHMOND MOUILLOT,
A Fifty-Year Silence: Love, War and a Ruined House in France

Brecha GIUK
Frontera estatal
Frontera en disputa

Estrecho de Dinamarca
ISLANDIA
Mar de Noruega
Islas Feroe
Islas Shetland
Mar del Norte
OCÉANO ATLÁNTICO
IRLANDA
REINO UNIDO
DINA
PAÍSES BAJOS
ALEM
BÉLGICA
LUXEMBU
Sena
Rin
FRANCIA
SUIZA
Golfo de Vizcaya
Ródano
Pirineos
MÓNACO
PORTUGAL
Meseta Central
ANDORRA
Córcega
ESPAÑA
Islas Baleares
Mar Medit



500 millas
500 km
FINLANDIA
ESTONIA
LETONIA
LITUANIA
ningrado
sia)
BIELORRUSIA
Llanura Nordeuropea
RUSIA
LONIA
UCRANIA
Montes Cárpatos
LOVAQUIA
MOLDAVIA
UNGRÍA
RUMANÍA
GEORGIA
ARMENIA
SERBIA
Danubio
Mar Negro
BULGARIA
NEGRO
MACEDONIA
LBANIA
TURQUÍA
Mar Egeo
GRECIA
SIRIA
CHIPRE
LÍBANO
Creta

Para bien y para mal, el mundo moderno brota en Europa. En este enclave occidental de la gran superficie de tierra que conforma Eurasia nació la Ilustración, que desembocó en la Revolución industrial, que dio paso a todo cuanto hoy nos rodea. Debemos agradecérselo, o echarle las culpas, a la ubicación de Europa.

El clima, inducido por la corriente del Golfo, bendijo la región con la cantidad exacta de precipitaciones para poder cultivar a gran escala y con el suelo específico para que florecieran las cosechas. Esto facilitó el crecimiento de la población en zonas que mayoritariamente podían trabajarse durante todo el año, incluso en plena canícula. De hecho, el invierno supone un plus al brindar temperaturas lo suficientemente cálidas para trabajar, pero lo bastante frías como para eliminar buena parte de los gérmenes que hoy asolan amplias regiones del resto del mundo.

Las buenas cosechas se traducen en un excedente de alimentos con los que comerciar. Esto comporta a su vez la aparición de centros mercantiles que se transforman en pueblos. También permite a la gente concentrarse en algo más que en el cultivo de alimentos y desarrollar ideas y tecnología.

Europa Occidental no tiene verdaderos desiertos, las zonas heladas y deshabitadas son un puñado en el norte más extremo, y los terremotos, volcanes y fuertes inundaciones resultan excepcionales. Los ríos son largos, planos, navegables y están hechos para el comercio. A medida que desembocan en

un abanico de mares y océanos, fluyen hasta líneas de costa donde abundan los puertos naturales a oeste, norte y sur.

Si usted se encuentra leyendo esto atrapado por una tormenta de nieve en los Alpes, o a la espera de que las aguas bajen y retomen el camino del Danubio tras una inundación, quizá las bendiciones de la geografía europea no le parezcan tan evidentes. Pero en comparación con otros lugares, no hay duda de que existen. Estos factores son los que permitieron a los europeos crear los primeros Estados-nación industrializados, lo que al mismo tiempo los condujo a los primeros conflictos bélicos de escala industrial.

Si tomamos a Europa como un todo, observamos los ríos, montañas y valles que explican por qué hay tantos Estados-nación. Al contrario que Estados Unidos, donde una lengua y una cultura dominantes presionaron de forma rápida y violenta en dirección oeste hasta generar un país enorme, Europa creció de forma orgánica a lo largo de milenios y permanece dividida en regiones geográficas y lingüísticas.

Las diversas tribus de la península Ibérica, por ejemplo, que no pudieron expandirse hacia el norte y entrar en Francia debido a los Pirineos, fueron acercándose de manera gradual, durante miles de años, hasta conformar España y Portugal. Incluso España no es un país completamente unido a tenor de las crecientes reclamaciones independentistas por parte de Cataluña. Francia también se ha configurado a partir de un conjunto de barreras naturales, delimitada como está por los Pirineos, los Alpes, el Rin y el océano Atlántico.

Los principales ríos de Europa no confluyen (si exceptuamos el Sava, que desemboca en el Danubio, a la altura de Belgrado). Esto explica en parte por qué hay tantos países en un espacio relativamente pequeño. Al no conectar, la mayoría de los ríos ejerce de frontera en algún punto y cada uno constituye una esfera de influencia económica por derecho

propio. Esto comportó el surgimiento de al menos un centro urbano destacado en la orilla de cada río, alguno de los cuales se convirtió en capital.

El segundo río más extenso de Europa, el Danubio (2.865 kilómetros), supone un buen ejemplo. Nace en la Selva Negra alemana y fluye en dirección sur hacia el mar Negro. La cuenca del Danubio afecta a dieciocho países y va creando fronteras naturales durante su trayectoria, incluyendo las de Eslovaquia y Hungría, Croacia y Serbia, Serbia y Rumanía, y Rumanía y Bulgaria. Dos mil años atrás fue una de las fronteras del Imperio romano, lo que la ayudó a su vez a erigirse en una de las principales rutas comerciales del Medioevo y a alumbrar las ciudades de Viena, Bratislava, Budapest y Belgrado. Asimismo constituyó la frontera natural de dos futuros imperios: el austrohúngaro y el otomano. A medida que estos se encogieron, las naciones resurgieron, convirtiéndose con el tiempo en Estados-nación. De todas maneras, la geografía de la región del Danubio, sobre todo en su extremo meridional, ayuda a explicar por qué ahí se concentra un número tan elevado de naciones pequeñas en comparación con los países más grandes del interior y de los alrededores de la llanura nordeuropea.

Durante varios siglos, los países del norte de Europa han sido más ricos que los del sur. El norte se industrializó primero y experimentó un mayor éxito económico. Dado que el núcleo central de Europa occidental lo conforman muchos de los países del norte, sus vínculos comerciales fueron más sencillos de mantener y los vecinos prósperos pudieron comerciar los unos con otros (por el contrario, los españoles debían cruzar los Pirineos para comerciar, o bien fijarse en mercados tan limitados como los de Portugal y el norte de África).



La cuenca del Danubio ilustra las ventajas geográficas del terreno europeo: ríos interconectados en una llanura ofrecieron fronteras naturales y una red de transporte fácilmente navegable que promovió un floreciente intercambio comercial.

Asimismo circulan teorías indemostrables que apuntan a que el dominio del catolicismo en el sur provocó su retraso, mientras que la ética protestante del trabajo llevó a los países del norte a alcanzar mayores logros. Cada vez que visito la ciudad bávara de Múnich pienso en esta teoría. Mientras cruzo en coche por delante de los relucientes templos que suponen las sedes centrales de BMW, Allianz y Siemens, tengo motivos para dudar de ella. Un 34 por ciento de la población alemana es católica y el estado de Baviera también lo es de forma predominante, pero sus preferencias religiosas no parecen haber tenido ninguna influencia en su progreso ni en la insistencia con que han señalado que los griegos deberían trabajar más duro y pagar más impuestos.

El contraste entre el norte y el sur de Europa es en parte atribuible al hecho de que el segundo cuenta con menos pla-

nicies costeras donde practicar la agricultura, al tiempo que ha sufrido en mayor medida sequías y desastres naturales, si bien a una escala mucho menor que en otros rincones del planeta. Tal y como vimos en el primer capítulo, la llanura nordeuropea es un corredor que se extiende desde Francia a los montes Urales en Rusia, y que limita al norte con el mar Báltico y el mar del Norte. El terreno es fácilmente cultivable a gran escala y las vías fluviales facilitan que las cosechas y otros productos sean transportados con comodidad.

De todos los países a lo largo de la llanura, Francia es el mejor situado y, por tanto, el más aventajado. Hablamos del único país europeo que es una potencia del norte y del sur de forma simultánea. Acoge la mayor extensión de terreno fértil de Europa Occidental y muchos de sus ríos conectan los unos con los otros: uno de ellos fluye hacia el oeste hasta alcanzar el Atlántico (el Sena), otro hacia el sur hasta alcanzar el Mediterráneo (el Ródano). Estos factores, sumados a la planicie relativa que la caracteriza, facilitan la unificación de las regiones y —especialmente desde los tiempos de Napoleón— la centralización del poder.

Pero si nos desplazamos al sur y al oeste, nos encontramos con muchos países que están en la segunda línea del poder europeo, en parte debido a su ubicación. El sur de Italia, por ejemplo, se halla aún a mucha distancia del norte en términos de desarrollo. Y aunque desde 1871 es un Estado unificado (que incluye Venecia y Roma), los estragos derivados de la brecha entre el norte y el sur son más acusados ahora de lo que fueron desde antes de la Segunda Guerra Mundial. La industria pesada, el turismo y los centros financieros que acumula el norte llevan mucho tiempo reportando un nivel de vida más alto, lo que ha desembocado en el surgimiento de formaciones políticas que han demandado un recorte de los subsidios estatales para el sur, o incluso la separación de él.

España también sufre, como siempre lo ha hecho, por culpa de su geografía. Sus estrechas planicies costeras acogen terrenos poco aptos para el cultivo, y el acceso a los mercados se ve restringido de forma interna por sus ríos cortos y la Meseta Central —un altiplano rodeado de cadenas montañosas, algunas de las cuales lo atraviesan—. Los Pirineos obstaculizan aún más el comercio con Europa occidental. Por su parte, los mercados que quedan al sur, cruzando el Mediterráneo, pertenecen a países en vías de desarrollo con ingresos limitados. Tras la Segunda Guerra Mundial, el país padeció un abandono generalizado, pues bajo la dictadura franquista quedó políticamente aislado de buena parte de la Europa moderna. Franco murió en 1975 y la nueva España democrática se adhirió a la Unión Europea en 1986. En la década de 1990 empezó a ponerse a la altura del resto de Europa occidental, aunque su inherente debilidad geográfica y financiera sigue paralizándola y ha intensificado los problemas derivados del sobregasto y de un control fiscal descuidado. España fue uno de los países más castigados por la crisis económica de 2008.

Grecia sufre de un modo similar. Gran parte de su línea de costa la conforman acantilados escarpados y son escasas las planicies costeras en las que cultivar. En el interior hallamos más acantilados escarpados, ríos no aptos para el transporte y unos pocos valles anchos y fértiles. El terreno cultivable es de excelente calidad, pero el problema es que hay tan poco que impide que Grecia se convierta en un exportador agrícola de primer nivel, ni que desarrolle más que un puñado de grandes centros urbanos donde florezcan poblaciones con un alto nivel educativo, formativo y tecnológico. Su situación se ve empeorada por su ubicación, con Atenas en la punta de la península, lo que prácticamente le niega la posibilidad de comerciar por tierra con Europa. Depende del mar Egeo para acceder al comercio marítimo en la región, pero al otro lado del mis-

mo se levanta Turquía, un enemigo potencial de peso. Grecia y Turquía libraron varias guerras entre finales del siglo XIX y principios del XX, y hoy la primera sigue gastando en defensa una cantidad de euros de la que no dispone.

La Grecia continental está protegida por montañas, pero existen unas 1.400 islas (6.000 si contamos las numerosas rocas que emergen del Egeo), de las que unas 200 están habitadas. Solo el hecho de patrullar este territorio exige contar con unas fuerzas navales decentes, ya no digamos para abortar cualquier intento de apropiarse de él. La consecuencia es un enorme presupuesto militar que Grecia no se puede permitir. Durante la guerra fría, los estadounidenses, y en menor medida los británicos, asumían gustosamente parte de necesidades militares a cambio de mantener a la Unión Soviética lejos del Egeo y del Mediterráneo. Al acabar la guerra fría, los cheques siguieron idéntico camino. Grecia, sin embargo, siguió gastando.

Esta división histórica continúa viva tras la debacle financiera que azotó Europa en 2008 y por las desavenencias ideológicas en la eurozona. En 2012, cuando dieron inicio los rescates financieros europeos y sobre Grecia recayeron las exigencias de adoptar medidas de austeridad con el fin de mantener el país a flote y evitar su salida de la eurozona, la fractura geográfica pronto fue obvia. Los donantes y los que elevaban las exigencias eran los países del norte, mientras que los destinatarios y los que elevaban las solicitudes eran en su mayoría del sur. En Alemania no tardaron en hacerse oír las voces que señalaban que ellos trabajaban hasta los sesenta y cinco años y pagaban impuestos con destino a Grecia para que ahí pudieran jubilarse a los cincuenta y cinco. A continuación se preguntaron: «¿Por qué?». La respuesta: «En la salud y en la enfermedad» fue insatisfactoria.

Los alemanes lideraron el rescate financiero con la imposición de medidas de austeridad, mientras que los griegos lidera-

ron el rechazo al mismo. Por ejemplo, el ministro de Finanzas alemán, Wolfgang Schäuble, comentó: «Sigo sin estar seguro de si todos los partidos políticos griegos son conscientes de su responsabilidad en la difícil situación por la que atraviesa su país». A lo que el presidente de Grecia, Karolos Papoulias, que había combatido contra los nazis, respondió: «No puedo aceptar que el señor Schäuble insulte a mi país... ¿Quién es el señor Schäuble para insultar a Grecia? ¿Quiénes son los alemanes? ¿Quiénes son los finlandeses?». También hizo una referencia punzante a la Segunda Guerra Mundial al decir: «Siempre nos hemos sentido orgullosos de defender no solo nuestra libertad y nuestro país, sino también la libertad de Europa». Los estereotipos en torno al carácter derrochador y perezoso de los sureños frente al prudente y trabajador de los norteños no tardaron en resurgir. Los medios de comunicación griegos contraatacaron con alusiones constantes y crudas al pasado alemán, hasta el extremo de que uno de ellos publicó en su portada una fotografía en la que la canciller Merkel aparecía con un bigotillo hitleriano.

Los contribuyentes griegos, cuyo número es menor de lo que necesitaría el país para sostener su economía, tienen un punto de vista muy diferente y se preguntan: «¿Por qué los alemanes deberían imponernos sus directrices si ellos son los más beneficiados por el euro?». En Grecia y en otros países, las medidas de austeridad impuestas por el norte se consideran un ataque a su soberanía.

En el edificio de la «familia europea» están apareciendo grietas. En la periferia de Europa occidental, la crisis financiera ha dejado a Grecia como un miembro con un pie fuera, mientras que por el este han vuelto a asomar los conflictos. Si la anormalidad que han supuesto los últimos setenta años de paz ha de prolongarse durante este siglo, esta paz va a necesitar amor, cuidados y atenciones.

Las generaciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial han crecido con la paz como norma, pero la particularidad de la generación actual es que a los europeos les cuesta imaginar lo contrario. Una guerra les parece algo que ocurre en otra parte o que ocurrió en el pasado o, en el peor de los casos, que ocurre en la «periferia» de Europa. El trauma de las dos guerras mundiales, seguido de siete décadas de paz y el colapso de la Unión Soviética, convenció a muchos de que Europa occidental era una región «posconflicto».

Hay motivos para pensar que la situación seguirá así en el futuro, pero bajo la superficie hierven potenciales fuentes de conflicto, al tiempo que las tensiones entre europeos y rusos pueden desembocar en enfrentamientos. Por ejemplo, la historia y las alteraciones geográficas que han experimentado las fronteras de Polonia sobrevuelan su política exterior, por mucho que disfrute hoy de paz, éxito y de que sea uno de los Estados más grandes de la Unión Europea con 38 millones de habitantes. También es uno de los países miembros más extensos y su economía se ha duplicado desde que abandonó el Telón de Acero. En cualquier caso, sigue posando la vista en el pasado mientras intenta asegurar su futuro.

El corredor de la llanura nordeuropea tiene su punto más estrecho entre la costa báltica de Polonia, al norte, y el inicio de los montes Cárpatos, al sur. Desde la perspectiva militar de Rusia, aquí es donde podría ubicar su mejor línea defensiva, mientras que desde la perspectiva de un atacante es el punto en el que sus fuerzas se comprimirían antes de abrirse camino hacia Rusia.

Los polacos han contemplado ambas perspectivas, dado que los ejércitos lo han atravesado hacia el este y el oeste con frecuencia saltando de una frontera a otra. Si uno coge el *The Times Atlas of European History* (Atlas de historia europea de *The Times*) y hojea con rapidez sus páginas, verá que Polonia

emerge en torno al año 1000 y no deja de cambiar de aspecto, de aparecer y reaparecer hasta asumir su forma presente a finales del siglo XX.

La ubicación de Alemania y Rusia, unida a las experiencias de los polacos con ambos países, hace que ninguno de ellos sea un aliado natural de Varsovia. Al igual que Francia, Polonia quiere mantener a Alemania maniatada dentro de la UE y la OTAN, al tiempo que miedos no tan atávicos que le ha despertado Rusia han resurgido con fuerza a raíz de la crisis en Ucrania. A lo largo de los siglos, Polonia ha visto la marea rusa acercarse y alejarse de ella. Después de la marea baja del final del Imperio soviético (ruso), solo podía fluir en una dirección.

Las relaciones con el Reino Unido, contrapeso de Alemania dentro de la UE, resultaron armónicas pese a la traición de 1939: Reino Unido y Francia habían firmado un tratado por el que se comprometían a acudir en auxilio de Polonia en caso de que Alemania la invadiera. Cuando se produjo el ataque, la repuesta al *Blitzkrieg* fue un *Sitzkrieg*: los dos aliados se mantuvieron incólumes detrás de la Línea Maginot en Francia mientras Polonia era devorada. A pesar de esto, las relaciones con el Reino Unido son sólidas, aunque el principal aliado que buscó Polonia, tan pronto consiguió la libertad en 1989, fue Estados Unidos.

Los estadounidenses recibieron a los polacos con los brazos abiertos, y viceversa: ambos tenían en mente a los rusos. En 1999, Polonia ingresó en la OTAN, acercando en 650 kilómetros el radio de acción de la alianza respecto a Moscú. En aquel momento, otros países exmiembros del Pacto de Varsovia también formaban parte de la OTAN y, en 1999, Moscú vio con impotencia cómo esta iba a la guerra contra uno de sus aliados, Serbia. En la década de 1990, Rusia no estaba en situación de conseguir que la alianza retrocediera pero, después del caos que supusieron los años de Yeltsin, Putin abordó el problema y pasó a la ofensiva.

La cita más célebre de Henry Kissinger se remonta a la década de 1970, cuando se le atribuye haber preguntado: «Si quiero telefonear a Europa, ¿a quién debo llamar?». Los polacos cuentan con una versión propia y actualizada: «Si los rusos nos amenazan, ¿debemos llamar a Bruselas o a Washington?». Saben la respuesta.

Los países que conforman la península balcánica se encuentran de nuevo libres de un imperio. El terreno montañoso que caracteriza la región desembocó en el surgimiento de un gran número de Estados pequeños y fue uno de los factores que evitó su integración, pese a las buenas intenciones de experimentos como la Unión de los Serbios, Croatas y Eslovenos, también conocida como Yugoslavia.

Con las guerras de la década de 1990 ya en el recuerdo, la mayor parte de los países de la antigua Yugoslavia mira hacia Occidente, pero en Serbia los lazos con el este, dada su religión ortodoxa y sus poblaciones eslavas, permanecen sólidos. Rusia, que aún no ha perdonado a los países occidentales el bombardeo de Serbia en 1999 y la separación de Kosovo, sigue intentando atraer a Serbia a su órbita a través de la fuerza gravitatoria de la lengua, la etnicidad, la religión y los acuerdos energéticos.

En una frase famosa, Bismarck afirmó que una gran guerra prendería por culpa de «alguna idiotez que ocurra en los Balcanes», y así fue. La región es hoy un campo de batalla económico y diplomático con la UE, la OTAN, los turcos y los rusos rivalizando por conseguir influencia. Albania, Bulgaria, Croacia y Rumanía decidieron integrarse en la OTAN y todas ellas, excepto Albania, también forman parte de la UE, como es el caso de Eslovenia.

Las tensiones se han trasladado al norte y a Escandinavia. Dinamarca ya forma parte de la OTAN y el resurgir de Rusia en los últimos tiempos ha promovido un debate en Suecia acerca de si ha llegado el momento de decir adiós a una neu-

tralidad de dos siglos y unirse a la alianza. En 2013, unos cazas rusos simularon un bombardeo sobre Suecia en mitad de la noche. Parece ser que los sistemas defensivos suecos estaban dormidos por lo que el país no hizo despegar sus aviones de inmediato, recayendo en las fuerzas aéreas danesas la misión de expulsar a los rusos de la zona. Pese a este incidente, la mayoría de los suecos continúa estando en contra de ingresar en la OTAN, pero el debate sigue vivo y se ha visto marcado por unas declaraciones de Moscú según las cuales se verá obligado a «responder» en el caso de que Suecia o Finlandia entren a formar parte de la alianza.

Los países de la Unión Europea y de la OTAN necesitan un frente común para responder a estos desafíos, pero esto será imposible a menos que las relaciones cruciales en el seno de la UE, léase aquellas entre Francia y Alemania, permanezcan intactas.

Tal como hemos visto, Francia estaba mejor posicionada gracias a su clima, las rutas comerciales y las fronteras naturales de Europa. Se halla protegida excepto en una zona: al noreste, en el punto en el que la planicie de la llanura nordeuropea se convierte en lo que es hoy Alemania. Antes de que Alemania fuera un país unificado, esto no suponía un problema. Francia se encontraba a una distancia considerable de Rusia, lejos de las hordas mongolas, y contaba con un Canal que la separaba de Inglaterra, lo que significaba que un intento de invasión y ocupación a gran escala probablemente sería repelido. De hecho, Francia era la principal potencia del continente europeo: era capaz de proyectar su poder hasta las mismísimas puertas de Moscú.

Pero entonces los alemanes se unieron.

Llevaban haciéndolo durante un tiempo. La «idea» de Alemania circulaba desde hacía siglos: las tierras que formaban el Reino de los Francos Orientales, que se convertirían en el Sacro Imperio Romano en el siglo x, a veces recibían el

nombre de «las Germanias» al comprender hasta quinientos minirreinos germánicos. Tras la disolución del Sacro Imperio Romano en 1806, treinta y nueve Estados se unieron para formar la Confederación Germánica durante el Congreso de Viena de 1815. Esto llevó a su vez a la Confederación Alemana del Norte y, después de la guerra franco-prusiana en la que las triunfantes tropas alemanas ocuparon París, a la unificación de Alemania en 1871. Desde ese momento, Francia contó con un vecino en su frontera de unas dimensiones geográficas superiores y con un volumen de población similar, aunque con una tasa de crecimiento mayor y más industrializado.

El anuncio de la unificación tuvo lugar en el Palacio de Versalles, cerca de París, después de la victoria alemana. El flanco débil de la defensa francesa, la llanura nordeuropea, había sido traspasado. Lo sería en otras dos ocasiones en los setenta años siguientes, tras lo cual Francia recurriría a la diplomacia, y no a la guerra, para intentar neutralizar la amenaza por el este.

Tradicionalmente, Alemania había tenido problemas geográficos más serios que Francia. Las planicies de la llanura nordeuropea le daban dos razones para sentir miedo: al oeste, los alemanes topaban con un vecino poderoso y que llevaba mucho tiempo unificado como era Francia, mientras que al este estaba el gigantesco Oso Ruso. Su temor más acusado era ser objeto de un ataque simultáneo por parte de las dos potencias a través de las planicies del corredor. Jamás sabremos si habría podido ocurrir, pero el pánico que despertó tuvo consecuencias catastróficas.

Francia temía a Alemania, Alemania temía a Francia y, cuando Francia se unió a Rusia y el Reino Unido en la Triple Entente de 1907, Alemania temió a las tres. Ahora existía la dimensión añadida de que las fuerzas navales británicas podían bloquear a voluntad el acceso de los alemanes al mar del Norte y al Atlántico. La solución que tomó Alemania, en dos ocasiones, fue atacar en primera instancia a Francia.

Los dilemas planteados por su ubicación geográfica y beligerancia pasaron a conocerse como la «cuestión alemana». Después de los horrores de la Segunda Guerra Mundial —de hecho, tras siglos de conflictos bélicos—, la respuesta consistió en aceptar la presencia en suelo europeo de una única potencia abrumadora, Estados Unidos, que estableció la OTAN y allanó el camino para la futura creación de la Unión Europea. Exhaustos tras la guerra y con su seguridad «garantizada» por las fuerzas militares norteamericanas, los europeos se embarcaron en un experimento asombroso. Se les pidió que confiaran los unos en los otros.

Lo que hoy es la Unión Europea fue construida de modo que Francia y Alemania pudieran fundirse en un abrazo tan fuerte y amoroso que ninguna de ellas fuese capaz de liberar uno de sus brazos para soltarle un puñetazo a la otra. Ha funcionado de forma brillante y generado un espacio geográfico enorme que comprende la mayor economía del planeta.

A Alemania le ha ido particularmente bien, pues resurgió de las cenizas de 1945 y empleó en su beneficio la geografía que antaño temió. Se convirtió en el fabricante más importante de Europa. En vez de enviar ejércitos a través de las planicies, envió productos con el sello de prestigio «Made in Germany». Estos productos fluyeron por el Rin y el Elba, cruzaron las autopistas y se esparcieron por Europa y el mundo, por el norte, el sur, el oeste y, de forma creciente desde 1990, el este.

De todos modos, lo que empezó en 1951 como las seis naciones que formaban la Comunidad Europea del Carbón y del Acero se ha convertido en las veintiocho que forman la UE bajo el motor ideológico de «una unión cada vez más estrecha». Tras la primera gran crisis financiera que ha golpeado a la UE, esta ideología presenta un panorama incierto y los lazos se deshacen. Dentro de la UE vemos síntomas de lo

que el escritor especializado en geopolítica Robert Kaplan ha llamado «la revancha de la geografía».

Esta unión cada vez más estrecha ha llevado a diecinueve de los veintiocho países a una moneda única: el euro. Los veintiocho países miembros, excepto Dinamarca y Reino Unido, se han comprometido a adoptarla una vez cumplan con los requisitos. Lo que ahora ha quedado claro, si bien para algunos ya lo estuvo en su momento, es que cuando se produjo el lanzamiento del euro en 1999, muchos países no estaban preparados.

En 1999, muchos de ellos se lanzaron a la nueva definición de relaciones con los ojos cerrados. Se suponía que todos debían tener unos niveles de deuda, desempleo e inflación dentro de unos límites. El problema es que algunos, con el caso más notable de Grecia, estaban falseando los libros de contabilidad. La mayoría de los expertos eran conscientes de ello, pero dado que el euro no es solo una moneda, sino también una ideología, los miembros decidieron mirar hacia otro lado.

Los países de la eurozona acordaron estar económicamente unidos «en la salud y en la enfermedad», tal y como a los griegos les gusta recordar, pero cuando los golpeó la crisis económica de 2008, los más ricos tuvieron que acudir al rescate de los más pobres, lo que desencadenó agrias disputas domésticas. A día de hoy, los socios siguen lanzándose los platos a la cabeza.

La crisis del euro y problemas económicos más amplios han dejado al descubierto grietas en la Casa de Europa (de forma especialmente notable en la vieja falla que separa el norte del sur). El sueño de «una unión cada vez más estrecha» parece congelado o incluso en retroceso. Si ese es el caso, es posible que vuelva la «cuestión alemana». Visto desde el prisma que otorgan siete décadas de paz, quizá suena alarmista, pues Alemania es uno de los miembros más pacíficos y democráti-

cos de la familia europea. Sin embargo, visto desde el prisma de siete siglos de contiendas europeas, no puede descartarse.

Alemania está decidida a continuar siendo un buen europeo. Los alemanes saben de forma instintiva que si la Unión se hace añicos resurgirán los temores que antaño despertaba Alemania, sobre todo porque en la actualidad es la nación más rica y poblada de Europa con diferencia. Hablamos de 82 millones de personas y de la cuarta economía mundial. Una Unión fallida también dañaría sus intereses económicos: el tercer mayor exportador mundial de bienes no desea que sus mercados vecinos opten por el proteccionismo.

Pese a tener menos de ciento cincuenta años de vida, el Estado-nación alemán es la potencia indispensable de Europa. No tiene rival en asuntos económicos y, aunque se expresa en un tono calmado, sostiene un garrote alargado en forma de euro, de modo que el continente escucha sus palabras. De todas formas, en términos de política exterior global, se limita a hablar en un tono calmado, a veces ni siquiera se pronuncia, y siente aversión por los garrotes.

La sombra de la Segunda Guerra Mundial todavía pende sobre Alemania. Los norteamericanos, y más tarde los europeos occidentales, estaban dispuestos a aceptar su rearme debido a la amenaza soviética, pero Alemania lo hizo casi a regañadientes y se ha mostrado adversa al empleo de su fuerza militar. Jugó un papel menor en Kosovo y Afganistán, y se abstuvo de participar en el conflicto de Libia.

Su incursión diplomática más seria en una crisis no económica ha tenido lugar en Ucrania, lo que resulta muy revelador acerca de dónde tiene la vista puesta. Los alemanes se implicaron en las maquinaciones que llevaron al derrocamiento del presidente de Ucrania, Yanukóvich, en 2014 y se apresuraron a criticar la consiguiente anexión rusa de Crimea. En cualquier caso, su dependencia de los oleoductos de gas rusos

hizo que Berlín se mostrara mucho más comedida a la hora de exigir sanciones que, por ejemplo, Reino Unido, mucho menos condicionado por la energía de Rusia.

Alemania está anclada a Europa occidental a través de la UE y la OTAN, pero cuando se desencadene una tormenta, las anclas pueden levarse y la ubicación geográfica de Berlín le permitiría dirigir su atención hacia el este y forjar vínculos más estrechos con Moscú, si así lo necesitara.

El Reino Unido observa todas estas maquinaciones continentales al otro lado de la barrera atlántica. En ocasiones presente en suelo continental, otras manteniéndose en un «espléndido aislamiento», pero siempre volcado al ciento por ciento en asegurarse de que en Europa no se alce ninguna potencia capaz de hacerle sombra. Esto es tan cierto hoy en las cámaras diplomáticas de la UE como lo fue en los campos de batalla de Azincourt, Waterloo o Balaclava.

Siempre que se le presenta la ocasión, el Reino Unido se suma a las grandes alianzas que Francia y Alemania establecen en la UE. Si le falla la jugada, busca alianzas con Estados miembros más pequeños a fin de conseguir los votos necesarios para desafiar a las políticas a las que se opone.

Los británicos gozan de una buena ubicación geográfica. Tierras de cultivo óptimas, ríos decentes, acceso privilegiado a los mares y a sus bancos de peces, lo suficientemente cerca de Europa occidental para comerciar y, al mismo tiempo, protegida por tratarse de una raza insular (ha habido ocasiones en las que el Reino Unido le ha dado las gracias a su geografía a medida que las revoluciones y las guerras arrasaban con sus vecinos).

Las pérdidas británicas en las guerras mundiales —y el sufrimiento experimentado en ellas— no deben subestimarse, pero por comparación palidecen con lo acontecido en la Europa continental en el siglo XX, y también antes. Los británicos

se han ahorrado tener que cargar con la memoria histórica de las invasiones frecuentes y los cambios de fronteras.

Circula una teoría según la cual la relativa seguridad de la que ha disfrutado el Reino Unido durante los últimos siglos explicaría el hecho de que haya gozado de más libertad y de menos despotismo que los países al otro lado del Canal. La teoría sostiene que hubo menor necesidad de «hombres fuertes» o dictadores, lo que, arrancando con la Carta Magna (1215) y siguiendo con las Provisiones de Oxford (1258), condujo a formas de democracia con años de antelación respecto a otros países.

Resulta un tema de discusión interesante, aunque poco probable. Lo que es innegable es que las aguas que circundaron la isla, los árboles que brotaron en ella y permitieron la construcción de una poderosa fuerza naval y las condiciones económicas que propiciaron la Revolución industrial se aunaron para llevar al Reino Unido a controlar un imperio global. Puede que el Reino Unido sea la mayor isla de Europa, pero no es un país de grandes dimensiones. La ramificación de su poder a lo largo y ancho del globo en los siglos XVIII, XIX y XX es digna de alabanza, aunque su posición haya ido declinando.

Su localización sigue ofreciéndole determinadas ventajas estratégicas, una de las cuales es la brecha GIUK (acrónimo en inglés de Groenlandia, Islandia y Reino Unido). Esta es un cuello de botella en las rutas marítimas mundiales, ni de lejos tan importante como el estrecho de Ormaz y el estrecho de Malaca, pero que tradicionalmente ha otorgado al Reino Unido una ventaja en el Atlántico Norte. La ruta alternativa para las embarcaciones del norte de Europa (incluidos Bélgica, Países Bajos y Francia) que deseen acceder al Atlántico pasa a través del canal de la Mancha, que es estrecho (apenas 32 kilómetros a la altura del estrecho de Dover) y está muy bien defendido. Cualquier embarcación rusa procedente del Ártico

también tiene que pasar forzosamente por la brecha GIUK en su camino hacia el Atlántico.

Esta ventaja estratégica ha decrecido en paralelo a la reducción del papel y el potencial de la Marina Real Británica, pero en caso de guerra volvería a beneficiar a los intereses del Reino Unido. La brecha GIUK es uno de los muchos motivos que explican por qué en Londres se encendieron las alarmas cuando, por un corto espacio de tiempo en 2014, el referéndum sobre la independencia de Escocia pareció decantarse por el «sí». La pérdida de poder en el mar del Norte y en el Atlántico Norte habría supuesto un revés estratégico y una enorme mella en el prestigio de lo que hubiese quedado del Reino Unido.

En el imaginario colectivo de los británicos late hoy una idea de grandeza. Este imaginario es lo que convence a muchos isleños de que, si el mundo necesita algún arreglo, el Reino Unido debe estar entre los países que lo solucionen. Los británicos siguen dentro y fuera de Europa simultáneamente, un asunto pendiente aún de resolverse.*

Cuarenta años después de incorporarse a la Unión Europea, Gran Bretaña decidió organizar un referéndum para decidir si continuaba formando parte de ella. Los dos motivos principales que han empujado a Gran Bretaña a dirigirse hacia la puerta de salida están relacionados: la soberanía y la inmigración. Las opiniones en contra de la Unión Europea, respaldadas por algunos indecisos, se ven alimentadas por el tipo y el volumen de leyes promulgadas por la Unión Europea. En su calidad de miembro de la misma, el Reino Unido está obligado a su cumplimiento. Por ejemplo, los titulares de los

* El 23 de junio de 2016 se celebró un referéndum en el que los británicos decidieron, por escaso margen, la salida de la Unión Europea (conocida como *Brexit*). *(N. del t.)*

periódicos se hacen eco de que delincuentes extranjeros que han sido condenados por crímenes graves en el Reino Unido no pueden ser deportados por las directrices europeas en materia de derechos humanos.

En paralelo, la ola de inmigrantes económicos y refugiados que están llegando a Europa desde Oriente Medio y África también despierta sentimientos antieuropeos, puesto que muchos de estos migrantes quieren alcanzar Gran Bretaña y se cree que son animados a ello por los países de la Unión Europea por los que atraviesan.

Los prejuicios contra los inmigrantes siempre se disparan en épocas de recesión económica como la que Europa ha sufrido recientemente. Los efectos han sido visibles por todo el continente y han desembocado en el auge de los partidos de extrema derecha, los cuales hacen campaña contra el pannacionalismo y debilitan así el tejido de la Unión Europea.

Un ejemplo palmario tuvo lugar a principios de 2016 cuando, por primera vez en medio siglo, Suecia comenzó a controlar los documentos de los viajeros procedentes de Dinamarca. Esto fue una respuesta directa a las oleadas de refugiados y migrantes que fluían hacia el norte de Europa desde Oriente Medio y a los ataques terroristas de Estado Islámico en París en noviembre de 2015.

La idea de la Unión Europea de instaurar una «Zona Schengen», un área libre de controles fronterizos que comprende veintiséis países, ha recibido más de un revés considerable al ver cómo diversos países los reintroducían en diferentes momentos alegando motivos de seguridad. Temiendo un cuello de botella, Dinamarca respondió instalando controles sobre aquellas personas que cruzaban desde Alemania. Todo esto tiene costes económicos, dificulta los desplazamientos y supone un ataque tanto físico como conceptual al principio de «una unión cada vez más estrecha». Algunos analistas han

comenzado a referirse a la «Fortaleza Europa» a raíz de sus intentos por reducir los niveles de inmigración, pero esto pasa por alto el hecho de que también existe una deriva hacia la «Fortaleza Estado-Nación».

La población blanca, la que tradicionalmente ha conformado Europa, está envejeciendo. Las proyecciones demográficas apuntan hacia una pirámide invertida con gente mayor en la cima y cada vez menos jóvenes que puedan cuidarlos o pagar impuestos. De todas formas, tales perspectivas no han hecho mella en la fuerza de los sentimientos antiinmigración entre quienes antes constituían la población nativa, la cual lucha por aclimatarse a los rápidos cambios que está experimentando el mundo en el que creció.

A su vez, este cambio demográfico está acarreando consecuencias sobre la política exterior de las naciones-estado, especialmente hacia Oriente Medio. En asuntos como la guerra de Irak o el conflicto entre Israel y Palestina, por ejemplo, muchos gobiernos europeos deben, cuando menos, tomar en consideración los sentimientos de sus ciudadanos musulmanes a la hora de implementar medidas.

El carácter y las normas sociales nacionales de los países europeos también se han visto afectados. Debates en torno a los derechos de las mujeres y el uso del velo, leyes contra la blasfemia, la libertad de expresión y muchos otros asuntos se han visto influenciados por la presencia de un elevado número de musulmanes en las zonas urbanas de Europa. La máxima de Voltaire según la cual defendería hasta la muerte el derecho del otro a pronunciarse, incluso si encontrara ofensivas sus palabras, se dio en su día por descontada. Ahora, a pesar de que muchas personas han sido asesinadas *porque* lo que dijeron resultó ofensivo, el debate ha cambiado. No resulta tan infrecuente oír la opinión de que insultar a una religión quizá debería ser totalmente inaceptable, incluso llegar a prohibirse.

Mientras que los liberales de antaño habrían respaldado a ciegas a Voltaire, en estos momentos hallamos sombras de relativismo. La masacre de periodistas en la redacción de la revista satírica francesa *Charlie Hebdo* en 2015 provocó la condena y la indignación generalizadas. Sin embargo, algunos sectores liberales tiñeron sus condenas con el matiz de «pero quizá los periodistas satíricos fueron demasiado lejos». Esto supone una novedad en la Europa actual y forma parte de sus guerras culturales, todo lo cual revierte de alguna manera en las actitudes frente a las estructuras políticas europeas.

La OTAN se tambalea al mismo tiempo que lo hace la Unión Europea. Ambas pueden enderezarse, pero también acabar muriendo o siendo irrelevantes si no lo consiguen. Este escenario supondría el regreso a una Europa de Estados-nación soberanos con cada uno de ellos a la caza de alianzas en el juego de equilibrios del poder. Los alemanes volverían a temer el cerco de rusos y franceses, los franceses volverían a temer a sus vecinos de mayor tamaño y todos volverían a la situación de principios del siglo XX.

Para Francia esto supondría una pesadilla. Ayudó con éxito a atar en corto a Alemania dentro de la UE para descubrir más adelante, después de la reunificación, que era el copiloto de un vehículo de dos plazas que había aspirado a conducir. Esta situación le plantea un problema en apariencia irresoluble. A menos que acepte con resignación que Berlín lidere Europa, se arriesga a debilitar la Unión. Pero si acepta el liderazgo alemán, ve disminuir su poder.

Francia es capaz de llevar de forma independiente su política exterior. Se lo garantiza la disuasión nuclear que representa su *Force de frappe*, sus territorios de ultramar y su flota de portaaviones. Sin embargo, actúa con prudencia al tener constancia de que su flanco occidental está seguro y de que puede permitirse alzar la vista hacia el horizonte.

Tanto Francia como Alemania trabajan hoy con el objetivo de mantener unida a la UE: ambas se ven como socios naturales. Pero solo Alemania cuenta con un plan B: Rusia.

El fin de la guerra fría condujo al grueso de las potencias continentales a recortar sus presupuestos de defensa y el tamaño de sus fuerzas armadas. Han sido necesarias la conmoción de la guerra entre Rusia y Georgia de 2008 y la anexión de Crimea por Rusia en 2014 para despertar el viejo fantasma de una guerra en Europa.

Ahora los rusos organizan a menudo misiones con aviones de combate para poner a prueba los sistemas de defensa antiaérea de Europa y se afanan en hacerse fuertes en Osetia del Sur, Abjasia, Crimea, Transnistria y Ucrania oriental. Mantienen sus lazos con las etnias rusas del Báltico y todavía conservan el enclave de Kaliningrado en el mar Báltico.

Los europeos han comenzado a recalcular muy seriamente sus gastos militares, pero no circula mucho dinero y se enfrentan a decisiones difíciles. Mientras las debaten, se están desempolvando los mapas, al tiempo que los diplomáticos y estrategas militares observan que, por mucho que las amenazas que representaron Carlomagno, Napoleón, Hitler y los soviéticos se han esfumado, la llanura nordeuropea, los montes Cárpatos, el Báltico y el mar del Norte siguen ahí.

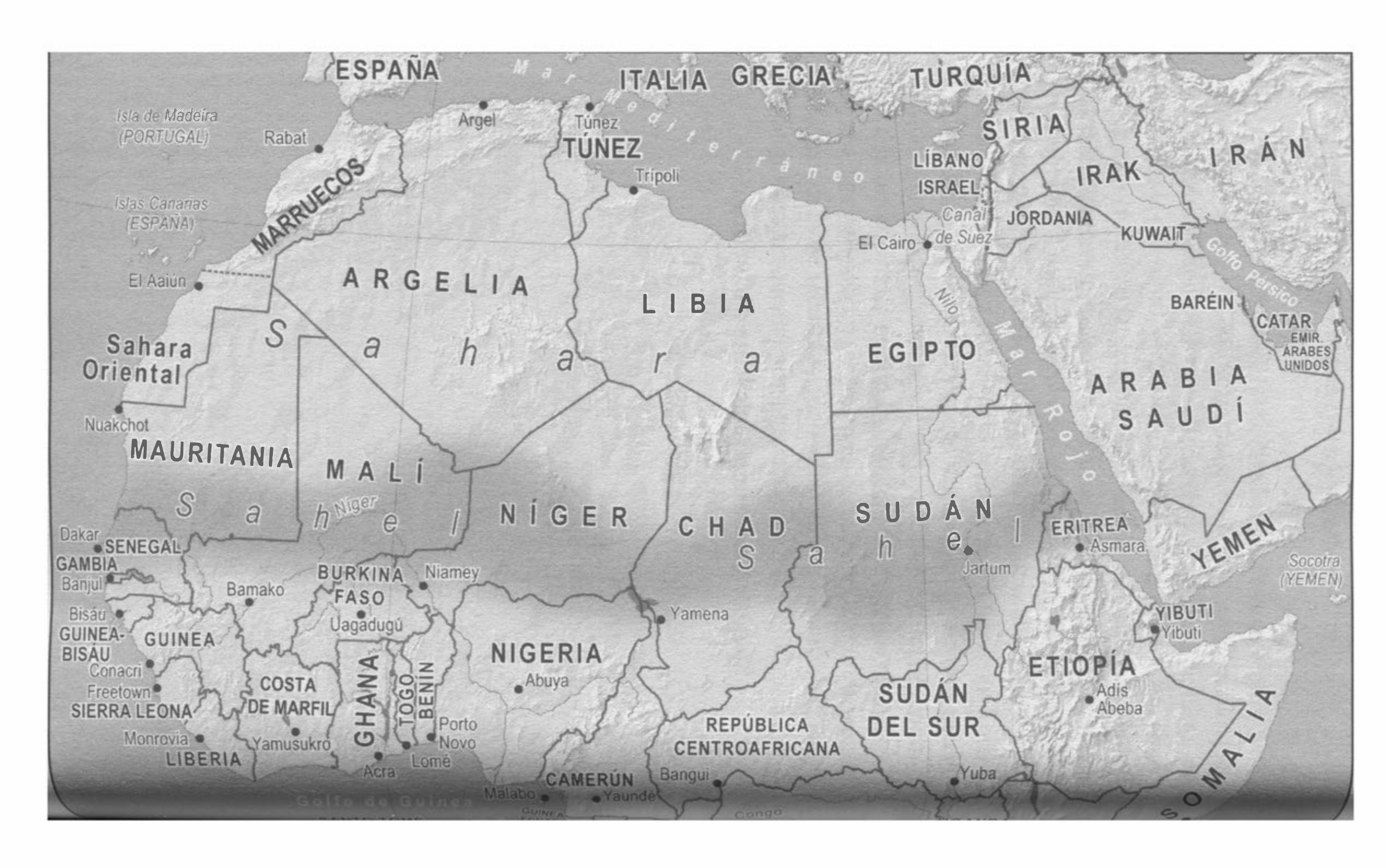
En su libro *Of Paradise and Power*, el historiador Robert Kagan sostiene que los europeos occidentales viven en el paraíso, pero que no deberían pretender operar bajo las reglas del paraíso una vez entren en el juego del poder. A medida que la crisis del euro disminuya y posemos la vista en el paraíso que nos rodea, quizá nos resulte inconcebible que podamos volver atrás. Sin embargo, la historia nos ha enseñado cuánto pueden cambiar las cosas en apenas unas décadas y la geografía nos ha enseñado que, si el ser humano no lucha sin descanso con el fin de superar sus «reglas», las «reglas» de la geografía acabarán por derrotarnos.

Esta es la advertencia que quiso lanzar Helmut Kohl cuando, al abandonar la Cancillería de Alemania en 1998, señaló que era el último líder alemán en haber vivido la Segunda Guerra Mundial y, por tanto, en haber experimentado los horrores que trajo. En el año 2012 escribió un artículo para *Bild*, un diario alemán de gran tirada, en el que quedaba claro que seguía atormentándolo la posibilidad de que, enfrentada a la crisis financiera, la generación actual de líderes no respaldara el experimento llevado a cabo tras la guerra para reforzar la confianza en Europa. «A los que no fueron testigos de primera mano de aquello y que, sobre todo ahora, a raíz de la crisis, se están preguntando qué beneficios comporta la unidad de Europa, la respuesta, pese a este período sin precedentes de paz en Europa que se ha alargado más de sesenta y cinco años, y pese a los problemas y dificultades que quedan por superar, es: la paz.»

5
ÁFRICA

Siempre parece imposible hasta que se hace.

NELSON MANDELA



ESPAÑA
ITALIA
GRECIA
TURQUÍA
Mar Mediterráneo
Isla de Madeira (PORTUGAL)
Rabat
Argel
Túnez
TÚNEZ
Trípoli
SIRIA
LÍBANO
ISRAEL
IRAK
IRÁN
JORDANIA
KUWAIT
Canal de Suez
El Cairo
MARRUECOS
Islas Canarias (ESPAÑA)
El Aaiún
ARGELIA
LIBIA
EGIPTO
Nilo
Golfo Pérsico
BARÉIN
CATAR
EMIR. ÁRABES UNIDOS
Sahara Oriental
Sahara
Mar Rojo
ARABIA SAUDÍ
Nuakchot
MAURITANIA
MALÍ
Níger
NÍGER
CHAD
SUDÁN
Sahel
ERITREA
Asmara
YEMEN
Socotra (YEMEN)
Dakar
SENEGAL
GAMBIA
Banjul
Bamako
BURKINA FASO
Niamey
Jartum
Uagadugú
Yamena
Bisáu
GUINEA-BISÁU
GUINEA
YIBUTI
Yibuti
Conacri
Freetown
SIERRA LEONA
COSTA DE MARFIL
GHANA
TOGO
BENÍN
NIGERIA
Abuya
ETIOPÍA
Adís Abeba
SUDÁN DEL SUR
Monrovia
LIBERIA
Yamusukro
Acra
Lomé
Porto Novo
REPÚBLICA CENTROAFRICANA
CAMERÚN
Malabo
Yaundé
Bangui
Yuba
SOMALIA
Golfo de Guinea
Congo

OCÉANO ATLÁNTICO

ÍNDICO

Luanda
Bagamoyo
Dar-es-Salam
TANZANIA
Lago Malaui
COMOROS
Moroni
Isla de Mayotte (FRANCIA)
ANGOLA
MALAUI
Lilongüe
ZAMBIA
Lusaka
Zambeze
Harare
ZIMBABUE
MOZAMBIQUE
Canal de Mozambique
MADAGASCAR
Antananarivo
Puerto Louis
MAURICIO
NAMIBIA
Windhoek
BOTSUANA
Limpopo
Desierto del Kalahari
Gaborone
Pretoria
Maputo
Mbabane
Johannesburgo
SUAZILANDIA
Bloemfontein
LESOTO
Maseru
Durban
SUDÁFRICA
East London
Ciudad del Cabo
Puerto Elizabeth

Frontera estatal
Frontera en disputa
El Sahel

1000 millas
1000 km

¿La línea costera de África? Playas estupendas, realmente encantadoras, pero con unos puertos naturales terribles. ¿Sus ríos? Fantásticos, si bien la mayoría resultan inútiles a la hora de transportar cualquier cosa, ya que uno se topa con una cascada cada pocos kilómetros. Estos son solo dos ejemplos dentro de una larga lista de motivos que explican por qué África no es tan exitosa desde un punto de vista tecnológico y político como Europa occidental o Norteamérica.

Son muchos los lugares sin éxito, pero pocos lo han sido tanto como África. Y esto a pesar de la ventaja que le supuso ser el lugar de nacimiento del *Homo sapiens* hace unos 200.000 años. Tal como señaló el más lúcido de los escritores, Jared Diamond, en un artículo brillante para *National Geographic* en 2005: «No es lo que cabría esperar del corredor con la salida más rápida». De todos modos, este primer corredor se vio separado del resto por el desierto del Sahara y los océanos Índico y Atlántico. Casi todo el continente se desarrolló aisladamente respecto a la gran masa continental de Eurasia, donde el intercambio de tecnología se produjo de este a oeste, y de oeste a este, pero no de norte a sur.

Continente de unas dimensiones enormes, África siempre ha estado formada por diferentes regiones, climas y culturas, pero lo que todos estos han compartido ha sido su aislamiento entre ellos, así como entre ellos y el mundo exterior. La situación no es ahora tan acusada, pero el legado permanece.

La idea que alberga el mundo de la geografía africana es incorrecta. Son pocas las personas conscientes de lo grande que es. Esto se debe a que la mayoría de nosotros recurre al mapamundi que sigue la proyección de Mercator. Al igual que ocurre con otros mapamundis, este representa una esfera sobre una superficie plana que distorsiona las figuras. África es extensa, mucho más extensa de como se la muestra, lo que explica la hazaña que supuso rodear el cabo de Buena Esperanza y nos recuerda la importancia del canal de Suez para el comercio mundial. Rodear el cabo de Buena Esperanza fue un logro mayúsculo pero, una vez que dejó de ser necesario, la travesía por mar desde Europa occidental a la India se redujo en 9.600 kilómetros.

Si uno mira un mapamundi y mentalmente pega Alaska sobre California, y a continuación pone Estados Unidos boca abajo, tiene la sensación de que estos encajarían más o menos en África, con algunos agujeros aquí y allá. De hecho, África es tres veces mayor que Estados Unidos. Mire de nuevo el mapamundi con proyección Mercator y verá que Groenlandia parece ser del mismo tamaño de África, cuando la verdad es que esta última es ¡catorce veces más grande! Dentro de África, uno podría meter a Estados Unidos, Groenlandia, India, China, España, Francia, Alemania y Reino Unido, y contar aún con espacio para el grueso de Europa oriental. Sabemos que el territorio africano es descomunal, pero los mapas raramente le hacen justicia.

La geografía de este continente gigantesco puede explicarse de diversos modos, pero el más básico consiste en pensar en África en términos del tercio superior y los dos tercios inferiores.

El tercio superior arranca en las líneas costeras mediterráneas de los países norafricanos, de lengua árabe. Las llanuras costeras enseguida se convierten en el Sahara, el desierto seco más extenso del planeta, cuyo tamaño alcanza casi el de

Estados Unidos. Justo debajo se encuentra la región del Sahel, una franja de tierra arenosa, semiárida y cubierta de rocas que en sus puntos más anchos supera los 4.800 kilómetros. Arranca en Gambia, en la costa Atlántica, y atraviesa los ríos Níger y Chad hasta llegar a Eritrea en el mar Rojo. La palabra Sahel procede del término árabe *sahil*, que significa costa, y así es como lo ven los habitantes de la región: la ribera del vasto mar de arena que supone el Sahara. Es una costa de naturaleza diferente, donde la influencia del islam decrece. Entre el Sahel y el Mediterráneo, la gran mayoría de las personas es musulmana. La diversidad religiosa es mucho más marcada en el sur.

Ciertamente, al sur del Sahel, en los dos tercios inferiores de África, la diversidad es la moneda común. Hablamos de una zona más templada en la que aparece la vegetación, la cual da paso a la selva a medida que nos aproximamos al Congo y a la República Centroafricana. Hacia la costa este hallamos los grandes lagos de Uganda y Tanzania, mientras que hacia el oeste aparecen más desiertos, en Angola y Namibia. Una vez alcanzamos la punta de Sudáfrica, el clima vuelve a ser «mediterráneo», por mucho que hayamos recorrido unos 8.000 kilómetros desde el punto más septentrional en Túnez, en la costa mediterránea.

Dado que fue en África donde tuvo su origen el ser humano, todos somos africanos. Sin embargo, las leyes de la raza sufrieron un cambio en el año 8000 a.C., momento en que algunos de nosotros, tras marcharnos a lugares como Oriente Medio y los alrededores de la región mediterránea, perdimos las ganas de viajar, echamos raíces, empezamos a cultivar y, con el tiempo, nos congregamos en aldeas y pueblos.

Mientras tanto, en el sur había pocas plantas dispuestas a ser domesticadas y aún menos animales. Buena parte de la tierra consiste en selvas, pantanos, desiertos o mesetas escarpadas,

ninguno de los cuales se presta al cultivo del trigo o del arroz ni al mantenimiento de rebaños de ovejas. Los rinocerontes, gacelas y jirafas de África se resistieron con uñas y dientes a ser bestias de carga, o tal como lo describió Diamond en un pasaje memorable: «La historia podría haberse escrito de forma muy diferente si los ejércitos africanos, alimentados a base de carne de jirafa de corral y respaldados por oleadas de soldados de caballería montados a lomos de rinocerontes enormes, se hubieran diseminado por Europa para aniquilar a sus tropas alimentadas con carnero y montadas a lomos de flacos caballos». La delantera tomada por África en nuestra historia común le concedió más tiempo para desarrollar otro factor que a día de hoy la sigue frenando: un conjunto de enfermedades virulentas, tales como la malaria y la fiebre amarilla, originadas por el calor y que ahora se agudizan por el hacinamiento y por la deficiencia de las infraestructuras sanitarias. Esto también es aplicable a otras regiones —al subcontinente indio y a Latinoamérica, por ejemplo—, pero el África subsahariana se ha visto especialmente golpeada, por ejemplo por el virus del sida, al tiempo que tiene un problema específico con la extensión del mosquito y la mosca tsé-tsé.

La mayor parte de los ríos del continente plantea también un problema al arrancar en tierras altas y descender en caídas abruptas que impiden la navegación. Por ejemplo, puede que el vigoroso Zambeze sea el cuarto río más largo de África —fluye durante unos 2.500 kilómetros— y una atracción turística espectacular gracias a sus rápidos de aguas blancas y a las cataratas Victoria, pero como ruta comercial no se le saca apenas partido. Fluye a través de seis países y cae desde una altura de unos 1.500 metros hasta el nivel del mar al alcanzar el océano Índico en Mozambique. Tiene secciones navegables en barcos de escasa profundidad, pero no conectan las unas con las otras, lo que limita el transporte de cargamento.

Al contrario que Europa, que cuenta con el Danubio y el Rin, esta desventaja ha puesto trabas al contacto y al comercio entre regiones, lo que a su vez ha afectado a su desarrollo económico y obstaculizado la formación de regiones comerciales extensas. Los grandes ríos del continente, el Níger, el Congo, el Zambeze, el Nilo y otros, no están conectados, y esta desconexión tiene un factor humano. Mientras extensiones enormes de Rusia, China y Estados Unidos hablan una sola lengua que ayuda al comercio, en África coexisten miles de lenguas y no ha surgido una sola cultura que domine áreas de un tamaño equivalente. Europa, por otro lado, era lo suficientemente pequeña como para disponer de una *lingua franca* con la que comunicarse, y un paisaje que alentaba la interacción.

Aunque hubiesen brotado Estados-nación productivos desde un punto de vista tecnológico, buena parte del continente habría tenido que luchar para conectarse con el resto del mundo, puesto que el grueso del terreno continental está delimitado por los océanos Índico y Atlántico y por el desierto del Sahara. El intercambio de ideas y de tecnología apenas llegó al África subsahariana durante miles de años. A pesar de ello, varios imperios africanos y ciudades-estado surgieron después del siglo VI d.C.: por ejemplo, el Imperio de Malí (siglos XIII a XVI) y la ciudad-estado de Gran Zimbabue (siglos XI a XV), esta última en el terreno comprendido entre los ríos Zambeze y Limpopo. En cualquier caso, estos y otros se encontraban aislados en bloques regionales relativamente pequeños y, pese a que la miríada de culturas que nacieron a lo largo y ancho del continente pudo ser políticamente sofisticada, el paisaje físico continuó suponiendo una barrera al desarrollo tecnológico. Cuando el mundo exterior llegó con toda su fuerza, la mayoría aún no había desarrollado la escritura, el papel, la pólvora o la rueda.

Mercaderes de Oriente Medio y del Mediterráneo llevaban haciendo negocios en el Sahara, a partir de la introducción

de los camellos, desde unos 2.000 años atrás, comerciando de forma destacada con sus ingentes provisiones de sal. Sin embargo, no fue hasta las conquistas árabes del siglo VII que se dieron las condiciones para un empujón hacia el sur. Llegado el siglo IX, habían cruzado el Sahara y en el XI ya se habían establecido con fuerza tan al sur como la actual Nigeria. Los árabes también descendían por la costa oriental y arraigaban en lugares como Zanzíbar y Dar es-Salam, en lo que es hoy Tanzania.

Cuando los europeos finalmente descendieron por la costa occidental en el siglo XV, hallaron nuevos puertos naturales para sus embarcaciones. Al contrario de lo que ocurre en Europa o Norteamérica, donde las líneas costeras escarpadas facilitan el surgimiento de puertos naturales de gran profundidad, buena parte de la línea de costa de África es lisa. Una vez divisaron tierra, les costó un gran esfuerzo avanzar hacia el interior más de 160 kilómetros debido a la dificultad a la hora de navegar los ríos y a los retos planteados por el clima y las enfermedades.

Tanto los árabes como los europeos trajeron consigo nuevas tecnologías que, por lo general, no compartieron, y se llevaron todo lo que encontraron de valor, básicamente recursos naturales y personas.

La esclavitud existía desde mucho antes que el mundo exterior regresara a su lugar de origen. Los mercaderes del Sahel utilizaron miles de esclavos para transportar cantidades descomunales del producto más preciado de la región en aquel entonces, la sal, pero fueron los árabes quienes iniciaron la práctica de subcontratar mano de obra esclava, que les era concedida por líderes tribales serviles, los cuales se encargaban de conducirlos hasta la costa. En el momento álgido del Imperio otomano, durante los siglos XV y XVI, cientos de miles de africanos (en su mayoría de la región de Sudán) habían sido enviados a Estambul, El Cairo, Damasco y a lo largo y ancho del mundo árabe.

Los europeos siguieron el ejemplo y superaron a árabes y turcos tanto en su apetito por las personas conducidas a los barcos de esclavos fondeados en la costa occidental como en el maltrato que les dispensaron.

En las grandes capitales, como Londres, París, Bruselas y Lisboa, los europeos cogieron mapas de los contornos geográficos de África y comenzaron a trazar líneas o, si apostamos por una visión más agresiva, mentiras. En medio de estas líneas escribieron palabras como Congo Central o Volta Superior y los llamaron países. Estas líneas tenían más que ver con cuánto habían avanzado por aquellos mapas los exploradores, fuerzas militares y hombres de negocios de las potencias que con lo que sentían las gentes que vivían entre esas líneas, o cómo deseaban organizarse. Muchos africanos actuales son en parte prisioneros de la geografía de cariz político que implantaron los europeos, así como de las barreras naturales al progreso con que la naturaleza los dotó. A partir de esta herencia, están creando un hogar moderno y, en algunos casos, economías vibrantes y conectadas.

Hay ahora cincuenta y seis países en África. Desde que «los vientos del cambio» de los movimientos de independencia soplaron a mitad del siglo XX, algunos nombres han cambiado —por ejemplo, Rodesia se ha convertido en Zimbabue—, pero sorprendentemente la mayor parte de las fronteras siguen intactas. De todos modos, muchas abarcan las mismas divisiones que tenían cuando fueron trazadas por primera vez. Semejantes divisiones oficiales son una de las múltiples herencias que el colonialismo legó al continente.

Los conflictos étnicos en Sudán, Somalia, Kenia, Angola, la República Democrática del Congo, Nigeria, Malí y otros lugares son muestras palpables de que la idea de geografía que contempló Europa no se ajustaba a la realidad demográfica de África. Puede que hayan existido conflictos desde siempre:

los zulúes y los xhosa habían tenido sus diferencias mucho antes de que posaran sus ojos por primera vez en un europeo. Sin embargo, el colonialismo obligó a que esas diferencias se resolvieran por medio de estructuras artificiales: el concepto europeo de Estado-nación. Las guerras civiles modernas se deben parcialmente al hecho de que los colonizadores les fueron diciendo a diferentes naciones que eran una sola nación dentro de un Estado. Luego, una vez los colonizadores fueron expulsados, surgieron individuos dominantes dentro de los Estados que quisieron gobernarlos por entero, lo que desembocó de forma inevitable en violencia.

Tomemos Libia, por ejemplo, una construcción artificial con apenas unas décadas de vida que, a las primeras de cambio, se derrumbó para regresar a su encarnación original como tres regiones geográficas diferentes. En tiempos de la Antigua Grecia, el oeste lo constituía Tripolitania (del griego *tri polis*, tres ciudades, que con el tiempo se fusionaron para convertirse en Trípoli). La zona hacia el este, con el núcleo en la ciudad de Bengasi pero extendiéndose hasta la frontera con el Chad, era conocida, en tiempos de la Antigua Grecia y de la Antigua Roma, como Cirenaica. Bajo estas dos, en lo que hoy comprende el área más sudoccidental del país, encontramos la región de Fezán.

Tripolitania siempre estuvo orientada hacia el norte y noroeste, y comerció con sus vecinos del sur de Europa. Cirenaica siempre miró hacia el este, hacia Egipto y las tierras árabes. Incluso las corrientes marinas junto a las costas de la región de Bengasi empujan de forma natural a las embarcaciones en dirección este. Fezán fue tradicionalmente una tierra de nómadas con muy poco en común con las dos comunidades costeras.

Así es como los griegos, romanos y turcos gobernaron la zona. Así es como la gente pensó sobre sí misma durante siglos. La idea que Europa tiene de Libia, de apenas unas pocas dé-

cadas tendrá que luchar para sobrevivir, y uno de los muchos grupos islámicos del este ya ha proclamado un «emirato de Cirenaica». Aunque esto no se haga realidad, supone un ejemplo de cómo el concepto de la región surgió únicamente a partir de las líneas trazadas por unos extranjeros sobre unos mapas.

En cualquier caso, uno de los mayores errores de estas mentiras delineadas por Europa yace en el centro del continente, en ese agujero negro gigantesco conocido como República Democrática del Congo (RDC). Esta es la tierra en la que Joseph Conrad ambientó su novela *El corazón de las tinieblas* y que a día de hoy continúa siendo un lugar envuelto en las sombras de la guerra. Nos hallamos frente a un ejemplo modélico sobre el modo en que la imposición de fronteras artificiales puede desembocar en un Estado frágil y dividido, desgarrado por conflictos internos y cuyas riquezas minerales lo condenan a ser explotado por los foráneos.

La RDC ilustra por qué el término comodín de «países en vías de desarrollo» resulta demasiado amplio a la hora de describir aquellos que no forman parte del mundo industrializado moderno. La RDC no está desarrollándose ni ofrece señales de que vaya a hacerlo. La RDC jamás debería haber sido ensamblada: se ha desmoronado y es la zona de guerra que menos atención merece en el mundo, pese a que las guerras que llevan librándose desde finales de la década de 1990 han provocado seis millones de muertos.

La RDC ni es democrática ni es una república. Es el segundo mayor país de África con una población aproximada de 75 millones de personas, aunque dadas las circunstancias resulta difícil precisar las cifras. Supera en tamaño a la suma de Alemania, Francia y España, y acoge la selva del Congo, la segunda mayor del planeta tras la del Amazonas.

Sus habitantes pertenecen a doscientos grupos étnicos diferentes con el bantú a la cabeza. Hablan varios centenares

de lenguas, si bien la expansión del francés limita hasta cierto punto los problemas de comunicación. El francés se asienta a partir de los años en que la RDC fue una colonia belga (1908-1960), y aún antes de eso, cuando el rey Leopoldo de Bélgica la explotó como si fuera de su propiedad y pudiera llenarse los bolsillos a base de robar sus recursos naturales. El mandato colonial belga hizo que las versiones británica y francesa parecieran benignas en comparación. Se caracterizó por una brutalidad despiadada de principio a fin y solo hubo contados intentos por construir algún tipo de infraestructura para ayudar a la población. Cuando los belgas se fueron en la década de 1960, las probabilidades de que el país pudiera sostenerse eran mínimas.

Las guerras civiles irrumpieron de inmediato en el país y se vieron luego intensificadas por su papel de figurante ensangrentado durante la guerra fría global. El Gobierno, sito en la capital, Kinsasa, apoyó a los rebeldes en la guerra de Angola, gesto que llamó la atención de Estados Unidos, que también respaldaba al movimiento rebelde contra el Gobierno angoleño y sus aliados soviéticos. Ambos bandos vertieron cientos de millones de dólares en armamento.

Una vez terminada la guerra fría, las dos superpotencias habían perdido interés en lo que ahora se conocía como Zaire y el país se tambaleó, manteniéndose a flote gracias a sus recursos naturales. El Gran Valle del Rift traza una curva que penetra en la RDC por el sur y el este, lo que ha dejado expuestas cantidades ingentes de cobalto, cobre, diamantes, oro, plata, zinc, carbón, manganeso y otros minerales, sobre todo en la provincia de Katanga.

En los tiempos del rey Leopoldo, el mundo quería el caucho de la región para la creciente industria del automóvil. En estos momentos, China le compra a la RDC más del 50 por ciento de sus exportaciones, pese a lo cual su población sigue

instalada en la pobreza. En 2014, el Índice de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas situó a la RDC en el puesto 186 de los 187 posibles. Los dieciocho últimos países de esa lista son todos africanos.

Puesto que es tan extensa y rica en recursos, todo el mundo desea un bocado de la RDC. Sin embargo, al carecer de una autoridad central de peso, no le es posible devolver el mordisco.

La región mantiene fronteras con nueve países. Todos ellos han tenido su papel en la agonía de la RDC, que es una de las razones que explica que las guerras del Congo hayan sido bautizadas como «la guerra mundial de África». Al sur se encuentra Angola; al norte, la República del Congo y la República Centroafricana; al este, Uganda, Ruanda, Burundi, Tanzania y Zambia. Hay que remontarse décadas atrás para hallar las raíces de las guerras, pero los tiempos más oscuros se desencadenaron tras el desastre que asoló Ruanda en 1994, cuyas secuelas se esparcieron en dirección oeste.

Después del genocidio de Ruanda, los supervivientes tutsis y los hutus moderados formaron un Gobierno liderado por tutsis. Las máquinas de matar de las milicias hutus, el Interahamwe, huyeron al este de la RDC, pero llevaron a cabo ataques en las fronteras. También se unieron a sectores del ejército de la RDC para matar tutsis de la RDC que vivían cerca de la región fronteriza. Entonces entraron los ejércitos de Ruanda y Uganda con el apoyo de Burundi y Eritrea. Aliándose con milicias de la oposición, atacaron al Interahamwe y derrocaron al Gobierno de la RDC. También pasaron a controlar gran parte de la riqueza natural del país, con Ruanda a la cabeza a la hora de enviarse por barco toneladas de coltán, empleado en la fabricación de teléfonos móviles y chips para ordenadores. De todas formas, las antiguas fuerzas gubernamentales no arrojaron la toalla y, con la implicación de Angola, Namibia y Zimbabue, prosiguieron la lucha. El país se

convirtió en un inmenso campo de batalla con más de veinte facciones implicadas.

En una estimación a la baja, las guerras han matado a decenas de miles de personas y provocado la muerte de seis millones a causa de las enfermedades y la malnutrición. Naciones Unidas calcula que casi el 50 por ciento de las víctimas han sido niños menores de cinco años.

En los últimos años, los enfrentamientos han disminuido, pero la RDC alberga el conflicto más letal del planeta desde la Segunda Guerra Mundial y sigue necesitando la más voluminosa misión de paz de las Naciones Unidas con el fin de evitar el estallido de una nueva guerra a gran escala. Ahora el objetivo no consiste en volver a unir los pedazos, ya que la RDC nunca fue un todo. Se trata básicamente de mantener las piezas separadas hasta que se encuentre el modo de unirlas de un modo sensato y pacífico. El colonizador europeo creó un huevo sin una gallina, algo absurdo desde el punto de vista de la lógica, que se ha ido repitiendo a lo largo y ancho del continente y que continúa pasándole factura.

Con sus tensiones políticas de raíz étnica disparándose en 2015 y agravándose aún más en 2016, Burundi constituye otro ejemplo de esto. Antaño parte del África Oriental en manos de Alemania, cuando incluía lo que es hoy Tanzania, fue dividido entre Bélgica y el Reino Unido después de la Primera Guerra Mundial y administrado por Bélgica desde 1945 hasta la independencia en 1962. Los belgas utilizaron a los tutsi para gobernar sobre los hutus. Pese a que los primeros apenas llegaban al 15 por ciento de la población, siguieron controlando la política, la economía y el ejército. Más de 300.000 personas murieron durante la guerra civil que se extendió entre 1993 y 2005. Los estallidos de violencia se recrudecieron en 2015-2016 después de que el presidente Pierre Nkurunziza reinterpretara la constitución con el fin de presentarse a un tercer

mandato. No se refería precisamente a esto el presidente Obama cuando, en el marco de su tour por África en julio de 2015, criticó a los líderes africanos: «El continente no podrá avanzar si sus líderes se resisten a abandonar el cargo una vez hayan vencido sus mandatos... En ocasiones se oye a algunos líderes decir: "Soy la única persona capaz de mantener unida a esta nación". De ser esto cierto, ese líder ha fallado por completo a la hora de construir su nación». Esta frase abarcaba tanto el legado colonial de África como el modo en que sus líderes actuales han sido con frecuencia parte del problema antes que una solución a ese legado.

África se ha visto bendecida y maldecida por sus recursos a partes iguales. Bendecida por contar con riquezas naturales en abundancia, pero maldecida por el prolongado saqueo de los foráneos. En épocas más recientes, los Estados-nación han podido reclamar parte de estas riquezas y los países extranjeros se dedican hoy a invertir en vez de a robar. En cualquier caso, la gente corriente rara vez se beneficia de ello.

Además de tener una gran riqueza en minerales, África también se ha visto bendecida con muchos ríos. Aunque la mayor parte de los mismos no facilita el comercio, resulta útil para la hidroelectricidad. De todos modos, aquí radica otra fuente potencial de conflicto.

El Nilo, el río más extenso del mundo (6.853 kilómetros), afecta a los diez países que se consideran próximos a su cuenca: Burundi, la RDC, Eritrea, Etiopía, Kenia, Ruanda, Sudán, Tanzania, Uganda y Egipto. Ya en el siglo V a.C., el historiador Heródoto afirmó: «Egipto es el Nilo y el Nilo es Egipto». Sigue siendo cierto, por ello El Cairo se toma muy en serio cualquier amenaza a la línea de suministro que se extiende a lo largo de los 1.126 kilómetros navegables del Nilo en territorio egipcio. Tan en serio que estaría dispuesto a ir a la guerra. Si no fuera por el Nilo, ahí no habría un alma. Puede que se trate

de un país enorme, pero la inmensa mayoría de sus 84 millones de habitantes vive a escasos kilómetros del Nilo. Desde el punto de vista del área residencial, Egipto es uno de los países más densamente poblados del planeta.

Puede decirse que Egipto ya era un Estado-nación cuando el grueso de los europeos todavía vivía en chozas de barro, pero solo alcanzó a ser una potencia regional. Tres de sus lados están protegidos por desiertos y podría haberse convertido en una gran potencia de no mediar un problema. Egipto apenas cuenta con árboles y, durante la mayor parte de la historia, carecer de árboles impedía construir una fuerza naval con la que proyectar el poder. Egipto siempre ha contado con una flota —solía importar madera de cedro del Líbano con la que fabricar embarcaciones a un coste desmedido—, pero no con una de alta mar.

El Egipto actual dispone de las fuerzas armadas más poderosas de todos los países árabes gracias a la ayuda militar de los estadounidenses, pero continúa limitado por los desiertos, el mar y el tratado de paz con Israel. Seguirá presente en los noticiarios al luchar a diario por alimentar a 84 millones de personas, mientras hace frente a la insurgencia islámica, especialmente en el Sinaí, y vela por la seguridad del canal de Suez, a través del cual pasa diariamente el 8 por ciento del comercio mundial. Alrededor del 2,5 por ciento del petróleo de todo el planeta cruza cada día por él. En caso de cierre, los tránsitos hacia Europa y Estados Unidos se incrementarían en quince y diez días, respectivamente, con los costes añadidos.

Pese a haberse enzarzado en cinco guerras con Israel, Egipto tiene hoy más probabilidades de entrar en conflicto con Etiopía por culpa del Nilo. Dos de los países más antiguos del continente, a la par que dotados con sus mayores ejércitos, pueden acabar en enfrentamientos por la mayor fuente de agua de la región.

El Nilo Azul, que arranca en Etiopía, y el Nilo Blanco convergen en la capital de Sudán, Jartum, antes de fluir por el desierto de Nubia y penetrar en Egipto. Llegados a este punto, la mayor parte del agua procede del Nilo Azul.

A Etiopía en ocasiones se la llama «la torre de agua de África» debido a su gran altura, y dispone de más de veinte presas alimentadas por las precipitaciones en sus zonas montañosas. En 2011, Adís Abeba anunció un acuerdo con China para iniciar un gigantesco proyecto hidroeléctrico en el Nilo Azul, limítrofe a la frontera sudanesa. Bautizado como Presa del Gran Renacimiento, su finalización está prevista para el año 2020. La presa se utilizará para generar electricidad, y el flujo hacia Egipto debería proseguir. En teoría, sin embargo, la presa también podrá almacenar reservas de agua para un año. Al término del proyecto, Etiopía contará con la posibilidad de retener los depósitos para su uso exclusivo, lo que significaría una reducción drástica del flujo hacia Egipto.

En estos momentos, Egipto cuenta con una mayor capacidad militar, pero la situación está cambiando poco a poco y Etiopía, un país de 96 millones de personas, es una potencia al alza. El Cairo es consciente de ello, así como del hecho de que, una vez la presa esté construida, destruirla comportaría una inundación catastrófica en Etiopía y Sudán. De todos modos, en la actualidad no dispone de un *casus belli* para atacar antes de su compleción. Pese a que hace poco un miembro del gabinete de ministros fue cazado en micrófono abierto recomendando un bombardeo, lo más probable es que en los próximos años se multipliquen las negociaciones, con Egipto demandando garantías sólidas de que el flujo jamás se detendrá. Se prevé que las guerras del agua constituyan uno de los principales focos de conflicto del siglo XXI. Esta será una a seguir muy de cerca.

Otro líquido que provoca agrias disputas es el petróleo.

Nigeria es el mayor productor de petróleo del África subsahariana y todo este petróleo de excelente calidad se encuentra en el sur. Los nigerianos del norte se quejan de que los beneficios derivados de este petróleo no se reparten de forma equitativa por las diferentes regiones del país. Esto exacerba a su vez las tensiones religiosas y étnicas entre los nigerianos del delta y aquellos que viven al noreste.

Por tamaño, población y recursos naturales, Nigeria es el país más poderoso de África Occidental. Es la nación más poblada del continente con 177 millones de personas, lo que sumado a su tamaño y recursos naturales la convierte en la potencia que lidera la región. La conforman diversos territorios que antaño constituían reinos que los británicos reunieron en una sola zona administrativa. En 1898 delinearon un «Protectorado británico del río Níger» que acabó alumbrando Nigeria.

Puede que ahora constituya un baluarte en la región, pero tanto sus gentes como sus recursos han sido mal administrados durante décadas. En tiempos coloniales, los británicos prefirieron quedarse en la zona sudoccidental, a lo largo de la costa. Su misión «civilizadora» rara vez se extendía a las zonas montañosas del centro ni a las poblaciones musulmanas del norte, por lo que esta mitad del país sigue a día de hoy subdesarrollada en comparación con el sur. Buena parte del dinero que se obtiene con el petróleo va a parar a los bolsillos de los cabecillas del complejo sistema tribal que impera en Nigeria. La industria costera del petróleo en la zona del delta también se ve amenazada por el Movimiento de Emancipación del Delta de Níger, un nombre muy llamativo para un grupo que opera en una región ciertamente devastada por la industria del petróleo, si bien lo emplea como tapadera para el terrorismo y la extorsión. El secuestro de trabajadores extranjeros en el sector del petróleo está disminuyendo el atractivo del lugar para llevar a cabo negocios. Las plataformas petrolíferas en

alta mar no se ven apenas afectadas, de modo que allí se están concentrando las inversiones.

El grupo islámico Boko Haram, deseoso de establecer un califato en las zonas musulmanas, ha recurrido a las injusticias causadas por el subdesarrollo para echar raíces en el norte. Los guerreros de Boko Haram suelen pertenecer a la etnia kanuri del noreste. Solo en contadas excepciones han actuado fuera de su territorio de origen. Ni siquiera se han dirigido hacia la región de los hausa en el oeste y aún menos hacia las zonas costeras del sur. Esto significa que, cuando el ejército nigeriano va a por ellos, debe entrar en sus dominios. Una gran parte de la población local se niega a colaborar, bien por miedo a represalias, bien por compartir el resentimiento que les inspira el sur. El territorio del que se ha apropiado Boko Haram aún no ha puesto en peligro la existencia del Estado de Nigeria. El grupo islámico ni siquiera supone una amenaza para la capital, Abuya, pese a estar ubicada en la mitad del país, pero sí para las gentes del norte, al tiempo que daña la reputación internacional de Nigeria como lugar donde hacer negocios.

La mayoría de los pueblos que han capturado se encuentra en la cadena montañosa de Mandara, que linda con Camerún. El ejército nacional debe desplegarse muy lejos de sus bases y no puede rodear a las fuerzas de Boko Haram. El Gobierno de Camerún no abre los brazos a Boko Haram, pero sus tierras les sirven de lugar al que retirarse en caso de necesidad. La situación no se resolverá en varios años, período que Boko Haram intentará aprovechar para formar alianzas con los grupos yihadistas del norte, en la región del Sahel.

Los norteamericanos y los franceses llevan varios años siguiendo de cerca el problema y en la actualidad realizan tareas de vigilancia, por medio de drones, ante la amenaza creciente de violencia en la región del Sahel/Sahara, la cual conecta con el norte de Nigeria. Los estadounidenses emplean diversas

bases, incluyendo una en Yibuti que forma parte del Comando de Estados Unidos en África y que se estableció en 2007, mientras que los franceses tienen acceso al hormigón que le facilitan varios países de lo que llaman «África francófona».

El peligro de una hipotética expansión de la amenaza por diversos países ha supuesto una llamada de atención. Nigeria, Camerún y Chad se han implicado militarmente y se coordinan con norteamericanos y franceses.

Más al sur, bajando por la costa atlántica, se encuentra el segundo mayor productor de petróleo del África subsahariana: Angola. La excolonia portuguesa es uno de los Estados-nación africanos con fronteras geográficas naturales. Al oeste delimita con el océano Atlántico, al norte con la selva y al sur con el desierto, mientras que las regiones del este son territorios accidentados y escasamente poblados que actúan como zona de contención respecto a la RDC y Zambia.

La mayor parte de sus 22 millones de habitantes vive en la mitad occidental, que cuenta con un buen suministro de agua y permite la práctica de la agricultura, al tiempo que frente a sus costas se levanta el grueso de las explotaciones petrolíferas. Casi todas las plataformas sobre el Atlántico son propiedad de empresas norteamericanas, aunque más de la mitad de la producción acaba en China. Esto convierte a Angola (dependiente de las fluctuaciones de las ventas) en el segundo mayor suministrador de crudo del coloso asiático, solo por detrás de Arabia Saudí.

Angola es otro país familiarizado con los conflictos. Su guerra por la independencia acabó en 1975 con la rendición de los portugueses, pero de inmediato dio paso a una guerra civil entre tribus que se enmascaró como una guerra civil por cuestiones ideológicas. Rusia y Cuba respaldaron a los «socialistas», mientras que Estados Unidos y la Sudáfrica del *apartheid* hicieron lo propio con los «rebeldes». La mayoría de los

socialistas del Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) pertenecía a la etnia de los ambundu, mientras que la mayoría de los soldados rebeldes de la oposición pertenecía a las otras dos etnias principales, los kongo y los ovimbundu. Su disfraz político tomaba la forma del Frente Nacional para la Liberación de Angola (FNLA) y de la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA). Muchas de las guerras civiles de las décadas de 1960 y 1970 siguieron este patrón: si Rusia respaldaba un bando en concreto, este recordaba de golpe que tenía principios socialistas, al tiempo que sus oponentes se convertían en anticomunistas.

Los ambundu disponían de la ventaja geográfica, pero no de la numérica. Dominaban la capital, Luanda, tenían acceso a los campos petrolíferos y al río principal, el Kwanza, y contaban con el apoyo de países capaces de suministrarles armamento ruso y soldados cubanos. En 2002 se acabaron imponiendo y sus más altos rangos se apresuraron a socavar sus ya de por sí cuestionables credenciales socialistas al unirse al largo listado de líderes coloniales y africanos dedicados a enriquecerse a expensas del pueblo.

Esta triste historia de explotación nacional y extranjera prosigue en el siglo XXI.

Como ya hemos visto, los chinos están por todas partes. Centrados en hacer negocios, se han implantado a lo largo y ancho del continente al mismo nivel que los europeos y los norteamericanos. En torno a un tercio de las importaciones chinas de petróleo proceden de África, lo que —unido a los metales preciosos que atesoran muchos países africanos— significa que ha llegado para quedarse. Las compañías petroleras y grandes multinacionales de Europa y Estados Unidos siguen mucho más arraigadas en África, pero China está acercándose a pasos agigantados. Por ejemplo, en Liberia buscan minerales de hierro; en la RDC y Zambia, minas de cobre, y también en la

RDC, cobalto. Ya se ha implicado en el desarrollo del puerto de Mombasa en Kenia y se dispone a embarcarse en proyectos todavía más ambiciosos desde el momento en que los recursos petrolíferos de Kenia comienzan a ser comercialmente viables.

La empresa estatal Corporación China de Carreteras y Puentes está inmersa en un proyecto ferroviario de 14.000 millones de dólares que conectará Mombasa con la capital, Nairobi. Los analistas estiman que el tiempo que se tarda en llevar mercancías de una ciudad a otra se verá reducido de las treinta y seis horas actuales a ocho, con una rebaja del 60 por ciento en los costes de transporte. Incluso existen planes para unir Nairobi con Sudán del Sur, y atravesar Uganda y Ruanda. La intención de Kenia, gracias al respaldo de China, es convertirse en el motor económico del litoral oriental.

Al otro lado de la frontera meridional, Tanzania le echa un pulso por erigirse en el líder de África Oriental y, a tal efecto, ha cerrado acuerdos con China por valor de varios miles de millones de dólares, destinados a realizar proyectos de infraestructuras. Asimismo ha firmado un acuerdo conjunto con China y una constructora omaní para renovar y ampliar el puerto de Bagamoyo, dado que el puerto principal de Dar es-Salam padece una severa congestión. El plan es que Bagamoyo sea capaz de gestionar 20 millones de contenedores al año, transformándose así en el mayor puerto de África. Tanzania también dispone de redes de transporte óptimas en el Corredor Sur de Crecimiento Agrícola de Tanzania y se está conectando a los quince países que conforman la Comunidad de Desarrollo de África Austral. Esto se halla vinculado a su vez con el Corredor Norte-Sur, que conecta el puerto de Durban con las regiones de cobre de la RDC y Zambia, y con ramales que unen el puerto de Dar es-Salam a Durban y Malaui.

A pesar de todo ello, da la impresión de que Tanzania será la segunda potencia en el litoral oriental. La economía de Ke-

nia es la locomotora de las cinco naciones que comprenden la Comunidad Africana Oriental, concentrando en torno al 40 por ciento del PIB de la región. Puede que disponga de menos tierras de cultivo que Tanzania, pero le da un uso mucho más eficiente a aquello que posee. Su sistema industrial es también más eficiente, al igual que el sistema por el cual se hacen llegar los productos tanto al mercado interior como al internacional. Si es capaz de mantener la estabilidad política, parece llamada a seguir siendo la principal potencia de la región a corto y medio plazo.

La presencia china se extiende hasta el Níger por medio de las inversiones que lleva a cabo la Compañía Petrolífera Nacional China en los pequeños campos petrolíferos del Teneré, en el centro del país. Además, las inversiones chinas en Angola durante la última década han superado los 8.000 millones de dólares y no dejan de crecer año tras año. La Corporación de Ingeniería Ferroviaria de China (CREC) ya lleva gastados casi 2.000 millones de dólares en la modernización de la línea férrea de Benguela, que une la RDC con el puerto angoleño de Lobito, situado en la costa atlántica, a unos 1.300 kilómetros. Por esta ruta circula el cobalto, el cobre y el magnesio con el que la provincia de Katanga, en la RDC, ha sido al mismo tiempo bendecida y maldecida.

La CREC está construyendo en Luanda un nuevo puerto internacional y alrededor de la capital han brotado gigantescos bloques de pisos a imagen y semejanza de los de China, destinados a acoger entre 150.000 y 200.000 trabajadores que se estima que ahora residen en el país. Miles de ellos han recibido entrenamiento militar por lo que, en caso de que China lo requiriera, podrían actuar como una milicia organizada.

Lo que China desea obtener de Angola es lo que desea obtener de todas partes: la materia prima con la que fabricar sus productos y la estabilidad política que garantice el flujo de

estos productos y materias primas. De modo que, si el presidente José Eduardo dos Santos, que lleva treinta y seis años en el poder, decidió pagarle un millón de dólares a Mariah Carey en 2013 para que cantara en su fiesta de cumpleaños, es asunto suyo. Y si los ambundu, etnia a la que pertenece Dos Santos, continúan al mando, es asunto de los angoleños.

La penetración china es una idea atractiva para los gobiernos africanos. Pekín y las grandes empresas chinas no hacen preguntas incómodas sobre el tema de los derechos humanos, no exigen reformas económicas, ni siquiera sugieren que determinados líderes africanos deberían dejar de apropiarse de las riquezas de su país, al contrario de lo que haría el FMI o el Banco Mundial. Por ejemplo, China es el principal socio comercial de Sudán, lo que explica por qué lo defiende con firmeza delante del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, además de respaldar de forma continuada a su presidente, Omar al-Bashir, pese a que la Corte Penal Internacional emitió una orden de busca y captura. China hace oídos sordos a las objeciones occidentales al respecto, tomándoselas como una ofensiva más para neutralizar sus inversiones, a la vez que una muestra de hipocresía dado el historial de Occidente en África.

Cuanto les interesa a los chinos es el petróleo, los minerales, los metales preciosos y los mercados. Aquí hablamos de relaciones equitativas de Gobierno a Gobierno, si bien asistiremos a un aumento de las tensiones entre la población local y la fuerza de trabajo china, que con frecuencia es enviada con el objetivo de asistir en la realización de los grandes proyectos. Eso puede comportar a su vez que Pekín intervenga más en la política local y que en algunos países deba desplegar alguna especie de fuerza militar a escala reducida.

Sudáfrica es el mayor socio comercial de China en África. Ambos países cuentan con un largo historial de relaciones económicas y políticas, y se hallan en una situación óptima para

trabajar juntos. Centenares de empresas chinas, tanto de capital público como privado, operan en la actualidad en Durban, Johannesburgo, Pretoria, Ciudad del Cabo y Puerto Elizabeth.

La economía sudafricana es la segunda mayor del continente, por detrás de la nigeriana. No cabe duda de que es la locomotora del sur en términos económicos (su tamaño es tres veces el de Angola), militares y demográficos (53 millones de habitantes). Sudáfrica está más desarrollada que muchas de las naciones africanas gracias a su localización en el extremo sur del continente con acceso a dos océanos, a sus riquezas naturales en forma de oro, plata y carbón, y a una climatología y unos campos que facilitan la producción alimentaria a gran escala.

Al estar situada tan al sur, y con su planicie costera dando paso a zonas montañosas, Sudáfrica es de los contados países africanos que no sufren la maldición de la malaria, pues a los mosquitos les resulta difícil reproducirse. Esto permitió a los colonizadores europeos penetrar mucho más lejos y más rápido que en los trópicos plagados de malaria, asentarse y dar inicio a una actividad industrial a pequeña escala que fue creciendo hasta convertirse en la mayor economía del sur de África.

Para el grueso de Sudáfrica, hacer negocios con el mundo exterior significa hacer negocios con Pretoria, Bloemfontein y Ciudad del Cabo.

Sudáfrica ha aprovechado sus riquezas naturales y ubicación para incorporar a sus vecinos a su sistema de transporte, consistente en una línea férrea y una carretera de doble dirección, que parte de los puertos de East London, Ciudad del Cabo, Puerto Elizabeth y Durban para extenderse en dirección norte, a través de Zimbabue, Botsuana, Zambia, Malaui y Tanzania, hasta llegar a la provincia de Katanga en la RDC y a Mozambique por el este. La nueva línea férrea de construcción china que une Katanga con la costa de Angola ha sido tendida con el objetivo de desafiar esta preeminencia y puede que

absorba parte del tráfico de la RDC, pero todo apunta a que Sudáfrica está destinada a conservar sus privilegios.

Durante los años del *apartheid*, el Congreso Nacional Africano (CNA) dio su apoyo al Movimiento Popular de Liberación de Angola en su lucha contra el colonizador portugués. Sin embargo, ahora que cada bando controla su respectivo país y compite a nivel regional, la pasión de la causa común está dando paso a un enfriamiento de las relaciones. A Angola le queda un amplio trecho por recorrer si quiere dar alcance a Sudáfrica. Esto no supondrá un enfrentamiento militar: el dominio de Sudáfrica es casi absoluto. Dispone de fuerzas armadas numerosas y bien preparadas que llegan a unos 100.000 efectivos, docenas de reactores de caza y helicópteros de combate, así como diversos submarinos y fragatas modernos.

En los tiempos del Imperio británico, controlar Sudáfrica significaba controlar el cabo de Buena Esperanza, es decir, las líneas marítimas entre los océanos Atlántico e Índico. Las fuerzas navales de hoy pueden aventurarse mucho más adentro y alejarse así de la línea costera sudafricana si desean evitarla. En cualquier caso, el cabo de Buena Esperanza sigue siendo un foco determinante en el mapa mundial y Sudáfrica, una presencia destacada en el tercio inferior del continente.

África despierta nuevos deseos de saqueo en este siglo, pero en esta ocasión funcionan en una doble dirección. Por un lado, están los bien conocidos intereses e injerencias extranjeros para competir por los recursos. Por el otro, un «saqueo interior» al que Sudáfrica quiere llegar la primera y más lejos que nadie.

Lidera la Comunidad de Desarrollo de África Austral (CDAA), que comprende quince países, y se las ha ingeniado para obtener un sillón permanente en la Conferencia Internacional de la Región de los Grandes Lagos, de la que ni siquiera es miembro. El rival de la CDDA es la Comunidad Africana Oriental (CAO), compuesta por Burundi, Kenia, Ruan-

da, Uganda y Tanzania. Esta última también es miembro de la CDAA y el resto de los miembros de la CAO mira con suspicacia sus flirteos con Sudáfrica. Por su parte, Sudáfrica parece ver en Tanzania un vehículo para aumentar su grado de influencia en los Grandes Lagos y más allá.

Las Fuerzas de Defensa Nacional de Sudáfrica cuentan con una brigada en la RDC que oficialmente se encuentra bajo el mando de las Naciones Unidas, pero que fue enviada ahí por sus cabecillas políticos para asegurarse de que Sudáfrica no se quedaba fuera del botín de guerra generado en ese país rico en minerales. Esto ha desembocado en enfrentamientos con Uganda, Burundi y Ruanda, que tienen sus propias ideas acerca de quién debería estar al frente de la RDC.

En el pasado, el continente africano no tuvo opción alguna —su geografía le dio forma— y, más adelante, los europeos delinearon la mayor parte de sus fronteras actuales. En el momento presente, con sus poblaciones en expansión y sus megaciudades en pleno desarrollo, no le queda otra que abrirle los brazos al mundo globalizado al que está tan conectado. Pese a todos los problemas que hemos observado, en este terreno está avanzando a pasos agigantados. Los mismos ríos que obstaculizaban el comercio son ahora empleados para generar energía hidroeléctrica. De la tierra que luchaba por sostener una producción alimentaria a gran escala brotan minerales y petróleo, lo que enriquece a algunos países por mucho que solo una pequeña parte de esos beneficios llegue a la gente. De todas maneras, la mayoría de los países ha experimentado un descenso de la pobreza a medida que el nivel de la sanidad y de la educación ha aumentado. Muchos de sus países son angloparlantes, lo que supone una ventaja en una economía global dominada por el inglés, y el continente ha asistido a un crecimiento económico durante la mayor parte de la última década.

Por el lado negativo, el crecimiento económico de muchos países depende de los precios globales fijados para los minerales y la energía. Aquellos países que necesitan obtener 100 dólares por barril para equilibrar su presupuesto nacional se descubren indefensos cuando los precios bajan a 80 o 70 dólares por barril.

Los niveles de producción de manufacturas están cerca de los de la década de 1970. La corrupción sigue estando generalizada por todo el continente. Además de los escasos conflictos «calientes» (los de Somalia, Nigeria y Sudán, por ejemplo), hay un buen número que simplemente permanecen congelados.

De todas maneras, cada año hay más carreteras y líneas férreas conectando este espacio increíblemente diverso. Las vastas distancias con que océanos y desiertos separaban a África del resto del mundo se han visto superadas gracias a los vuelos en avión, y el poder industrial ha sido capaz de crear puertos en lugares donde la naturaleza no los favorecía.

Cada década desde la de 1960, los optimistas se han dedicado a escribir que África se halla a las puertas de liberarse de las cadenas impuestas por la historia y la naturaleza. Quizá esta vez sea verdad. Es necesario que sea así. Según algunas estimaciones, el África subsahariana concentra actualmente a 1.100 millones de personas. En 2050 esta cifra puede haberse más que doblado, alcanzando los 2.400 millones.

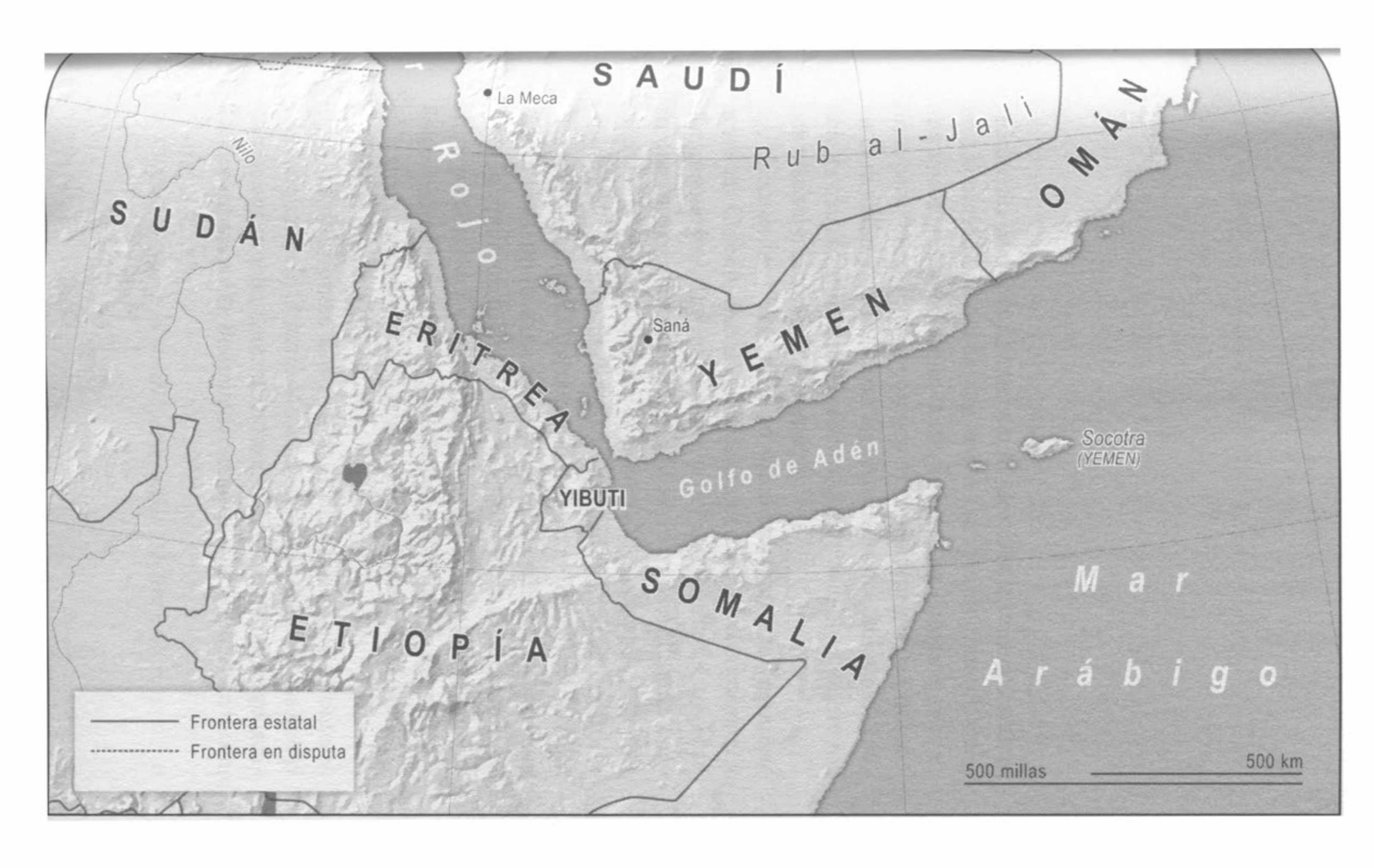
6

ORIENTE MEDIO

¡Hemos roto Sykes-Picot!

Soldado del Estado Islámico, 2014


RUMANÍA
RUSIA
BULGARIA
Mar Negro
Mas Caspio
UZBEKISTÁN
Estambul
GEORGIA
TURKMENISTÁN
Ankara
ARMENIA
AZERBAIYÁN
TURQUÍA
Teherán
Mar Mediterráneo
CHIPRE
SIRIA
LÍBANO
Beirut
Damasco
Éufrates
Tigris
Montes Zagros
AFGANISTÁN
ISRAEL
Bagdad
IRÁN
PALESTINA
Amán
IRAK
Jerusalén
JORDANIA
Shatt al-Arab
KUWAIT
Ciudad de Kuwait
EGIPTO


SAUDÍ
La Meca
Rub al-Jali
OMÁN
Nilo
SUDÁN
Rojo
ERITREA
Saná
YEMEN
Socotra
(YEMEN)
Golfo de Adén
YIBUTI
SOMALIA
ETIOPÍA
Mar
Arábigo
Frontera estatal
Frontera en disputa
500 millas
500 km

¿El medio de qué? ¿Al este* de dónde? Desde su propio nombre, la región se basa en una visión europea del mundo y fue una visión europea la que la configuró. Los europeos usaban tinta para trazar líneas sobre los mapas: líneas que no existían en la realidad y que crearon algunas de las fronteras más artificiales que el mundo ha conocido. Ahora asistimos a intentos por redibujarlas bañados en sangre.

Una de las filmaciones en video más importantes que se gestó en Oriente Medio en el año 2014 se vio ensombrecida por secuencias de explosiones y decapitaciones. Consistió en una lograda pieza de propaganda a cargo del Estado Islámico en la que se mostraba una excavadora borrando, o mejor empujando, la frontera entre Irak y Siria. La frontera no es más que un terraplén arenoso de cierta altura. Si se corre la arena, la frontera deja de existir *físicamente*. En teoría, esta «línea» sigue existiendo. Los años venideros determinarán si las palabras del soldado del Estado Islámico que acompañan a las imágenes fueron proféticas o solo una fanfarronada: «Estamos destruyendo las fronteras y rompiendo las barreras. Damos gracias a Alá».

Tras la Primera Guerra Mundial, había menos fronteras en el conjunto de Oriente Medio de las que hay hoy, y las que sí existían solían estar determinadas exclusivamente por la geografía. Los espacios que delimitaban estaban subdivididos de forma

* Oriente Medio es *Middle East* en inglés. *(N. del t.)*

laxa y gobernados de acuerdo a la geografía, la etnia y la religión, pero no se producían intentos por crear Estados-nación.

El Gran Oriente Medio se extiende a lo largo de 1.600 kilómetros, de oeste a este, desde el Mediterráneo a las montañas de Irán. De norte a sur, en el caso de empezar en el mar Negro y acabar en las costas del mar Arábigo, frente a Omán, abarca 3.200 kilómetros. La región incluye vastos desiertos, oasis, montañas nevadas, largos ríos, grandes ciudades y planicies costeras. Dispone de un buen número de esas riquezas naturales que cualquier país desarrollado o en vías de desarrollo del planeta necesita: petróleo y gas.

También contiene la región fértil conocida como Mesopotamia, la «tierra entre ríos» (el Éufrates y el Tigris). De todos modos, sus características predominantes son el inmenso desierto árabe y el territorio seco en su centro que abarca partes de Israel, Jordania, Siria, Irak, Kuwait, Omán, Yemen y la mayor parte de Arabia Saudí, incluyendo el desierto de Rub al-Jali o «Cuartel Vacío».

Este es el mayor desierto ininterrumpido de arena del mundo, que comprende una superficie del tamaño de Francia. A esto se debe que la mayoría de los habitantes de la región no solo vivan en su periferia, sino que no pensaran en términos de Estados-nación ni de fronteras legalmente establecidas hasta la llegada de los colonizadores europeos.

La noción de que un hombre de una zona en particular no pudiera atravesar una región para visitar a un familiar de su misma tribu a menos que dispusiera de un documento, otorgado por un desconocido que se encontraba en una localidad muy lejana, no tenía sentido. La idea de que el documento era emitido porque un extranjero había dictaminado que una zona se había convertido en dos regiones, para las que además se había inventado unos nombres, carecía de toda lógica y atentaba contra el modo en que la vida había transcurrido durante siglos.

El Imperio otomano (1299-1922) se gobernaba desde Estambul. En el pico de su poder, arrancaba a las puertas de Viena y cruzaba Anatolia y Arabia hasta desembocar en el océano Índico. De oeste a este abarcaba lo que hoy conforman Argelia, Libia, Egipto, Israel/Palestina, Siria, Jordania, Irak y partes de Irán. Inventarse nombres con los que bautizar a la mayoría de estas regiones nunca había importado: en 1867 solo quedaban divididas en zonas administrativas conocidas como «valiatos», que solían fijarse a partir del lugar de residencia de determinadas tribus, ya fueran los kurdos en lo que hoy es el norte de Irak, o las federaciones tribales en lo que hoy es parte de Siria y parte de Irak.

Cuando el Imperio otomano comenzó a desmoronarse, los británicos y los franceses mostraron ideas divergentes. En 1916, el coronel Sir Mark Sykes, un diplomático británico, cogió un rotulador y dibujó una línea tosca que cruzaba el mapa de Oriente Medio. Se extendía desde Haifa, en el Mediterráneo —lo que es hoy Israel—, a Kirkuk —hoy perteneciente a Irak—, en el noreste. Esta línea se erigió en la base a un acuerdo secreto con su homólogo francés, François Georges-Picot, para dividir la región en dos esferas de influencia ante la posibilidad de que la Triple Entente venciera al Imperio otomano en la Primera Guerra Mundial. Los territorios al norte de la línea quedarían bajo control francés y los situados al sur de la línea, bajo hegemonía británica.

El término «Sykes-Picot» ha devenido un atajo para calificar todas esas decisiones tomadas durante el primer tercio del siglo XX que traicionaron las promesas realizadas a líderes tribales y que explican en parte las convulsiones y extremismos de los que somos testigos en la actualidad. Esta explicación, sin embargo, peca de exagerada: antes de la llegada de los europeos, la violencia y el extremismo ya estaban presentes. De todos modos, y como en el caso de África, la creación arbitra-

ria de «Estados-nación» que fuerza a convivir en una misma región a personas que no están habituadas a ello no es una receta para la justicia, la igualdad y la estabilidad.

Antes de Sykes-Picot (en su sentido más amplio) no existía el Estado de Siria, como tampoco los de Líbano, Jordania, Irak, Arabia Saudita, Kuwait, Israel o Palestina. Los mapas modernos nos indican las fronteras y los nombres de los Estados-nación, pero son tan jóvenes como frágiles.

El islam es la religión principal en Oriente Medio, pero en su seno conviven muchas versiones diferentes. La división más importante dentro del islam es casi tan antigua como la religión misma: la separación entre musulmanes sunitas y chiitas se remonta al 632, cuando la muerte del profeta Mahoma desencadenó enfrentamientos en torno a su sucesión.

Los musulmanes sunitas son mayoría entre los árabes, y sin duda entre la población musulmana mundial, abarcando en torno al 85 por ciento del total, aunque dentro de algunos países árabes estos porcentajes no son tan acusados. Su nombre procede de «Al Sunna» o «gente de la tradición». A la muerte del Profeta, aquellos que se convertirían en sunitas alegaron que su sucesor debía ser escogido recurriendo a tradiciones árabes tribales. Se consideran a sí mismos musulmanes ortodoxos.

La palabra *chiita* proviene de «Chiat Ali», que literalmente significa «el partido de Ali» y se refiere al yerno de Mahoma. Ali y sus hijos, Hassan y Hussein, fueron asesinados y con ello les fue negado aquello que los chiitas consideran su derecho de nacimiento: liderar a la comunidad islámica.

A raíz de esto surgieron varios conflictos doctrinales y prácticas culturales que dividieron a las dos principales ramas del islam, lo cual ha derivado en enfrentamientos y guerras, aunque también ha habido largos períodos de coexistencia pacífica.

Asimismo encontramos subdivisiones dentro de la división general. Por ejemplo, existen varias ramas del islamismo

sunita que siguen las enseñanzas de unos sabios en concreto. Es el caso de la rigurosa tradición hanbalí, la cual toma su nombre de Ahmad ibn Hanbal, un erudito iraquí del siglo IX al que veneran muchos sunitas de Catar y Arabia Saudí. Esta ha ejercido a su vez influencia sobre el pensamiento ultrapuritano de los salafistas, preponderante entre los yihadistas.

El islamismo chiita cuenta con tres divisiones principales, siendo probablemente la más conocida la de los duodecimanos, cuyos miembros son adeptos a las enseñanzas de los Doce Imanes, pero incluso en ella hallamos facciones. La escuela ismailí niega el linaje del séptimo imán, mientras que la escuela zaidí disputa el del quinto imán. Igualmente, encontramos diversas ramas que se separan del islamismo chiita más extendido, con los alauitas y los drusos considerados tan lejos del pensamiento islámico tradicional que muchos musulmanes, en especial entre los sunitas, ni siquiera reconocen su pertenencia a la religión.

El legado del colonialismo europeo dejó a los árabes agrupados en Estados-nación y bajo el mando de líderes que tendían a favorecer a la rama del islam (y a la tribu) a la que ellos pertenecían. Acto seguido, los dictadores utilizaron la maquinaria de Estado para garantizar que sus órdenes eran acatadas en todo el territorio surgido de las fronteras artificiales que habían delimitado los europeos, sin importarles si era idóneo desde un punto de vista histórico ni justo para el conjunto de tribus y religiones reunidas a la fuerza.

Irak constituye un ejemplo palmario de los conflictos y el caos que siguieron. Aquellos chiitas de mayor fervor religioso jamás aceptaron que un Gobierno liderado por sunitas tuviera el control de sus ciudades sagradas, caso de Nayaf y Kerbala, donde se cree que sus mártires Ali y Hussein fueron enterrados. Estos sentimientos comunales se remontan a siglos atrás: las emociones no iban a diluirse unas décadas después de pasar a ser llamados «iraquíes».

Como administradores del Imperio otomano, los turcos se encontraron ahí con una zona montañosa y escarpada bajo dominio kurdo. Una vez las montañas dejaban paso a las llanuras que conducían hacia Bagdad, y hacia el oeste de lo que hoy es Siria, descubrieron un lugar en el que la mayoría de los habitantes eran árabes sunitas. Finalmente, tras el tramo en que los dos grandes ríos, el Éufrates y el Tigris, convergen y fluyen juntos hasta el canal de Shatt al-Arab, las marismas y la ciudad de Basora, toparon con más árabes, en su mayor parte chiitas. Gobernaron aquel espacio de acuerdo a lo observado, dividiéndolo en tres regiones administrativas: Mosul, Bagdad y Basora.

En la Antigüedad, las regiones que aproximadamente se correspondían con estas eran conocidas con los nombres de Asiria, Babilonia y Sumeria. Cuando los persas dominaron aquel territorio, lo dividieron de forma similar, como también hizo Alejandro Magno y, más adelante, el califato omeya. Los británicos observaron idéntico panorama y de las tres regiones hicieron una sola, una imposibilidad desde el punto de vista de la lógica que los cristianos resuelven por medio de la Santísima Trinidad, pero que en el caso de Irak comportó un despropósito absoluto.

La mayoría de los analistas sostienen que únicamente un hombre fuerte es capaz de unir estas tres áreas en un solo país, e Irak ha visto desfilar un hombre fuerte tras otro. La verdad es que la gente jamás estuvo unida, solo estuvo paralizada por el terror. En el único sitio inaccesible a la mirada del dictador, la mente de las personas, fueron pocos los que se tragaron la propaganda del Estado, que enmascaraba la persecución sistemática de los kurdos, la concentración del poder en manos del clan de sunitas musulmanes de Tikrit, lugar de origen de Saddam Hussein, o la masacre de chiitas después de su levantamiento fallido en 1991.

Los kurdos fueron los primeros en marcharse. Dentro de una dictadura, las minorías más reducidas a veces fingen creer el discurso propagandístico que asegura que sus derechos están protegidos, ya que carecen de la fuerza necesaria para cambiar la realidad. Por ejemplo, la minoría cristiana y un puñado de judíos de Irak consideraron que podrían sentirse más seguros guardando silencio en el marco de una dictadura secular, como la de Saddam, que arriesgándose a cambiar la situación y ver sus temores tomar cuerpo (lo que finalmente ocurrió). De todos modos, los kurdos tenían claro su marco geográfico y, algo crucial, eran lo bastante numerosos como para ser capaces de reaccionar cuando la cruda realidad de la dictadura sobrepasó lo tolerable.

Los cinco millones de kurdos de Irak se hallan concentrados al norte y al noreste, en las provincias de Erbil, Solimania y Duhok, así como en las zonas circundantes. Es una media luna gigantesca compuesta sobre todo de colinas y montañas, lo que significa que los kurdos preservaron su identidad pese a las reiteradas agresiones militares y culturales recibidas, caso de la Operación al-Anfal de 1988, que incluyó ataques aéreos con gas contra los poblados. Desplegada en ocho fases, las fuerzas de Saddam no tomaron prisioneros y mataron a todos los varones que encontraron de edades comprendidas entre los quince y los cincuenta años. Hasta 100.000 kurdos fueron asesinados y el 90 por ciento de sus poblados, reducidos a escombros.

Cuando en 1990 Saddam Hussein invadió Kuwait, los kurdos intentaron aprovechar su oportunidad de entrar en la historia y hacer realidad el Kurdistán que les había sido prometido tras la Primera Guerra Mundial, según lo acordado en el Tratado de Sèvres (1920). En las postrimerías de la guerra del Golfo, los kurdos protagonizaron un levantamiento, los aliados declararon una «zona neutral» a la que tenían vedado el acceso las fuerzas iraquíes y un Kurdistán *de facto* empezó

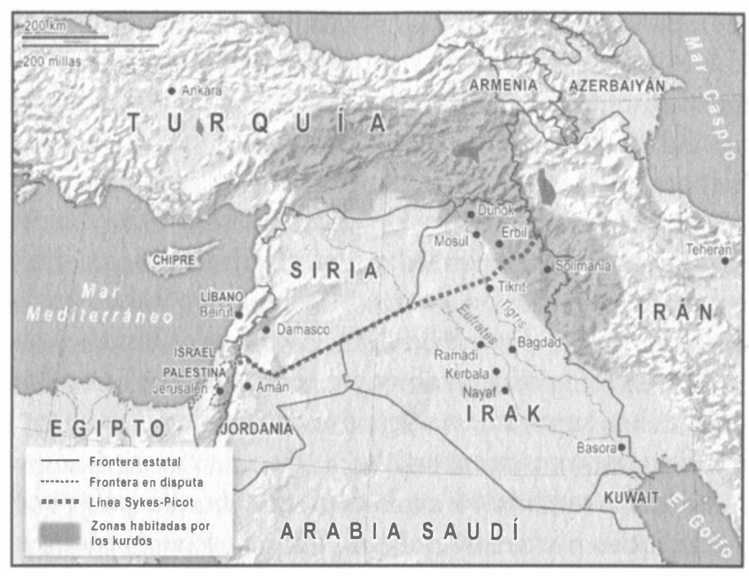
a tomar forma. La invasión estadounidense de Irak en 2003 cimentó lo que parece ser un hecho: los kurdos no volverán a estar bajo el dominio de Bagdad.

El Kurdistán no es un Estado soberano reconocido, pero cuenta con muchas de sus características, al tiempo que el panorama actual en Oriente Medio refuerza la posibilidad de que en el futuro constituya una realidad en el marco legal internacional. La cuestión es: ¿Qué forma adquirirá? ¿Y cómo reaccionarían Siria, Turquía e Irán si sus regiones kurdas aspiran a ser parte de él y tratan de crear un Kurdistán adyacente con acceso al Mediterráneo?

Aflorará otro problema: la unidad de los kurdos. El Kurdistán iraquí lleva mucho tiempo dividido en dos familias rivales. Los kurdos de Siria están intentando crear un mini-Estado al que denominan Rojava. Lo consideran parte de un futuro gran Kurdistán pero, si este llega a materializarse, surgirán cuestiones como cuánto poder ostentará cada cual, y sobre qué. Si el Kurdistán deviene un Estado reconocido por la comunidad internacional, Irak cambiará de forma. Esto presume que seguirá existiendo un Irak. Quizá no sea así.

El Reino Hachemita, como también se conoce a Jordania, es otro de los lugares que los británicos crearon artificialmente a partir de un trozo de desierto, pues en 1918 los colonizadores contaban con mucho territorio que administrar y diversos problemas que resolver.

Fueron varias las tribus árabes que ayudaron a los británicos a combatir a los otomanos en el transcurso de la Primera Guerra Mundial, pero Londres prometió a dos en concreto recompensarlas al acabar el conflicto. Desgraciadamente, a ambas se les prometió lo mismo: el control sobre Arabia. Dado que las tribus saudí y hachemita solían luchar entre sí, esta decisión resultó algo extraña. De manera que Londres desempolvó algunos mapas, trazó algunas líneas y declaró que el líder



Aunque no es un Estado reconocido, existe una región identificable como «Kurdistán». Situada entre varias fronteras, esta es un área de problemas potenciales dada las aspiraciones de las regiones kurdas de establecer un país independiente.

el líder de la familia saudí podía gobernar una región y que el líder hachemita podía gobernar la otra, aunque las dos «necesitarían» un diplomático británico para supervisar la situación. El líder saudí acabó dando con un nombre con el que denominar su territorio, para lo que se fijó en sí mismo, de aquí que conozcamos la zona como Arabia Saudí. Esto vendría a ser más o menos como llamar «Windsorland» al Reino Unido.

Los británicos, muy puntillosos con los asuntos administrativos, llamaron a la otra zona «Transjordania», una forma abreviada de decir «el otro lado del río Jordán». Amán, una ciudad pequeña y polvorienta, se convirtió en la capital de Transjordania y, una vez los británicos regresaron a casa en 1948, su nombre pasó a ser Jordania. Los hachemitas, sin embargo, no pertenecían al área de Amán: originariamente for-

maban parte de la poderosa tribu de los Quraysh de la región de La Meca y sus primeros habitantes eran en su mayoría beduinos. Hoy el grueso de la población es palestina: cuando los israelíes ocuparon Cisjordania en 1967, muchos palestinos huyeron a Jordania por ser el único Estado árabe que les concedía la ciudadanía. En la actualidad, la mayor parte de los 6,7 millones de ciudadanos de Jordania son palestinos, muchos de los cuales no sienten un vínculo de lealtad hacia el líder hachemita, el rey Abdullah. A este problema se suma el millón de refugiados iraquíes y sirios que el país ha recibido, los cuales han supuesto una presión insostenible para sus ya de por sí limitadísimos recursos.

Cambios tan bruscos en la demografía de un país pueden generar serios problemas, y en ningún lugar ha quedado más claro que en Líbano.

Hasta el siglo xx, los árabes contemplaron la región, que se extiende entre las montañas libanesas y el mar, como una provincia de Siria más. Los franceses, bajo cuyo dominio quedó tras la Primera Guerra Mundial, no fueron de la misma opinión.

Los franceses llevaban mucho tiempo estableciendo alianzas con los árabes cristianos de la zona. A modo de agradecimiento, se inventaron un país para ellos en un lugar que los vio surgir como la población dominante en la década de 1920. A falta de un nombre más obvio, los franceses lo bautizaron a partir de las montañas cercanas: así nació Líbano. Este capricho geográfico aguantó hasta finales de la década de 1950. Llegado este momento, las tasas de natalidad de los musulmanes chiitas y sunitas de Líbano crecían a mayor ritmo que las de los cristianos, al tiempo que la población musulmana se había incrementado en 1948 con la llegada de los palestinos que huían de la guerra árabe-israelí en la vecina Israel/Palestina. Se ha realizado un único censo oficial en Líbano (en el año 1932), dada la naturaleza tan sensible de la cuestión demográ-

fica y porque el sistema político se basa en parte en el tamaño de la población.

Desde hace mucho tiempo llevan produciéndose enfrentamientos entre los diversos grupos confesionales de la zona, y lo que algunos historiadores consideran la primera guerra civil de Líbano estalló en 1958 entre cristianos maronitas y musulmanes. En ese momento, los segundos ya superaban ligeramente en número a los primeros. Ahora suponen una clara mayoría, aunque no hay cifras oficiales, y las que arrojan los estudios académicos se topan con enconadas disputas.

Algunas partes de la capital, Beirut, son exclusivamente de los musulmanes chiitas, al igual que la mayor parte del sur del país. Aquí es donde el grupo chiita Hezbolá (respaldado por un país de mayoría chiita como Irán) ejerce su dominio. Otra plaza fuerte chiita es el valle de la Becá, que Hezbolá ha utilizado como lugar de concentración desde el que lanzar sus incursiones en Siria para apoyar a las tropas gubernamentales. Otras ciudades son coto de los musulmanes sunitas. Por ejemplo, Trípoli, en el norte, de la que se cree que es sunita en un 80 por ciento, si bien también cuenta con una minoría alauita de cierta consideración. Las tensiones entre sunitas y alauitas en la vecina Siria han provocado que aquí también haya tenido lugar algún enfrentamiento esporádico.

Solo la perspectiva que ofrece un mapa puede llevar a pensar que Líbano es un Estado unificado. Bastan unos minutos después de haber aterrizado en el aeropuerto de Beirut para darse cuenta de cuán lejos está de ser una realidad. En el trayecto desde el aeropuerto al centro, uno pasa por delante de los exclusivos barrios suburbiales chiitas del sur, por donde patrullan parcialmente las milicias de Hezbolá, que quizá sean las fuerzas de combate más eficientes del país. El ejército del Líbano existe sobre el papel pero, si se desencadenara una nueva guerra civil como la de 1975-1990, se derrumbaría ya que los

soldados de la mayoría de las unidades se limitarían a regresar a sus pueblos de origen para unirse a las milicias locales.

Esto es lo que sucedió en parte con las fuerzas armadas sirias cuando la guerra civil acabó por prender en su país hacia finales de 2011.

Siria es otro ejemplo de Estado multiconfesional y multitribal que se derrumbó a las primeras de cambio. Como es típico en la región, es un país de mayoría musulmana sunita —en torno al 70 por ciento—, si bien cuenta con minorías de peso adscritas a otras confesiones. Hasta 2011 eran muchas las comunidades que vivían codo con codo en pueblos, ciudades y aldeas, pero seguían existiendo áreas específicas bajo el dominio de un grupo en particular. A imagen de Irak, los locales siempre decían: «Somos una única persona, no existen las divisiones entre nosotros». De todos modos, como en Irak, el apellido, lugar de nacimiento o lugar de residencia solía revelar los orígenes y, de nuevo como en Irak, no era muy difícil que ese único pueblo se dividiera en muchos.

Cuando dominaron la región, los franceses siguieron el ejemplo inglés de «divide y gobierna». Por aquel entonces, los alauitas recibían el nombre de nusairitas. Muchos sunitas no los consideran musulmanes y era tal la hostilidad que despertaban que se hicieron llamar alauitas («seguidores de Ali») con el fin de potenciar sus credenciales islámicas. Era gente sencilla de las montañas, del estrato más bajo dentro de la sociedad siria. Los franceses los colocaron al frente de las fuerzas policiales y militares.

Todo el mundo era consciente de las tensiones derivadas de tener a líderes pertenecientes a una pequeña minoría de la población mandando sobre la mayoría. El clan de los Assad, del que procede el presidente Bashar al-Ásad, es alauita, un grupo que concentra aproximadamente el 12 por ciento de la población. La familia ha dirigido el país desde que el padre de

Bashar, Háfez, llegó al poder mediante un golpe de Estado en 1970. En 1982 aplastó el levantamiento de una hermandad de musulmanes sunitas en Hama, matando a quizá unas 30.000 personas a lo largo de varios días. La hermandad jamás perdonó ni olvidó y, cuando comenzaron las hostilidades a escala nacional en 2011, tenía cuentas pendientes. En algunos aspectos, la guerra civil que siguió fue simplemente «Hama, segunda parte».

La forma y composición finales de Siria están ahora en disputa, pero existe un escenario en el que, si Damasco cae (algo bastante improbable), los alauitas podrían retirarse a sus bastiones, es decir, a sus antiguas zonas costeras y montañosas, y formar un pequeño Estado como el que hubo en las décadas de 1920 y 1930. Resulta teóricamente posible, si bien cientos de miles de musulmanes sunitas permanecerían en la región y, de crearse un nuevo Gobierno en Damasco bajo dominio sunita, una de sus prioridades consistiría en asegurarse una ruta a la costa siria y vencer los últimos focos de resistencia.

En el futuro cercano, Siria parece destinada a acabar compuesta por diversos feudos bajo el liderazgo de un puñado de señores de la guerra. Mientras redacto este libro, el presidente Bashar al-Ásad solo es el más poderoso de entre los varios señores de la guerra en activo. La última guerra civil de Líbano duró quince años y hay momentos en que la posibilidad de un nuevo conflicto sigue peligrosamente cerca. Puede que Siria afronte un destino similar.

Igual que Líbano, Siria se ha convertido en un escenario en el que las potencias foráneas miran por sus propios intereses. Rusia, Irán y el Hezbolá libanés dan su apoyo a las fuerzas gubernamentales sirias. Los países árabes respaldan a la oposición, pero no todos a los mismos grupos: los saudíes y los cataríes, por ejemplo, rivalizan por ganar influencia, pero cada uno ayuda a bandos diferentes para conseguirlo.

Se requerirá destreza, coraje y un elemento tan a menudo ausente —el compromiso— para mantener unidas a muchas de estas regiones en un único espacio gobernable. En especial desde el momento en que los combatientes yihadistas sunitas pretenden dividirlas con el fin de ampliar su «califato».

Grupos como Al Qaeda y, más recientemente, Estado Islámico han obtenido las simpatías que concentran gracias en parte a la humillación causada por el colonialismo y luego al fracaso del nacionalismo panárabe —y, hasta cierto punto, de la nación árabe—. Los líderes árabes han fracasado a la hora de ofrecer prosperidad o libertad, y esa sirena llamada islamismo, la cual promete resolver todos los problemas, ha resultado atractiva para muchos en una región marcada por una mezcla tóxica de devoción, desempleo y represión. Los islamistas se remontan a una era dorada en la que el islam dominaba un imperio que estaba en primera línea en tecnología, arte, medicina y cuestiones administrativas. Han contribuido a traer a la superficie la atávica sospecha del «otro» y extenderla por todo Oriente Medio.

El Estado Islámico creció a partir de la franquicia de Al Qaeda en Irak a finales de la primera década del presente siglo, la cual estaba solo nominalmente dirigida por los líderes supervivientes de Al Qaeda. Cuando la guerra civil en Siria se encontraba en pleno apogeo, el grupo se escindió de Al Qaeda y cambió de nombre. El mundo empezó conociéndolo como ISIL (siglas en inglés de «Estado Islámico en Irak y el Levante») pero, dado que el término árabe para Levante es Al Sham, se transformó de forma gradual en ISIS. En el verano de 2014, el grupo comenzó a autodenominarse Estado Islámico (EI), dándose a conocer como tal en amplias partes de Irak y Siria.

Rápidamente se convirtió en el grupo yihadista «en el que enrolarse», atrayendo a su causa a miles de musulmanes extranjeros, en parte debido a su piadoso romanticismo, en parte

por su brutalidad. Sin embargo, su principal atractivo radicaba en su éxito a la hora de crear un califato. Allá donde Al Qaeda mataba a personas y conquistaba titulares, el EI mataba a personas y conquistaba territorios.

El EI también aprovechó una parcela de creciente importancia en la era de internet: el espacio psicológico. Tomaron nota del trabajo pionero llevado a cabo por Al Qaeda en las redes sociales y lo condujeron a nuevas cotas de sofisticación y barbarie. En 2015, el EI ya había superado a cualquier Gobierno en volumen de mensajes públicos lanzados, reclutando yihadistas familiarizados con los salvajes efectos que en ocasiones acarrea internet y con su obsesión por la violencia y el sexo. Se trata de una generación de descerebrados a los que nadie puede ganar en términos de barbarie.

En el verano de 2015, muchos árabes de todo Oriente Medio, incluyendo la mayoría de los medios de comunicación regionales, empezaron a llamar al EI con otro nombre, uno que concentra los motivos que llevan a mucha gente normal a considerar repulsiva a la organización: Daesh.

Se trata de un tipo de acrónimo a partir del antiguo nombre en árabe del grupo —*Dawlat al Islamiya Iraq Wa al Shams*—, pero la razón de que su uso se haya extendido entre la gente radica en que es un término que el EI detesta. Suena de forma parecida al verbo *daes* (alguien que es deshonesto y siembra desacuerdo); rima con palabras malsonantes como *fahish* (un pecador); y lo mejor de todo para aquellos que desprecian la particular rama del islam de la organización es que rima y suena parecido a *jahesh* (estúpido). En el marco de la cultura árabe, este un insulto muy grave, uno que simultáneamente rebaja al sujeto y reduce su capacidad de sembrar temor.

En 2015, la guerra se propagó por diferentes partes de Irak con el EI perdiendo la ciudad de Tikrit, si bien tomando Ramadi. De repente, la fuerza aérea estadounidense se encon-

tró en la extraña tesitura de tener que realizar misiones de reconocimiento y ataques selectivos en socorro de la Armada de la República Islámica de Irán. El EI deseaba en parte Tikrit para prevenir un intento por parte del Gobierno iraquí de retomar Mosul por el norte, aunque Ramadi era mucho más importante para sus intereses. Está en la provincia de Ambar, lo que significa que es una región de Irak profundamente sunita y conectada a la frontera con Siria. Conservar el territorio reforzaba su reivindicación como «Estado».

En agosto de 2015 se cumplió el primer aniversario de los bombardeos norteamericanos contra el EI, tanto en Siria como en Irak. Se han producido miles de ataques aéreos con muchos aviones estadounidenses despegando de los portaaviones *USS George H. W. Bush* y *USS Carl Vinson* en el Golfo, mientras que otros lo han hecho desde Kuwait y una base en Emiratos Árabes Unidos, incluyendo el reactor de caza F-22 Raptor Stealth que ya empezó a operar en 2015 atacando instalaciones petrolíferas del Estado Islámico. Los pilotos estadounidenses, al frente de la mayoría de las misiones, sufrieron al no contar con los controladores aéreos de las Fuerzas de Operaciones Especiales de Estados Unidos suministrándoles las coordenadas de los ataques. Puesto que muchos de los objetivos se hallaban en zonas urbanas, los «protocolos de actuación» dictaron que muchos de los aviones tuvieran que regresar a las bases sin utilizar su armamento.

Desde el verano de 2015, el EI ha ido perdiendo territorio de forma sostenida. Entre las pérdidas onerosas se cuentan la ciudad siria de Kobane, reconquistada por los soldados kurdos, y en enero de 2016, la importante ciudad iraquí de Ramadi fue recuperada por el ejército de Irak. Al mismo tiempo, el EI se ha visto sometido a un acoso constante con el incremento de los ataques aéreos.

Los rusos se han implicado todavía más, atacando tanto al Ejército Libre Sirio como a los objetivos del EI en Siria

por el presunto ataque del EI a un avión comercial ruso en Egipto. Los franceses respondieron a los ataques terroristas de París en noviembre de 2015 con ataques masivos contra el EI, solicitando a continuación ayuda al Reino Unido. El parlamento británico aprobó extender sus ataques aéreos en Irak para incluir a Siria.

El resultado ha sido un encogimiento del «Califato» del EI, así como la muerte de muchos de sus líderes y tropas. Sin embargo, centenares de soldados se trasladaron a Libia para establecer una nueva base, la cual posiblemente ejerza de refuerzo en el caso de que sus miembros sean enviados a Siria o Irak. En la primavera de 2016, Libia se había convertido claramente en un frente más de tan larga batalla.

Ahora que los rusos, los británicos, los norteamericanos y los franceses están profundamente implicados, se han lanzado miles de misiones con drones, algunas de ellas desde suelo estadounidense. Los drones suponen un ejemplo claro y actual de cómo la tecnología puede superar las restricciones que impone la geografía pero, al mismo tiempo, sirven para remarcar la importancia de la geografía. Estados Unidos cuenta con diez bases por todo el mundo en las que almacena su creciente flota de drones. Esto permite que desde un despacho con aire acondicionado en Nevada una persona con un *joystick* pueda atacar objetivos o transferir el control de una misión a un operativo que se encuentre cerca del objetivo. Pero también significa que Estados Unidos necesita mantener buenas relaciones con todos esos países que acogen sus bases regionales con drones, Por ejemplo, la señal enviada desde Nevada puede necesitar viajar por un cable submarino a Alemania y, desde ahí, dirigirse a un satélite de un tercer país que venda ancho de banda al Pentágono. Esto supone un recordatorio del mapa conceptual del poder de Estados Unidos, que es imprescindible a la hora de entender por completo la geopolítica de nuestros días.

Los ataques con drones han tenido efectos devastadores sobre objetivos individuales. Durante 2015-2016 prestaron un gran servicio al recuperar varios miles de kilómetros cuadrados de territorio en Irak sometidos por el EI, por mucho que el grupo siguiera controlando grandes franjas dentro de las regiones dominadas por los sunitas.

Soldados islámicos sunitas de todo el planeta, al modo de polillas atraídas por una luz de mil millones de pixeles, se han aprovechado de la división entre kurdos, sunitas y chiitas en Irak. A los árabes sunitas les ofrecen una embriagadora doble promesa: la recuperación del lugar que «les pertenece» como primera fuerza de la región y el restablecimiento del califato, de acuerdo a su versión de que todos los creyentes (musulmanes sunitas) deben vivir bajo un único líder.

De todos modos, es el propio fanatismo de sus creencias y prácticas lo que explica su incapacidad para alcanzar sus fantasías utópicas.

En primer lugar, solo una parte de las tribus sunitas de Irak respaldarán las pretensiones yihadistas e incluso, de hacerlo, solo buscarían materializar sus propios objetivos, entre los que no se incluye un regreso al siglo VI. Una vez los consigan, les darán la espalda a los yihadistas, en especial a los extranjeros. En segundo lugar, los yihadistas han demostrado que no tienen piedad de nadie que les haga frente y que no ser sunita es casi sinónimo de una condena a muerte. Por consiguiente, todos los musulmanes que no son sunitas y todas las minorías de Irak —cristianos, caldeos y otros— están en su contra, igual que docenas de países occidentales y musulmanes.

Los sunitas no yihadistas de Irak se hallan en una posición difícil. En caso de un Irak fragmentado o un Irak federal de acuerdo a la ley, se encontrarían atrapados en el medio, rodeados de arena en una zona conocida como el Triángulo Sunita, con sus coordenadas más o menos ubicadas justo al este de Bagdad, al

oeste de Ramadi y al norte de Tikrit. Los sunitas que la habitan con frecuencia tienen más en común con sus correspondientes tribus de Siria que con los kurdos del norte o los chiitas del sur.

No existe suficiente diversidad económica en el triángulo para sostener una entidad sunita. La historia concedió petróleo a «Irak», pero la división *de facto* del país ha implicado que las reservas principales estén en las zonas kurdas y chiita. Y si no hay un Irak unificado y fuerte, el dinero del petróleo fluye de regreso al lugar de origen del petróleo. Los territorios kurdos no pueden quedar bajo su control, las ciudades al sur de Bagdad, como Nayaf y Kerbala, son abrumadoramente chiitas, y los puertos de Basora y de Um Kasar están muy lejos del territorio sunita. Este dilema deja a los sunitas luchando por un reparto equitativo dentro de un país que antes controlaban, en ocasiones flirteando con la idea de la separación, aunque conscientes de que el futuro que les aguarda pasa probablemente por el dominio de un espacio limitado.

De producirse una división, los chiitas gozan de un posicionamiento geográfico que les otorga ventaja. La región que controlan cuenta con campos petrolíferos, 56 kilómetros de costa, el río Shatt al-Arab, puertos, acceso al mundo exterior y un vecino como Irán que supone un aliado religioso, económico y militar.

La fantasía de los yihadistas consiste en un islam salafista que rija el mundo. En sus momentos más lúcidos, aunque no desprovistos del todo de locura, planean y luchan por un objetivo más limitado: un califato que abarque todo Oriente Medio. Uno de los gritos de guerra de los yihadistas es «¡De Mosul a Jerusalén!», lo que se traduce en su deseo de controlar un área que se extienda desde Mosul en Irak a Beirut en Líbano, Amán en Jordania y Jerusalén en Israel. En cualquier caso, el tamaño real del califato geográfico del Estado Islámico está limitado por los recursos del grupo.

Esto no pretende subestimar el problema ni la magnitud de lo que bien podrá considerarse la versión árabe de la guerra de los Treinta Años (1618-1648) que azotó Europa. No es un problema exclusivo de Oriente Medio. Muchos de los yihadistas internacionales que sobrevivan regresarán a sus hogares en Europa, Norteamérica, Indonesia, el Cáucaso y Bangladesh, donde difícilmente van a optar por una vida tranquila. Los servicios de inteligencia de Londres creen que hay muchos más musulmanes británicos luchando en Oriente Medio junto a grupos yihadistas que sirviendo en el ejército británico. Los programas de radicalización implementados por los islamistas arrancaron varias décadas antes que las iniciativas de desradicalización emprendidas ahora en los países europeos.

En mayor o menor grado, la mayoría de los países de la región afronta su propia versión de esta lucha generacional. Arabia Saudí, por ejemplo, ha estado combatiendo contra células de Al Qaeda durante la última década pero, tras haber desmantelado casi la totalidad, ahora debe hacer frente a los retos que le plantea la nueva generación de yihadistas. También tiene otro foco de conflicto en el sur, en la frontera con Yemen, una zona ya de por sí zarandeada por la violencia, los movimientos separatistas y una fuerte presencia yihadista.

También hay un movimiento islamista en ebullición en Jordania, especialmente en la ciudad de Zarqa, al noreste en dirección a las fronteras con Siria e Irak, hogar de varios miles de seguidores de grupos como Al Qaeda y Estado Islámico. Las autoridades temen que un grupo yihadista de Irak y Siria avance con fuerza hasta sus frágiles fronteras y cruce a Jordania. El ejército jordano, entrenado por los británicos, pasa por ser uno de los más fuertes de Oriente Próximo, pero podría verse en apuros si los islamistas locales y los combatientes extranjeros asaltaran las calles en una guerra de guerrillas. Si los jordanos palestinos se negaran a defender el país, no parecería

improbable imaginárselo abocado a una situación como la que en estos momentos atraviesa Siria. Esto es lo último que desean los líderes hachemitas y también los israelíes.

La batalla por el futuro del Oriente Medio árabe ha copado en cierta medida la atención que antes merecía el conflicto árabe-israelí. La fijación con Israel/Palestina regresa de forma esporádica, pero la magnitud de lo que está ocurriendo en otros lugares ha permitido que algunos analistas por fin entiendan que los problemas de la región van más allá de la existencia de Israel. Esto era una mentira difundida por los dictadores árabes para desviar la atención de su propia brutalidad y fueron muchos las que la compraron, tanto dentro de la región como en el bando de los idiotas occidentales que con tanta competencia sirven a los intereses de los dictadores. De todos modos, la tragedia común entre Israel y Palestina prosigue, y es tal la obsesión con este pequeño pedazo de territorio que puede que algunos vuelvan a considerarlo el conflicto más acuciante del planeta.

Los otomanos veían el área comprendida entre el oeste del río Jordán y la costa mediterránea como parte de la región de Siria. La bautizaron Filistin. Después de la Primera Guerra Mundial, se convirtió en Palestina bajo mandato británico.

Los judíos vivieron durante milenios en lo que solía llamarse Israel, pero los estragos de la historia los dispersaron por todo el planeta. Israel siguió siendo para ellos «la tierra prometida» y Jerusalén en particular, territorio sagrado. En cualquier caso, en 1948 los musulmanes árabes y los cristianos llevaban más de mil años siendo una abrumadora mayoría.

En el siglo XX, a raíz de la introducción del Mandato Británico de Palestina, el movimiento judío para unir a sus minorías de correligionarios creció y más judíos empezaron a asentarse ahí, impelidos por los pogromos en Europa del Este. Los británicos vieron con buenos ojos la creación de una

«patria judía» en Palestina y permitieron a los judíos trasladarse a ella y comprar tierras a los árabes. Tras la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, aumentó el número de judíos deseoso de llegar a Palestina. Las tensiones entre judíos y no judíos alcanzaron su punto álgido y el Reino Unido, agotado, pasó el problema a las Naciones Unidas en 1948, que optó por partir la región en dos países. Los judíos accedieron, los árabes se negaron. El resultado fue la guerra que desencadenó la primera oleada de refugiados palestinos que abandonaban la zona y de refugiados judíos que llegaban a ella desde los más variados rincones de Oriente Medio.

Jordania ocupó la región de Cisjordania, incluyendo Jerusalén Este. Egipto ocupó Gaza por considerarla una extensión de su territorio. A nadie se le cruzó por la cabeza otorgar a los habitantes de las mismas la ciudadanía palestina ni a Palestina la condición de Estado, y tampoco se produjo un levantamiento significativo de los habitantes reclamando la creación de un Estado palestino. Mientras tanto, Siria consideraba que toda el área formaba parte de una gran Siria y que, por lo tanto, sus moradores eran sirios.

A día de hoy, Egipto, Siria y Jordania recelan de la independencia de Palestina. Si Israel desapareciera para ser reemplazado por Palestina, las tres podrían reclamar parte de su territorio. De todos modos, en este siglo el sentimiento nacionalista está a flor de piel entre los palestinos y cualquier intento de un dictador árabe por hacerse con un pedazo de un Estado palestino, independientemente de su forma y tamaño, sería rechazado con contundencia. Los palestinos son muy conscientes de que la mayoría de los países árabes, incluyendo algunos de los que se trasladaron en el siglo XX, se niegan a concederles la ciudadanía: estos países insisten en que el régimen de sus hijos y nietos continúa siendo el de «refugiados» y trabajan con el objetivo de asegurar su no integración en el país.



Los territorios de los Altos del Golán, Cisjordania y la Franja de Gaza permanecen en litigio tras la guerra de los Seis Días en 1967.

Durante la guerra de los Seis Días en 1967, los israelíes obtuvieron el control sobre todo Jerusalén, Cisjordania y Gaza. En 2005 abandonaron Gaza, pero cientos de miles de colonos siguen en Cisjordania.

Israel considera Jerusalén su capital eterna e indivisible. La religión judía sostiene que la roca en la que Abraham se dispuso a sacrificar a Isaac se encuentra ahí, y que se levanta justo encima del Sanctasanctórum del templo del rey Salomón. Para los palestinos, Jerusalén tiene una relevancia religiosa que ha calado muy hondo a lo largo y ancho del mundo musulmán: a la ciudad se la considera el tercer mayor lugar sagrado del islam, dado que se dice que Mahoma ascendió a los cielos desde la misma roca, la

cual se ubica en lo que hoy es la «Mezquita Lejana» (Al-Aqsa). Desde un punto de vista militar, la ciudad solo tiene un interés geográfico moderado —carece de verdadera industria, de río y de aeropuerto—, pero su valor cultural y religioso resulta abrumador: la necesidad ideológica del lugar es de mayor relevancia que su ubicación. El control y el acceso a Jerusalén no son asuntos que permitan llegar fácilmente a soluciones de compromiso.

En comparación, a los israelíes les resultó más sencillo renunciar a Gaza (lo que no significa que no fuera difícil). Sin embargo, que las gentes que viven ahí hayan progresado mucho tras la marcha de Israel es una cuestión discutible.

De las dos «entidades» palestinas actuales, Gaza es con diferencia la que presenta las peores condiciones. Solo mide 40 kilómetros de largo por 12 de ancho. En este espacio se hacinan 1,8 millones de personas. Constituye de hecho una «ciudad-estado», si bien con un nivel de pobreza espantoso. Debido al conflicto con Israel, sus ciudadanos se hallan confinados por tres lados por las barreras de seguridad que conforman Israel y Egipto, y por el mar al oeste. Solo pueden construir hasta determinada distancia de la barrera con Israel, porque los israelíes intentan limitar la capacidad de penetración en su suelo de los cohetes lanzados desde Gaza. La última década ha visto el auge de una carrera armamentística asimétrica con los combatientes de Gaza buscando cohetes de mayor alcance al tiempo que Israel desarrollaba un sistema de defensa antimisiles.

Debido a su grado de densidad urbana, Gaza supone un escenario de batalla propicio para sus defensores, pero una pesadilla para la población civil. Esta última carece prácticamente de lugares en los que refugiarse y de un corredor hacia Cisjordania, pese a que la distancia entre ambos es de apenas 40 kilómetros en su punto más estrecho. Hasta que no se llegue a un acuerdo pacífico, los habitantes de Gaza no tendrán adónde ir ni gran cosa que hacer en su hogar.

Cisjordania tiene casi siete veces el tamaño de Gaza, pero no cuenta con una salida al mar. Gran parte de la misma la compone una cordillera que se extiende de norte a sur. Desde una perspectiva militar, esto significa que quien se adueña de las posiciones elevadas ejerce el control sobre la planicie costera en el lado oeste de la cordillera, y sobre el valle del Jordán al este. Dejando a un lado la ideología de los colonos judíos, quienes reclaman el derecho bíblico a vivir en lo que consideran Judea y Samaria, desde una óptica militar los israelíes consideran que no se puede autorizar a una fuerza no israelí a ocupar estas zonas elevadas, por la posibilidad de abrir fuego con artillería pesada sobre la planicie costera en la que vive el 70 por ciento de la población de Israel. La planicie también incluye sus principales sistemas de carreteras, buena parte de sus exitosas empresas de tecnología, el aeropuerto internacional y el grueso de su industria pesada.

Este es uno de los motivos por los que Israel exige «seguridad» y de su insistencia en que, si llegara a existir un Estado palestino, no pudiera desplegar un ejército con artillería pesada en la cordillera, al tiempo que ellos deben mantener el control de la frontera con Jordania. Al ser tan pequeño, Israel carece de una verdadera «profundidad estratégica», de un lugar en el que replegarse en el caso de que penetren en sus líneas de defensa, por lo cual en el plano militar se concentra en intentar que nadie se le acerque. Además, la distancia entre la frontera de Cisjordania y Tel Aviv es de unos dieciséis kilómetros en su punto más estrecho: desde la cordillera de Cisjordania, cualquier fuerza militar medio decente podría cortar Israel en dos. De aquí que en el caso de Cisjordania, Israel se esfuerce también por impedir que cualquier grupo se haga lo suficientemente fuerte como para amenazar su existencia.

En las circunstancias actuales, Israel encara amenazas a su seguridad y a las vidas de sus ciudadanos por medio de ataques

terroristas y con cohetes a cargo de sus vecinos más cercanos, pero su existencia no corre peligro. Egipto, en el sudoeste, no supone una amenaza. Entre ellos sigue vigente un tratado de paz que conviene a ambas partes, y la península del Sinaí, parcialmente desmilitarizada, actúa como zona de contención. Al este de aquí, al otro lado del mar Rojo, en Áqaba (Jordania), el desierto también protege a Israel, como lo hace el tratado de paz con Amán. Al norte, Líbano plantea una amenaza potencial si bien relativamente pequeña, que se manifiesta a través de incursiones por la frontera y/o bombardeos limitados. De todos modos, en el momento en que Hezbolá en Líbano recurriera a sus cohetes de medio y largo alcance para llegar muy al interior de Israel, la respuesta sería contundente.

La amenaza potencial más seria procede del mayor vecino de Líbano: Siria. Históricamente, Damasco ha querido y necesitado un acceso directo a la costa. Siempre ha considerado a Líbano parte de Siria (y, de hecho, lo fue) y continúa resentido por el hecho de que sus tropas fueran forzadas a marcharse en 2005. Si esa ruta hacia el mar se encuentra bloqueada, la alternativa pasa por cruzar los Altos del Golán y descender hasta la región montañosa que rodea al mar de Galilea de camino hacia el Mediterráneo. Sin embargo, Israel se apoderó de los Altos del Golán en 1967, durante la guerra de los Seis Días. El ejército sirio debería llevar a cabo una carnicería a gran escala si quisiera atravesarlos para llegar hasta la planicie costera y, desde aquí, alcanzar los mayores focos de población israelí. Esto no puede descartarse en el futuro, pero sigue siendo muy improbable a medio plazo e imposible mientras continúe la guerra civil en Siria.

Esto nos deja con la cuestión de Irán, en la que merece detenerse al implicar el tema de las armas nucleares.

Irán es un gigante no árabe, cuya lengua mayoritaria es el farsi. Su tamaño es superior a la suma combinada de Francia,

Alemania y Reino Unido, pero mientras que la población de estos países alcanza los 200 millones de personas, la de Irán es de solo 78 millones. Con limitado espacio habitable, la mayoría reside en las montañas: los grandes desiertos y las planicies saladas del interior de Irán no están hechas para el ser humano. El simple hecho de atravesarlos conduciendo puede estar más allá de las capacidades del espíritu humano y vivir en ellos supone una batalla que muy pocos se atreven a librar.

Irán cuenta con dos enormes cadenas montañosas: los Zagros y los Elburz. La primera arranca en el norte y desciende a lo largo de 1.500 kilómetros por las fronteras de Irán con Turquía e Irak, acabando casi en el estrecho de Ormuz en el Golfo. En la mitad sur de la cadena hay una planicie al oeste, donde el río Shatt al-Arab divide Irán e Irak. Aquí es también donde se ubican los principales oleoductos iraníes, mientras que el resto se halla en el norte y en el centro. Se calcula que juntos conforman las terceras mayores reservas del planeta. Pese a ello, Irán sigue siendo relativamente pobre debido a la mala gestión, la corrupción, la topografía montañosa, que dificulta las conexiones de transporte, y las sanciones económicas, que han evitado en parte la modernización de determinados sectores industriales.

La cordillera de Elburz también arranca en el norte, si bien a lo largo de la frontera con Armenia. Se extiende por toda la ribera sur del mar Caspio y penetra en la frontera con Turkmenistán antes de comenzar a descender a la altura de Afganistán. Esta es la cordillera que uno puede observar desde la capital, Teherán, sobresaliendo de la ciudad por el norte. Ofrece unas vistas espectaculares, así como un secreto mejor guardado que el programa nuclear iraní: las condiciones para la práctica del esquí son excelentes durante varios meses al año.

Esta geografía protege a Irán, rodeada de montañas por tres de sus lados, y por pantanos y agua por el cuarto. Los

mongoles fueron la última fuerza en atravesar el territorio con cierto éxito en 1219-1221. Desde entonces, los invasores se han estancado en un mar de polvo mientras intentaban avanzar cruzando las montañas. En el marco de la segunda guerra del Golfo en 2003, incluso Estados Unidos, la mayor fuerza militar que el mundo ha conocido, descartó girar a la derecha una vez hubo entrado en Irak desde el sur. Aún conscientes de su superioridad armamentística, sabían que Irán no era un país que les convenía invadir. De hecho, por aquella época el ejército estadounidense llegó a acuñar la siguiente frase: «Nos dedicamos a los desiertos, no a las montañas».

En 1980, tras estallar la guerra entre Irán e Irak, los iraquíes emplearon seis divisiones para cruzar el Shatt al-Arab en un intento por anexionarse la provincia iraní de Juzestán. Ni tan siquiera se acercaron a las planicies infestadas de pantanos, ya no digamos a las laderas de los Zagros. La guerra se perpetuó durante ocho años con un coste de al menos un millón de muertos.

El terreno montañoso de Irán implica que es difícil crear una economía interconectada y que cuenta con muchos grupos minoritarios, cada uno de los cuales posee unas características muy marcadas. Juzestán, por ejemplo, es de mayoría étnica árabe, mientras que en otros lugares encontramos a kurdos, azeríes, turcomanos y georgianos, entre otros. Un 60 por ciento del país habla farsi, el idioma de la mayoría persa dominante. A resultas de esta diversidad, Irán ha tendido tradicionalmente a centralizar el poder y a emplear la fuerza y una red de inteligencia temible para mantener la estabilidad interna. Teherán es consciente de que nadie se dispone a invadir Irán, pero también de que las potencias hostiles pueden movilizar a sus minorías para intentar que cunda la disidencia y poner así en peligro la revolución islámica.

Irán también dispone de una industria nuclear que ha convencido a muchos países, con Israel a la cabeza, de que se está

preparando para construir armas nucleares, lo que genera tensiones en la región. La posibilidad de que Irán obtenga armas nucleares hace que en Israel salten todas las alarmas. No es solo que el arsenal de Irán pueda llegar a rivalizar con el suyo y borrar a Israel del mapa con una sola bomba: si Irán obtuviera la bomba atómica, el pánico se extendería entre el resto de los países árabes, que se apresurarían también a conseguirla. Los saudíes, por ejemplo, temen que los ayatolás deseen dominar la región, reúnan a todos los chiitas árabes bajo su mando e incluso pretendan controlar las ciudades santas de La Meca y Medina. Un Irán con armas nucleares se erigiría en la potencia por excelencia de la región y, para contrarrestar este peligro, los saudíes probablemente intentarían comprarle armas nucleares a Pakistán (a quienes los une un vínculo muy estrecho). Egipto y Turquía podrían entonces imitarlos.

Esto significa que la posibilidad de un ataque aéreo de Israel sobre las instalaciones nucleares de Irán es una amenaza constante. Sin embargo, abundan los factores disuasorios. Uno de ellos es que Israel e Irán están separados por 1.600 kilómetros en línea recta. Las fuerzas aéreas israelíes necesitarían cruzar las fronteras de dos países soberanos: Jordania e Irak. Este último no dudaría en alertar a Irán de la inminencia del ataque. Otro factor es que cualquier ruta alternativa exige medios para repostar que pueden estar fuera del alcance de Israel y también comportaría sobrevolar territorio soberano (si tomaran la ruta norte). Un motivo ulterior radica en que Irán posee lo que vendría a ser un as en la manga: la capacidad de cerrar el estrecho de Ormuz en el Golfo, por el que cada día cruza, dependiendo del volumen de negocio, en torno al 20 por ciento del petróleo que el mundo necesita. Su punto más estrecho, considerado el más estratégico de todo el planeta, es de apenas 34 kilómetros. El mundo industrializado teme las consecuencias de que el estrecho de Ormuz se cierre durante

meses, lo que desencadenaría una escalada de los precios. Esta es la razón por la que tantos países presionan a Israel para que no tome medidas.

En la primera década del siglo XXI, los iraníes temieron verse rodeados por los norteamericanos. Las fuerzas navales estadounidenses se encontraban en el Golfo y Estados Unidos había desplegado tropas en Irak y Afganistán. Con la disminución de la presencia militar en ambos países, los temores iraníes se han desvanecido. Irán ha quedado ahora en una posición de fuerza y con línea directa con sus aliados en un Irak bajo dominio chiita. El sur de Irak constituye además un puente que une a Irán con sus aliados alauitas de Damasco y, desde aquí, con sus aliados chiitas de Hezbolá en el Líbano, en la costa mediterránea.

Entre los siglos VI y IV a.C., el Imperio persa abarcaba desde Egipto a la India. Los iraníes de hoy no albergan semejante ambición imperialista, pero sí buscan expandir su influencia y la dirección obvia es cruzar las llanuras que quedan a su oeste: el mundo árabe y sus minorías chiitas. En Irak han ganado fuerza desde que la invasión estadounidense comportó la llegada al poder de un Gobierno de mayoría chiita. Esto alarmó a una Arabia Saudí bajo dominio sunita, contribuyendo a alimentar la versión de la guerra fría que hoy vive Oriente Medio, con las relaciones entre Arabia Saudí e Irán en su epicentro. Puede que Arabia Saudí sea más grande que Irán, puede que su riqueza sea mucho mayor gracias a sus avanzadas industrias del petróleo y del gas, pero su población es mucho menor (28 millones de saudíes frente a 78 millones de iraníes) y le falta confianza en su habilidad militar para someter a su vecino persa si esta guerra fría llegara en algún momento a caldearse y sus ejércitos pasaran al ataque directo. Ambas partes albergan la ambición de ser la potencia dominante en la región y cada una se considera la campeona de su respectiva visión del islam.

Cuando Irak estaba bajo el yugo de Saddam, una potente zona de contención mantenía separados a Arabia Saudí e Irán. Tras su desaparición, ambos países no se quitan el ojo de encima a uno y otro lado del Golfo. El acuerdo liderado por Estados Unidos sobre las instalaciones nucleares de Irán, que se cerró en el verano de 2015, no ha traído a los Estados del golfo Pérsico el convencimiento de que ya se han librado de la amenaza iraní. Los medios de comunicación occidentales se centraron en la reacción de Israel al acuerdo, pero los medios árabes que cubrían toda la región se oponían completamente, habiendo incluso diarios que lo compararon con el Pacto de Múnich de 1938. Un importante columnista saudí hizo un llamamiento para que su reino comenzara a construir una bomba a fin de estar listos cuando Irán hiciera lo propio.

Así estaba la situación cuando, a principios de 2016, Arabia Saudí (un país de mayoría sunita) conmocionó a la comunidad internacional al ejecutar a cuarenta y siete prisioneros en un solo día, entre ellos el más veterano de sus líderes religiosos chiitas, Nimr al Nimr. Este fue un movimiento muy calculado por parte de la familia real sunita para mostrar al mundo, incluyendo Estados Unidos, que con independencia de un acuerdo nuclear, los saudíes iban a hacer frente a Irán. Las protestas arreciaron a lo largo y ancho de la esfera musulmana chiita, la embajada de Arabia Saudí en Teherán fue saqueada e incendiada, se rompieron las relaciones diplomáticas entre ambos países y se apuntalaron las condiciones para proseguir con la cruda guerra civil entre sunitas y chiitas.

Al oeste de Irán se encuentra un país que es a un tiempo europeo y asiático. Turquía se encuentra en las fronteras de las tierras árabes pero no es arábiga. Y pese a que la mayor parte de su masa terrestre forma parte de la amplia región de Oriente Medio, procura mantener las distancias respecto a los conflictos que ahí se desarrollan.

Los turcos nunca han sido de verdad reconocidos como parte de Europa por sus vecinos del norte y del noroeste. Si Turquía es en efecto europea, entonces las fronteras de Europa se encuentran en el extremo de la vasta llanura de Anatolia y se detienen en Siria, Irán e Irak. Esta es una idea que pocos aceptan. Y si *no* forma parte de Europa, ¿dónde se ubica? Su ciudad principal, Estambul, fue escogida Capital Europea de la Cultura en 2010, Turquía compite en el Festival de Eurovisión y en la Champions, y en la década de 1970 presentó su candidatura de ingreso a lo que hoy es la Unión Europea. Pese a todo esto, menos del 5 por ciento de su territorio se encuentra en territorio europeo. La mayoría de los geógrafos considera que la pequeña zona de Turquía que se despliega al oeste del Bósforo pertenece a Europa, mientras que el resto del país, al sur y al sudeste del Bósforo, pertenece a Oriente Medio (en su sentido más amplio).

Esta es una de las razones por las que Turquía no ha sido nunca aceptada en el seno de la Unión Europea. Otros factores son su violación de los derechos humanos, en especial con respecto a los kurdos, y su economía. Con una población de 75 millones de personas y una acentuada disparidad en el nivel de vida, los países europeos temen que su entrada en la UE provoque una llegada masiva de fuerza de trabajo. Otro posible factor, si bien silenciado en el seno de la institución, es que Turquía es un país de mayoría musulmana (98 por ciento). La Unión Europea no es una organización ni secular ni cristiana, pero se produjo un complejo debate en torno a sus «valores». Por cada argumento a favor del ingreso de Turquía, existe uno en contra, y en la última década han disminuido sus posibilidades de unirse. Esto ha conducido al país a reflexionar sobre qué otras opciones puede tener.

En la década de 1920 hubo por lo menos un hombre que no tuvo elección. Su nombre era Mustafa Kemal y fue el único

general turco que consiguió salir de la Primera Guerra Mundial con su reputación reforzada. Después de que las potencias vencedoras cortaran en pedazos Turquía, se alzó como presidente de una plataforma de resistencia a las condiciones impuestas por los aliados, pero al mismo tiempo con deseos de modernizar Turquía y convertirla en parte de Europa. Se introdujeron los códigos legales occidentales y el calendario gregoriano, y se prohibieron las instituciones públicas islámicas. Se prohibió el uso del fez, el alfabeto latino reemplazó al árabe y él incluso garantizó el voto femenino (dos años antes que España y quince años antes que Francia). En 1934, cuando los turcos pudieron incorporar apellidos amparados por la ley, a Kemal le fue concedido el de «Atatürk»: «Padre de los Turcos». Murió en 1938, pero los líderes subsiguientes continuaron trabajando para acercar a Turquía a la órbita de Europa occidental. Aquellos que se negaron fueron víctimas de golpes de Estado impulsados por unos militares decididos a completar el legado de Atatürk.

En cualquier caso, a finales de la década de 1980, los rechazos sucesivos de Europa y la tozuda negativa por gran parte de la población turca a la hora de rebajar su fervor religioso alumbró una generación de políticos que empezó a pensar en lo impensable: quizá Turquía necesitaba de un plan B. El presidente Turgut Özal, un hombre religioso, llegó al poder en 1989 y puso en marcha el cambio. Animó a los turcos a recuperar la visión de Turquía como ese gran puente de tierra entre Europa, Asia y Oriente Medio, y como un país que podía ser de nuevo una gran potencia en las tres regiones. El presidente actual, Recep Tayyip Erdogan, alberga ambiciones similares, puede que incluso mayores, pero se ha encontrado con obstáculos similares a la hora de alcanzarlas. Estas son en parte geográficas.

A nivel político, los países árabes sospechan que Erdogan desea recrear económicamente el Imperio otomano y se resisten a estrechar lazos. Los iraníes ven a Turquía como su princi-

pal rival en términos militares y económicos, y uno que tienen además en su patio trasero. Las relaciones, tirantes ya de por sí, se han enfriado por situarse en polos opuestos respecto a la guerra civil en Siria. El apoyo entusiasta que Turquía mostró hacia los Hermanos Musulmanes que gobernaron Egipto resultó contraproducente cuando los militares egipcios llevaron a cabo un segundo golpe de Estado que los devolvió al poder. Las relaciones actuales entre El Cairo y Ankara son gélidas.

Peor se encuentran las relaciones entre Ankara y Moscú. Los turcos y los rusos llevan quinientos años enemistados, pero durante el último siglo han aprendido a llevarse bien y limitar las fricciones. La guerra civil en Siria cambió esta situación con Rusia apoyando al presidente Ásad y Turquía esforzándose por ayudar a derrocar el régimen de Ásad y reemplazarlo por un Gobierno musulmán liderado por sunitas. A finales de 2015 se alcanzó un punto crítico después de que Rusia decidiera intervenir militarmente en Siria. Turquía derribó un reactor de caza ruso SU 24 al considerar que había invadido su espacio aéreo. Siguió un cruce de acusaciones y por momentos planeó la sombra de que la situación derivara en un enfrentamiento, aunque finalmente ambos lados acordaron dejarlo en un intercambio de descalificativos y en la solicitud de sanciones económicas. Esta pelea monumental no solo era por Siria o por un caza ruso, sino que detrás estaba la rivalidad entre Turquía y Rusia por ganar influencia en el mar Negro, el mar Caspio y entre las comunidades turcas asentadas en países como Turkmenistán. Ambos saben que el crecimiento imparable de Turquía la conducirá a competir con Rusia en aquellos países acabados en «-stán» y que ninguna de ellas retrocederá en temas de soberanía y «honor».

Las élites turcas han comprendido que ganar puntos islamistas provocando a Israel conduce a que este coopere con Chipre y Grecia para crear una alianza a tres bandas a fin de

explotar los campos petrolíferos junto a sus respectivas costas. La baja consideración que Turquía le merece al Gobierno egipcio ha llevado a El Cairo a mostrar interés en convertirse en un cliente relevante de esta nueva fuente de energía. Mientras tanto, Turquía, que podría haberse beneficiado de la energía israelí, sigue dependiendo en gran medida de su viejo enemigo, Rusia, para cubrir sus necesidades energéticas mientras simultáneamente colabora con Rusia en la construcción de nuevos oleoductos para transportar energía a los países de la UE.

Los norteamericanos, alarmados frente a esta nueva guerra fría entre Turquía e Israel, dos de sus aliados, trabajan para limar asperezas. Estados Unidos quiere que mejoren las relaciones entre ambos para reforzar la posición de la OTAN en el Mediterráneo oriental. Desde la perspectiva de la OTAN, Turquía es un país clave porque controla la entrada y la salida al mar Negro a través de esa pequeña abertura que supone el estrecho del Bósforo. De cerrar este, cuya extensión en su punto más estrecho supera apenas el kilómetro, la flota rusa del mar Negro no dispondría de acceso al Mediterráneo y, desde aquí, al Atlántico. Incluso si uno cruza el Bósforo, solo llega al mar de Mármara. Todavía debe navegar a través del estrecho de los Dardanelos para alcanzar el mar Egeo en ruta hacia el Mediterráneo.

Dada la gran superficie de terreno que abarca, no se suele identificar a Turquía con una potencia naval, pero la rodean tres mares y el control de estas aguas la ha convertido en una fuerza a tener siempre en cuenta; es también un puente comercial y de transporte que une a Europa con Oriente Medio, el Cáucaso y prosigue hacia arriba hasta los países de Asia Central, con los que comparte historia y, en algunas regiones, lazos étnicos.

Turquía está decidida a protagonizar un papel histórico relevante por mucho que el camino sea empinado. La web del Ministerio de Asuntos Exteriores de Turquía así lo enfatiza

en la sección llamada «Sinopsis sobre Política Exterior»: «La geografía afro-euroasiática, en cuyo epicentro se ubica Turquía, es una zona donde las oportunidades y los riesgos interactúan con la máxima intensidad». También se apunta que: «Turquía tiene la determinación de convertirse en un miembro de pleno derecho de la Unión Europea como parte de los esfuerzos que lleva realizando desde hace dos siglos para alcanzar el más alto grado de civilización contemporánea».

Esto parece improbable a corto y medio plazo. Hasta hace pocos años, Turquía era mostrada como ejemplo de país de Oriente Medio, aparte de Israel, capaz de abrazar la democracia. Este ejemplo ha recibido algún varapalo últimamente con la perpetuación del problema kurdo, las dificultades que encaran algunas de las pequeñas comunidades cristianas y el apoyo tácito concedido a grupos islamistas en su lucha contra el Gobierno sirio. Los comentarios del presidente Erdogan sobre los judíos y sobre la igualdad racial y entre los sexos, unidos a la creciente islamización de Turquía, han disparado las alarmas. De todos modos, en comparación con la mayoría de los Estados árabes, Turquía es una democracia mucho más desarrollada y reconocible. Puede que Erdogan esté deshaciendo parte de los logros de Atatürk, pero los nietos del Padre de los Turcos viven con más libertad que todos los habitantes del Oriente Medio árabe.

Al no haber experimentado un proceso de apertura comparable y haber padecido el colonialismo, los Estados árabes no estaban listos para transformar los levantamientos árabes (la oleada de protestas que se iniciaron en 2010) en una auténtica Primavera Árabe. Por el contrario, degeneraron en disturbios crónicos y en guerras civiles.

La Primavera Árabe es un nombre poco acertado que se inventaron los medios de comunicación: nubla nuestro entendimiento sobre lo que está ocurriendo. Demasiados periodistas

corrieron a entrevistar a los jóvenes liberales que tomaban las plazas de las ciudades con carteles escritos en inglés, confundiéndolos con la voz del pueblo y el rumbo de la historia. Algunos periodistas habían incurrido en el mismo error con la «Revolución Verde» al calificar a los jóvenes estudiantes del norte de Teherán como la «Juventud de Irán», ignorando así al resto de los jóvenes iraníes que estaban sumándose a las milicias Basij, de carácter reaccionario, y a la Guardia Revolucionaria.

En 1989, Europa del Este experimentó una forma de totalitarismo: el comunismo. En la mente de la mayoría de las personas solo había una dirección que tomar: la que conducía a la democracia que se desarrollaba al otro lado del Telón de Acero. El este y el oeste compartían una memoria histórica común de períodos de democracia y de sociedad civil. El mundo árabe de 2011 no gozaba de nada de esto y apuntaba en direcciones muy diferentes. Existían, y existen, las direcciones que conducen a la democracia, a la democracia liberal (que difiere de la anterior), al nacionalismo, al culto al líder fuerte y también la dirección que tantos llevan contemplando desde hace mucho tiempo: el islam en sus varios rostros, incluyendo el islamismo.

Es cierto que en Oriente Medio el poder brota de las armas. Algunos buenos ciudadanos de Misurata, Libia, pueden querer formar un partido liberal demócrata, y otros incluso podrían aspirar a defender los derechos de los homosexuales, pero sus objetivos se verán limitados si los poderes locales en la práctica se dedican a disparar contra los demócratas liberales y los homosexuales. Irak representa un ejemplo pertinente: una democracia solo de nombre, lejos de ser liberal, y un lugar en el que los homosexuales son asesinados de forma sistemática.

La segunda fase del levantamiento árabe se encuentra bien avanzada. Esta es una compleja lucha interna que libran las sociedades en que las creencias religiosas, las costumbres

sociales, los vínculos tribales y las armas constituyen actualmente fuerzas mucho más poderosas que los ideales «occidentales» de igualdad, libertad de expresión y sufragio universal. Los países árabes están plagados de prejuicios y odios sobre los que el occidental medio sabe tan poco que tiende a no creérselos, ni siquiera cuando se los encuentra reflejados en la prensa. Somos conscientes de nuestros prejuicios, que son legión, pero con frecuencia parece que miremos hacia otro lado respecto a los de Oriente Medio.

El odio hacia los otros se expresa de forma tan rutinaria en el mundo árabe que, por lo general, no merece más comentarios que aquellos que les dedican las minorías liberales de la región, con frecuencia educadas en Occidente y con un acceso limitado a la plataforma de los medios de comunicación de masas. Las tiras cómicas antisemitas que recuerdan a las del periódico propagandístico nazi *Der Stürmer* son habituales. Semana tras semana, imanes ofensivos participan en programas televisivos de máxima audiencia.

Los defensores occidentales de este tipo de comportamiento se sienten a veces paralizados por el temor de verse incluidos entre aquellos a los que Edward Said llamó «orientalistas». Por ello traicionan sus principios liberales al negarles su universalidad. Otros sostienen de forma ingenua que este tipo de incitaciones a matar no están muy extendidas y que deben entenderse dentro del contexto del lenguaje árabe, propenso a las exageraciones retóricas. Esto revela su falta de comprensión de la «calle árabe» y del papel que juegan los principales medios de comunicación, y su negativa a entender que cuando una persona llena de odio dice algo, lo dice en serio.

Cuando Hosni Mubarak fue destituido como presidente de Egipto, fue sin duda el poder del pueblo el que consiguió derrocarlo, pero lo que el mundo exterior no advirtió es que los militares llevaban años esperando una oportunidad

de librarse de él y de su hijo, Gamal, y que el revuelo en las calles les facilitó la cobertura que necesitaban. Solo se consiguió suficiente cobertura cuando los Hermanos Musulmanes hicieron un llamamiento a sus seguidores a movilizarse públicamente. En ese momento solo existían tres instituciones en Egipto: el Partido Nacionaldemócrata de Mubarak, el Ejército y los Hermanos Musulmanes. Los dos últimos destruyeron al primero, los Hermanos ganaron las elecciones y comenzaron a transformar Egipto en un Estado islámico, lo que les costó verse expulsados por los que de verdad tenían el poder: los militares.

Los islamistas continúan siendo el segundo poder, aunque en la clandestinidad. Cuando las protestas contra Mubarak alcanzaron su punto álgido, varios cientos de miles de personas se concentraban en El Cairo. Tras la caída de Mubarak, cuando Yusuf al-Qaradawi, el predicador islámico radical de los Hermanos Musulmanes, regresó de su exilio en Catar, por lo menos un millón de personas fueron a recibirlo. Sin embargo, fueron contados los medios de comunicación occidentales que calificaron esto de «la voz del pueblo». Los liberales jamás dispusieron de una oportunidad. Ahora tampoco. Esto no se debe a que la gente de la región sea radical: se debe a que, si a alguien que está hambriento y asustado le dan a escoger entre pan y seguridad, por un lado, y el concepto de democracia, por el otro, no tendrá que pensárselo mucho.

En las sociedades empobrecidas y con solo un puñado de instituciones que rinden cuentas, el poder recae en cuadrillas que se camuflan de «milicias» o «partidos políticos». Mientras luchan por hacerse con el poder, en ocasiones jaleados por ingenuos simpatizantes occidentales, son muchos los inocentes que pierden la vida. Parece que este es el camino que, en los años venideros, van a seguir países como Libia, Siria, Yemen, Irak y posiblemente alguno más.

Los norteamericanos están ansiosos por rebajar su peso político y militar en la región tras la reducción de sus importaciones energéticas. En caso de retirarse, China, y en menor medida India, quizá deban implicarse a un nivel proporcional a la pérdida de interés de Estados Unidos. Los chinos ya juegan un papel destacado en Arabia Saudí, Irak e Irán. El escenario futuro de la región es un asunto a nivel global que será dirimido en las cancillerías de las capitales de las grandes potencias. Sobre el terreno, el partido se jugará con la imaginación, los deseos, las esperanzas y las necesidades de las personas, y con sus vidas.

Sykes-Picot se está rompiendo: volver a unirlo, aunque sea de una forma diferente, será un proceso largo y sanguinario.

7
INDIA Y PAKISTÁN

India no es una nación ni un país.
Es un subcontinente de nacionalidades.

Muhammad Ali Jinnah

IRÁN

AFGANISTÁN

Hindú Kush

Karako

Abbottabad

Islamabad

PAKISTÁN

Desierto de Baluchistán

Valle del Indo

Indo

Desierto de Thar

Nueva

Jaipur

Gwadar

Karachi

IN

Ghats Occidentales

Bombay

Dec

Hyderab

Mar Arábigo

Panaji

Bang

Kozhikode

500 km

500 millas

Frontera estatal

Frontera en disputa

OCÉANO

C H I N A

m a l a y a

EPAL

BUTÁN

Brahmaputra

Patna

BANGLADESH

A

Calcuta

entales

BIRMANIA

LAOS

TAILANDIA

Bahía de Bengala

Mar de Andamán

NKA

N D I C O

India y Pakistán están de acuerdo en una cosa: ninguna quiere a la otra cerca. Esto resulta en cierto modo problemático cuando se comparte una frontera de unos tres mil kilómetros de longitud. De forma equitativa, ambas van sobradas de hostilidad y de armas nucleares, por lo que el modo en que gestionan esta relación tan indeseada es una cuestión de vida o muerte para decenas de millones de personas.

India tiene una población cercana a los 1.300 millones de personas, mientras que la de Pakistán es de 182 millones. Empobrecida, volátil y fragmentada, Pakistán parece definirse en oposición a India, mientras que India, pese a su obsesión con Pakistán, se define de muchas maneras, incluida la de ser una potencia emergente con una economía en crecimiento y una clase media en expansión. Desde esta posición de superioridad, observa a Pakistán y se encuentra aventajándola en casi todos los indicadores económicos y democráticos.

Se han enfrentado en cuatro grandes guerras y protagonizado muchas refriegas. Las emociones están a flor de piel. Una frase de un oficial del ejército pakistaní, citada con frecuencia, en la que afirmaba que Pakistán haría que India sangrara provocándole mil cortes, fue valorada por Amarjit Singh, analista militar, en un artículo publicado en *Indian Defence Review* a finales de 2014: «Con independencia de lo que piensen otros, mi opinión es que sería mejor para India enfrentarse a un costoso ataque nuclear de Pakistán, y sacarse el asunto de encima, incluso al precio de varias decenas de millones de muertos, que sufrir

ignominia y dolor día tras día, a través de un millar de cortes y de malgastar energías no dando salida a su potencial». Puede que esto no refleje la postura oficial del Gobierno, pero es indicativo de los sentimientos complejos que circulan por ambas sociedades a muchos niveles. La India y el Pakistán actuales surgieron de las llamas: la próxima vez, las llamas podrían matarlos.

A ambos los une la geografía del subcontinente indio, que crea un marco natural. La bahía de Bengala, el océano Índico y el mar Arábigo se encuentran al sudeste, sur y sudoeste, respectivamente; el Hindú Kush, al noroeste, y la cordillera del Himalaya, al norte. En el sentido de las agujas del reloj, la llanura del desierto de Baluchistán va creciendo de forma progresiva hasta convertirse en las montañas de la frontera noroccidental, que aún se elevan más para dar paso al Hindú Kush. Un giro a la derecha, en dirección este, conecta con la cordillera del Karakórum, que acto seguido conduce a la cordillera del Himalaya. Esta se extiende a lo largo de la frontera con China hasta desembocar en Birmania. Desde aquí, a medida que India se curva en torno a Bangladesh, el terreno va descendiendo hacia el sur hasta alcanzar la bahía de Bengala.

El interior del marco contiene lo que es hoy India, Pakistán, Bangladesh, Nepal y Bután. Las dos últimas son naciones empobrecidas y aprisionadas bajo el dominio de sus gigantescos vecinos, China e India. El problema de Bangladesh no es carecer de acceso al mar, sino que el mar tenga demasiado acceso a Bangladesh: las inundaciones que causan las aguas de la bahía de Bengala azotan sin descanso un territorio muy bajo. Su otro problema geográfico es que está rodeada casi por entero por India, ya que la frontera de 4.100 kilómetros, establecida de mutuo acuerdo en 1974, provocó que India envolviera a Bangladesh, dejándola con una frontera muy reducida con Birmania, a modo de ruta alternativa por tierra con la que conectar con el mundo exterior.

Bangladesh es volátil y acoge a militantes islamistas que preocupan a India. Sin embargo, ninguno de estos tres pequeños países dentro del subcontinente podrá jamás levantarse contra su amo indiscutible y representar una amenaza. Pakistán tampoco se consideraría un peligro si no hubiera desarrollado la tecnología con la que fabricar armas nucleares durante las décadas que siguieron a la partición del país en 1947.

El área que comprende nuestro marco, pese a ser relativamente llana, siempre ha sido demasiado extensa y diversa como para permitir una sólida centralización del poder. Incluso los colonizadores británicos, con su renombrada burocracia y sus líneas férreas conectándolo todo, permitieron que hubiera autonomía a nivel regional y no hay duda de que la utilizaron para enfrentar a unos líderes locales con otros. Las diferencias climáticas explican en parte la diversidad lingüística y cultural —por ejemplo, el norte helado donde se levanta la cordillera del Himalaya en contraste con las junglas del sur—, pero también se debe a los ríos y las religiones del subcontinente.

Son varias las civilizaciones que han crecido a la orilla de ríos como el Ganges, el Brahmaputra y el Indo. Hoy por hoy, los focos de población siguen disponiéndose a lo largo de sus riberas, y las regiones, tan diferentes las unas de las otras —por ejemplo, el Punyab con su mayoría sij, y los hablantes del tamil en Tamil Nadu—, se basan en estas divisiones geográficas.

Diversas potencias han invadido el subcontinente con el paso de los siglos, pero ninguna ha llegado a conquistarla de verdad. Ni siquiera Nueva Delhi controla realmente India y, como ya veremos, Islamabad aún controla menos Pakistán. Los musulmanes fueron los más exitosos a la hora de unir al subcontinente bajo un único liderazgo, pero ni siquiera el islam fue capaz de superar las diferencias lingüísticas, religiosas y culturales.

La primera invasión musulmana se produjo en época tan temprana como el siglo VIII, cuando los árabes del califato omeya avanzaron hasta Punyab, en lo que es hoy Pakistán. Desde este momento y hasta el siglo XVIII, fueron varias las invasiones foráneas que se dedicaron a traer el islam al subcontinente. De todos modos, al este del valle del río Indo, una mayoría de población hindú se resistió a la conversión, esparciendo las semillas de la futura partición de India.

Los británicos llegaron y se fueron y, al marcharse, el centro fue incapaz de resistir y todo se derrumbó. Siendo sinceros, no existía un verdadero centro: la región siempre ha estado dividida por las disparidades ancestrales entre las lenguas del Punyab y del Guyarat, las montañas y los desiertos, el islam y el hinduismo. En 1947, las fuerzas del nacionalismo poscolonial y del separatismo religioso partieron el país en dos, y más tarde en tres bloques principales: India, Pakistán y Bangladesh. Los británicos, exhaustos tras dos guerras mundiales, y conscientes de que los días del Imperio llegaban a su fin, no se cubrieron de gloria con el modo en que decidieron irse.

El 3 de junio de 1947, el anuncio tuvo lugar en la Cámara de los Comunes: los británicos se retiraban e India quedaba partida en los dominios independientes de India y Pakistán. Setenta y tres días después, el 15 de agosto, no quedaba ni rastro de ellos.

A continuación se produjo un espectacular flujo de personas, a medida que millones de musulmanes cruzaban las nuevas fronteras de India y marchaban en dirección oeste hacia Pakistán, y millones de hindúes y sijs seguían el camino contrario. Al desplazarse comunidades enteras, columnas formadas por miles de personas tomaron las carreteras. Trenes rebosantes de refugiados cruzaban el subcontinente, descargando gente en ciudades y volviéndose a llenar con aquellos deseosos de realizar el camino contrario.

Se produjo una carnicería. Estallaron altercados a lo largo y ancho de ambos países con musulmanes, hindúes, sijs y otros encarnizándose entre ellos, impelidos por el pánico y el miedo. El Gobierno británico se lavó las manos y desoyó los ruegos de los nuevos líderes de India y Pakistán para que las escasas tropas que continuaban en el país ayudaran a mantener el orden. Las estimaciones sobre el número de muertos varían, pero al menos un millón de personas falleció y quince millones se vieron desplazadas. Las zonas de mayoría musulmana en el oeste —la región del valle del Indo, al oeste del desierto de Thar y de la cuenca del río Ganges— se convirtieron en Pakistán Occidental, mientras que aquellas al este de Calcuta se convirtieron en Pakistán Oriental.

¿Qué obtuvo Pakistán con todo esto? Mucho menos que India. Heredó la frontera más problemática de India, la frontera noroccidental con Afganistán, y trajo una división estatal en dos regiones no contiguas con poco que las mantuviera unidas, al haber mil seiscientos kilómetros de territorio indio separando Pakistán Occidental de Pakistán Oriental. Alaska y el resto de Estados Unidos han gestionado el problema de la distancia no contigua sin mayores dificultades, pero están unidas cultural, lingüística y económicamente, al tiempo que operan en un ambiente estable. La única conexión entre las dos partes de Pakistán es el islam. Jamás llegaron a unirse, de modo que no fue ninguna sorpresa que acabaran desgarrándose. En 1971, Pakistán Oriental se rebeló contra el dominio de Pakistán Occidental, India intervino y, después de mucho derramamiento de sangre, Pakistán Oriental obtuvo la secesión y se convirtió en Bangladesh.

En todo caso, de regreso a 1947, un cuarto de siglo después del Imperio otomano, Jinnah y otros líderes del naciente Pakistán proclamaron, en medio de mucha algarabía y promesas de un futuro brillante, que habían creado un hogar musulmán unido.

Pakistán es más débil que India a nivel geográfico, económico, demográfico y militar. Su identidad nacional no es tampoco tan fuerte. Pese a su tamaño, diversidad cultural y movimientos secesionistas, India ha construido una sólida democracia secular donde la identidad india es un sentimiento unificador. Pakistán es un Estado islámico con un pasado dictatorial y poblaciones que, con frecuencia, muestran mayor lealtad hacia su región cultural que hacia el Estado.

La democracia secular ha resultado beneficiosa para India, pero la partición de 1947 supuso un empujón decisivo. Dentro de las fronteras de la nueva India se encontraba la mayor parte de la industria del subcontinente y de la recaudación impositiva, así como las principales ciudades. Por ejemplo, Calcuta, con su puerto y su sector bancario, fue a parar a India, privando a Pakistán Oriental de su principal fuente de ingresos y de su conexión con el mundo exterior.

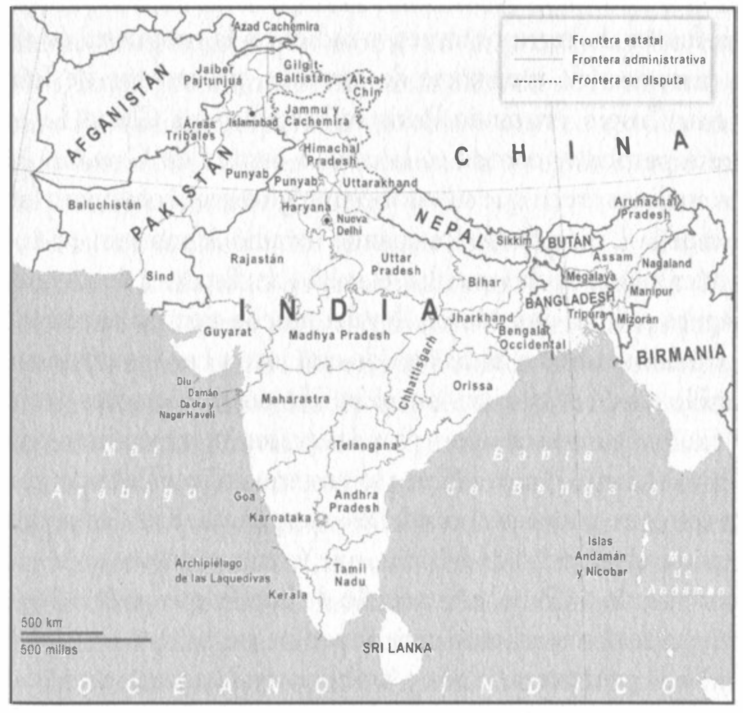
Pakistán recibió solo el 17 por ciento de las reservas financieras que había gestionado formando parte del Gobierno previo a la partición. Se la dejó con un sostén agrícola, sin dinero que destinar a desarrollo, con una frontera occidental inestable y un Estado dividido internamente de muchas maneras.

El nombre de Pakistán nos ofrece algunas pistas en torno a estas divisiones: en urdu, *pak* significa «puro» y *stan* significa «tierra», de modo que nos hallamos en la tierra de los puros. Sin embargo, también es un acrónimo. La P de Punyab, la A de Afgania (la zona pastún junto a la frontera afgana), la K de [K] Cachemira, la S de Sind y la T de «-tán», como en Baluchistán.

A partir de estas cinco regiones distintivas, cada una con su propia lengua, se formó un Estado, más no una nación. Pakistán se esfuerza por generar una sensación de unidad, pero continúa siendo excepcional que un punyabí contraiga matrimonio con una baluchí, o que un sindí lo haga con un pastún. Los punyabíes comprenden un 60 por ciento de la población;

los sindíes, un 14 por ciento; los pastunes, un 13,5 por ciento, y los baluchíes, un 4,5 por ciento. Las tensiones religiosas nunca descansan y no solo se manifiestan a través de las hostilidades hacia las minorías cristiana e hindú, sino también entre la mayoría suní y la minoría de chiitas musulmanes. En Pakistán conviven diversas naciones en un único Estado.

El idioma oficial es el urdu, que es la lengua materna de los musulmanes de India que se marcharon en 1947, el grueso de los cuales se instaló en el Punyab. Esto no consigue precisamente que el urdu se granjee el cariño del resto del país. La región de Sind lleva tiempo sintiéndose molesta al considerar que existe una dominación punyabí y muchos sindíes piensan



Regiones que componen India y Pakistán, muchas de las cuales tienen sus propias identidades y lenguas distintas.

que son tratados como ciudadanos de segunda clase. Los pastunes de la frontera noroccidental jamás han aceptado injerencias del exterior: existen partes de la región fronteriza a las que denominan Áreas Tribales de Administración Federal y que nunca han sido administradas desde Islamabad. Cachemira permanece dividida entre Pakistán e India y, aunque son mayoría los cachemires que desean la independencia, si hay algo que pone de acuerdo a ambos países, es que no pueden obtenerla. Baluchistán también cuenta con un movimiento independentista que, cada cierto tiempo, se levanta contra el Estado.

Baluchistán reviste una importancia crucial. Si bien apenas contiene una pequeña minoría de la población de Pakistán, sin él este último no existiría. Abarca casi el 45 por ciento del país y alberga buena parte de sus reservas de gas natural y de minerales. Otra fuente de ingresos atractiva radica en la propuesta de abrir vías terrestres de transporte de petróleo, procedente de Irán y del mar Caspio, cruzando Pakistán hasta llegar a China. La joya de esta particular corona es la ciudad costera de Gwadar. Muchos analistas creen que su valor estratégico era el objetivo a largo plazo de la Unión Soviética cuando invadió Afganistán en 1979: Gwadar habría hecho realidad el sueño de disponer de un puerto de aguas cálidas, que Moscú llevaba mucho tiempo acariciando. A los chinos también les ha atraído esta joya y han invertido miles de millones de dólares en la región. Un puerto de aguas profundas fue inaugurado en 2007 y los dos países intentan ahora unirlo a China. A largo plazo, a China le gustaría utilizar Pakistán como ruta terrestre para sus necesidades energéticas. Esto les permitiría evitar el estrecho de Malaca, que, como ya vimos en el capítulo dedicado a China, es un cuello de botella que podría llegar a estrangular el crecimiento económico de ese país.

En la primavera de 2015, ambos países llegaron a un acuerdo de 46.000 millones de dólares para construir una superautopista de carreteras, vías férreas y oleoductos, que se extenderá a

lo largo de 2.900 kilómetros, desde Gwadar a la región china de Sinkiang. El Corredor Económico China-Pakistán, pues tal es su nombre, concederá a China acceso directo al océano Índico y más allá. A finales de 2015 China también firmó un contrato de arrendamiento por cuarenta años sobre más de 930 hectáreas de tierra en la zona portuaria con el objetivo de construir una gigantesca «zona económica especial» y un aeropuerto internacional, todo ello como parte del Corredor Económico China-Pakistán. Dado que ambas partes son conscientes de que Baluchistán es probable que permanezca volátil, se hallan armando una fuerza de seguridad de 25.000 hombres para proteger la zona.

Una inversión china tan majestuosa para construir una ruta terrestre hará las delicias de Pakistán. Este es uno de los motivos por los cuales siempre buscará aplastar cualquier movimiento secesionista que asome en la provincia. De todos modos, hasta que un porcentaje más elevado de la riqueza que genere Baluchistán repercuta en casa y sea reinvertida en su propio desarrollo, el área está destinada a seguir siendo inestable y ocasionalmente violenta.

El islam, el críquet, los servicios de inteligencia, el ejército y el temor a India es lo que mantiene unido a Pakistán. Nada de esto será suficiente para evitar que se desgaje si las fuerzas separatistas ganan poder. En efecto, Pakistán lleva en estado de guerra civil más de una década, después de enfrascarse en periódicas e insensatas guerras con su gigantesco vecino, India.

La primera guerra tuvo lugar en 1947, al poco tiempo de la partición, y prendió por Cachemira, que en 1948 acabó separada por medio de la Línea de Control (también conocida como el Muro de Berlín Asiático). En cualquier caso, tanto India como Pakistán continúan reclamando su soberanía.

Casi veinte años después, Pakistán cometió un error de cálculo infravalorando la capacidad militar india por su pobre papel en la guerra que la enfrentó a China en 1962. Las tensiones

entre ambos países han escalado como resultado de la invasión china del Tíbet, que a su vez condujo a India a conceder refugio al Dalái Lama. Durante este breve contencioso, el ejército chino demostró su superioridad y avanzó hasta casi alcanzar el estado de Assam, a las puertas del corazón de India. El ejército pakistaní contempló con regocijo la evolución del conflicto, sobrestimó su potencial, declaró la guerra a India en 1965 y perdió.

En 1984, India y Pakistán protagonizaron escaramuzas en el glaciar de Siachen, a 6.700 metros de altura, en la que se considera la batalla librada a mayor altitud de toda la historia. Nuevos enfrentamientos estallaron en 1985, 1987 y 1995. Pakistán siguió entrenando a milicianos para que se infiltraran a través de la Línea de Control y Cachemira fue objeto de la enésima disputa en 1999. Llegado ese momento, ambos países disponían de armas nucleares y, a lo largo de varias semanas, la amenaza silenciosa de que la situación escalara hacia una guerra nuclear sobrevoló el conflicto. Finalmente intervino la diplomacia estadounidense y los dos bandos se apaciguaron. En 2011 volvieron a estar cerca de ir a la guerra. A lo largo de la frontera continúan produciéndose ataques de artillería de forma esporádica.

India y Pakistán están enfrentados militarmente. Ambos lados aseguran que su postura es defensiva, pero ninguno cree al otro, de modo que siguen desplegando una ingente cantidad de soldados en la frontera, atrapados en lo que podría desembocar en una danza de la muerte.

La relación entre India y Pakistán jamás será amistosa, pero si no fuera porque comparten la espina clavada de Cachemira, podría llegar a ser cordial. Así las cosas, a India le place ver a Pakistán dividida internamente y trabajará para que la situación permanezca de este modo, mientras que Pakistán procurará debilitar a India, llegando hasta el extremo de contar con elementos dentro del Estado a favor de perpetrar ataques terroristas, como la masacre que sufrió Bombay en 2008.

El conflicto de Cachemira es en parte una cuestión de orgullo nacional, pero también una cuestión estratégica. Su control absoluto otorgaría a India una ventana a Asia Central y una frontera con Afganistán. Al mismo tiempo, privaría a Pakistán de una frontera con China y, en consecuencia, rebajaría la utilidad de las relaciones entre China y Pakistán. Al Gobierno pakistaní le gusta proclamar con fanfarria que su amistad con China es «más alta que las montañas y más profunda que los océanos». Aunque no es verdad, resulta útil a la hora de poner nerviosos a los norteamericanos si se plantean recortar las enormes ayudas financieras que fluyen de Washington a Pakistán.

En el caso de disponer del control total sobre Cachemira, Islamabad vería reforzado el peso de su política exterior y restaría oportunidades a India. También le ayudaría a asegurar su acceso al agua. El río Indo nace en el Tíbet, pero atraviesa la zona de Cachemira controlada por India antes de penetrar en Pakistán y recorrer todo el país hasta desembocar en el mar Arábigo, en Karachi.

El Indo y sus afluentes surten de agua a las dos terceras partes del país: sin ella, la industria algodonera y otros puntales de la débil economía pakistaní se derrumbarían. Por medio de un tratado que se ha respetado en cada una de las guerras, India y Pakistán acordaron repartirse las aguas. Sin embargo, la población de ambos países está creciendo a un ritmo alarmante, al tiempo que el calentamiento global podría reducir los caudales. Anexionarse el conjunto de Cachemira le garantizaría a Pakistán sus reservas de agua. Dado lo que está en juego, ninguna de las partes va a ceder y hasta que no resuelvan el contencioso de Cachemira no darán con la palanca que desencalle las hostilidades. Cachemira parece destinada a continuar siendo un lugar en el que se libre de forma intermitente una guerra subsidiaria entre soldados entrenados por Pakistán y el ejército indio, un conflicto sobre el que pende la

amenaza de dar paso a una guerra a gran escala, con el riesgo derivado del empleo de armas nucleares. Ambos países continuarán librando otra guerra subsidiaria en Afganistán, sobre todo ahora que las fuerzas de la OTAN se han retirado.

Pakistán carece de «profundidad estratégica» interna, de un lugar al que replegarse si se viera invadida por el este, desde India. La frontera indo-pakistaní incluye pantanos al sur, y el desierto de Thar y las montañas al norte. Todos ellos terrenos extremadamente complejos de cruzar para un ejército. Pero puede hacerse, y ambos bandos cuentan con planes de combate llegado el caso. El del ejército indio consiste en bloquear el puerto de Karachi y sus depósitos de combustible por tierra y mar, si bien existe una ruta de invasión más sencilla entre el sur y el norte: por el centro, en el más hospitalario Punyab, donde se encuentra la capital de Pakistán, Islamabad.

La distancia entre la frontera india e Islamabad es de unos cuatrocientos kilómetros, en su mayor parte de terreno llano. De producirse un ataque masivo, abrumador y convencional, las tropas de India podrían plantarse en la capital en unos pocos días. Que no alberguen intención alguna de llevarlo a cabo es irrelevante: desde el punto de vista de Pakistán, podrían hacerlo y que la geografía lo permita es razón suficiente para que necesite un plan A y un plan B a fin de hacer frente al riesgo.

El plan A radica en frenar un avance indio en el Punyab y quizá contraatacar a través de la frontera, cortando la autopista india 1A, una ruta de suministros crucial para el ejército de India. Este se compone de más de un millón de hombres, doblando el tamaño del de Pakistán, pero si no puede recibir suministros, no puede combatir. El plan B es replegarse a través de la frontera afgana en caso de necesidad, lo que de paso requiere un Gobierno aquiescente en Kabul. Por consiguiente, el destino ha querido que tanto India como Pakistán se involucren en Afganistán.

Con la intención de boicotearse mutuamente, uno y otro buscan congraciarse con el Gobierno de Afganistán o, expresado de otra manera, cada lado desea que Kabul sea enemigo de su enemigo.

Cuando los soviéticos invadieron Afganistán en 1979, India dio apoyo diplomático a Moscú, mientras que Pakistán se apresuró a ayudar a los norteamericanos, y Arabia Saudí, a armar, entrenar y financiar a los muyahidines para que combatieran al Ejército Rojo. Una vez los soviéticos fueron derrotados, el servicio de inteligencia de Pakistán, el ISI, ayudó a crear, y luego respaldó, a los talibanes afganos, que acabarían adueñándose del país.

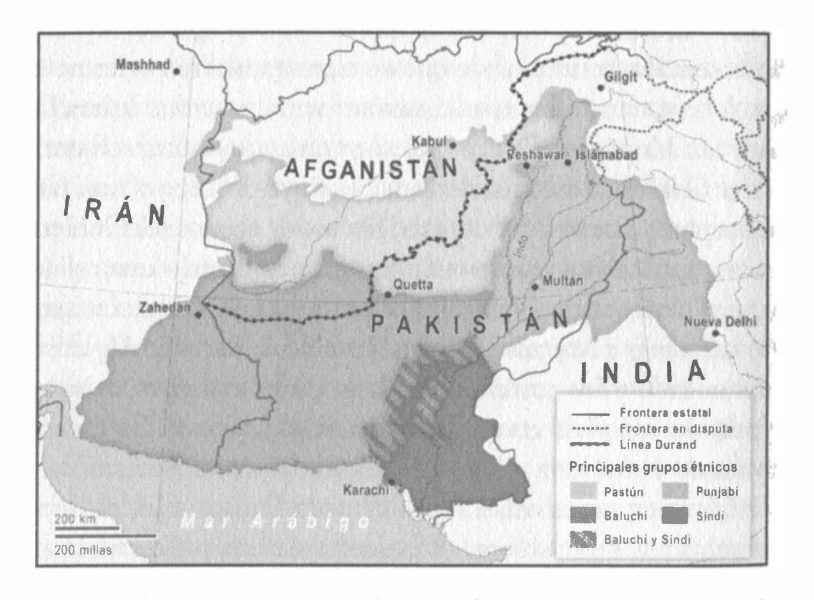
Pakistán tenía una afinidad natural con los talibanes afganos. La mayoría es pastún, la misma etnia del grueso de los paquistaníes de la frontera noroccidental (provincia que ahora recibe el nombre de Jaiber Pajtunjuá). Nunca se han sentido dos comunidades diferentes y consideran que la frontera que los separa es una invención occidental, lo que de alguna manera es cierto.

A la frontera afgano-pakistaní se la conoce como Línea Durand. Sir Mortimer Durand, el secretario de Asuntos Exteriores del Gobierno colonial de India, la trazó en 1893 y más tarde fue aceptada por el líder afgano. De todos modos, el Gobierno afgano anuló el «acuerdo» en 1949 al considerarlo una reliquia artificial de la época colonial. Desde entonces, Pakistán ha intentado persuadir a Afganistán de que cambie de parecer. Afganistán se ha negado y los pastunes a cada lado de las montañas siguen empeñados en vivir como llevan haciéndolo desde hace siglos, ignorando la frontera y manteniendo sus vínculos ancestrales.

Clave en esta área, a veces llamada Pastunistán, es la ciudad pakistaní de Peshawar, una suerte de complejo militar-industrial de perfil urbano y talibán. Fusiles Kaláshnikov de imitación, tecnología para la fabricación de bombas y cazas de combate salen de ella, al tiempo que entra ayuda procedente de secciones del interior del Estado.

También funciona como escala para agentes del ISI que van de camino a Afganistán con fondos e instrucciones destinados a los grupos talibanes al otro lado de la frontera. Pakistán lleva décadas involucrándose militarmente en Afganistán, pero ha cometido excesos, de modo que el tigre que solía cabalgar ha acabado por morderle.

En 2001 los talibanes de creación pakistaní llevaban años dando cobijo a los combatientes extranjeros de Al Qaeda. Entonces, el 11-S Al Qaeda golpeó a Estados Unidos en su propio suelo en una operación diseñada en Afganistán. Las fuerzas militares estadounidenses respondieron expulsando a los talibanes y a Al Qaeda de la ciudad. Las fuerzas antitalibán de la Alianza del Norte afgana bajaron para tomar posesión del país y, a continuación, llegó un contingente de estabilización de la OTAN.



Los principales grupos étnicos de la zona afgano-paquistaní no encajaban en la frontera que les fue impuesta en 1983 por la Línea Durand. Muchos de estos grupos se identifican más con sus tribus, que rebasan las fronteras estatales, que con el país donde están asentados.

Al día siguiente del 11-S, los norteamericanos empezaron, al otro lado de la frontera, a ejercer una contundente presión diplomática sobre los pakistaníes, conminándolos a participar en la «Guerra contra el terror» y a poner fin a su apoyo al terrorismo. El por entonces secretario de Estado, Colin Powell, telefoneó al presidente Musharraf y pidió que abandonara una reunión para responder a su llamada, en el transcurso de la cual le dijo: «¿Estás con nosotros o contra nosotros?».

Los estadounidenses jamás lo han confirmado, pero Musharraf ha escrito que aquella llamada fue seguida por otra realizada por el subsecretario de Powell, Richard Armitage, al director del ISI en la que le dijo que, si tomaban partido por el terrorismo, debían prepararse para que los bombardearan y regresar a la Edad de Piedra. Pakistán cooperó y ahí se acabó todo. Excepto que no cooperaron por completo y ahí no se acabó todo.

Islamabad fue obligado a actuar y cumplió, pero no todos los integrantes del sistema pakistaní estaban por la labor. El Gobierno ilegalizó a varias formaciones políticas e intentó atar en corto a diversos grupos religiosos que consideraba extremistas. En 2004 ya estaba combatiendo con las armas contra varios grupos en la frontera noroccidental y, en privado, accedió a los ataques con drones norteamericanos en su territorio, mientras en público los condenaba.

No fueron decisiones fáciles. El ejército pakistaní y el ISI debían perseguir a los mismos talibanes a los que habían entrenado y con los que habían establecido lazos de amistad en la década de 1990. Los grupos talibanes reaccionaron con virulencia, haciéndose con el control absoluto de diversas regiones en las zonas tribales. Musharraf fue víctima de tres intentos de asesinato, su sucesora, Benazir Bhutto, fue asesinada, y en medio de un caos de atentados con bomba durante campañas políticas y ofensivas militares, 50.000 civiles pakistaníes perdieron la vida.

La operación lanzada por Estados Unidos y la OTAN en Afganistán, así como las medidas adoptadas por Pakistán al otro lado de la frontera, contribuyeron a diseminar a los combatientes extranjeros de Al Qaeda (árabes, chechenos y otros) por los confines de la Tierra, para ver luego cómo su liderazgo era perseguido y eliminado. Los talibanes, en cambio, no tenían adónde ir —eran afganos y pakistaníes—, por lo que espetaron a sus invasores provenientes de Estados Unidos y Europa: «Puede que dispongáis de los relojes, pero nosotros disponemos del tiempo». Aguardarían la llegada de los extranjeros sin importarles con qué los atacarían, y en esta labor recibirían la ayuda de elementos en Pakistán.

Al cabo de pocos años, el panorama quedó claro: los talibanes no habían sido vencidos, se habían esfumado allá donde se habían originado, entre la población pastún, y ahora se dedicaban a reaparecer en el momento y el lugar de su elección.

Los norteamericanos apostaron por una estrategia de «martillo y yunque». Martillarían a los talibanes afganos, mientras Pakistán colocaba un yunque por medio de sus operaciones al otro lado de la frontera. El yunque en las áreas tribales acabó revelándose una esponja capaz de absorber cualquier cosa que se le arrojara, incluyendo a los talibanes afganos que se retiraban ante el martillo estadounidense.

En 2006, los británicos se decidieron a estabilizar la provincia de Helmand, al sur, donde la jurisdicción del Gobierno afgano no llegaba mucho más allá de la capital, Lashkar Gah. Este era el corazón del territorio de los pastunes afganos. Los británicos entraron en él con buenas intenciones. Conocían su historia, pero parecieron ignorarla por motivos que siguen siendo un misterio. Al secretario de Defensa británico en aquel momento, John Reid, se le censuró ese verano por haber pronunciado unas palabras que en realidad nunca dijo: «Espero que no se produzca un solo disparo fruto de la rabia». Lo

que de verdad dijo fue: «Nos hallamos en el sur con la idea de ayudar y proteger al pueblo afgano para que pueda reconstruir su economía y su democracia. Nos haría inmensamente felices retirarnos en tres años sin haber disparado un solo tiro».

Esta fue probablemente una aspiración loable, pero ¿fue factible en algún momento? Aquel verano, después de que el secretario de Defensa ofreciera una sesión informativa en el Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres, mantuve el siguiente intercambio de palabras con él:

> —No se preocupe, Tim. No vamos detrás de los talibanes, estamos ahí para proteger a las personas.
> —No se preocupe, secretario, los talibanes van a ir detrás de usted.

Fue una charla amistosa, que discurrió antes de que más de 450 soldados británicos fueran asesinados, pero hoy por hoy sigo sin saber si el Gobierno británico estaba dorándole la píldora a la opinión pública antes de desplegar las tropas, mientras en privado sostenía que acudir ahí iba a resultar duro, o si se estaba mostrando incomprensiblemente ingenuo acerca de lo que se avecinaba.

De manera que los talibanes sangraron a los británicos, sangraron a los norteamericanos, sangraron a la OTAN, aguantaron a la OTAN y, quince años más tarde, la OTAN se marchó.

Durante todo este tiempo, miembros de las más altas esferas de Pakistán jugaban a dos bandas. Puede que Estados Unidos tuviera una estrategia, pero Pakistán era consciente de lo mismo que Afganistán: llegaría el día en que los estadounidenses abandonarían el lugar y, cuando lo hicieran, la política exterior de Pakistán seguiría necesitando un Gobierno afgano que mirara con simpatía a su país. Había facciones dentro del ejército y del Gobierno pakistaníes que habían se-

guido ofreciendo su apoyo a los talibanes, con la vista puesta en que, tras la retirada de la OTAN, por lo menos la parte sur de Afganistán revertiría a manos de los talibanes, garantizando así que Kabul necesitaría abrir conversaciones con Islamabad.

La perfidia de Pakistán quedó al descubierto cuando, con el tiempo, los norteamericanos localizaron al líder de Al Qaeda, Osama bin Laden, oculto, con pleno conocimiento del Gobierno, en Abbottabad, una ciudad convertida en guarnición militar. A esas alturas, la desconfianza de los norteamericanos hacia sus «aliados» había llegado a tal extremo que no comunicaron a Islamabad su intención de enviar un comando de las fuerzas especiales con el objetivo de matar a Bin Laden. Esta afrenta a la soberanía pakistaní indignó al ejército y al Gobierno, así como el argumento para justificarla: «Si no sabíais que se encontraba ahí, fuisteis incompetentes. Si lo sabíais, fuisteis cómplices».

El Gobierno de Pakistán siempre negó haber incurrido en un doble juego que desembocó en un gran número de bajas afganas y pakistaníes, así como en las de un número relativamente pequeño de estadounidenses. Tras la operación de Abbottabad, Islamabad continuó desmintiéndolo, pero cada vez eran menos los dispuestos a creerle. Si figuras destacadas de Pakistán estaban dispuestas a auxiliar al hombre más buscado por los norteamericanos, aunque por aquel entonces ya no les era prácticamente de ninguna utilidad, resultaba evidente que ofrecían ayuda a aquellos grupos que contribuían a promover sus intereses en Afganistán. El problema era que estos grupos disponían ahora de homólogos en Pakistán interesados en promover sus intereses ahí. Pakistán probaba su propia medicina.

Los talibanes pakistaníes surgieron de forma natural de su versión afgana. Ambos son mayoritariamente pastunes y ninguno aceptará órdenes de una potencia que no sea pastún, ya hablemos del ejército británico en el siglo XIX o del ejército pakistaní bajo el liderazgo punyabí en el siglo XXI.

Islamabad siempre lo entendió y aceptó. El Gobierno pakistaní fingió tener el control sobre todo el país, al tiempo que los pastunes de la frontera noroccidental fingieron ser leales al Estado de Pakistán. Este acuerdo funcionó hasta el 11-S.

Los años posteriores a los atentados han sido demoledores para Pakistán. El número de muertos entre su población civil es gigantesco y las inversiones extranjeras han menguado, lo que ha endurecido las condiciones de vida. El ejército, obligado a combatir a un aliado *de facto*, ha perdido 5.000 hombres y la guerra civil ha puesto en peligro la ya frágil unidad del Estado.

La situación degeneró tanto que el Gobierno y el ejército de Pakistán finalmente tuvieron que suministrar al ejército estadounidense información reservada y coordenadas, autorizándolos a llevar a cabo ataques con drones contra talibanes pakistaníes en la frontera noroccidental. Al mismo tiempo, cuando los ataques salieron a la luz, Islamabad tuvo que fingir que los condenaba y calificarlos de violación de la soberanía pakistaní, debido a los centenares de bajas civiles causadas por los errores de los estadounidenses.

La mayoría de los drones despegaron de una base en Afganistán, si bien se sospecha que muchos de ellos fueron lanzados desde una base secreta situada en el interior de Pakistán. Salieran de donde salieran, fueron muchísimos. Bajo la presidencia de Obama, el número de ataques con drones contra Afganistán y Pakistán se incrementó enormemente respecto a la etapa de George Bush en el poder.

En la primavera de 2015, las cosas se habían puesto todavía más cuesta arriba. La OTAN había abandonado Afganistán y los norteamericanos habían anunciado el final de las misiones de combate, dejando sobre el terreno a un número muy limitado de efectivos. La explicación oficial es que esto responde a la voluntad de lanzar operaciones de las fuerzas especiales y misiones de entrenamiento. La extraoficial es intentar evi-

tar que Kabul caiga en manos de los talibanes. Sin la OTAN hostigando a los talibanes en el lado afgano de la frontera, la labor de Pakistán de reducir a los talibanes pakistaníes aún se ha vuelto más difícil. Washington continúa presionando a Islamabad, lo que deja abierta la puerta a diversos escenarios:

- Las fuerzas militares pakistaníes se vuelcan por completo en la frontera noroccidental y vencen a los talibanes.
- La campaña talibana sigue acelerando la fractura de Pakistán hasta convertirlo en un Estado fallido.
- Los estadounidenses pierden interés, la presión sobre Islamabad se suaviza y el Gobierno llega a un acuerdo con los talibanes. La situación vuelve a la normalidad. A la frontera noroccidental se la deja en paz, si bien Pakistán prosigue con sus aspiraciones respecto a Afganistán.

De todos estos escenarios, el menos probable es el primero. Ninguna fuerza extranjera ha sido capaz de derrotar a las tribus de la frontera noroccidental y un ejército pakistaní que reuniera a punyabíes, sindíes, baluchíes y cachemires (y algunos pastunes) sería considerado una fuerza extranjera en cuanto pusiera un pie en las áreas tribales. El segundo escenario es posible, pero después de años de llamadas a abrir los ojos, la masacre de 132 escolares en Peshawar, perpetrada por los talibanes en 2014, parece haber conmocionado a buena parte del *establishment* de Pakistán y conseguido que se den cuenta de que el movimiento que ayudaron a crear podría ahora destruirlos.

Todo esto provoca que el tercer escenario sea el más probable. Mientras sus talibanes se comprometan en silencio a no volver a cobijar a un grupo yihadista internacional, los norteamericanos tienen un interés limitado por Afganistán. Los pakistaníes mantendrán suficientes vínculos con los talibanes afganos para asegurarse de que los Gobiernos de Kabul

escucharán a Islamabad y no se acercarán a India. Y una vez la presión se desvanezca, pueden llegar a un acuerdo con los talibanes pakistaníes.

Nada de esto habría sido necesario si los talibanes afganos, creados en parte por el ISI pakistaní, no hubieran sido tan estúpidos como para acoger a los árabes que formaban parte de la Al Qaeda de Bin Laden y, tras el 11-S, no hubieran adoptado la hospitalidad propia de la cultura pastún al negarse a entregárselos a los norteamericanos cuando estos fueron a reclamarlos. Así las cosas, después de una década y media de enfrentamientos, la situación continúa siendo tan crítica que el Gobierno estadounidense ha tenido que cambiar de política y mantener en Afganistán a miles de soldados más de los que había previsto.

Por su parte, India puede repartir sus esfuerzos. De hecho, debe hacerlo, ya que tiene mucho más en que pensar además de en Pakistán, aunque esta sea la absoluta prioridad de Nueva Delhi en política exterior. Contar con un Estado vecino dotado de armas nucleares la lleva a concentrarse en él, pero India también tiene que volcarse en gestionar a 1.300 millones de personas, al tiempo que en el desarrollo de sus posibilidades de erigirse en una potencia mundial.

Su relación con China presidiría su política exterior si no fuera por una cosa: los Himalayas. Sin la cordillera más alta del planeta separándolos, lo que es una relación tibia probablemente estaría congelada. Una ojeada al mapa muestra dos países colindantes, pero una mirada más atenta revela que están divididos por lo que el *World Factbook* de la CIA registra como 2.659 kilómetros de frontera.

Hay asuntos que provocan fricciones, sobre todo el Tíbet, la región más alta de la Tierra. Como ya hemos visto, China quería el Tíbet para evitar que cayera en manos de India y, casi igual de preocupante a ojos de Pekín, para evitar que un Tíbet independiente autorizara a India a desplegar bases

militares en su suelo, concediéndole así el control de tan impresionantes alturas.

La respuesta de India a la anexión china del Tíbet fue ofrecer asilo al Dalái Lama y al movimiento independentista tibetano en Dharamsala, dentro del estado de Himachal Pradesh. Esto es una póliza de seguros a largo plazo que desembolsa India, aun sin esperanzas de que jamás llegue a cobrarse. Tal y como están las cosas, la independencia del Tíbet parece imposible, pero si llegara a ocurrir lo imposible, aunque fuera al cabo de varias décadas, India estaría en situación de recordarle al Gobierno tibetano quiénes fueron sus amigos durante sus años de exilio.

Los chinos saben que semejante escenario es extremadamente improbable, pero siguen molestos con la cuestión de Dharamsala. Su respuesta queda patente en Nepal, donde Pekín se asegura de ejercer influencia a través del movimiento maoísta.

India no desea ver un Nepal bajo dominio maoísta, en última instancia controlado por China, pero es consciente de que el dinero y el comercio chinos están comprando influencia allí. Puede que a la China actual le importe bien poco el maoísmo, pero el Tíbet sí que le importa lo suficiente como para demostrarle a India que ella también es capaz de asumir los pagos de una póliza de seguros a largo plazo. Cualquier «interferencia» en el Tíbet puede conllevar una «interferencia» en Nepal. Cuanto más tenga India que concentrarse en sus pequeños Estados vecinos, menos podrá hacerlo en China.

Otro contencioso entre ambos es Arunachal Pradesh, un estado al noreste de India que China reclama al considerarlo «el Tíbet del Sur». Cuanto más crece la confianza de China, más territorio de aquel asegura que le pertenece. Hasta hace poco, solo reivindicaba el distrito de Tawang, en el extremo occidental del estado. Sin embargo, a principios del siglo XXI, Pekín decidió que todo Arunachal Pradesh era chino, lo que

cogió por sorpresa a una India que llevaba ejerciendo la soberanía sobre el lugar desde 1955. Los motivos de China son en parte geográficos y en parte psicológicos. Arunachal Pradesh tiene fronteras con China, Bután y Birmania, lo que la convierte en estratégicamente provechosa, pero la primera también la utiliza para lanzar al Tíbet el mensaje de que la independencia no tiene la más mínima posibilidad.

De forma periódica, India también ha hecho llegar este recordatorio a varias de sus regiones. Son numerosos los movimientos separatistas, unos más activos que otros, algunos latentes, pero ninguno de ellos da muestras de poder alcanzar sus objetivos. Por ejemplo, el movimiento sij, destinado a crear un Estado para los sijs a partir de zonas del Punyab, tanto de India como de Pakistán, se ha apagado por el momento, aunque no cabe descartar que resurja de nuevo. El estado de Assam acoge varios movimientos que pelean entre ellos, incluyendo el que emplea el idioma bodo, el cual reclama un Estado para sí, y el Frente Unido de Liberación de Assam, que exige la creación de un país independiente dentro de Assam para los musulmanes.

Incluso existe un movimiento para obtener un Estado independiente cristiano en Nagaland, donde el 75 por ciento de la población es baptista. De todos modos, las posibilidades de que el Consejo Nacional de Nagaland consiga su propósito son tan remotas como la tierra que aspira a controlar, algo que parece extensible a todos los movimientos separatistas.

A pesar de estos y otros grupos que buscan la independencia, de una población sij de 21 millones de personas y de una minoría musulmana que suma 170 millones, India conserva un marcado sentido de la identidad y de la unidad entre la diversidad. Esto le será de ayuda a medida que tome posiciones en el escenario global.

El mundo ha quedado tan impresionado con la vertiginosa ascensión de China al poder que su vecino se ha visto con

frecuencia subestimado, pero India sigue en posición de rivalizar con China como locomotora económica a lo largo de este siglo. Es el séptimo país más grande del planeta y el segundo más poblado. Tiene fronteras con seis países (siete si contamos a Afganistán). Dispone de 15.000 kilómetros de aguas navegables en su interior, de reservas de agua fiables y de grandes extensiones de terreno cultivable; es un importante productor de carbón y cuenta con cantidades útiles de petróleo y gas, si bien siempre tendrá que ser un importador de los tres, y sus subvenciones al combustible y a la calefacción resultan una carga muy onerosa para sus finanzas.

Pese a sus riquezas naturales, India no ha alcanzado los niveles de crecimiento de China y, dado que China ha lanzado sus tentáculos sobre el mundo, ambos países pueden colisionar, aunque no a lo largo de sus fronteras terrestres sino en el mar.

Durante miles de años, las regiones que ocupan las actuales China e India podían ignorarse mutuamente gracias a una cuestión geográfica. Expandirse en el territorio del otro atravesando la cordillera del Himalaya resultaba imposible y, además, los dos contaban con terreno cultivable de sobra.

En estos momentos, sin embargo, el auge de la tecnología ha comportado que ambos necesiten enormes cantidades de energía. La geografía no les ha concedido tales dones, por lo que les resulta imperativo expandir sus horizontes y aventurarse en los océanos, y es en estos últimos donde se han encontrado.

Veinticinco años atrás, India se embarcó en una política consistente en «mirar hacia el este», pensada en parte como un modo de bloquear lo que ya percibía como el inminente ascenso de China. Se ha «puesto manos a la obra» aumentando enormemente el comercio con China (sobre todo a nivel de importaciones) y, de forma simultánea, forjando relaciones estratégicas con aquellos que China considera sus vecinos más próximos.

India ha reforzado sus vínculos con Birmania, Filipinas y Tailandia, pero, de forma aún más significativa, trabaja con Vietnam y Japón para vigilar el control creciente que China ejerce sobre el mar de la China Meridional.

Para este objetivo cuenta con un nuevo aliado, si bien uno al que mantiene a cierta distancia: Estados Unidos. Durante décadas, India sospechaba que los norteamericanos podrían ser los nuevos británicos, solo que con un acento distinto y más dinero. En el siglo XXI, una India más segura de sí misma en un mundo crecientemente multipolar ha encontrado razones para cooperar con Estados Unidos. Cuando el presidente Obama acudió en 2015 al desfile militar con motivo del Día de la República en India, Nueva Delhi no olvidó lucir sus aviones de transporte militar nuevecitos, los Hercules C-130 y C-17 Globemaster adquiridos a Estados Unidos, y también sus tanques comprados a los rusos. Las dos colosales democracias se van acercando poco a poco.

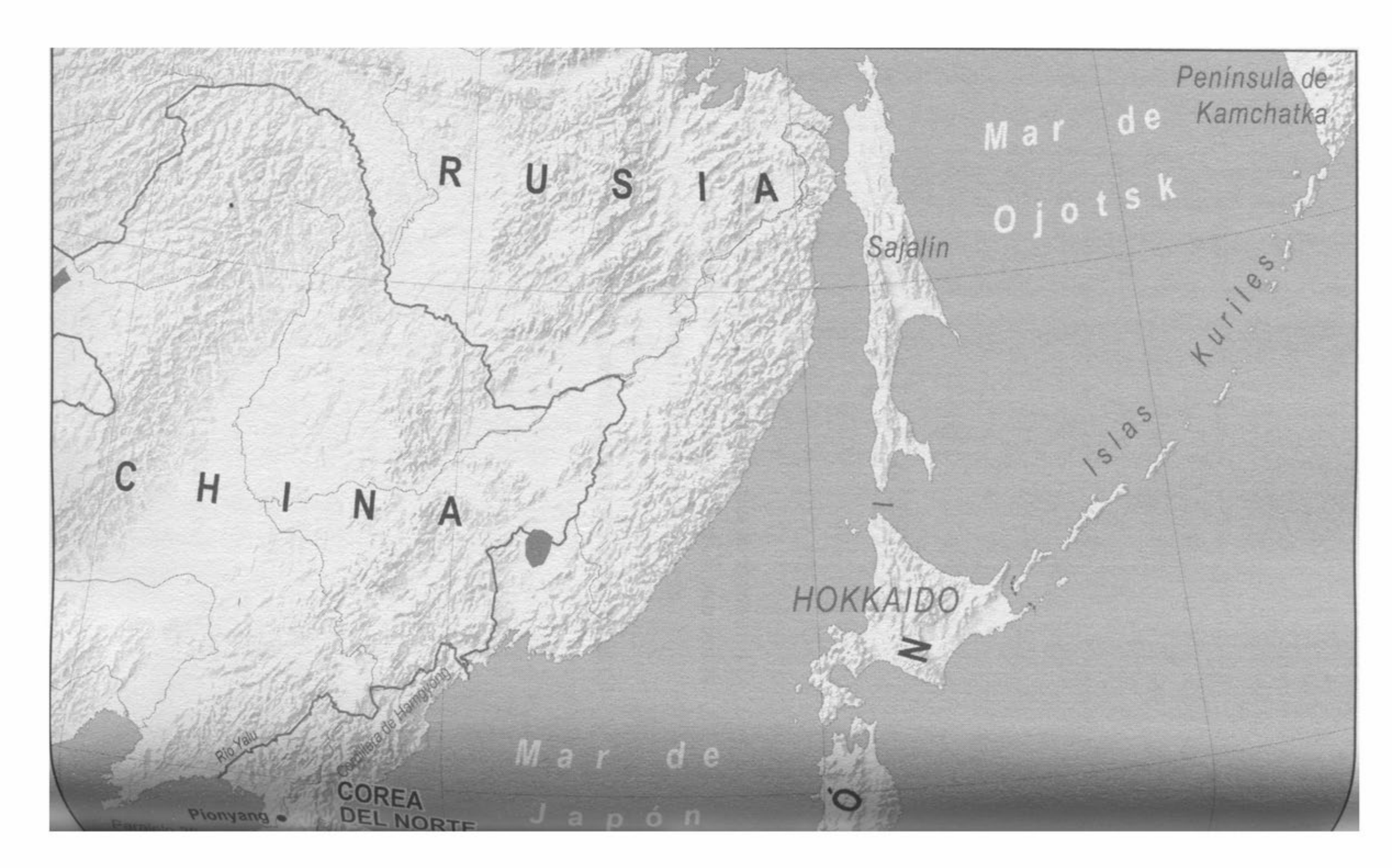
India dispone de unas fuerzas navales de gran envergadura, bien equipadas y modernas, que incluyen un portaaviones, pero no podrá competir con la descomunal flota de alta mar que prepara China. En vez de eso, India se encuentra forjando alianzas con otras partes interesadas con vistas, por lo menos, a seguir de cerca, si no a superar, las fuerzas navales chinas cuando surquen los mares de China, atraviesen el estrecho de Malaca, dejen atrás la bahía de Bengala y rodeen el extremo de India para adentrarse en el mar Arábigo en su camino hacia el puerto amigo que ha construido en Gwadar, en Pakistán.

En el caso de India, todo acaba volviendo a Pakistán, igual que en el caso de Pakistán, todo acaba volviendo a India.

8
COREA Y JAPÓN

Yo… empecé a formular una pequeña broma sobre que Kim Jong-il es el «Querido Líder», pero se me murió en los labios.

CHRISTOPHER HITCHENS, *Amor, pobreza y guerra*



Península de
Kamchatka
Mar de
Ojotsk
Sajalín
Islas Kuriles
RUSIA
CHINA
HOKKAIDO
Mar de
Japón
Río Yalu
Cordillera de Hamgyong
COREA
DEL NORTE
Pionyang

amarillo
Hiroshima
A
Isla de Jeju
J
Nagasaki
SHIKOKU
KYUSHU
Islas Ryukyu
OCÉANO PACÍFICO
Frontera estatal
Frontera en disputa
250 millas
250 km

¿Cómo se resuelve un problema como el de Corea? No se puede, solo se lo gestiona. En definitiva, hay muchos otros asuntos ocurriendo en el mundo que requieren de una atención urgente.

Toda la región comprendida entre Malasia y el puerto ruso de Vladivostok observa con nerviosismo el problema entre Corea del Norte y Corea del Sur. El conjunto de sus vecinos sabe que puede acabar estallándoles en la cara, arrastrando a otros países y dañando sus economías. Los chinos no quieren luchar al lado de Corea del Norte, pero tampoco desean una Corea unida que acoja bases estadounidenses cerca de su frontera. En realidad, los norteamericanos tampoco quieren luchar al lado de Corea del Sur, pero no pueden arriesgarse a que los vean desatendiendo a un amigo. Con su largo historial de intervenciones en la península de Corea, Japón debe aparentar que actúa con prudencia, pese a ser consciente de que probablemente le afecte cualquier cosa que pase.

La solución pasa por un acuerdo mutuo, pero en Corea del Sur no están mucho por la labor, mientras que el líder de Corea del Norte ni siquiera lo concibe. De qué modo avanzar no está en absoluto claro: da la impresión de que siempre queda fuera de foco, más allá del horizonte.

Durante varios años, Estados Unidos y Cuba estuvieron revoloteando a corta distancia la una de la otra, lanzándose insinuaciones mutuas de que les gustaría bailar juntos y con calma, lo que acabó desembocando en un primer paso hacia el resta-

blecimiento de las relaciones diplomáticas en 2015. Corea del Norte, por el contrario, ha respondido con miradas asesinas a cualquier petición para salir a la pista de baile, acompañadas en ocasiones por caras de desprecio.

Corea del Norte es un país golpeado por la pobreza con una población estimada de 25 millones, liderada sin remedio por una monarquía comunista en bancarrota y moralmente corrupta, y que cuenta con el apoyo de China, en parte debido al temor de que millones de refugiados fluyan hacia el norte cruzando el río Yalu. Estados Unidos, ansioso ante la posibilidad de que una retirada militar fuera malinterpretada y envalentonara al espíritu aventurero de Corea del Norte, mantiene desplegados a casi 30.000 soldados en Corea del Sur. Y el Sur, con sentimientos encontrados ante la perspectiva de poner en riesgo su prosperidad, sigue realizando pocos gestos con el fin de que avance la reunificación.

Todos los actores implicados en este drama de Asia Oriental saben que, si tratan de forzar la situación en el momento equivocado, se arriesgan a empeorar las cosas. A empeorarlas mucho. No parece poco razonable temer que se pudiera acabar con dos grandes capitales reducidas a escombros, una guerra civil, una catástrofe humanitaria, misiles cayendo en Tokio y sus alrededores, y con una nueva confrontación militar entre China y Estados Unidos en una península dividida y con uno de los bandos poseyendo armas nucleares. Si Corea del Norte implosiona, puede ser que también explosione, proyectando inestabilidad a lo largo y ancho de las fronteras en forma de guerra, terrorismo y/u oleadas de refugiados. De aquí que los actores permanezcan paralizados. Y también que la solución se deje a la próxima generación de líderes, y luego pase de estos a la siguiente.

Si a los líderes mundiales se les ocurriera siquiera discutir abiertamente acerca de prepararse para el día en que Corea

del Norte se colapse, se arriesgarían a precipitar los acontecimientos. Y dado que nadie ha trazado un plan, lo mejor es guardar silencio. Un círculo vicioso.

Corea del Norte sigue jugando en su provecho la baza del enclenque loco y con poder. Su política exterior consiste básicamente en mostrarse receloso con todo el mundo excepto con China. Pero ni siquiera China merece su plena confianza, pese a que le suministra el 84,12 por ciento de sus importaciones y adquiere el 84,48 por ciento de sus exportaciones, según cifras de 2014 del Observatorio de Complejidad Económica. Corea del Norte dedica muchos esfuerzos a enfrentar a todos contra todos, incluyendo a los chinos, con el objetivo de evitar que se forme un frente unido contra sus intereses.

A su población cautiva le cuenta que es un Estado fuerte, dadivoso y espléndido que planta cara a las adversidades contra viento y marea, enfrentándose a las diabólicas fuerzas extranjeras, y se hace llamar República Popular Democrática de Corea (RPDC). Se sostiene en una filosofía política intransferible denominada «Juche», que marida nacionalismo feroz, comunismo y autosuficiencia.

Lo cierto es que se trata del Estado menos democrático del planeta: no se gobierna pensando en el pueblo y no es una república. Es una dinastía compartida por una familia y un partido. Además cumple con todas las características de una dictadura: arrestos arbitrarios, tortura, simulacros de juicio, campos de internamiento, censura, el miedo como instrumento de poder, corrupción y una letanía de horrores a una escala sin parangón en el siglo XXI. Las imágenes por satélite y las declaraciones de testigos sugieren que existen al menos 150.000 prisioneros políticos retenidos en gigantescos campos de trabajo y «reeducación». Aunque Corea del Norte supone una mancha en la conciencia del mundo, son pocos los que conocen el alcance de los horrores que tienen lugar allí.

Las noticias que informaban de purgas entre miembros de la élite, que habrían sido ejecutados con artillería antiaérea o arrojados a las fauces de perros hambrientos, jamás se han confirmado. Pero con independencia de su veracidad o no, existen pocas dudas sobre la letanía de atrocidades perpetradas por el dictador sobre sus súbditos. El control absoluto ejercido por el Estado se ha traducido en palizas, torturas, campos de concentración y ejecuciones sin juicio previo.

El aislamiento autoimpuesto es de tal magnitud, y tan absoluto es el control del Estado sobre el conocimiento de cuanto acontece, que solo podemos conjeturar lo que la gente debe pensar acerca de su país, su sistema y sus líderes, y si apoyan o no al régimen. Analizar lo que ocurre a nivel político, y por qué, es parecido a intentar ver a través de una ventana opaca llevando puestas unas gafas de sol. Un exembajador en Pionyang me dijo una vez: «Es como encontrarse frente a un cristal y, al intentar abrirlo, descubrir que no hay nada a lo que agarrarse para hacer palanca y echar un vistazo al otro lado».

La historia fundacional de Corea cuenta que fue creada en 2333 a.C. por designio divino. El Señor de los Cielos envió a su hijo Hwanung a la Tierra, el cual descendió sobre el monte Paektu (Baekdu) y desposó a una mujer que había sido un oso, y su hijo Dangun se dedicó a construir una nación (en lo que supone un ejemplo muy temprano de tal labor).

La primera versión de esta leyenda fundacional se remonta al siglo XIII. En parte puede contribuir a explicar por qué un Estado comunista cuenta con un liderazgo que es traspasado entre los miembros de una sola familia y que recibe estatus divino. Por ejemplo, Kim Jong-il fue descrito por la máquina propagandística de Pionyang como «El Querido Líder, la perfecta encarnación de los rasgos que debe tener un líder», «Rayo de Sol Guía», «Estrella reluciente del Monte Paektu», «Líder Mundial del siglo XXI» y «Gran Hombre que descendió de los

cielos», sin olvidar «Seno Eterno de Amor Ardiente». Su padre recibió títulos muy similares, como es el caso también de su hijo.

¿Cómo se siente el pueblo llano cuando escucha semejantes apelativos? Incluso a los expertos no les queda otra que elucubrar. Cuando uno visiona imágenes de la histeria colectiva desencadenada por la muerte de Kim Jong-il en 2011, resulta interesante remarcar que, detrás de las primeras filas de personas que lloran y se lamentan de forma desesperada, el grado de aflicción parece disminuir. ¿Se debe esto a que los situados en primera línea son conscientes de que la cámara se detiene en ellos y que por su propia seguridad más les vale cumplir con lo que se espera de ellos? ¿O acaso los más fieles al partido han sido colocados ahí? ¿O es gente corriente azotada por una pena sincera, una exacerbación emocional que vendría a ser la versión coreana de la que aconteció en Reino Unido tras la muerte de Diana de Gales?

En cualquier caso, la RPDC sigue jugando la baza del loco-peligroso y del débil-peligroso. Es una verdadera artimaña, y en parte hunde sus raíces en la ubicación y la historia de Corea, atrapada como se encuentra entre dos gigantes: China y Japón.

Corea se hizo merecedora del apelativo «El Reino Ermitaño» en el siglo XVIII, después de que buscara el aislamiento tras siglos y más siglos de verse dominada, ocupada y saqueada, aunque en ocasiones no funcionara más que como lugar de paso. Si uno viene del norte, una vez ha cruzado el río Yalu, se encuentra con un puñado de excelentes líneas defensivas naturales hasta llegar al mar, y, si se ha tomado tierra desde el mar, se encuentra con lo opuesto. Los mongoles llegaron y se marcharon, igual que hicieron en diversas ocasiones los chinos de la dinastía Ming, los manchurianos y los japoneses. De ahí que, durante un tiempo, el país prefiriera no entrar en contacto con el mundo exterior, cortando muchos de sus vínculos comerciales con la esperanza de que lo dejaran en paz.

No tuvo éxito. Los japoneses regresaron en el siglo XX, anexionándose todo el país en 1910 y disponiéndose luego a destruir su cultura. La lengua coreana fue prohibida, así como la enseñanza de la historia de Corea, y el culto en los santuarios sintoístas se volvió obligatorio. Las décadas de represión dejaron un legado que continúa planeando sobre las relaciones entre Japón y los dos Estados coreanos.

La derrota de Japón en 1945 dejó a Corea dividida a lo largo del Paralelo 38. Al norte quedó un régimen comunista supervisado primero por los soviéticos y luego por la China comunista. Al sur de la frontera quedó una dictadura pronorteamericana llamada República de Corea. Esto ocurría en los albores de la guerra fría, cuando se disputaba cada centímetro de terreno y cada bando esperaba ejercer influencia o control en todo el mundo, negándose a la mera presencia del otro.

La elección del Paralelo 38 como línea divisoria fue desafortunada por muchas razones y, en opinión del historiador norteamericano Don Oberdorfer, arbitraria. Argumenta que Washington estaba tan concentrada en la rendición japonesa del 10 de agosto de 1945 que no contaba con una verdadera estrategia para Corea. Con tropas soviéticas desplazándose por el norte de la península y la Casa Blanca convocando una reunión de urgencia que se alargaría toda la noche, dos oficiales sin experiencia y armados solo con un mapa de *National Geographic* escogieron el Paralelo 38 para sugerir a los soviéticos que se detuvieran a su altura, bajo el argumento de que se hallaba a mitad del país. Uno de esos oficiales era Dean Rusk, que llegaría a ser secretario de Estado bajo la presidencia de Truman durante la guerra de Corea.

Ningún coreano ni experto en Corea estuvo presente en aquella reunión. De haber asistido, podrían haberles dicho al presidente Truman y al entonces secretario de Estado, James Francis Byrnes, que esa línea era la misma que los rusos y los

japoneses habían debatido medio siglo antes al abordar el asunto de las esferas de influencia, después de la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. Al desconocer que los norteamericanos estaban improvisando sobre la marcha, Moscú podría ser excusada por haber pensado que tal decisión suponía que Estados Unidos reconocía *de facto* aquella base negociadora y, por consiguiente, que aceptaba la división y un norte comunista. Se cerró el acuerdo, se dividió el país, y la suerte estuvo echada.

Los soviéticos retiraron sus tropas del norte en 1948 y los estadounidenses hicieron lo propio en el sur en 1949. En junio de 1950, unas envalentonadas fuerzas militares norcoreanas subestimaron la estrategia geopolítica de Estados Unidos durante la guerra fría y cruzaron el Paralelo 38 con la intención de unificar la península bajo un Gobierno comunista. El ejército norteño descendió por el país a toda velocidad hasta casi alcanzar el extremo de la costa meridional, haciendo saltar todas las alarmas en Washington.

El liderazgo norcoreano y sus socios chinos habían acertado al suponer que, desde un punto de vista estrictamente militar, Corea no era vital para Estados Unidos. Lo que no habían llegado a entender era que los norteamericanos sabían que, si no salían en defensa de sus aliados de Corea del Sur, se debilitaría la confianza depositada en ellos por el resto de sus aliados diseminados por el mundo. En el caso de que los aliados norteamericanos, en pleno apogeo de la guerra fría, empezaran a repartir sus simpatías o se pasaran al lado comunista, el conjunto de su estrategia global se vería en apuros. Encontramos paralelos en la política que Estados Unidos despliega hoy en Asia Oriental y Europa del Este. Países como Polonia, los Estados bálticos, Japón o Filipinas necesitan tener la garantía de que los estadounidenses les cubren las espaldas en sus relaciones con Rusia y China.

En septiembre de 1950, Estados Unidos, al frente de un contingente de las Naciones Unidas, penetró en Corea y obligó a las tropas del norte a cruzar de vuelta el Paralelo 38 y luego a retroceder hasta prácticamente el río Yalu y la frontera con China.

Había llegado el turno de que Pekín moviera ficha. Una cosa era tener a fuerzas estadounidenses en la península y otra muy distinta que se hallaran al norte del paralelo —de hecho, al norte de las montañas que quedaban por encima de Hamhung—, desde donde podían emprender un ataque contra China. Un gran número de soldados chinos cruzó el río Yalu y comenzaron treinta y seis meses de feroces combates con abundantes bajas por ambos bandos, hasta que depusieron las armas a lo largo de la frontera actual. Acordaron una tregua, pero no un tratado de paz. Ahí se encontraban de nuevo, en el Paralelo 38, y ahí siguen estancados actualmente.

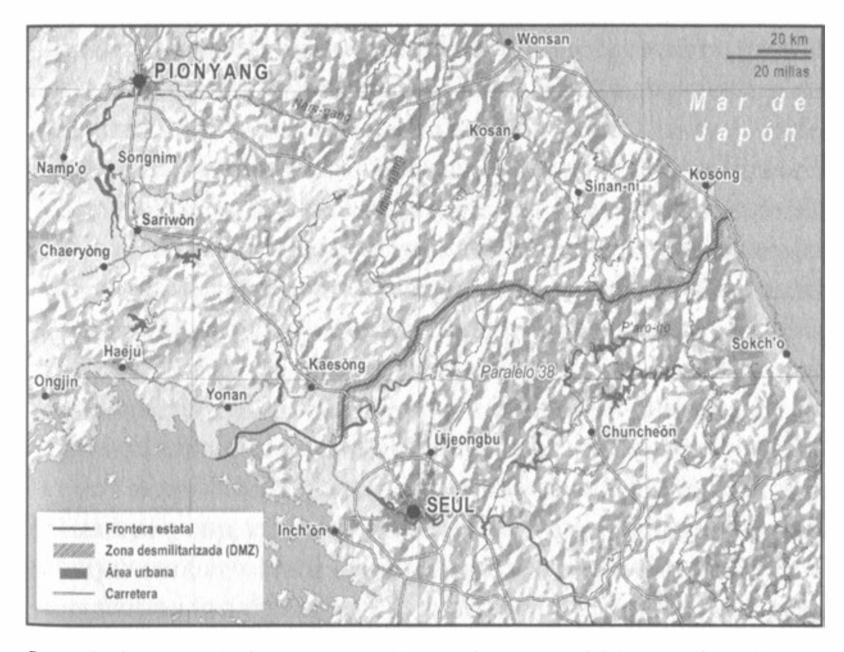
La geografía de la península resulta bien sencilla y sirve de recordatorio de lo artificial de la división entre el norte y el sur. La auténtica separación (la más genérica) es la que existe de oeste a este. El oeste de la península es mucho más llano que el este y donde reside la mayoría de la gente. El este cuenta con la cordillera de Hamgyong, al norte, y con cordilleras menores, al sur. La zona desmilitarizada (DMZ), que corta la península en dos, sigue en parte el curso del río Imjin, pero este no fue nunca una barrera natural entre dos entidades, solo un río dentro de un espacio geográfico unificado por el que con frecuencia entraban los extranjeros.

Las dos Coreas continúan técnicamente en guerra. A tenor de la sensibilidad a flor de piel que muestran, la posibilidad de un conflicto serio siempre parece a la vuelta de la esquina.

A Japón, Estados Unidos y Corea del Sur les preocupa una Corea del Norte dotada de armas nucleares, pero sobre la última pende otra amenaza. La habilidad de Corea del Norte

para miniaturizar con éxito su tecnología nuclear y fabricar cabezas nucleares susceptibles de ser lanzadas supone una incógnita, pero, tal y como ya demostró en 1950, no cabe duda de que es capaz de lanzar un ataque convencional y por sorpresa con el que golpear primero.

La capital de Corea del Sur, la megalópolis de Seúl, se encuentra a apenas 56 kilómetros al sur del Paralelo 38 y de la DMZ. Por lo menos la mitad de los 50 millones de sudcoreanos viven en la región de Seúl, sede de buena parte de sus centros industriales y financieros, los cuales quedan por completo al alcance de la artillería de Corea del Norte.



Una de las principales preocupaciones de Corea del Sur es lo próximo que están Seúl y sus áreas urbanas de la frontera con Corea del Norte. La posición de Seúl es muy vulnerable a los posibles ataques sorpresa de su vecino, cuya capital está mucho más lejos y parcialmente protegida por terreno montañoso.

Se estima que el ejército norcoreano tiene desplegadas 10.000 unidades de artillería en las colinas que quedan por encima de los 238 kilómetros que conforman la DMZ. Están bien asentadas, algunas en búnkeres fortificados y otras en cuevas. Todas ellas podrían alcanzar la región de Seúl, pero no así el centro de la capital, aunque algunas sí. Parece seguro que las fuerzas aéreas combinadas de Corea del Sur y Estados Unidos no necesitarían más de dos o tres días para destruir un elevado número de ellas, pero para entonces Seúl sería pasto de las llamas. Imaginemos el efecto de una única salva a cargo de 10.000 unidades de artillería impactando contra zonas urbanas y semiurbanas, y luego multipliquémoslo varias docenas de veces.

Dos expertos en Corea del Norte, Victor Cha y David Chang, colaboradores de la revista *Foreign Policy*, han calculado que las fuerzas de la RPDC podrían disparar hasta 500.000 balas contra la ciudad durante la primera hora del conflicto. Esta cifra parece muy al alza, pero incluso dividiéndola por cinco, los resultados serían devastadores. El Gobierno surcoreano se encontraría librando una guerra de gran alcance, intentando gestionar simultáneamente el caos producido por millones de personas huyendo hacia el sur y el refuerzo de la frontera situando tropas por debajo de la capital.

Las colinas por encima de la DMZ no son muy altas y hay mucho terreno llano entre ellas y Seúl. De producirse un ataque sorpresa, el ejército de Corea del Norte podría avanzar con rapidez, respaldado por unas fuerzas especiales que penetrarían a través de túneles subterráneos que Corea del Sur sospecha que ya se han construido. Se cree que los planes bélicos norcoreanos incluyen submarinos para el desembarco de tropas de choque al sur de Seúl, así como la activación de células durmientes entre la población del Sur. Los cálculos indican que el Norte dispone de 100.000 efectivos considerados como fuerzas especiales.

El Norte también ha demostrado que es capaz de alcanzar Tokio con sus misiles balísticos, lanzando varios de ellos por encima del mar de Japón y hacia el interior del Pacífico, una ruta que pasa directamente por territorio japonés. Sus fuerzas armadas, compuestas por más de un millón de soldados, están entre los mayores ejércitos del mundo. Y aunque un porcentaje elevado de sus efectivos no esté altamente cualificado, Pionyang no dudaría en emplearlo como carne de cañón con vistas a extender el conflicto.

Los norteamericanos se encontrarían combatiendo al lado del Sur, el ejército chino en alerta roja y aproximándose al río Yalu, y los rusos y japoneses seguirían las evoluciones llenos de nerviosismo.

A nadie le interesa que estalle una nueva guerra en Corea. Sería devastador para ambos bandos, pero este argumento no ha evitado conflictos bélicos en el pasado. En 1950, cuando Corea del Norte cruzó el Paralelo 38, no había previsto una guerra que duraría tres años y se cobraría cuatro millones de vidas para acabar en punto muerto. Un conflicto a gran escala podría ser ahora más catastrófico. La economía de Corea del Sur es ochenta veces más fuerte que la del Norte, tiene el doble de población y sus fuerzas armadas, unidas a las de Estados Unidos, acabarían barriendo a las de Corea del Norte, siempre que China decidiera no volver a involucrarse.

¿Y después qué? Este escenario ha merecido una atención limitada. Se cree que el Sur lo ha recreado por ordenador para estudiar sus necesidades, pero no parece caber duda de que la situación sería caótica. Los problemas derivados de que Corea implosionara o explosionara se multiplicarían si fuera como resultado de una guerra. Serían muchos los países afectados que deberían tomar cartas en el asunto. Incluso si China se abstuviera de intervenir en el conflicto, podría decidir cruzar la frontera con el objetivo de asegurar el Norte y conservar la zona de

contención entre este y el ejército estadounidense. También podría decidir que una Corea unificada, con Estados Unidos como aliado, un aliado a su vez de Japón, supondría una amenaza potencial demasiado grande e intolerable.

Estados Unidos se vería forzado a decidir hasta dónde querría avanzar una vez cruzada la DMZ y si debería tomar el control de todas las localizaciones con armas nucleares y otras armas de destrucción masiva. Las preocupaciones de China discurrirían por caminos paralelos, sobre todo porque algunas de estas localizaciones con armamento nuclear se encuentran a apenas 56 kilómetros de su frontera.

En el plano político, Japón tendría que decidir si quiere una Corea unida y poderosa al otro lado del mar de Japón. Dadas las agrias relaciones entre Tokio y Seúl, Japón tiene motivos para recelar de algo así. Pero dado que China supone una preocupación muchísimo mayor, lo más factible es que acabara decantándose por apoyar la reunificación, por mucho que esto probablemente comportaría que se le pidiera ayuda financiera a resultas de su larga ocupación de la península durante el siglo anterior. Además es consciente de lo mismo que Seúl: el grueso de los costes de la unificación los asumiría Corea del Sur, empequeñeciendo los números de la reunificación alemana. Puede que Alemania del Este sufriera un severo retraso respecto a Alemania Occidental, pero al menos contaba con una tradición de desarrollo, una base industrial y una población con estudios. Desarrollar el norte de Corea implicaría empezar de cero y los costes ralentizarían la economía de una península unificada durante una década. Transcurrida esta, los beneficios derivados de las riquezas naturales del norte, como carbón, zinc, cobre, hierro y minerales poco comunes, así como los resultantes del programa de modernización deberían arrojar frutos, pero circulan sentimientos encontrados respecto a poner en riesgo la prosperidad de una de las naciones más avanzadas del mundo.

Estas decisiones pertenecen al futuro. Por el momento, cada bando se prepara para entrar en guerra. Igual que en el caso de India y Pakistán, se encuentran atrapados en una dinámica de miedo y sospecha mutuos.

Corea del Sur es hoy un miembro vibrante e integrado de las naciones del mundo con una política exterior a la altura. Con aguas abiertas al oeste, este y sur, y con escasas riquezas naturales, se ha preocupado por construir unas fuerzas navales modernas a lo largo de las últimas tres décadas, capaces de aventurarse por el mar de Japón y el mar de la China Oriental para salvaguardar los intereses del país. Igual que le ocurre a Japón, depende de los recursos energéticos foráneos, de modo que vigila de cerca las rutas marítimas del conjunto de la región. Lleva mucho tiempo haciendo equilibrios, invirtiendo capital diplomático en estrechar lazos con Rusia y China para enojo de Pionyang.

Un error de cálculo por cualquiera de las partes podría conducir a una guerra que, además de tener efectos devastadores sobre la población de la península, podría hundir las economías de la región, con serios efectos colaterales para la estadounidense. Lo que empezó con Estados Unidos defendiendo su posición frente a Rusia durante la guerra fría ha evolucionado hasta convertirse en un asunto de importancia estratégica para su economía y la de otros países.

Corea del Sur todavía tiene cuentas pendientes con Tokio que se remontan a la ocupación japonesa. Incluso en sus mejores momentos, que son escasos, las relaciones no pasan de cordiales. A principios de 2015, cuando los norteamericanos, surcoreanos y japoneses se sentaron a perfilar los detalles de un acuerdo encaminado a compartir información reunida por sus respectivos sistemas de inteligencia sobre el potencial militar de Corea del Norte, Seúl declaró que solo estaba dispuesto a facilitar un número limitado de informes secretos a Japón, y

a hacerlo a través de Washington. No pensaba tratar directamente con los japoneses.

Ambos países siguen manteniendo un contencioso territorial sobre lo que Corea del Sur llama las Islas Dodko (islas Solitarias) y Japón conoce como las Islas Takeshima (islas de Bambú). Actualmente, los surcoreanos controlan los islotes rocosos, que se asientan en una zona de abundante pesca y pertenecen a una región que podría contar con reservas de gas. A pesar de este elemento de fricción y del recuerdo aún fresco de la ocupación, los dos tienen motivos para cooperar y dejar atrás su turbulento pasado.

La historia de Japón es muy diferente a la de Corea y se debe en parte a su geografía.

Los japoneses constituyen una raza de isleños, con la mayoría de sus 127 millones de habitantes viviendo en las cuatro islas principales que encaran a Corea y a Rusia desde el otro lado del mar de Japón, y una minoría afincada en alguna de las 6.848 pequeñas islas restantes. La más grande de las cuatro islas principales es Honshu, donde está ubicada la mayor megalópolis del planeta, Tokio, que acoge a 39 millones de individuos.

Japón se encuentra a 193 kilómetros de la masa continental de Eurasia en su punto más próximo, una de las razones que explican que jamás haya sido invadida con éxito. Los chinos se ubican a unos ochocientos kilómetros al otro lado del mar de la China Oriental. Pese a que los rusos cuentan con territorios mucho más cercanos, sus fuerzas militares se mantienen por lo general bien alejadas a causa de una climatología extremadamente inhóspita y la escasa población dispersa al otro lado del mar de Ojotsk.

En el siglo XIV, los mongoles intentaron invadir Japón tras haber arrasado China, Manchuria y Corea. En el primer intento fueron obligados a retirarse y, en el segundo, una tormenta hizo pedazos su flota. Los mares en el estrecho de Co-

rea se vieron peinados por lo que los japoneses consideraron un «Viento Divino», al que bautizaron como «kamikaze».

De modo que la amenaza proveniente del oeste y del noroeste era limitada, mientras que al sudeste y este no había más que el Pacífico. Esta última perspectiva justifica por qué el japonés se autodenominó «Nipón» u «origen del Sol»: mirando hacia el este, nada se interponía entre él y el horizonte, y cada mañana, alzándose en el horizonte, estaba el sol. Esporádicas invasiones de Corea al margen, los japoneses iban a lo suyo hasta que llegó el mundo moderno. Tras rechazarlo en un primer momento, salieron a por él.

Las opiniones difieren en torno a cuándo las islas se convirtieron en Japón, pero existe una célebre carta del año 617, enviada por lo que hoy conocemos como Japón al emperador de China, donde un importante noble escribe: «Por la presente, el emperador del país por el que sale el sol envía esta carta al emperador del país donde se pone el sol. ¿Andas bien de salud?». Los registros históricos indican que el emperador de China consideró la misiva una impertinencia. Su imperio era vasto, mientras que las principales islas de Japón aún no estaban bien vertebradas, una situación que no cambiaría hasta aproximadamente el siglo XVI.

El territorio que abarcan las islas japonesas configura un país que es mayor que la suma de las dos Coreas o, en términos europeos, mayor que Alemania. De todos modos, tres cuartas partes del terreno no son habitables, especialmente las regiones montañosas, y solo el 13 por ciento permite el cultivo intensivo. Esto obliga a los japoneses a vivir cerca los unos de los otros a lo largo de las planicies costeras y en zonas interiores restringidas, donde disponen de escalonados campos de arroz en las colinas. Las montañas garantizan a Japón agua en abundancia, pero la falta de terreno llano también significa que sus ríos no son aptos para la navegación y, por consiguien-

te, para el comercio, un problema agudizado por el hecho de que son pocos los ríos que se unen los unos a los otros.

Así que los japoneses se convirtieron en gente de mar, conectando y comerciando por las costas de su miríada de islas, realizando incursiones en Corea y, después de siglos de aislamiento, saliendo a dominar el conjunto de la región.

A principios del siglo XX, Japón era una potencia industrial con la tercera fuerza naval del planeta, y en 1905 vencieron a Rusia en una guerra que se libró tanto por mar como por tierra. En cualquier caso, la misma geografía que había permitido a este archipiélago-nación permanecer aislado, ahora no le concedía más opción que relacionarse con el mundo exterior. El problema fue que decidió relacionarse con él por la vía militar.

Tanto la primera guerra chino-japonesa como la guerra ruso-japonesa fueron libradas para desbaratar la influencia de China y Rusia en Corea. A ojos de Japón, Corea era, en palabras del general Klemens Meckel, su asesor militar prusiano, «una daga apuntando al corazón de Japón». Tener la península bajo control disipaba la amenaza y hacer lo propio con Manchuria garantizaba que la mano de China— y en menor medida la de Rusia— no podía acercarse a la empuñadura de la daga. El carbón y el hierro de Corea también le serían de utilidad.

Japón disponía de pocas de las riquezas naturales necesarias para convertirse en una nación industrializada. Sus reservas de carbón eran limitadas y de baja calidad, contaba con muy poco petróleo, un volumen reducido de gas natural y escasas reservas de caucho, a lo que se añadían carencias de muchos materiales. Esto es tan cierto hoy como lo era un siglo atrás, si bien ahora explota plataformas de gas en alta mar y depósitos submarinos de metales preciosos. Sin embargo, continúa siendo el mayor importador mundial de gas natural y el tercero de petróleo.

Fue la sed despertada por estos productos lo que impelió a Japón a saquear China, en la década de 1930, y luego el Sudeste Asiático, a principios de la década de 1940. Previamente ya había ocupado Taiwán en 1895, a lo que siguió la anexión de Corea en 1910. Japón ocupó Manchuria en 1932 y a continuación lanzó una conquista a gran escala de China en 1937. A medida que cada ficha de dominó iba cayendo, el imperio en expansión y la creciente población japonesa exigían más petróleo, carbón, metal, caucho y alimentos.

Con las potencias europeas preocupadas por la guerra en Europa, Japón procedió a invadir el norte de Indochina. Finalmente, los norteamericanos, que por entonces cubrían el grueso de las necesidades petrolíferas de Japón, le dieron un ultimátum: retirada o embargo del petróleo. Los japoneses respondieron con el ataque a Pearl Harbor y luego barrieron con el Sudeste Asiático, haciéndose con Birmania, Singapur y Filipinas, entre otros territorios.

Aquello era ir demencialmente lejos, no ya solo por el hecho de desafiar a Estados Unidos, sino por agenciarse las fuentes, por ejemplo el caucho, que estos necesitaban para su industria. El coloso del siglo XX se movilizó para una guerra total. La geografía de Japón tuvo su influencia en la que se convertiría en su mayor catástrofe: Hiroshima y Nagasaki.

Los estadounidenses habían sufrido mucho para avanzar militarmente por el Pacífico, isla a isla. Cuando tomaron Okinawa, que se asienta en archipiélago Ryukyu, entre Taiwán y Japón, aún tenían que hacer frente a un imperio de fanáticos preparado para defender cualquier aproximación y evitar que sus cuatro islas principales fueran objeto de una invasión anfibia. Estados Unidos predijo que se enfrentaba a un número abrumador de bajas. Si el terreno no hubiese ofrecido tantas dificultades, los norteamericanos podrían haberse decantado por otra opción —quizá se habrían abierto camino hacia To-

kio—, pero escogieron la vía nuclear, descargando sobre Japón, y sobre la conciencia colectiva del planeta, el terror de una nueva era.

Después de que el polvo radioactivo se hubiera depositado sobre un Japón absolutamente derrotado, los norteamericanos lo ayudaron con la reconstrucción, en parte como protección respecto a la China comunista. El nuevo Japón demostró su vieja inventiva y, en tres décadas, ya era una potencia económica global.

De todos modos, su beligerancia y militarismo de antaño no habían desaparecido por entero: solo habían quedado enterrados bajo los escombros de Hiroshima y Nagasaki, y la devastada psique de la nación. La Constitución de Japón tras la guerra no la autorizaba a poseer un ejército, unas fuerzas áreas ni unas fuerzas navales, solo unas «Fuerzas de Autodefensa», que durante décadas representaron una pálida sombra de su músculo militar antes del conflicto bélico. El acuerdo impuesto por Estados Unidos limitaba el gasto militar en defensa de Japón al uno por ciento del PIB y dejaba a miles de soldados estadounidenses en suelo japonés, 32.000 de los cuales siguen ahí.

A principios de la década de 1980, pudieron detectarse las primeras sacudidas tímidas de nacionalismo. Había sectores entre las viejas generaciones que jamás habían aceptado la magnitud de los crímenes de guerra de Japón y sectores entre la juventud que no estaban dispuestos a pagar por los pecados de sus mayores. Muchos de los niños del País del Sol Naciente deseaban su lugar «natural» bajo el sol del mundo posbélico.

Se impuso una interpretación flexible de la Constitución y, poco a poco, las Fuerzas Japonesas de Autodefensa se transformaron en un cuerpo de combate moderno. Esto ocurría al mismo tiempo que se hacía cada vez más evidente el crecimiento de China, por lo que los norteamericanos tomaron conciencia de que iban a necesitar aliados militares en la re-

gión del Pacífico y se mostraron dispuestos a aceptar un Japón remilitarizado.

En el presente siglo, Japón ha modificado su política de defensa al permitir a sus fuerzas combatir junto a sus aliados en el extranjero, y se espera que lleve a cabo cambios en su Constitución para que operaciones de este tipo dispongan de una mayor cobertura legal. Su documento sobre Estrategia de Seguridad en 2013 fue el primero en citar a un enemigo potencial, aduciendo que «China ha realizado acciones que pueden considerarse intentos por cambiar el *statu quo* recurriendo a la coerción».

Su presupuesto de defensa para 2015 fue el mayor de su historia, 42.000 millones de dólares, la mayor parte destinado a equipamiento marítimo y aéreo, incluyendo seis aviones furtivos F-35A de fabricación estadounidense. En la primavera de 2015, Tokio también anunció que disponía de un «portahelicópteros». No hacía falta ser un experto militar para advertir que la embarcación tenía el mismo tamaño que los portaaviones de la Segunda Guerra Mundial, prohibidos según las condiciones de rendición de 1945. El buque puede adaptarse para transportar aviones de ala fija, pero el ministro de Defensa emitió un comunicado en el que afirmaba que «no tenían intención de emplearlo como portaaviones». Esto es comparable a comprarse una motocicleta y decir que, puesto que no piensas darle tal uso, pasa a ser una bicicleta. Los japoneses cuentan, pues, con un portaaviones.

El dinero invertido en este y otros juguetitos nuevos y relucientes supone una clara declaración de intenciones, como lo es su ubicación. La infraestructura militar de Okinawa, que vigila cualquier aproximación a las islas principales, será mejorada. Esto concederá al país una mayor flexibilidad a la hora de patrullar su Zona de Defensa Aérea, parte de la cual se solapa con su homónima china, después de que Pekín anunciara una expansión en 2013.

Ambas zonas abarcan las islas llamadas Senkaku o Diaoyu (en japonés y chino, respectivamente), bajo control de Japón, si bien China las reclama para sí. También forman parte del archipiélago Ryukyu, una zona especialmente sensible dado que cualquier potencia hostil debe cruzarla de camino a los centros territoriales de Japón: a este le concede muchísimo espacio marítimo y puede que contenga reservas submarinas de gas y petróleo, susceptibles de ser explotadas. De aquí que Tokio pretenda conservarlas a toda costa.

La expansión china de su «Zona de Identificación de Defensa Aérea» en el mar de la China Oriental abarca un territorio que reclaman China, Japón, Taiwán y Corea del Sur. Cuando Pekín anunció que cualquier avión que la atravesara debía identificarse so pena de «enfrentarse a medidas defensivas», Japón, Corea del Sur y Estados Unidos respondieron cruzándola sin hacerlo. China no reaccionó de forma hostil, pero es una cuestión que puede convertirse en un ultimátum cuando Pekín lo prefiera.

Japón también reclama la soberanía de las islas Kuriles en el extremo norte, frente a Hokkaido, las cuales perdió en la Segunda Guerra Mundial a manos de una Rusia que sigue teniéndolas bajo su control. Rusia prefiere no debatir sobre el tema, pero es un frente menor comparado con los que Japón tiene abiertos con China. Las islas Kuriles apenas cuentan con 19.000 habitantes y, pese a que la zona es rica en pesca, el territorio en el que se ubica carece de un particular valor estratégico. El asunto mantiene bien frías las relaciones entre ambos países, pero en medio de este clima gélido, el contencioso por las islas se conserva igualmente bajo cero.

China es la que mantiene en vilo a los líderes japoneses y la que los acerca a Estados Unidos tanto diplomática como militarmente. Muchos japoneses, especialmente en Okinawa, recelan de la presencia militar estadounidense, pero el poder de China,

unido al descenso demográfico japonés, apuntan a que las relaciones posbélicas entre Estados Unidos y Japón continuarán, si bien en términos más igualitarios. Las estadísticas que maneja Japón indican un preocupante encogimiento de la población, que bajaría de los cien millones de personas hacia mediados de este siglo. Si se mantiene la actual tasa de natalidad, incluso es posible que en 2110 la población haya caído por debajo de los cincuenta millones, volviendo a las cifras de 1910. El Gobierno japonés está probando todo un paquete de medidas para revertir este descenso. Un ejemplo reciente es el haber destinado millones de dólares de los contribuyentes a financiar un servicio de búsqueda de pareja para la juventud. También se subvencionan fiestas *konkatsu* para que hombres y mujeres jóvenes puedan conocerse, comer, beber y, con el tiempo, tener hijos. Otra posible solución pasaría por la inmigración, pero Japón sigue siendo una sociedad relativamente cerrada y los inmigrantes no son vistos con buenos ojos por los locales. Puesto que China, cada vez más fortalecida, dispone de una población de 1.400 millones de personas, Japón, en sí misma una potencia en proceso de remilitarización y con una actitud crecientemente agresiva, va a necesitar amigos en el vecindario.

De manera que Estados Unidos no se mueve de Corea ni de Japón. En estos momentos asistimos a una relación triangular entre ellos, como pone de manifiesto el citado acuerdo para el intercambio de información de sus respectivos sistemas de inteligencia. Entre Japón y Corea del Sur laten muchas desavenencias, pero coincidirán a la hora de entender que la ansiedad común que les despiertan China y Corea del Norte es más perentoria.

Incluso si llegara a resolverse el problema coreano, China seguiría ahí, lo que significa que la Séptima Flota de Estados Unidos permanecerá en la bahía de Tokio, y sus marines, en Okinawa, vigilando las rutas de entrada y salida al Pacífico y los mares de China. Se esperan olas.

9
AMÉRICA LATINA

Nos complace que nos llamen «continente de la esperanza» [...] esta esperanza es algo así como el cielo prometido, una promesa de pago cuyo cumplimiento se aplaza.

Pablo Neruda
poeta chileno y premio Nobel



Mar del Caribe
OCÉANO
ATLÁNTICO
Caracas
VENEZUELA
Georgetown
GUAYANA
Paramaribo
Cayena
SURINAM
GUAYANA FRANCESA
(FRANCIA)
Bogotá
COLOMBIA
ANDES
Islas Galápagos
(ECUADOR)
Quito
ECUADOR
Amazonas
Selva tropical del Amazonas
BRASIL
Cerrado
Lima
PERÚ
Lago Titicaca
La Paz
Brasilia

PACÍFICO

CHILE
Aconcagua
Santiago
ANDES
ARGENTINA
Vaca Muerta
Paraná
URUGUAY
Buenos Aires
Montevideo
Río de la Plata
OCÉANO ATLÁNTICO
Islas Malvinas (Reino Unido)
Tierra del Fuego
Cabo de Hornos
Territorio británico de ultramar de las Islas Georgias del Sur y Sandwich del Sur

Frontera estatal
Selva amazónica

1000 millas
1000 km

Latinoamérica, sobre todo el sur, es la prueba de que uno puede traer el conocimiento y la tecnología del Viejo Mundo al nuevo pero, si tiene la geografía en contra, gozará de un éxito limitado, especialmente cuando se equivoca en el plano político. Así como la geografía de Estados Unidos ayudó a que se convirtiera en una gran potencia, la de los veinte países situados al sur garantiza que ninguno de ellos será capaz de suponer un desafío serio para el gigante norteamericano, y que tampoco unirán fuerzas para conseguirlo de manera colectiva.

Las limitaciones de la geografía latinoamericana estuvieron presentes en el momento mismo de la fundación de sus Estados-nación. En Estados Unidos, una vez se le arrebató la tierra a sus dueños originarios, buena parte de ella fue vendida o entregada a pequeños terratenientes. Por el contrario, en Latinoamérica se impuso la cultura de terratenientes poderosos y siervos, propia del Viejo Mundo, lo que condujo a la desigualdad. Para agravar la situación, los colonos europeos introdujeron otro problema geográfico que aún hoy continúa evitando que muchos países desarrollen todo su potencial: se quedaron cerca de la costa, especialmente (como ya vimos en África) debido a que sus regiones interiores estaban plagadas de mosquitos y enfermedad. Por lo tanto, la mayoría de las ciudades más grandes de cada país, con frecuencia las capitales, se ubicaban cerca de la costa, y todas las carreteras del interior se construyeron pensando en conectar con las capitales, pero no entre ellas.

En algunos casos, por ejemplo en Perú y Argentina, el área metropolitana de la capital concentra más del 30 por ciento de la población del país. Los colonizadores centraron sus esfuerzos en esquilmar la riqueza de cada región, llevándosela a la costa o a los mercados extranjeros. Incluso después de la independencia, las élites de la costa, predominantemente europeas, no invirtieron en el interior, cuyos centros de población siguen teniendo conexiones muy deficientes.

A principios de la segunda década del siglo XXI se puso de moda entre muchos hombres de negocios, profesores y analistas periodísticos argumentar, de forma apasionada, que estábamos a las puertas de «la década de Latinoamérica». No ha ocurrido y, pese a que la región dispone de potencial por explotar, va a tener que lidiar constantemente con la suerte que la naturaleza y la historia dispusieron para ella.

México está creciendo en la dirección de una potencia regional, pero al norte siempre va a tener unos páramos desérticos, al este y al oeste, sus montañas, y al sur, sus junglas, todos ellos impedimentos físicos a su crecimiento económico. Brasil ha hecho su aparición en el escenario mundial, pero sus regiones interiores permanecerán aisladas las unas de las otras. En cuanto a Argentina y Chile, la riqueza de sus reservas naturales no evitará que se encuentren mucho más lejos de Nueva York o Washington de lo que lo están París o Londres.

Doscientos años después del inicio de las luchas por la independencia, los países latinoamericanos sufren un retraso muy acusado en comparación con los norteamericanos o los europeos. Su población total (incluyendo el Caribe) se sitúa por encima de los 600 millones de personas, pese a lo cual su PIB combinado es equivalente al de Francia o Reino Unido, dos países que suman 125 millones de personas. Han realizado grandes progresos desde los tiempos del colonialismo y la esclavitud, pero queda mucho camino por recorrer.

Latinoamérica arranca en la frontera de México con Estados Unidos y se extiende hacia el sur, a lo largo de 11.300 kilómetros, atravesando Centroamérica y luego América del Sur hasta finalizar en Tierra del Fuego, en el cabo de Hornos, lugar de convergencia de los dos grandes océanos del planeta, el Pacífico y el Atlántico. Su punto de mayor amplitud, de oeste a este, desde Brasil hasta Perú, comprende 5.150 kilómetros. En el lado occidental se encuentra el Pacífico, al otro, el golfo de México, el mar Caribe y el Atlántico. Ninguna de estas líneas costeras cuenta con muchos puertos naturales de aguas profundas, lo que limita el comercio.

Centroamérica es una zona montañosa de valles profundos, cuyo punto más estrecho comprende unos 190 kilómetros. En paralelo al Pacífico, a lo largo de 7.200 kilómetros, se despliega la cadena montañosa continua más larga del mundo: los Andes. Con cumbres nevadas de principio a fin, apenas hay rutas por las que cruzarla, lo que provoca que muchas regiones del oeste del continente queden desconectadas de las del este. El punto más elevado del hemisferio occidental se encuentra aquí: los 6.962 metros del Aconcagua. Las aguas que bajan por la cadena montañosa suponen una fuente de energía hidroeléctrica para las naciones andinas de Chile, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela. Finalmente, el terreno desciende, los bosques y los glaciares hacen su aparición, nos hallamos en el archipiélago de Chile y luego… el fin del mundo. El lado oriental de Latinoamérica está dominado por Brasil y el río Amazonas, el segundo mayor del planeta tras el Nilo.

Una de las pocas cosas que los países tienen en común es la lengua, procedente del latín. El español es el idioma de la mayoría, si bien en Brasil se habla portugués y en la Guayana Francesa, francés. Sin embargo, este vínculo lingüístico camufla las diferencias de un continente que cuenta con cinco regiones climáticas diferentes. Las llanuras suaves al este de los Andes y

el clima templado del tercio bajo de la América meridional, conocido como el Cono Sur, contrastan de forma violenta con las montañas y la jungla más al norte, permitiendo reducir el coste de los cultivos y de la construcción. Esto hace de ellas una de las regiones más productivas de todo el continente. Mientras tanto, a Brasil, como ya veremos, le resulta complicado el simple hecho de transportar bienes por su mercado interior.

A los intelectuales y periodistas les gusta escribir que el continente se encuentra «en una encrucijada», como si estuviera a punto de embarcar al fin hacia su espléndido futuro. Yo objetaría que, desde un punto de vista geográfico, no está tanto en una encrucijada como en el trasero del mundo: muchas cosas están ocurriendo a lo largo y ancho de este espacio tan vasto, pero el problema es que buena parte de ello solo le afecta a él mismo. Esto puede considerarse una visión propia del hemisferio norte, pero también es la visión desde el lugar donde se ubican las principales potencias económicas, militares y diplomáticas.

Desde hace unos 15.000 años, ha habido personas viviendo al sur de lo que hoy constituye la frontera entre México y Estados Unidos, pese a su lejanía respecto a los principales centros de población con un peso histórico. Se cree que los primeros habitantes procedían de Rusia y que cruzaron a pie el estrecho de Bering cuando todavía era una masa de tierra. Los actuales moradores son una mezcla de europeos, africanos, tribus indígenas y población mestiza, que desciende de los europeos y de los americanos nativos.

Esta mezcolanza se remonta al Tratado de Tordesillas entre España y Portugal de 1494, uno de los ejemplos más tempranos de colonizadores europeos trazando líneas sobre mapas de lugares lejanos, acerca de los cuales sabían muy poco o, como en este caso, nada. Al partir en dirección oeste con el propósito de explorar los océanos, las dos grandes potencias

marítimas acordaron compartir todas las tierras que descubrieran fuera de Europa. El Papa dio el visto bueno. Lo que sigue fue una historia muy desdichada en la cual la mayoría de los ocupantes de las tierras a las que hoy llamamos América del Sur fue borrada del mapa.

Los movimientos por la independencia comenzaron a principios del siglo XIX, liderados por Simón Bolívar en Venezuela y José de San Martín en Argentina. Bolívar en particular está inscrito en la conciencia colectiva de América del Sur: Bolivia se llama así en su honor y los países del continente de perfil izquierdista están vinculados entre sí de forma vaga por una ideología «bolivariana» contra Estados Unidos. Esta se define por un oscilante conjunto de ideas anticolonialistas y prosocialistas, que con frecuencia derivan hacia el nacionalismo, cuando así les conviene a los políticos que las esgrimen.

En el siglo XIX, muchos de los países recién independizados se fracturaron, bien a través de guerras civiles, bien a través de guerras transfronterizas, pero, en sus postrimerías, la mayoría de las fronteras de los diversos Estados ya estaban consolidadas. Las tres naciones más ricas —Brasil, Argentina y Chile— se embarcaron entonces en una ruinosa competición por tener la mejor flota naval, lo cual estancó el crecimiento de las tres. Aún sigue habiendo conflictos fronterizos en el continente, pero la expansión de la democracia ha comportado que la mayoría de ellos estén paralizados o que se intenten resolver por la vía diplomática.

Especialmente agria es la relación que mantienen Bolivia y Chile, que se remonta a la guerra del Pacífico de 1879, en la que Bolivia perdió una parte considerable de su territorio, incluyendo 400 kilómetros de línea de costa, lo que la dejó sin salida al mar. Jamás se ha recuperado de un golpe que explica en parte por qué está entre los países más pobres de Latinoamérica. Esto, a su vez, ha agudizado las diferencias, ya de

por sí marcadas, entre la población de las tierras bajas, mayoritariamente europea, y la población de las tierras altas, de mayoría indígena.

El paso del tiempo no ha curado las heridas entre ellas, como tampoco las abiertas entre ambos países. Aunque Bolivia cuenta con las terceras mayores reservas de gas natural de América del Sur, se niega a venderle el producto a un Chile necesitado de un proveedor de confianza. Dos presidentes bolivianos que flirtearon con la idea perdieron su cargo y el presidente actual, Evo Morales, defiende una política de suministro de gas a Chile a cambio de que este ceda a Bolivia línea de costa, una propuesta que Chile rechaza a pesar de su necesidad de energía. El orgullo nacional y las necesidades geográficas están, en ambos casos, por encima de cualquier acuerdo diplomático.

Otra disputa fronteriza que se remonta al siglo XIX tiene como foco las fronteras del territorio británico de Belice y la vecina Guatemala. Se trata de líneas rectas, como las que ya hemos visto en África u Oriente Medio, que fueron trazadas por los británicos. Guatemala reclama Belice como parte de su territorio soberano pero, al contrario que Bolivia, no ejerce presión sobre el tema. Chile y Argentina rivalizan por la ruta fluvial que supone el canal Beagle. Venezuela reclama la mitad de Guyana. Ecuador mantiene contenciosos históricos con Perú. Este último ejemplo supone una de las disputas territoriales más enconadas del continente, la cual ha desembocado en tres guerras fronterizas en los últimos setenta y cinco años, la más reciente de ellas en 1995. Una vez más, sin embargo, la expansión de la democracia ha rebajado la tensión.

La segunda mitad del siglo XX vio cómo América Central y América del Sur se convertían en campos de batalla subsidiarios de la guerra fría, acompañados de golpes de Estado, dictaduras militares y violaciones de los derechos humanos a gran escala, por ejemplo en Nicaragua. El final de la guerra

fría permitió que muchas naciones tomaran el camino de la democracia y, en comparación con el siglo XX, sus relaciones actuales son relativamente estables.

Los latinoamericanos, o por lo menos aquellos al sur de Panamá, residen en su mayoría en las costas occidental y oriental, o cerca de ellas, con el interior y el sur gélido y lejano muy poco poblados. En efecto, América del Sur es un continente demográficamente hueco y su línea de costa recibe con frecuencia el apelativo de «orilla poblada». Esto es menos cierto en el caso de Centroamérica, y especialmente de México, donde las poblaciones están repartidas de forma más uniforme. México, sin embargo, cuenta con un terreno particularmente difícil, que limita sus ambiciones y su política exterior.

En su extremo norte, México mantiene una frontera con Estados Unidos que se extiende a lo largo de 3.200 kilómetros, y que casi en su totalidad es desierto. Las condiciones del terreno son aquí tan duras que apenas vive nadie. Esto funciona a modo de zona de contención entre México y su gigantesco vecino norteño, si bien la ventaja cae del lado norteamericano, dada la disparidad tecnológica entre un país y el otro. Solo las fuerzas militares estadounidenses podrían llevar a cabo una invasión tras cruzar la frontera, pues cualquier contingente que llegara en sentido contrario acabaría aplastado. Como barrera con la que prevenir la entrada ilegal de inmigrantes a Estados Unidos resulta útil, pero porosa, un problema al que deberán enfrentarse sucesivas administraciones estadounidenses.

Todos los mexicanos saben que, antes de la guerra que los enfrentó a Estados Unidos en 1846-1848, el territorio que hoy comprende Texas, California, Nuevo México y Arizona formaba parte de México. El conflicto desembocó en la cesión de la mitad del territorio mexicano a los estadounidenses. De todos modos, no existe ningún movimiento político serio que reclame la región ni un conflicto fronterizo apremiante entre

los dos países. Durante la mayor parte del siglo XX anduvieron a la greña por un pequeño trozo de tierra, después de que el Río Grande cambiara su curso en la década de 1850, si bien en 1967 ambas partes acordaron que la zona pertenecía legítimamente a México.

Todo apunta a que, a mediados del siglo XXI, los hispanos conformarán el mayor grupo étnico en los cuatro estados estadounidenses anteriormente citados, y buena parte de ellos serán de origen mexicano. Puede que con el tiempo veamos movimientos políticos de origen hispano, a ambos lados de la frontera entre Estados Unidos y México, que llamen a la reunificación, pero su poder quedará atenuado por el hecho de que muchos latinos estadounidenses no tendrán raíces mexicanas, a lo que se añade lo sumamente improbable que parece que México alcance niveles de vida cercanos a los de Estados Unidos. Al Gobierno mexicano ya le cuesta esfuerzos mantener bajo control su propio territorio, por lo que no estará en situación de ampliarlo en el futuro. México está destinado a vivir bajo la sombra de Estados Unidos y en las relaciones bilaterales está llamado a desempeñar un papel sumiso. Carece de una fuerza naval que le permita asegurar el golfo de México y salir al Atlántico, de modo que depende de la estadounidense para que sus rutas marítimas permanezcan abiertas y a salvo.

Empresas privadas de ambos países han abierto fábricas al sur de la frontera para reducir costes laborales y de transporte, pero las condiciones de vida de la región son muy hostiles y esta seguirá siendo una zona de amortiguación que muchos de los pobres de Latinoamérica atravesarán con la idea de entrar, legal o ilegalmente, en la Tierra Prometida del norte.

Las principales cadenas montañosas de México, las Sierras Madres, dominan el este y oeste del país, y entre ellas se extiende una meseta. Al sur, en el valle de México, se encuentra la

capital, Ciudad de México, una de las megalópolis del planeta, con una población en torno a los 20 millones de personas.

El suelo es de pobre calidad en las laderas occidentales de las zonas montañosas y en los valles, mientras que los ríos son de escasa ayuda a la hora de transportar bienes al mercado. El suelo es más fértil en las laderas orientales, pero la irregularidad del terreno sigue representando un obstáculo para que México se desarrolle como querría. Al sur yacen las fronteras con Belice y Guatemala. El interés de México por expandirse hacia el sur es escaso, porque el terreno no tarda en elevarse hasta convertirse en el tipo de zona montañosa que resulta difícil conquistar y controlar. Penetrar en ambos países no aumentaría la cantidad limitada de terreno provechoso con el que ya cuenta México. El país carece de ambiciones territoriales ideológicas, y se concentra en intentar desarrollar su limitada industria petrolera y en atraer más inversiones a sus fábricas. Además, México ya tiene bastantes problemas internos con los que lidiar como para lanzarse a aventuras en el extranjero, siendo quizá el más destacado su papel a la hora de satisfacer el apetito voraz que los norteamericanos muestran por las drogas.

La frontera mexicana siempre ha supuesto una bicoca para los contrabandistas, pero nunca tanto como en los últimos veinte años. La culpa recae de forma directa en la política que el Gobierno estadounidense ha desplegado en Colombia, 2.400 kilómetros hacia el sur.

Fue el presidente Nixon quien, en la década de 1970, declaró por primera vez una «guerra contra las drogas», un concepto tan nebuloso como el de «guerra contra el terror» y con el que la victoria jamás se puede lograr. De todos modos, no fue hasta la década de 1990 que Washington declaró abiertamente la guerra a los cárteles de la droga con el respaldo público del Gobierno colombiano. También resultó exitoso a la hora

de cerrar muchas de las rutas por mar y por aire empleadas para transportar la droga desde Colombia a Estados Unidos.

Los cárteles respondieron creando una ruta terrestre: ascendía por Centroamérica y México, y penetraba en el sudoeste de Estados Unidos. La ruta sigue parcialmente la ruta Panamericana, que atraviesa el país de sur a norte. Diseñada originariamente para transportar mercancías en ambas direcciones a una variedad de países, ahora también se utiliza para mover droga en dirección norte, hacia Estados Unidos. Esto comportó que las bandas de narcotraficantes mexicanos pasaran a la acción, facilitando rutas y fabricando su propio producto. Un negocio que movía miles de millones de dólares desencadenó guerras locales por el territorio, cuyos vencedores destinaban el poder y el dinero recién adquiridos a infiltrarse y corromper a la policía y al ejército de México, así como a ganar influencia entre las élites políticas y empresariales.

Aquí encontramos paralelismos con el comercio de la heroína en Afganistán. Muchos de los agricultores afganos que se dedicaban a cultivar campos de amapolas respondieron a los intentos de la OTAN por acabar con su ancestral método de sustento levantándose en armas o respaldando a los talibanes. Puede que los Gobiernos decidan librar una «guerra contra las drogas», pero esto no significa que sus órdenes sean acatadas a nivel regional, donde los señores de la droga afganos se han hecho fuertes. Lo mismo ocurre en México.

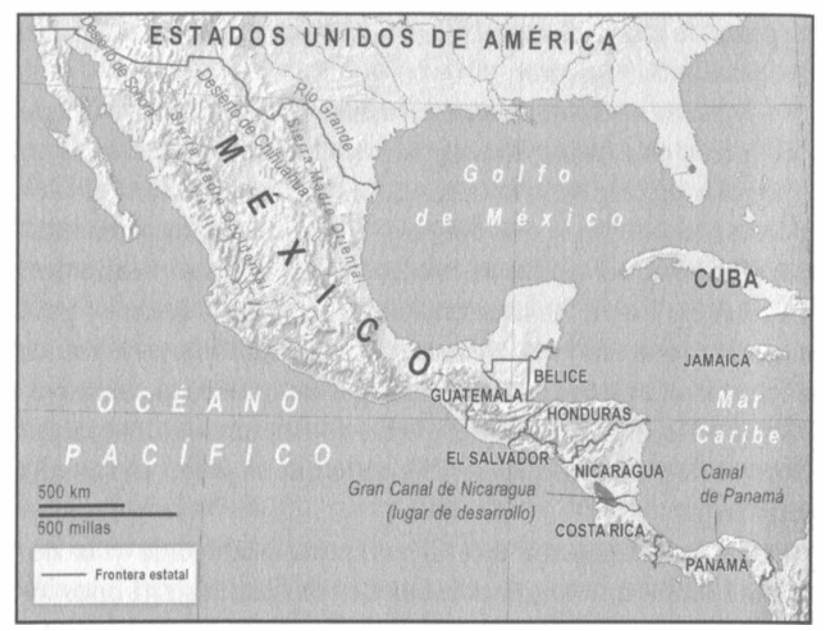
A lo largo de la historia, los sucesivos Gobiernos de Ciudad de México no han mantenido el país a raya. Ahora, sus rivales, los cárteles de la droga, disponen de facciones paramilitares tan bien armadas como las fuerzas del Estado, con frecuencia mejor pagadas y más motivadas, al tiempo que en diversas regiones hay sectores de la población que las considera una fuente de empleo. Las ingentes sumas de dinero que obtienen estas organizaciones circulan por todo el país y bue-

na parte de este capital acaba lavándose por medio de empresas de apariencia legítima.

México se encuentra actualmente en las garras de lo que casi puede considerarse una guerra civil. Los cárteles intentan controlar el territorio recurriendo a la intimidación, el Gobierno intenta fingir que aplica el dictado de la ley y centenares de civiles, atrapados en medio de este fuego cruzado, son asesinados. Entre las muestras más espantosas de esto figura el presunto asesinato de cuarenta y tres estudiantes a manos de un cártel en 2014, un episodio que traumatizó al país y galvanizó a las autoridades. Pero a fin de cuentas, «solo» parece tratarse de otro capítulo terrible en lo que se prevé una batalla muy larga.

La ruta terrestre está firmemente establecida y la demanda estadounidense no da señales de disminuir. Todos los Gobiernos mexicanos procuran arrimarse a su poderoso vecino y hacer lo correcto, lanzando su propia «guerra contra las drogas» en respuesta a las presiones de Estados Unidos. Aquí hallamos una paradoja. México se gana la vida suministrando bienes de consumo a Estados Unidos. Mientras los norteamericanos consuman drogas, los mexicanos se las suministrarán (después de todo, de lo que aquí se trata es de fabricar productos a bajo coste y venderlos a precios superiores a los que marca el comercio legal). Sin las drogas, el país estaría aún más empobrecido al interrumpirse el flujo de una enorme cantidad de divisas. Con las drogas, los niveles de violencia, ya de por sí altos, se disparan. Algunos de los países al sur de México se encuentran en la misma situación.

La geografía apenas tiene nada que ofrecerle a Centroamérica. Por un motivo: su estrechez. Hasta el momento, el único país en obtener ventaja de ello ha sido Panamá pero, con la llegada del dinero nuevo de China, la situación podría estar a punto de cambiar.



Centroamérica vivirá cambios importantes en las regiones que reciben la inversión china, como la construcción del Gran Canal de Nicaragua.

La tecnología moderna implica que a China le basta con echarle un vistazo a una fotografía por satélite para evaluar las oportunidades comerciales que ofrece esta extensión estrecha y delgada de tierra. En 1513, el explorador español Vasco Núñez de Balboa tuvo que cruzar el Atlántico, tomar tierra en lo que es hoy Panamá y luego abrirse camino a través de junglas y montañas antes de encontrarse frente a otro océano inmenso: el Pacífico. Las ventajas de unirlos saltaban a la vista, pero fueron necesarios otros 401 años hasta que la tecnología pudo dar respuesta al desafío geográfico. En 1914 se inauguró el canal de Panamá —con una extensión de 80 kilómetros y bajo control norteamericano—, que permitía ahorrarse una travesía de 12.900 kilómetros desde el océano Atlántico al océano Pacífico y disparaba el crecimiento económico de la región del canal.

Desde 1999, el canal está controlado por Panamá, pero su estatus es el de una vía fluvial neutral e internacional, cuya seguridad recae en las fuerzas navales de Estados Unidos y Panamá. Y aquí es donde China detecta un problema.

Panamá y Estados Unidos son amigos. De hecho, lo son tanto que en 2014 Venezuela rompió brevemente relaciones diplomáticas con Panamá tildándolo de «lacayo de Estados Unidos». Los efectos de la retórica crecientemente belicosa de Venezuela, país sumido en una etapa revolucionaria de raíz bolivariana, quedan atenuados por el hecho de que Estados Unidos es su principal socio comercial y porque Venezuela le suministra el 10 por ciento de sus importaciones de crudo. Esto último tiene visos de ir a la baja desde el momento en que Estados Unidos explote sus revolucionarias reservas de petróleo de esquisto bituminoso, pero China se postulará gustosamente para importar petróleo venezolano, al tiempo que Venezuela trabaja en el diseño de una ruta de transporte alternativa a la de Panamá.

Como ya vimos en el capítulo dos, China tiene aspiraciones de convertirse en una potencia mundial y, con vistas a conseguirlo, necesitará mantener abiertas rutas marítimas para sus mercancías y su flota naval. Puede que el canal de Panamá sea un corredor neutral, pero cruzarlo depende en última instancia de la buena voluntad de los norteamericanos. De modo que, ¿por qué no construir su propio canal en la vecina Nicaragua? ¿Qué suponen 50.000 millones de dólares para una superpotencia emergente?

El proyecto del Gran Canal de Nicaragua está financiado por un empresario llamado Wang Jing, que ha amasado una gran fortuna en el campo de las telecomunicaciones, pero que carece de experiencia en el de la ingeniería, ya no digamos en el de liderar uno de los proyectos de construcción más ambiciosos de toda la historia. El señor Wang insiste en afirmar

que el Gobierno chino no está involucrado. Dada la cultura empresarial en China, y la participación de su Gobierno en todos los aspectos de la vida, resulta de lo más inusual.

La cifra de 50.000 millones de dólares en la que está presupuestado el proyecto, cuya conclusión está fijada para principios de 2020, es cuatro veces mayor que la economía global de Nicaragua y forma parte de las sustanciosas inversiones llevadas a cabo por China en Latinoamérica. Poco a poco, pero con paso firme, China está relevando a Estados Unidos como principal socio comercial en la región. No está claro quién respalda financieramente al señor Wang, pero el presidente de Nicaragua, Daniel Ortega, aprobó el proyecto con entusiasmo y sin mayores miramientos hacia las 30.000 personas o más que pueden verse obligadas a reubicarse.

El que antaño fue el agitador y revolucionario del movimiento socialista de los sandinistas se enfrenta ahora a la acusación de haberse vendido al gran capital. El canal partirá el país en dos y seis distritos sufrirán una división. A lo largo de toda su extensión, el canal dispondrá de un único puente que permita cruzarlo. Ortega sabe que se arriesga a una ola de protestas, pero defiende que el proyecto generará miles de puestos de trabajo, atrayendo inversiones y beneficios muy necesarios para el segundo país más pobre del hemisferio occidental. A principios de 2016, el proyecto no marchaba bien. Se estima que el señor Wang perdió el 85 por ciento de su fortuna en la crisis bursátil de septiembre de 2015. La mayoría de las obras se aplazaron, si bien ambos lados insistieron en que el proyecto acabaría fructificando.

De ser esto cierto, el canal de Nicaragua será más largo que el de Panamá y, aún más crucial, bastante más ancho y más profundo, lo que permitirá el paso de petroleros y cargueros, por no hablar de los buques de gran tamaño de la flota china. Se extenderá de este a oeste, mientras que el de Panamá

lo hace de norte a sur. Su cuerpo central se dragará del lago Nicaragua, lo que ha llevado a los defensores del medio ambiente a alertar que el lago de agua dulce más extenso de toda Latinoamérica puede acabar contaminado.

Puesto que hay obras en marcha para ampliar el canal de Panamá, situado a unos pocos centenares de kilómetros hacia el sur, hay escépticos que se preguntan por la necesidad de una versión nicaragüense. China asumirá el control de un canal capaz de absorber embarcaciones más grandes, lo que ayudará a garantizar el tipo de economías de escala que solo están a su alcance. Existen dudas en torno a la rentabilidad futura del canal —puede que se requieran décadas antes de obtener beneficios—, pero hablamos de un proyecto que da la impresión de versar más sobre los intereses nacionales de China que sobre los rendimientos comerciales.

Obtener de un Estado-nación la posibilidad de conectar dos océanos es solo la señal más llamativa de las inversiones de China en Latinoamérica. Ya nos hemos acostumbrados a ver a China ejerciendo un papel determinante en África, pero en los últimos veinte años ha estado tomando posiciones al sur del Río Grande sin llamar la atención.

A la par que invirtiendo en proyectos de construcción, China está prestando ingentes cantidades de dinero a Gobiernos latinoamericanos, con Argentina, Venezuela y Ecuador a la cabeza. A cambio, China espera recibir su apoyo en las Naciones Unidas cuando se aborden sus reclamaciones regionales, incluyendo Taiwán.

Pekín también está comprando. Estados Unidos ha ido escogiendo uno a uno a los Estados latinoamericanos, prefiriendo acuerdos comerciales bilaterales a hacer negocios con la región en su conjunto, algo a lo que ya está obligado en el caso de la UE. Los chinos están haciendo lo mismo, pero al menos ofrecen una alternativa, y reducen así la dependencia

que tiene Latinoamérica de Estados Unidos como su principal mercado. Por ejemplo, China ya ha desbancado a Estados Unidos como principal socio comercial de Brasil, y puede seguir el mismo camino con otros países latinoamericanos.

Los países latinoamericanos no sienten una afinidad natural por Estados Unidos. Las relaciones están marcadas por la situación ventajosa que tuvo Norteamérica desde el principio, condensada en la doctrina Monroe de 1823 (como ya vimos en el capítulo tres) que expuso el presidente Monroe durante su discurso sobre el estado de la Unión. La doctrina lanzaba una advertencia a los colonizadores europeos y venía a decir, con otras palabras, que Latinoamérica era el patio trasero de Estados Unidos y su esfera de influencia. Desde entonces, ha estado moviendo los hilos en la sombra y son muchos los latinoamericanos que creen que los resultados no siempre han sido positivos.

Ocho décadas después de la doctrina Monroe, llegó un nuevo presidente a recuperar su espíritu. En un discurso ofrecido en 1904, Theodore *Teddy* Roosevelt dijo: «En el hemisferio occidental, la fidelidad de Estados Unidos a la doctrina Monroe puede forzarlo, por muy a disgusto que se sienta y en casos flagrantes de negligencia o de impotencia, a funcionar como una fuerza policial internacional». En otras palabras, Estados Unidos podía intervenir militarmente siempre que quisiera en el hemisferio occidental. Sin incluir la financiación de revoluciones, el armar a grupos y la cesión de instructores militares, Estados Unidos empleó la fuerza en Latinoamérica casi medio centenar de veces entre 1890 y el final de la guerra fría.

Después el intervencionismo a cara descubierta cayó rápidamente y, en 2001, Estados Unidos fue una de las treinta y cuatro naciones en firmar la Carta Democrática Interamericana esbozada por la Organización de los Estados Americanos (OEA), donde se proclama que «La gente de las Américas tiene

derecho a la democracia y sus Gobiernos están en la obligación de promoverla y defenderla». Desde entonces, Estados Unidos se ha concentrado en estrechar lazos económicos con los países de Latinoamérica, bien reforzando pactos ya existentes, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, o introduciendo nuevos, como el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Centroamérica y República Dominicana.

La falta de calidez que ha definido las relaciones históricas y económicas entre el sur y el norte comportó que, cuando los chinos empezaron a llamar a las puertas, estas se les abrieron de inmediato. En estos momentos, Pekín vende o dona armas a Uruguay, Colombia, Chile, México y Perú, y les ofrece intercambios militares. Su objetivo es construir una relación de cariz militar con Venezuela, con la esperanza de que sobreviva a la revolución bolivariana si es que esta llega a derrumbarse. El suministro de armas a Latinoamérica se produce a una escala relativamente baja, pero complementa los esfuerzos de China por ejercer un poder blando. El único buque hospital del que dispone, el *Arca de la Paz*, visitó la región en 2011. Se trata de una embarcación con apenas trescientas camas, muy modesta en comparación con sus homólogas de Estados Unidos, que cuentan con mil camas y que también han visitado la región, pero supuso toda una declaración de intenciones y un recordatorio de que China está «obteniendo» cada vez más poder blando.

De todos modos, con o sin el comercio chino, los países latinoamericanos son prisioneros de una región geográfica que implica que Estados Unidos siempre desempeñará un papel relevante.

Brasil, que abarca un tercio entero del territorio de América del Sur, es el mejor ejemplo. Hablamos de un país casi tan grande como Estados Unidos, al tiempo que sus veintisiete estados federales ocupan un área más extensa que la de los veintiocho miembros que conforman la Unión Europea. Pero

al contrario que ellos, carece de la infraestructura necesaria para alcanzar su nivel de riqueza. Una tercera parte de Brasil es jungla, donde resulta tremendamente caro, y en ciertas áreas ilegal, adaptar el terreno para hacerlo habitable en condiciones modernas. La destrucción de la selva amazónica supone un problema a largo plazo que afecta al mundo entero, pero también es un problema a medio plazo para Brasil: los Gobiernos autorizan a los agricultores a talar y quemar la jungla para cultivar luego el terreno. Sin embargo, el suelo es tan pobre que, en pocos años, conseguir que crezcan los cultivos será insostenible. Los agricultores avanzan cortando más selva amazónica que, una vez que ha sido talada, no vuelve a crecer. Tanto la climatología como el suelo se confabulan contra el desarrollo de la agricultura.

Puede que el río Amazonas sea navegable en algunos tramos, pero sus orillas son cenagosas y la tierra circundante obstaculiza la construcción. Este problema contribuye a limitar seriamente la cantidad de terreno aprovechable. Justo debajo de la región del Amazonas, en las áreas montañosas, se encuentra la sabana, protagonista, en cambio, de una historia de éxito. Veinticinco años atrás, esta zona no se consideraba apta para la agricultura, pero la tecnología brasileña la ha transformado en uno de los principales centros mundiales de producción de soja, lo que, unido al aumento de la producción de grano, significa que el país se está convirtiendo en un foco agrícola de primera magnitud.

Al sur de la sabana se extienden los tradicionales terrenos agrícolas de Brasil. Aquí nos hallamos en el Cono Sur de América del Sur, que Brasil comparte con Argentina, Uruguay y Chile. La sección brasileña, relativamente pequeña, fue donde se asentaron los primeros colonizadores portugueses, trescientos años antes de que la población pudiera abandonar sus núcleos centrales y poblar de forma apreciable el resto del

país. Hoy por hoy, la mayoría de la gente sigue viviendo en las zonas costeras, pese a la decisión drástica, tomada en la década de 1950, de desplazar la capital (antaño Río de Janeiro) varios centenares de kilómetros hacia el interior y establecerla en la ciudad de Brasilia, construida exprofeso, en un intento por desarrollar el corazón de Brasil.

El núcleo agrícola del sur cuenta con un tamaño similar al de España, Portugal e Italia juntos y es mucho más llano que el resto del país. Está relativamente bien irrigado, pero la mayor parte de su superficie se ubica en el interior de la región y carece de rutas de transporte en condiciones.

Lo mismo resulta aplicable a casi todo Brasil. Si uno observa muchas de sus ciudades costeras desde el mar, suele toparse con un acantilado gigantesco alzándose imponente desde el agua, a ambos lados del área urbana o bien directamente a su espalda. Conocido como Gran Escarpadura, es una presencia constante a lo largo de buena parte de la línea costera de Brasil: supone el final de la meseta llamada escudo brasileño, la cual abarca el grueso del interior del país.

Dado que Brasil carece de una planicie costera, conectar sus principales ciudades costeras requiere de la construcción de rutas por encima de las escarpaduras hasta alcanzar el siguiente núcleo urbano y descender luego de nuevo. La falta de carreteras decentes y acondicionadas se ve agravada por deficiencias similares en las líneas férreas. Esta no es la receta que conduce a comerciar óptimamente ni a la unificación de un espacio político extenso.

La cosa empeora. Brasil no dispone de acceso directo a los ríos de la región del Río de la Plata. El propio río de la Plata desemboca en el Atlántico en Argentina, lo que significa que, durante siglos, los comerciantes han movido sus productos haciéndolos descender hasta Buenos Aires, antes que subirlos y bajarlos por la Gran Escarpadura para llegar a los puertos

subdesarrollados de Brasil. Stratfor.com, la compañía especializada en inteligencia geopolítica con base en Texas, estima que los siete mayores puertos de Brasil juntos trasiegan anualmente menos productos que el de Nueva Orleans.

Por consiguiente, Brasil carece del volumen de comercio que desearía y, no menos importante, la mayoría de sus bienes circulan por carreteras inadecuadas en vez de hacerlo por ríos, con el sobrecoste consiguiente. Por el lado positivo, Brasil está trabajando en su infraestructura de transportes y las reservas de gas recién descubiertas frente a sus costas ayudarán a financiarla, al tiempo que reducirán su dependencia energética de Bolivia y Venezuela y amortiguarán los inevitables altibajos económicos que padecen todas la naciones. De todos modos, Brasil necesitará realizar esfuerzos hercúleos para superar sus desventajas geográficas.

Se cree que en torno a un 25 por ciento de los brasileños vive en las infames favelas suburbanas. Cuando uno de cada cuatro ciudadanos sufre una pobreza extrema, es difícil que un Estado se haga rico. Esto no significa que Brasil no sea una potencia emergente, solo que su progresión se verá limitada.

Un atajo al crecimiento podría ser el poder blando, de aquí los esfuerzos del país por obtener un sitio permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y su costumbre de establecer alianzas económicas regionales como Mercosur, que vincula de forma laxa a Brasil, Argentina, Paraguay, Uruguay y Venezuela. Cada pocos años, con frecuencia liderados por Brasil, los países de América del Sur intentan lanzar su propia versión de la Unión Europea. Su última encarnación fue UNASUR, al que se unieron doce naciones sudamericanas. Su centro de operaciones se encuentra en Ecuador, si bien es Brasil quien lleva la voz cantante. En eso recuerda a la Unión Europea, cuya sede central se sitúa en Bélgica y su potencia líder, en Alemania. Y aquí acaban las compara-

ciones. UNASUR goza de una presencia muy notable en internet, pero continúa siendo antes una página web que una unión económica. Los países de la UE tienen sistemas políticos y económicos similares, y la mayoría de sus miembros, una moneda común, mientras que los latinoamericanos difieren en términos políticos, económicos y monetarios, así como en sus niveles de educación y en su legislación laboral. También deben superar los obstáculos que generan las grandes distancias y los derivados de la altura de las montañas y de la densidad de las junglas que los separan.

Sin embargo, Brasil continuará trabajando para ayudar a hacer de América del Sur una locomotora, recurriendo para ello a la diplomacia y a su creciente poder económico. El país es no beligerante por naturaleza, su política exterior rechaza la intervención en otros países y la posibilidad de que entre en guerra con sus vecinos parece muy improbable. Se las ha ingeniado para mantener buenas relaciones con las otras once naciones de América del Sur, pese a que tiene fronteras con nueve de ellas.

Existe una disputa fronteriza con Uruguay, si bien no hay visos de que vaya a estallar, y la rivalidad entre Argentina y Brasil no parece que vaya a trascender los campos de fútbol. En los últimos años, Brasil ha retirado destacamentos militares de su frontera con Argentina y ha visto como su vecino de habla hispana seguía su ejemplo. Un buque de la Armada argentina ha sido bienvenido a un puerto de Brasil, acceso que le fue denegado, hace unos años, a uno de la Armada británica, gesto que contentó a una Argentina que mantiene un pulso diplomático con Reino Unido por las islas Malvinas.

Brasil forma parte del BRICS, un grupo de países importantes y de los que se dice que atraviesan un auge económico y político. Lo cierto es que, si bien cada uno de ellos puede ir al alza de forma individual, el concepto supone más una pose que una realidad. De ningún modo Brasil, Rusia, India, China

y Sudáfrica conforman una entidad política ni geográfica y apenas tienen nada en común los unos con los otros. Si las iniciales de cada país no hubiesen formado casi una palabra, la teoría que hay detrás no hubiera calado.* Los BRICS organizan una conferencia anual y Brasil se alía en ocasiones con India y Sudáfrica en asuntos internacionales, una maniobra que trae un eco vago del Movimiento de Países No Alineados que surgió en la guerra fría, pero lo que no hace es posicionarse junto a Rusia y China cuando adoptan una postura hostil hacia Estados Unidos.

Las relaciones entre los gigantes del norte y del sur de América sufrieron un descalabro en 2013, a raíz de una polémica que a Brasil todavía le escuece. La noticia de que la Agencia de Seguridad Estadounidense espió a la presidenta brasileña, Dilma Rousseff, llevó a esta a cancelar una visita oficial a Washington. Que la administración Obama no hiciera pública una disculpa dejó en evidencia el enfado de Estados Unidos por el hecho de que China los hubiera desbancado como principal socio comercial de Brasil. La subsiguiente compra de cazas de combate a Suecia por parte de Brasil, en vez de a Boeing, se interpretó como un efecto de la pelea. En cualquier caso, la relación directa entre los Estados se ha recuperado parcialmente, aunque no entre sus presidentes. Al contrario que Venezuela bajo el liderazgo del difunto presidente Chávez, buscar el enfrentamiento no es el estilo de Brasil. Los brasileños saben que el mundo los considera una potencia emergente, pero no pierden de vista que jamás alcanzarán el poder de los norteamericanos.

Tampoco podrá hacerlo Argentina, aunque en cierta manera está mejor posicionada que Brasil con vistas a erigirse en un país del Primer Mundo. Carece del tamaño y del volumen de población necesarios para convertirse en la principal fuerza

* BRICS suena igual que *bricks*, que significa «ladrillos» en español. *(N. del t.)*

regional de Latinoamérica, un destino que parece reservado a Brasil. Pero sí cuenta con un terreno con la calidad suficiente como para generar unos niveles de vida comparables a los de los países europeos. Esto no significa que acabe consiguiéndolo, únicamente que si Argentina lleva a cabo las políticas económicas acertadas, su geografía le permitirá llegar a ser la potencia que nunca ha sido.

Los fundamentos de este potencial se crearon en el siglo XIX con las victorias militares sobre Brasil y Paraguay, que desembocaron en el control de las regiones agrícolas llanas del Río de la Plata y, por tanto, del sistema de navegación fluvial que permite que el comercio baje en dirección a Buenos Aires y su puerto. Este es uno de los bienes inmuebles más valiosos de todo el continente. De inmediato concedió a Argentina una ventaja económica y estratégica sobre Brasil, Paraguay y Uruguay, vigente en la actualidad.

De todos modos, Argentina no siempre ha sabido sacarle el máximo partido a sus ventajas. Un siglo atrás se encontraba entre los diez países más ricos del mundo, por delante de Francia e Italia. Sin embargo, su incapacidad a la hora de diversificar, una sociedad estratificada e injusta, un sistema de educación deficiente, una sucesión de golpes de Estado y un conjunto de políticas económicas divergentes durante el período democrático, que abarca los últimos treinta años, han comportado un descenso pronunciado del estatus de Argentina.

En Brasil circula un chiste sobre sus altivos vecinos que define cómo los ven: «Solo gente así de sofisticada podría causar un desastre de este tamaño». Argentina necesita hacer bien las cosas y una vaca muerta puede serle de ayuda.

Vaca Muerta es un yacimiento de esquisto que, sumado al resto de zonas con esquisto del país, podría cubrir las necesidades energéticas de Argentina durante los próximos ciento cincuenta años y permitirle además exportar su excedente. Se

ubica en la mitad inferior de Argentina, en la Patagonia, y limita con la frontera occidental de Chile. Cuenta con el tamaño de Bélgica, relativamente pequeño para un país, pero grande para un yacimiento de esquisto. Por ahora todo bien, siempre que se esté a favor de la energía obtenida a partir del esquisto. Pero la cosa tiene trampa. Extraer el gas y el petróleo de la roca de esquisto requeriría de una enorme inversión extranjera y Argentina no es visto desde fuera como un país que invite a invertir en él.

Hay más petróleo y gas muy hacia el sur. Tan al sur, de hecho, que ya lo hallamos en alta mar, en el interior y alrededor de islas que llevan siendo británicas desde 1833. Y aquí yace un problema que aparece de forma recurrente en los telediarios.

Lo que Reino Unido denomina Falkland Islands son conocidas en Argentina como las Malvinas, y pobre de aquel argentino al que se le ocurra referirse a ellas como lo hacen los británicos. Para Argentina supone una ofensa cualquier mapa que no las llame «islas Malvinas», y a todos los estudiantes de primaria se les enseña a dibujar los contornos de las dos islas principales, al oeste y al este. Recuperar «Las Hermanitas Perdidas» ha supuesto un objetivo nacional para sucesivas generaciones de argentinos, una causa a la que han brindado su apoyo la mayoría de sus vecinos latinoamericanos.

En abril de 1982, los británicos bajaron la guardia y la dictadura militar argentina, comandada por el general Galtieri, ordenó invadir las islas. La acción se consideró un éxito rotundo hasta que, ocho semanas después, Reino Unido envió sus fuerzas especiales y en un soplo derrotó al ejército de Argentina, apoderándose de nuevo del territorio. Esto trajo, a su vez, la caída de la dictadura.

Si la invasión llevada a cabo por Argentina hubiese tenido lugar en la década actual, Reino Unido no habría estado en posición de recuperar las islas, dado que, hasta hoy, carece de

portaaviones en activo, una situación que quedará remediada en 2020, momento en que las opciones de Argentina de reconquistarlas llegarán a su fin. De todas maneras, pese al atractivo del petróleo y el gas, una invasión argentina de las Malvinas parece improbable por dos motivos.

En primer lugar, Argentina es hoy una democracia y sabe que la mayoría de los habitantes de las islas desea permanecer bajo soberanía británica. En segundo lugar, los británicos salieron escarmentados. Puede que no dispongan temporalmente de un portaaviones con el que navegar los casi 13.000 kilómetros que los separan del Atlántico Sur, pero sí que tienen desplegados varios centenares de soldados de combate en las islas, junto con sistemas de radar avanzados, misiles tierra-aire, cuatro cazas Eurofighter y probablemente un submarino con cabezas nucleares merodeando por la zona la mayor parte del tiempo. La intención de Reino Unido es disuadir a Argentina de la sola idea de llegar hasta las playas, ya no digamos de apropiarse de las islas.

Las fuerzas aéreas argentinas emplean aviones que llevan décadas de retraso respecto a los Eurofighter, y la diplomacia británica se aseguró de abortar el intento de Argentina por comprar modelos avanzados a España. Adquirirlos de Estados Unidos resulta inviable en virtud de las Relaciones Especiales entre Reino Unido y Estados Unidos que, en algunas ocasiones, ciertamente hacen honor a su nombre. De manera que las opciones de que a Argentina le resulte factible organizar otro ataque antes de 2020 son remotas.

En cualquier caso, esto no va a apaciguar la guerra diplomática, ya que Argentina ha afilado las armas con las que cuenta en este terreno. Buenos Aires ha advertido que cualquier empresa petrolera que lleve a cabo prospecciones en las Malvinas/Falkland no podrá optar a una licencia para explotar los yacimientos de esquisto de Vaca Muerta con el fin de

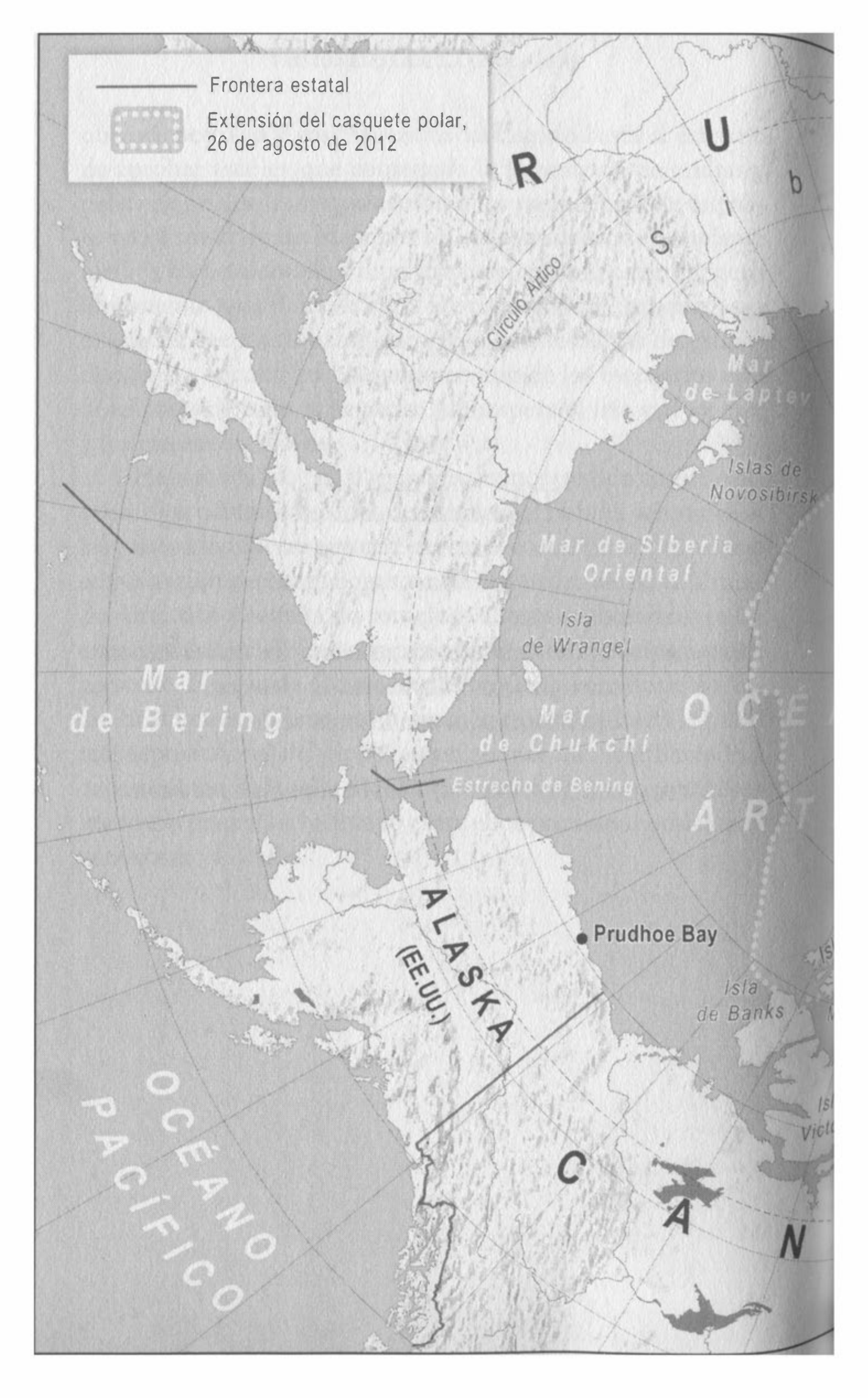
obtener petróleo y gas. Argentina ha llegado hasta el extremo de aprobar una ley que contempla la imposición de multas y penas de prisión a los que exploten los yacimientos de esquisto en el suelo de las Malvinas sin su autorización. Semejante medida ha desalentado a muchas petroleras importantes, pero obviamente no a Reino Unido. De todos modos, sea quien sea el que sondee las riquezas que yacen bajo las aguas del Atlántico Sur se encontrará operando en uno de los escenarios más desafiantes de todo el negocio. Allí impera el frío y el viento, y los mares son bravos.

Hemos viajado tan al sur como hemos podido antes de alcanzar los páramos helados del Antártico. Si bien son muchos los países a los que les gustaría ejercer el control sobre ellos, una combinación de condiciones ambientales extremas, el Tratado Antártico y la falta de recursos valiosos y obtenibles se ha encargado de evitar una competición abierta, al menos hasta el presente. No puede decirse lo mismo de su homólogo norteño. Si subimos en línea recta desde la Antártida hasta la parte más septentrional del globo, alcanzaremos un lugar llamado a ser un campo de batalla diplomático en el siglo XXI, con países grandes y pequeños luchando entre ellos por tomar posiciones ventajosas: el Ártico.

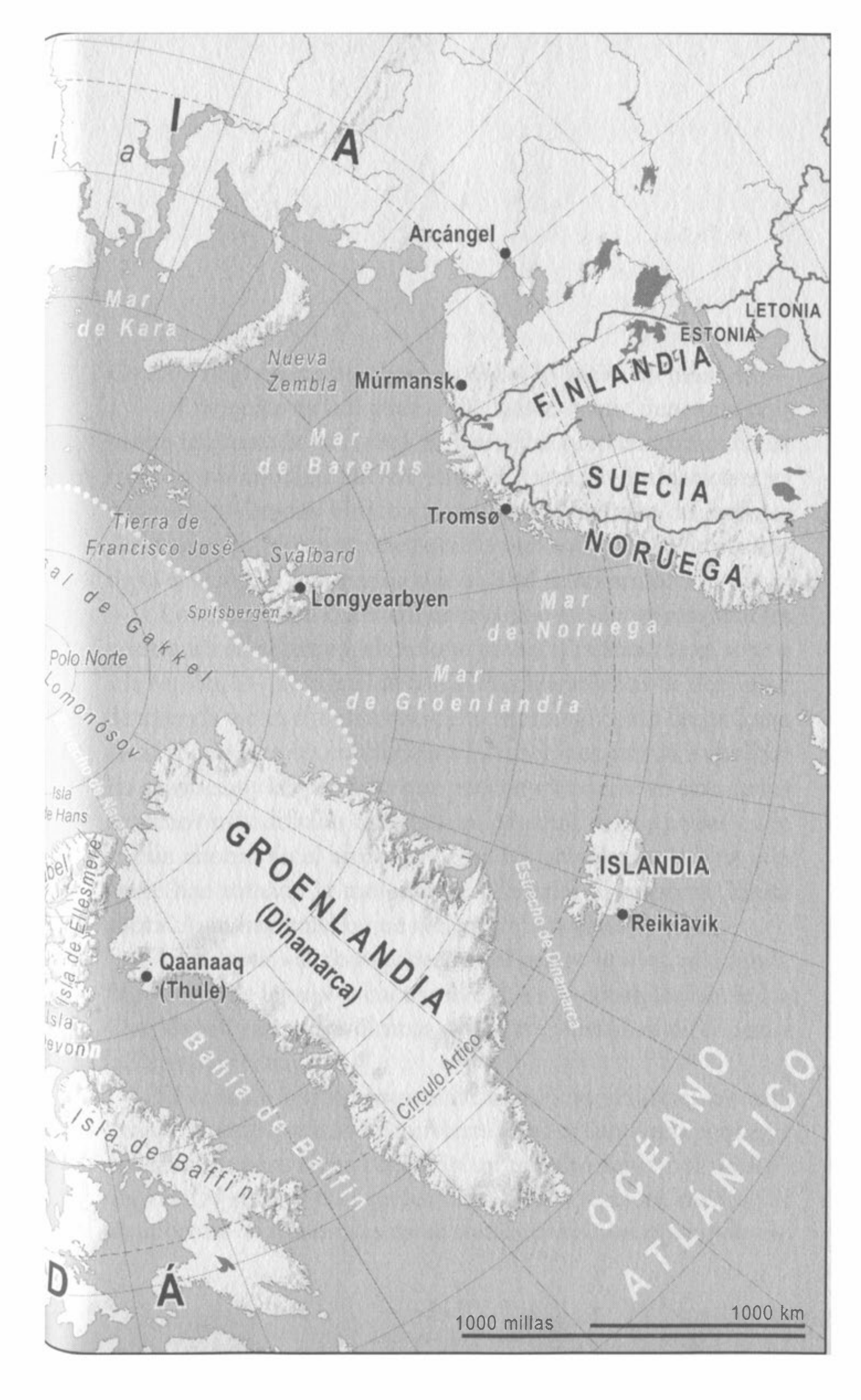
10
EL ÁRTICO

Existen dos tipos de problemas relacionados con el Ártico:
los imaginarios y los reales. De los dos,
los imaginarios son los más reales.

VILHJALMUR STEFANSSON, *The Arctic in Fact and Fable*



Frontera estatal
Extensión del casquete polar, 26 de agosto de 2012
R U
S i b
Círculo Ártico
Mar de Laptev
Islas de Novosibirsk
Mar de Siberia Oriental
Isla de Wrangel
Mar de Bering
Mar de Chukchi
Estrecho de Bering
OCÉ
ÁRT
ALASKA (EE.UU.)
Prudhoe Bay
Isla de Banks
OCÉANO PACÍFICO
C A N


I
A
a
Arcángel
LETONIA
ESTONIA
Mar
de Kara
Nueva
Zembla
Múrmansk
FINLANDIA
Mar
de Barents
SUECIA
Tromsø
Tierra de
Francisco José
Svalbard
NORUEGA
Longyearbyen
Spitsbergen
Mar
de Noruega
Polo Norte
Gakkel
Lomonósov
Mar
de Groenlandia
Isla
de Hans
GROENLANDIA
(Dinamarca)
ISLANDIA
Estrecho de Dinamarca
Reikiavik
Isla de Ellesmere
Qaanaaq
(Thule)
Isla
Devon
Círculo Ártico
Bahía de Baffin
Isla de Baffin
OCÉANO
ATLÁNTICO
D
Á
1000 millas
1000 km

Cuando lleguen los hombres de hielo, lo harán en manada.

¿Y de quién es la manada? De Rusia. Nadie tiene una presencia tan acusada en la región ni está tan preparado para hacer frente a sus condiciones extremas. El resto de las naciones va a la zaga y Estados Unidos ni siquiera da señales de intentar darle alcance. Norteamérica es una nación ártica sin una estrategia ártica para una región que se está calentando.

Los efectos del calentamiento global son ahora más visibles que nunca en el Ártico: el hielo se deshace, facilitando el acceso a la región, lo que coincide con el descubrimiento de depósitos de energía y con el desarrollo de la tecnología para llegar hasta ellos. Todo esto ha conducido a las naciones árticas a analizar las ganancias y las pérdidas que pueden obtenerse en uno de los entornos más difíciles del planeta. Muchos de los países en la región chocan en el apartado de las reclamaciones, si bien aún no se han tomado la molestia de presionar al respecto. Hasta ahora. Aquí hay mucho que reclamar y mucho a debatir.

La palabra «ártico» procede del griego *artikos*, que significa «cerca de la osa» y hace referencia a la constelación de La Osa Mayor, cuyas dos últimas estrellas apuntan en dirección a la Estrella Polar.

El océano Ártico comprende 14.060.000 kilómetros cuadrados. Puede que ello lo convierta en el océano más pequeño del mundo, pero sigue teniendo un tamaño similar al de Rusia y es 1,5 veces el de Estados Unidos. Proporcionalmente, las plataformas continentales en su suelo oceánico ocupan más es-

pacio que en ningún otro océano, lo que es una de las razones que explican las dificultades a la hora de llegar a acuerdos en materia de soberanía.

La región del Ártico abarca territorios en partes de Canadá, Finlandia, Dinamarca (Groenlandia), Islandia, Noruega, Rusia, Suecia y Estados Unidos (Alaska). Hablamos de una tierra de extremos: en verano, durante cortos períodos de tiempo, la temperatura puede alcanzar los 26 °C en algunos lugares, mientras que, durante largos períodos de tiempo en invierno, puede descender abruptamente hasta situarse a –45 °C. Hay parajes rocosos azotados por vientos helados, fiordos espectaculares, desiertos polares e incluso ríos. Es un sitio extremadamente hostil y extremadamente bello que ha cautivado al género humano desde hace miles de años.

La primera expedición de la que se tiene constancia la realizó un marino griego llamado Piteas de Masilia en el año 330 a.C., que descubrió una tierra extraña llamada Thule. De regreso a su hogar en el Mediterráneo, fueron pocos los que creyeron sus deslumbrantes relatos sobre unos parajes de un blanco impoluto, mares helados y criaturas muy raras, entre ellas unos gigantescos osos blancos. Pero Piteas fue solo el primero de los muchos que, a lo largo de los siglos, quedarían prendados de las maravillas del Ártico y sucumbirían a las emociones que despierta.

Muchos también sucumbieron a las privaciones, en especial aquellos que viajaron hasta los confines del mundo conocido en busca de lo que los incrédulos calificaban de puro mito: el paso del Noroeste en el océano Ártico, el cual unía los océanos Atlántico y Pacífico. Un ejemplo lo constituye Henry Hudson. Puede que la segunda mayor bahía del planeta lleve su nombre, pero seguro que en 1607 hubiese preferido llegar a viejo antes que navegar sin rumbo y, casi con toda probabilidad, ser arrojado a una muerte segura por una tripulación amotinada, incapaz de soportar más sus aventuras exploradoras.

Respecto a quién fue el primero en alcanzar el Polo Norte, bueno… es una cuestión peliaguda, ya que, si bien existe un punto fijo en el globo que marca su posición, el hielo que hay por debajo está en movimiento, por lo que sin un equipo de GPS es complicado precisar con exactitud dónde se encuentra uno. Sir Edward Parry, sin la ayuda de un GPS, lo intentó en 1827, pero el hielo se desplazaba hacia el sur más rápido de lo que él podía hacerlo hacia el norte, de manera que acabó retrocediendo. Por lo menos vivió para contarlo.

El capitán Sir John Franklin tuvo menos suerte cuando, en 1845, intentó cruzar la última sección del paso del Noroeste pendiente de ser navegada. Sus dos buques quedaron atrapados en el hielo cerca de la isla del Rey Guillermo, en el archipiélago canadiense. Los 129 miembros de la tripulación fallecieron, algunos a bordo y otros tras abandonar las naves y empezar a caminar hacia el sur. Se enviaron varias expediciones en busca de supervivientes, pero solo encontraron un puñado de esqueletos y escucharon historias, de boca de los cazadores inuit, acerca de docenas de hombres blancos que murieron mientras caminaban por los parajes helados. Los buques habían desaparecido por completo, pero en el año 2014 la tecnología dio alcance a la geografía: un equipo de rastreo canadiense localizó uno de ellos utilizando un sónar y consiguió sacar a la superficie su campana. Se trataba del HMS *Erebus* y yacía en el fondo marino del paso del Noroeste.

La fatalidad que se abatió sobre la expedición de Franklin no disuadió a muchos otros aventureros de intentar abrirse paso por el archipiélago, aunque no fue hasta 1905 que el excepcional explorador noruego Roald Amundsen dio con la ruta correcta, recurriendo a una embarcación más pequeña y acompañado por solo cinco tripulantes. Pasó por la isla del Rey Guillermo, cruzó el estrecho de Bering y se adentró en el Pacífico. Supo que lo había conseguido al divisar un buque ballenero de San Francisco aproximándose en la dirección opuesta. En sus

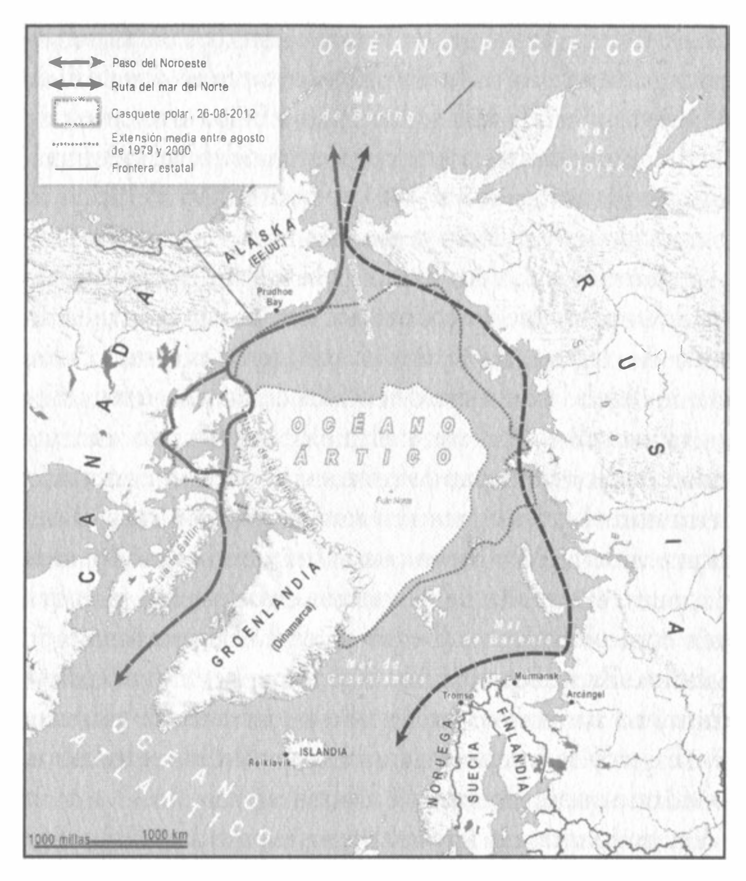
diarios confiesa que la emoción lo embriagó, un hecho quizá tan excepcional como su gran proeza: «El paso del Noroeste se había cruzado. Mi sueño de niño se acababa de cumplir. Una extraña sensación me trepó por la garganta. Estaba muy agotado y exhausto —la debilidad se había apoderado de mí—, y no pude evitar que las lágrimas acudieran a mis ojos».

Veinte años después decidió que quería ser el primer hombre en sobrevolar el Polo Norte, algo sin duda más sencillo que cruzarlo a pie, pero que también suponía una hazaña tremenda. Junto con el piloto italiano Umberto Nobile y una tripulación de catorce personas, voló en un dirigible rígido, lanzando banderas noruegas, italianas y norteamericanas desde una altura de unos 90 metros. Por muy heroico que fuera el esfuerzo, el siglo XXI no consideró que detrás hubiera mucha base legal para que los tres países implicados pudieran reclamar ningún tipo de soberanía sobre la región.

Lo mismo se aplica al impresionante logro llevado a cabo por el japonés Shinji Kazama, quien en 1987 se convirtió en la primera persona en alcanzar el Polo Norte en motocicleta. El señor Kazama era tan intrépido que no se habría amedrentado frente a un casquete polar en plena contracción y habría conducido a través de una ventisca con el objetivo de entrar en los libros de historia, pero no cabe duda que en la actualidad hay menos hielo que cruzar.

El hecho de que los hielos están en retroceso no es discutible —en la última década, las imágenes por satélite han mostrado claramente el encogimiento del casquete polar—, solo las causas despiertan dudas. Casi toda la comunidad científica está convencida que el responsable es el ser humano, no simplemente los ciclos climáticos que ocurren de forma natural. Tampoco dudan de que la inminente explotación de sus riquezas acelerará el ritmo.

Ya hay pueblos a lo largo de las costas de Bering y Chukchi que han tenido que ser relocalizados por culpa de la erosión



Las imágenes por satélite muestran claramente el retroceso del hielo en el Ártico, lo que permite que las rutas marítimas a través de la región sean más accesibles durante períodos más largos del año.

de las líneas costeras y la pérdida de zonas de caza. Asistimos a una reestructuración biológica. Los osos polares y los zorros árticos se están desplazando, las morsas deben competir por el espacio y los peces, ajenos a las fronteras territoriales, se dirigen hacia el norte, agotando las reservas de algunos países y poblando las de otros. El bacalao y la caballa del Atlántico acaban en las redes de los arrastreros del Ártico.

Los efectos derivados de la fundición de los casquetes polares no golpean solo al Ártico: lugares tan alejados de él como las Maldivas, Bangladesh y los Países Bajos corren el riesgo de sufrir inundaciones con el aumento del nivel del mar. Estos efectos secundarios son los que convierten al Ártico en un problema global y no solo regional.

Al derretirse el hielo y quedar la tundra en un estado vulnerable, es probable que ocurran dos cosas que aceleren el proceso de degeneración de los casquetes polares. Los residuos que dejen las labores de construcción previstas acabarán depositados sobre la nieve y el hielo, reduciendo aún más la cantidad de terreno capaz de reflectar el calor. A continuación, la tierra oscura y las aguas abiertas absorberán más calor que el volumen de hielo y nieve que habrán reemplazado, aumentando, pues, el tamaño del territorio ennegrecido. A esto se lo conoce como el «efecto albedo» y combina aspectos negativos y positivos. Entre los últimos, está el que la tundra recalentada permitirá un aumento considerable del número de plantas y de cultivos agrícolas, lo que ayudará a las poblaciones locales en su búsqueda de nuevas fuentes de alimentación.

Sin embargo, no hay escapatoria ante la perspectiva de que una de las regiones mejor conservadas del mundo está a punto de cambiar. Algunos modelos de predicción climática apuntan a que el Ártico se verá privado de hielo en verano hacia finales de este siglo. Unos pocos predicen que ocurrirá mucho antes. Pero no cabe duda de que, con independencia de la rapidez y del dramatismo con que se produzca, la reducción ya está en marcha.

La fundición del casquete polar permite cada año a los buques de carga atravesar el paso del Noroeste en el archipiélago canadiense durante algunas semanas de verano, rebajando en por lo menos una semana el tiempo de tránsito entre Europa y China. El primer buque en no ser escoltado por un rompehie-

los lo cruzó en 2014. El *Nunavik* transportaba 23.000 toneladas de mineral de níquel de Canadá a China. La ruta polar era un 40 por ciento más corta y pasaba por aguas más profundas que las del canal de Panamá. Esto permitió al buque aumentar su carga, ahorró decenas de miles de dólares en combustible y redujo las emisiones contaminantes a la atmósfera en 1.300 toneladas métricas. Se estima que en el año 2040 la ruta quedará abierta durante dos meses al año, lo cual transformará las relaciones comerciales en Alto Norte y, en puntos tan remotos como Egipto y Panamá, tendrá repercusiones relacionadas con los ingresos derivados de los canales de Suez y Panamá.

La ruta noreste —o «ruta del mar del Norte», como la llaman los rusos— que abraza la línea costera de Siberia también está abierta durante varios meses al año y crece su popularidad como autopista marítima.

No acaba aquí la lista de riquezas potenciales que abre la fundición de este casquete polar. Se cree que puede existir una cantidad ingente de reservas de gas y petróleo por descubrir en zonas de la región ártica que ahora resultan accesibles. En 2008 el Informe Geológico de Estados Unidos calculó que en el Ártico hay 1.670 billones de metros cúbicos de gas natural, 44.000 millones de barriles de gas natural líquido y 90.000 millones de barriles de petróleo, casi todo ello bajo el mar. A medida que más y más territorio se haga accesible, puede que se descubran reservas extra del oro, zinc, níquel y hierro ya hallados en parte del Ártico.

ExxonMobil, Shell y Rosneft se cuentan entre los gigantes energéticos que están solicitando licencias y empezando con las perforaciones. Los países y las empresas dispuestos a esforzarse con el fin de alcanzar las riquezas deberán lidiar con una climatología desafiante, con un lugar donde —durante buena parte del año— las noches son eternas y el mar se congela a una profundidad de unos dos metros, y donde, en mar abierto, las olas pueden alcanzar los doce metros de altura.

Va a suponer un trabajo sucio, duro y peligroso, sobre todo para aquellos que planean operaciones a lo largo de todo el año. También requerirá de inversiones monumentales. Extender gasoductos resultará imposible en muchos lugares y construir una infraestructura compleja de licuefacción en el mar, en especial en condiciones adversas, sale muy caro. De todos modos, los beneficios estratégicos y financieros que se pueden obtener llevarán a los grandes inversores a reclamar los territorios y empezar a perforar. No parece que los posibles daños al medioambiente vayan a frenarles.

Las reclamaciones de soberanía no se basan en las banderas de los pioneros de la exploración sino en la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (CNUDM). Esta sostiene que sus firmantes poseen los derechos económicos en exclusiva desde su costa hasta un límite de 200 millas náuticas (a menos que esto entre en conflicto con los límites de otro país), área que pueden declarar Zona Económica Exclusiva (ZEE). El petróleo y el gas dentro de ella se consideran, por lo tanto, propiedad del Estado en cuestión. En determinadas circunstancias, y siempre sujeta a evidencia científica sobre la plataforma continental del país, se puede solicitar una extensión de la ZEE a 350 millas náuticas desde la costa.

La fundición del casquete polar ártico está endureciendo la actitud de los ocho miembros del Consejo Ártico, el foro donde la geopolítica se convierte en geopolártica.

Los «Cinco Árticos», aquellos Estados con fronteras en el océano Ártico, son Canadá, Rusia, Estados Unidos, Noruega y Dinamarca (dado que Groenlandia está bajo su soberanía). A ellos se suman Islandia, Finlandia y Suecia, que también son miembros de pleno derecho. Existen otras doce naciones con el estatuto de Observadores Permanentes, después de haber reconocido la «soberanía, derechos soberanos y jurisdicción de los Estados Árticos» en la región, entre otros criterios. Por ejemplo,

en el Consejo Ártico celebrado en 2013, Japón e India, que han financiado expediciones científicas al Ártico, y China, que cuenta con una base científica en una isla noruega y con un rompehielos moderno, obtuvieron el estatus de Observadores Permanentes.

De todos modos, algunos países que no forman parte del Consejo aseguran poseer intereses legítimos en la región, y aún son más los que defienden que, a la luz de la teoría del «patrimonio común de la humanidad», el Ártico debería estar abierto a todo el mundo.

En estos momentos, hay sobre la mesa al menos nueve disputas jurídicas y reclamaciones ligadas a la soberanía del océano Ártico, todas ellas complejas desde un punto de vista legal y algunas capaces de causar tensiones serias entre las naciones. Una de las más contundentes la protagonizan los rusos: Moscú ya ha dejado su marca y lo ha hecho a mucha profundidad. En 2007 envió dos submarinos tripulados a 4.261 metros por debajo de las olas, al lecho marino del Polo Norte, y plantó una bandera de titanio antioxidante como declaración de intenciones. Hasta donde se sabe, hasta hoy sigue «ondeando» ahí abajo. A esta acción le siguió la propuesta de un *think tank* ruso de rebautizar el Ártico. No le dieron muchas vueltas hasta encontrar una alternativa: «el océano Ruso».

Rusia también considera que la dorsal de Lomonósov, junto a su costa siberiana, es una extensión de la plataforma continental de Siberia, por lo que le pertenece en exclusiva. Esto plantea un problema para otros países, ya que la dorsal se extiende hasta el Polo Norte.

Rusia y Noruega chocan en el mar de Barents. Noruega sostiene que la dorsal de Gakkel en el mar de Barents es una extensión de su ZEE, pero los rusos disienten, y ambos mantienen también un pulso por las islas Svalbard, el punto más septentrional del planeta que cuenta con asentamientos humanos. La mayoría de los países y organismos internacionales recono-

ce que las islas se encuentran bajo soberanía noruega (si bien limitada), pero la más grande de ellas, Spitsbergen, tiene una creciente población de migrantes rusos que se ha articulado en torno a la industria minera del carbón. Las minas no generan beneficios, pero la comunidad rusa actúa para Moscú como un instrumento muy útil a la hora de reclamar el conjunto de las islas Svalbard. Cuando Rusia así lo decida, puede provocar tensiones y justificar una intervención alegando razones geológicas y la «realidad sobre el terreno» de la población rusa.

Noruega, que es miembro de la OTAN, sabe lo que se avecina y ha convertido el Alto Norte en la prioridad de su política exterior. Su fuerza aérea intercepta con frecuencia aquellos cazas de combate rusos que se aproximan a sus fronteras: el aumento de las tensiones la ha llevado a desplazar su centro de operaciones militares del sur del país al norte, al tiempo que está construyendo un Batallón Ártico. Canadá está reforzando su competencia militar en clima frío y Dinamarca ha reaccionado a los alardes de poder por parte de Moscú creando una Fuerza de Respuesta Ártica.

Mientras tanto, Rusia está armando un Ejército Ártico. Seis nuevas bases militares están en proceso de construcción y varias instalaciones que llevaban oxidándose desde la guerra fría —como las localizadas en las islas de Novosibirsk— han reabierto, a lo que se suma la renovación de pistas de aterrizaje. Para la región de Múrmansk se está preparando una fuerza compuesta por al menos 6.000 soldados de combate que incluirá dos brigadas de infantería mecanizadas, las cuales contarán con motos de nieve y aerodeslizadores.

No es casualidad que a Múrmansk se la conozca ahora como la «puerta norte de la energía rusa», ni que el presidente Putin haya señalado, en referencia al suministro energético: «Los campos petrolíferos en alta mar, especialmente en el Ártico, suponen, sin la menor exageración, nuestras reservas estratégicas para el siglo XXI».

Las Brigadas Múrmansk supondrán la fuerza mínima que Moscú mantendrá desplegada en el Ártico, pero Rusia ya demostró su plena capacidad de combate en clima frío con un ejercicio en 2014 en el que participaron 155.000 hombres y miles de tanques, cazas y buques. El ministro de Defensa ruso destacó que su tamaño había sobrepasado al de ejercicios llevados a cabo durante la guerra fría.

Durante estos juegos de guerra, las tropas rusas recibieron órdenes de repeler una invasión de una potencia extranjera llamada «Misuri», en clara referencia a Estados Unidos. ¿El escenario? Tropas de «Misuri» se habían desplegado en Chukotka, Kamchatka, las islas Kuriles y Sajalín para dar su apoyo a una potencia asiática anónima que ya había provocado un enfrentamiento con Rusia. La potencia anónima era Japón y el conflicto previo fue interpretado por los analistas como la disputa territorial que mantienen por las islas Kuriles del Sur. Tan belicosa declaración de intenciones quedó luego subrayada políticamente cuando, por primera vez, el presidente Putin añadió la región ártica a la esfera de influencia rusa en su doctrina oficial para asuntos exteriores.

A pesar del encogimiento del poderío económico de Rusia, que se ha traducido en muchos departamentos del Gobierno afectados por recortes, el presupuesto de Defensa ha aumentado, en parte para pagar el incremento de la fuerza militar en el Ártico que tendrá lugar hasta el año 2020. Moscú tiene planes para el futuro, infraestructura del pasado y la ventaja de la ubicación. Tal y como declaró la capitana Melissa Bert, de la Guardia Costera de Estados Unidos, en el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de Washington, DC: «Ellos cuentan con ciudades en el Ártico, nosotros solo con poblados».

De muchas maneras, todo esto supone una continuación —o cuando menos una resurrección— de las políticas desarrolladas por Rusia en el Ártico durante la guerra fría. Los rusos

saben que la OTAN puede neutralizar su flota del Báltico bloqueando el estrecho de Skagerrak. Este bloqueo potencial se complica por el hecho de que su Flota del Norte, bien arriba en el Ártico, solo dispone de 180 millas náuticas de aguas abiertas en la línea costera de Kola antes de impactar contra los hielos árticos. Desde este corredor tan angosto también se ve obligada a descender atravesando el mar de Noruega y luego ha de pasar la trampa en potencia que supone el estrecho de GIUK (Groenlandia, Islandia y Reino Unido) para alcanzar el océano Atlántico. Durante la guerra fría, la OTAN bautizó esta área como la «Zona Mortal» por ser aquella en la que sus aviones, buques y submarinos esperaban cazar a la flota soviética.

Si avanzamos a toda velocidad hasta la nueva guerra fría, las estrategias siguen siendo las mismas, por mucho que los norteamericanos hayan retirado sus tropas de Islandia, aliado suyo en la OTAN. Islandia no dispone de fuerzas militares propias y la retirada de los estadounidenses fue calificada por el Gobierno islandés como un ejercicio de «miopía». En un discurso ofrecido en el Consejo Atlántico de Suecia, el ministro de Justicia de Islandia, Björn Bjarnason, declaró: «Debería mantenerse una cierta presencia militar en la región con la que se lanzaría una señal respecto a los intereses y ambiciones de una nación en un área determinada, puesto que un vacío militar es susceptible de ser interpretado como una falta de interés y prioridad nacional».

De todos modos, hace por lo menos una década que viene quedando claro que el Ártico es mucho más prioritario para los rusos que para los norteamericanos. Esto se refleja en el grado de atención por la región mostrado por ambos países. Aunque en el caso de Estados Unidos sería más apropiado hablar de su desatención relativa desde el colapso de la Unión Soviética.

Se necesitan más de mil millones de dólares y diez años para fabricar un rompehielos. Rusia descuella como principal potencia ártica con la mayor flota de rompehielos del mundo,

treinta y dos en total, según un informe de 2013 de la Guarda Costera de Estados Unidos. Seis de ellos son propulsados por energía nuclear, los únicos modelos que existen en el planeta, y Rusia también planea lanzar el rompehielos más potente jamás visto en 2018. Será capaz de partir bloques de hielo sumergidos a más de tres metros y de remolcar petroleros con cargas de hasta 70.000 toneladas.

Por el contrario, Estados Unidos cuenta con una flota de un único rompehielos pesado en activo, el *USS Polar Star*, de los ocho que poseía en la década de 1960, y entre sus previsiones no está fabricar otro. En 2012 tuvo que recurrir a una embarcación rusa para reabastecer su base de investigación en la Antártida, lo que significó un triunfo para la cooperación entre potencias, a la vez que una demostración de lo retrasado que se ha quedado Estados Unidos. Ninguna otra nación plantea un desafío: Canadá cuenta con seis rompehielos y está construyendo uno más, Finlandia tiene ocho, Suecia, siete, y Dinamarca, cuatro. China, Alemania y Noruega, uno por cabeza.

En otoño de 2015, Barack Obama realizó el primer viaje de un presidente en ejercicio e hizo un llamamiento a construir más buques rompehielos estadounidenses. Sin embargo, esto no fue más que un comentario al vuelo en el marco de un viaje centrado en el cambio climático. Los asuntos energéticos y de seguridad apenas fueron mencionados. El retraso de Washington al respecto es notorio.

Estados Unidos se enfrenta a otro problema. No ha ratificado el tratado CNUDM, por lo que, en la práctica, ha cedido 520.000 kilómetros cuadrados de territorio submarino en el Ártico al no reclamar el derecho a una ZEE.

En todo caso, rivaliza con Canadá por los potenciales derechos sobre reservas de petróleo en alta mar y por el acceso a las aguas del archipiélago canadiense. Canadá las considera una «vía fluvial interna», mientras que, en opinión de Estados

Unidos, se trata de un estrecho para la navegación internacional que no queda bajo la autoridad de las leyes canadienses. En 1985, Estados Unidos envió un rompehielos a surcar las aguas sin notificarlo previamente a Canadá, desencadenando un agrio encontronazo entre ambos vecinos, cuya relación es amistosa y espinosa al mismo tiempo.

Asimismo, Estados Unidos mantiene desencuentros con Rusia en torno al mar de Bering, el océano Ártico y el Pacífico norte. En 1990 firmaron un Acuerdo de Fronteras Marítimas por el que la entonces Unión Soviética cedía una región pesquera. Sin embargo, el Parlamento ruso se negó a ratificarlo tras la caída de la Unión Soviética. Ambos se comportan como si la zona estuviera bajo soberanía estadounidense, si bien los rusos se reservan el derecho a reabrir el tema.

Otro punto de fricción es el que mantienen Canadá y Dinamarca por la isla Hans, ubicada en el estrecho de Nares, que separa Groenlandia de la isla Ellesmere. Con una población de 56.000 personas, Groenlandia se autogobierna aunque permanece bajo soberanía danesa. Un acuerdo de 1953 entre Dinamarca y Canadá no resolvió la cuestión, por lo que uno y otro país se han ido tomando recurrentemente la molestia de navegar hasta la isla y plantar sus banderas nacionales.

Todos los encontronazos relacionados con la soberanía nacen de los mismos deseos y miedos: el deseo de salvaguardar rutas para la circulación militar y comercial, el deseo de poseer las riquezas naturales de la región, y el miedo de que los otros puedan agenciarse lo que uno pierda. Hasta hace poco, las riquezas eran solo hipotéticas, pero el deshielo ha transformado lo teórico en probable y, en algunos casos, en certeza.

El deshielo cambia la geografía y los intereses. Los Estados árticos y las grandes compañías energéticas deben tomar ahora una serie de decisiones sobre cómo quieren gestionar estos cambios y hasta dónde van a respetar el medio ambiente y a los ha-

bitantes del Ártico. El hambre de energía sugiere que la carrera, que algunos especialistas en el Ártico han calificado como *el Nuevo Gran Juego*, va a resultar inevitable. Muchas más embarcaciones, plataformas petrolíferas y de gas van a poblar el Alto Norte. De hecho, este va a ver mucho más de todo. Los rusos no solo tienen sus rompehielos propulsados por energía nuclear, sino que están valorando construir una central nuclear flotante, capaz de soportar el peso demoledor que suponen tres metros de hielo.

De todos modos, existen diferencias entre esta situación y el «reparto de África» en el siglo XIX o las maquinaciones de las grandes potencias en Oriente Medio, India y Afganistán en el Gran Juego originario. En esta carrera hay normas, un modelo y un foro donde tomar decisiones. El Consejo Ártico está compuesto de países maduros, el grueso de los cuales son democracias en mayor o menor medida. Las leyes internacionales que regulan las disputas territoriales, la contaminación medioambiental, las leyes marítimas y el trato dispensado a la población local son de aplicación. La mayor parte del territorio en disputa no ha sido conquistado recurriendo al imperialismo del siglo XIX o por Estados-nación en guerra los unos con los otros.

Los Estados árticos saben que su vecindario es duro, no tanto por las facciones belicosas sino por los desafíos que plantea su geografía. El Ártico cuenta con trece millones de kilómetros cuadrados de océano que pueden resultar oscuros, peligrosos y mortales. No es un buen lugar para estar sin amigos. Son conscientes de que cualquiera que desee cosechar éxitos en la región deberá cooperar, en especial en asuntos como los recursos pesqueros, el contrabando, el terrorismo, labores de búsqueda y rescate, y desastres medioambientales.

Resulta plausible que los choques derivados de los derechos de pesca puedan escalar hasta algo más serio, dado que Reino Unido e Islandia estuvieron a punto de llegar a la confrontación en las «guerras frías» de las décadas de 1950 y 1970. Donde-

quiera que haya rutas de tránsito, siempre se producirá contrabando, y nada invita a pensar que vaya a ser diferente en el caso del Ártico. Patrullar va a resultar complicado debido a las condiciones del lugar. A medida que más embarcaciones comerciales y cruceros naveguen por la zona, la capacidad de las naciones árticas para organizar labores de búsqueda y de rescate, así como operaciones antiterroristas, deberá aumentar de forma proporcional, igual que la de dar respuesta a desastres medioambientales en aguas cada vez más abarrotadas. En 1965, el rompehielos *Lenin* sufrió un accidente en un reactor en alta mar. Tras regresar a la orilla, partes del reactor fueron desmanteladas y, junto con el petróleo estropeado, acabaron arrojadas al mar dentro de un contenedor de hormigón con revestimiento de acero. Incidentes de este tipo están llamados a ocurrir cada vez con más frecuencia a medida que la accesibilidad al Ártico aumente, pero su gestión seguirá siendo difícil.

Quizá el Ártico acabe convertido en otro campo de batalla para los Estados-nación. A fin de cuentas, las guerras se desencadenan tanto por el miedo al otro como por avaricia. Sin embargo, el Ártico es diferente, por lo que puede que reciba un tratamiento diferente. La historia nos ha mostrado la rapacidad del juego de suma cero. Podría sostenerse que una creencia parcial en el determinismo geográfico, sumada a la naturaleza humana, hicieron difícil que el desenlace fuera otro. Sin embargo, existen ejemplos de cómo la tecnología nos ha ayudado a romper las cadenas de la geografía. Por ejemplo, somos capaces de cruzar desiertos y mares a unas velocidades inconcebibles para las generaciones que nos precedieron. Incluso hemos llegado a librarnos de los grilletes de la gravedad. En nuestro nuevo mundo globalizado podemos emplear la tecnología para concedernos a todos una oportunidad en el Ártico. Estamos facultados para superar el lado rapaz de la naturaleza humana y acertar en el gran juego para el beneficio de todos.

CONCLUSIÓN

Acabamos en el techo del mundo, por lo que solo nos quedaría mirar al espacio exterior.

La última frontera siempre ha estimulado nuestra imaginación, pero es nuestra la era en la que la humanidad ha hecho realidad el sueño y ha salido al espacio, un milímetro más cerca del infinito, en ruta hacia el futuro. La inquietud que define al espíritu humano garantiza que nuestras fronteras no se verán restringidas a lo que Carl Sagan acertadamente llamó «ese punto azul pálido».

Pero debemos volver a la Tierra, sufriendo alguna que otra sacudida, porque ni siquiera hemos llegado a conquistar nuestra propia geografía, ni nuestra propensión a competir por ella.

La geografía siempre ha sido una suerte de prisión, una que define lo que una nación es o puede llegar a ser, y una de la que nuestros líderes mundiales han intentado con frecuencia liberarse.

Rusia es probablemente el ejemplo más claro: se expandió de forma natural desde la pequeña región a base de planicies que controlaba hasta que su núcleo central abarcó un espacio inmenso, rodeado en su mayoría de montañas y de mar, y con un único punto vulnerable al otro lado de la llanura nordeuropea. Si los líderes rusos ansiaban crear una gran nación, cosa que consiguieron, no tenían muchas opciones sobre qué hacer

con semejante punto débil. De manera similar, en Europa no se tomó ninguna decisión consciente acerca de si convertirse o no en un área comercial gigantesca: la extensa y estable red de ríos lo hizo posible, y hasta cierto punto inevitable, a lo largo de mil años.

Con el avance del siglo XXI, la mayoría de los factores geográficos que ayudaron a moldear nuestra historia continuará moldeando nuestro futuro: de aquí a un siglo, Rusia continuará mirando con angustia hacia el oeste, a lo que queda al otro lado de lo que seguirá siendo una planicie. La cordillera del Himalaya continuará separando a India y Pakistán. Puede que acaben entrando en conflicto, en cuyo caso será la geografía la que determinará la naturaleza de la pelea: será necesario que desarrollen una tecnología que permita a sus voluminosas fuerzas militares cruzar las montañas, o si esto parece imposible y ningún bando quiere abrazar una guerra nuclear, enfrentarse en mar abierto. Florida continuará siendo el guardián que vigile la entrada y salida al golfo de México. La localización del Golfo es aquí la clave, no quién lo controla. Imaginemos un escenario tan improbable como extremo: una Florida de mayoría hispana ha conseguido la secesión del estado respecto de Estados Unidos y se ha aliado con Cuba y México. Esto solo alteraría la dinámica de quién controlaría el Golfo, no la importancia de su ubicación.

Por descontado que la geografía no dicta el desarrollo de todos los acontecimientos. Las grandes ideas y los grandes líderes forman parte del tira y afloja de la historia. Pero sí que todos ellos deben actuar dentro de los confines de la geografía. Los líderes de Bangladesh pueden soñar con evitar que la crecida de las aguas inunde la bahía de Bengala, pero saben que el 80 por ciento del país se levanta sobre llanuras aluviales que no pueden desplazarse. Una realidad que ya transmitió el rey Canute, líder escandinavo e inglés, a sus serviles cortesanos en el siglo XI, tras

ordenarles a las olas que se retiraran: la naturaleza, o Dios, eran más fuertes que cualquier hombre. Cuanto cabe hacer en Bangladesh es reaccionar a los dictados de la naturaleza: construir más defensas contra las inundaciones y esperar que los modelos computarizados que avisan de la crecida de las aguas por efecto del calentamiento global pequen de alarmistas.

Nuevas realidades geográficas como el cambio climático ofrecen nuevas oportunidades y desafíos. El calentamiento global bien puede provocar desplazamientos masivos de individuos. Si las Maldivas, entre muchas otras islas, parecen de verdad destinadas a ser engullidas por las olas, el resultado no solo afectará a aquellos que abandonen el lugar antes de que sea demasiado tarde, sino a los países a los que acudan.

Si las inundaciones de Bangladesh empeoran, el futuro del país y de sus 160 millones de habitantes será funesto: si el nivel de las aguas crece mucho, el empobrecido país puede acabar bajo ellas. Y si prosigue la desertización de las tierras que quedan justo debajo del Sahel, guerras como las vistas en Darfur, Sudán —causada en parte por el hecho de que el desierto invadió a los nómadas del norte, empujándolos en dirección sur, hacia el territorio de la etnia de los fur—, se intensificarán y expandirán.

Las guerras del agua constituyen otro problema en potencia. Incluso si viéramos surgir democracias estables en Oriente Medio durante las próximas décadas, la situación devendría crítica en el caso de que las aguas del río Murat, que nace en Turquía para acabar desembocando en el Éufrates, descendieran de forma considerable. Las presas que Turquía debería construir con el fin de proteger su fuente de vida podrían fácilmente causar guerras con Siria e Irak, río abajo.

Mirando a más largo plazo, mientras continuamos rompiendo las cadenas de nuestra geografía apuntando al universo, las luchas políticas persistirán en el espacio exterior, por lo menos en el futuro próximo.

El primer ser humano en atravesar la capa superior de la estratosfera fue Yuri Gagarin, un cosmonauta soviético de veintisiete años, quien en 1961 viajó al espacio exterior a bordo de la nave *Vostok 1*. Resulta triste pensar que un compatriota suyo como Kaláshnikov sea mucho más conocido entre nosotros.

Gagarin, Buzz Aldrin y muchos otros son descendientes de Marco Polo y de Cristóbal Colón, pioneros que ensancharon los límites y que cambiaron el mundo de maneras que no pudieron imaginar en vida. Si fue para mejor o para peor no es lo importante, sino el hecho de que descubrieran nuevas oportunidades y nuevos espacios en los que las personas competían para sacarle el máximo partido a lo que la naturaleza había puesto allí. Serán necesarias varias generaciones, pero en el espacio exterior también acabaremos plantando nuestras banderas, «conquistando» territorio, reclamándolo y superando los obstáculos que el universo ponga en nuestro camino.

En la actualidad existen alrededor de 1.110 satélites operativos en el espacio, y por lo menos 2.000 no operativos. Los rusos y los estadounidenses lanzaron aproximadamente 2.400 del total, unos 100 proceden de Japón y un número similar de China, seguidos por una corte de países con números mucho más discretos. Por debajo de ellos están las estaciones espaciales, donde, por primera vez, hay personas viviendo y trabajando, de forma semipermanente, fuera de los confines de la gravedad terrestre. Más allá, se calcula que al menos cinco banderas norteamericanas siguen ondeando sobre la superficie de la Luna, y mucho, mucho más allá, nuestras máquinas han dejado atrás Marte y Júpiter, algunas de las cuales se dirigen a puntos que sobrepasarán lo que podemos ver y llegar a entender.

Resulta tentador pensar en nuestras misiones en el espacio como un modo de unir a la humanidad a un futuro colectivo y cooperativo. Antes, sin embargo, las peleas por la supremacía serán también una moneda común en el espacio exterior. Los

satélites no están ahí solamente para garantizarnos las retransmisiones televisivas o para predecir el tiempo que hará: se dedican también a espiar a otros países, a observar quién se mueve por dónde y con qué. Asimismo, Estados Unidos y China están volcadas en el desarrollo de tecnología láser, que puede ser empleada como un arma, y ambas buscan asegurarse un sistema de misiles capaz de operar en el espacio y de neutralizar la versión de la competencia. Muchas de las naciones avanzadas desde un punto de vista tecnológico se están preparando por si llega el momento de combatir en el espacio.

Cuando nuestros sueños son descomunales, los desafíos por delante resultan de tal calibre que quizá debamos unir fuerzas para alcanzarlos: viajar por el universo no como rusos, norteamericanos o chinos, sino como representantes de la humanidad. Sin embargo, aunque nos hayamos liberado de los grilletes de la gravedad, seguimos prisioneros de nuestras propias mentes, limitados por las sospechas que nos despiertan los «otros», de aquí nuestra primigenia competencia por los recursos. Nos queda mucho camino por recorrer.

BIBLIOGRAFÍA

Referencias generales

Diamond, Jared, *Armas, gérmenes y acero: la sociedad humana y sus destinos*, Madrid, Debate, 1998.

Dodds, Klaus, *Geopolitics: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2007.

Ikenberry, G. John, «The Illusion of Geopolitics», *Foreign Affairs*, mayo/junio de 2014.

Keegan, John, *Atlas of World War Two*, London, Harper Collins, 2006.

Mackinder, Halford John, «The Geographical Pivot of History», *The Geographical Society*, vol. 23, n.° 4, abril de 1904, pp. 421-437.

—, *Democratic Ideals and Reality*, 1919.

Mead, Walter Russell, «The Return of Geopolitics», *Foreign Affairs*, mayo/junio, 2014.

Monmonier, M., *How to Lie with Maps*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.

Parry, Chris, *Super Highway: Sea Power in the 21st Century*, Londres, Elliott & Thompson, 2014.

Pickles, John, *A History of Spaces: Cartographic Reason, Mapping and the Geo-Coded World*, Londres, Routledge, 2004.

Roberts, S., A. Secor y M. Sparke, «Neoliberal Geopolitics», *Antipode*, vol. 35, n.° 5, noviembre de 2003, pp. 886-897.

The Times Atlas of World History, Londres, Times Books, 2000.

The Times Comprehensive Atlas of The World, Londres, Times Books, 2007.

Weigley, Russell F., *The American Way of War*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 1973.

Rusia

Eberstadt, Nicholas, «Russia's Peacetime Demographic Crisis: Dimensions, Causes, Implications», *National Bureau of Asian Research*, 2010.

Kennan, George F., «The Sources of Soviet Conduct», Foreign Affairs, julio de 1947.

«Russia's accusations – setting the record straight», *NATO Fact Sheet*, abril de 2014.

China

Beardson, Timothy, *Stumbling Giant: The Threats to China's Future*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 2013.

Boehm, Dana Carver, «China's Failed War on Terror: Fanning the Flames of Uighur Separatist Violence», *Berkeley Journal of Middle Eastern and Islamic Law*, vol. 2, n.° 1:3, 2009.

De Crespigny, Rafe, *China This Century*, Oxford, Oxford University Press, 1992.

Holmes, James, «When China Rules the Sea», *Foreign Policy*, septiembre de 2015.

Kaplan, Robert D., *La venganza de la geografía*, Barcelona, RBA Libros, 2013.

Lewis, Martin, «East Asia», Stanford University Global Geopolitics Lectures, East Asia, 15 de enero de 2008.

Shaughnessy, Edward L. (ed.), *China: Empire and Civilization*, Londres, Duncan Baird Publishers, 2005.

Theroux, Paul, *En el gallo de hierro: viajes en tren por China*, Barcelona, B de bolsillo, 2009.

Estados Unidos

Commager, S., *Documents of American History Volume 1: to 1898*, 10.ª ed. Nueva Jersey, Prentice Hall, 1988.

Kagan, Robert, *Dangerous Nation: America and the World, 1600-1898*, Londres, Atlantic Books, 2006.

Pei, Minxin, «How America and China See Each Other», *Foreign Affairs*, marzo/abril de 2014.
«The Geopolitics of the United States, Part 1: The Inevitable Empire», Stratfor.com, 4 de julio de 2014 (https://www.stratfor.com/analysis/geopolitics-united-states-part-1-inevitable-empire).
US Department of State, «Rise to World Power, 1867-1913», A Short History of the Department of State (history.state.gov/departmenthistory/short-history).

África

Bloom, David E. y Jeffrey D. Sachs, «Geography, Demography, and Economic Growth in Africa», Harvard Institute for International Development, Harvard University, octubre de 1998.
Chaves, Isaías, Stanley, L. Engerman y James, A. Robinson, «Reinventing the Wheel: The Economic Benefits of Wheeled Transportation in Early Colonial British West Africa», febrero de 2012 (http://scholar.harvard.edu/files/jrobinson/files/the_wheel_in_africa_february_2012.pdf).
Kasperson, Roger E. y Julian V. Minghi, *The Structure of Political Geography*, New Brunswick (Nueva Jersey), Transaction Publishers, 2011.

Europa Occidental

Kagan, Robert, *Of Paradise and Power*, Nueva York, Random House, 2003.
Ottens, Nick, «"Too Big for Europe": The Recurring German Problem», *Atlantic Sentinel*, 28 de abril de 2014.
Speck, Ulrich, «Power and Purpose: German Foreign Policy at a Crossroads», 3 de noviembre de 2014 (http://carnegieeurope.eu/publications/?fa=57167).
Simon, Luis y James Rogers, «The Return of European Geopolitics? All roads run through London», *The RUSI Journal*, vol. 155, n.° 3, 2010, pp. 57-63
Turchin, Peter, *War and Peace and War*, Londres, Plume Books, 2007.

Oriente Medio

Fisher, Max, «40 Maps Which Explain The Middle East», vox.com, 5 de mayo de 2014 (http://www.vox.com/a/maps-exp lain-the-middle-east).

Malinowski, Jon C. (ed.), «Iraq: A Geography»., United States Military Academy, West Point, Nueva York, 2004. (http://www.usma.edu/gene/SiteAssets/SitePages/Publications/Iraq%20A%20Geography. pdf?Mobile=1).

India y Pakistán

French, Patrick, *India: una biografía íntima de 1.200 millones de personas*, Barcelona, Duomo Ediciones, 2013.

«Geography of India», MapsofIndia.com, 12 de noviembre de 2014. (http://www.mapsofindia.com/geography/).

Institute for the Study of War, «Pakistan and Afghanistan», 2009.

Kreft, Heinrich, «The Geopolitical Importance of Pakistan», Institut für Strategie- Politik- Sicherheits- und Wirtschaftsberatung, ISPSW, 15 de febrero de 2008.

Musharraf, Pervez, *In The Line Of Fire: A Memoir*, Nueva York, Free Press, 2008.

Latinoamérica

Keen, Benjamin y Keith Haynes, *A History of Latin America, Volume 1*, Wadsworth, Cengage Learning, 2012.

World Economic Forum on Latin America 2011 (http://www.weforum.org/events/world-economic-forum-latin-america-2011).

Zovatto, Daniel, «Elections in the Southern Cone: Citizens Chose Continuity», Brookings, 30 de octubre de 2014 (http://www.brookings.edu/research/opinions/2014/10/30-democracy-alternation-latinamerica-zovatto).

Corea y Japón

Chang, Gordon G., *Nuclear Showdown: North Korea Takes On The World*, Londres, Hutchinson, 2006.

Oberdorfer, Don, *The Two Koreas*, Nueva York, Basic Books, 2001.

El Ártico

Bjarnason, Björn, «Climate Change and Iceland's Role in North Atlantic Security» (discurso), Belfer Center, John F. Kennedy School of Government, Harvard, 26 de noviembre de 2007.

Conant, Eve, «Breaking the Ice: Russian Nuclear-Powered Ice-Breakers», Scientific American blog, 8 de septiembre de 2012 (http://blogs.scientificamerican.com/guest-blog/2012/09/08/breaking-the-ice/).

Grydehøj, Anne, Adam Grydehøj y Maria Akrén, «The Globalization of the Artic: Negotiating Sovereignty and Building Communities in Svalbard, Norway», *Island Studies Journal*, vol. 7, n.° 1, 2012, pp. 99-119.

United Nations, «Part V: Exclusive Economic Zone», UNCLOS Treaty (http://www.un.org/depts/los/convention_agree ments/texts/unclos/part5.htm).

Woods Hole Oceanographic Institution, «The Arctic: Exploration Timeline, Polar Discovery», 2009 (http://polardiscovery.whoi.edu/arctic/330.html).

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a todos aquellos que me brindaron voluntariamente su tiempo, sus consejos y su apoyo.

Quisiera darle las gracias a mi mujer Joanna por su paciencia y su don natural para la corrección ortográfica, a Pippa Crane y Jennie Condell de Elliott and Thompson por dotar de forma y dirección a mis devaneos geográficos, y a Ollie Dewis por su aliento e ideas.

Me siento agradecido a las siguientes personas por haber repasado con ojos expertos diferentes secciones del libro y quisiera reiterar que cualquier error contenido en las ellas es obra y responsabilidad mía: James Richard (exintérprete oficial de chino del Gobierno de Reino Unido, presidente de la China Association), el catedrático James D. Boys (profesor invitado en el King's College de Londres), David Slinn (exembajador de Reino Unido en Corea del Norte), Joel Richards MA (especialista en América del Sur), Kelvin O'Shea (Sky News), Tim Miller (Sky News), Jaksa Scekic (Reuters Belgrado) y Aleksander Vasca (Reuters Belgrado) .

Gracias también a todos aquellos empleados de los Gobiernos y miembros del servicio civil que tan amablemente compartieron conmigo sus conocimientos, si bien prefirieron permanecer en el anonimato.

ÍNDICE ANALÍTICO